

ALYS CLARE

LA POSADA DE LA MUERTE



LOS MISTERIOS DE LA ABADÍA III

Un relato de suspense en la Inglaterra medieval



Lectulandia

Es día de mercado y la posada de Tonbridge ha sido un hervidero desde muy temprano. Al caer la noche, un hombre yace en la habitación de huéspedes, envenenado por un trozo de pastel preparado por Anne, la posadera. Josse d'Acquin, un habitual de la taberna y admirador de las dotes culinarias de su dueña, acude con la intención de investigar el suceso. Al no lograr convencer a sheriff de que se trata de una muerte sospechosa, recurre a su vieja amiga, la abadesa Helewise, que colabora con su habitual agudeza mientras Josse sigue el rastro del crimen hasta lo profundo del gran bosque de Wealden, y encuentra en él algo que cambiará toda su vida.

Lectulandia

Alys Clare

La posada de la muerte

Los misterios de la abadía - 3

ePub r1.0

Titivillus 17.06.15

Título original: *The tavern in the morning*

Alys Clare, 2000

Traducción: Cristina Pagès

Editor digital: Titivillus

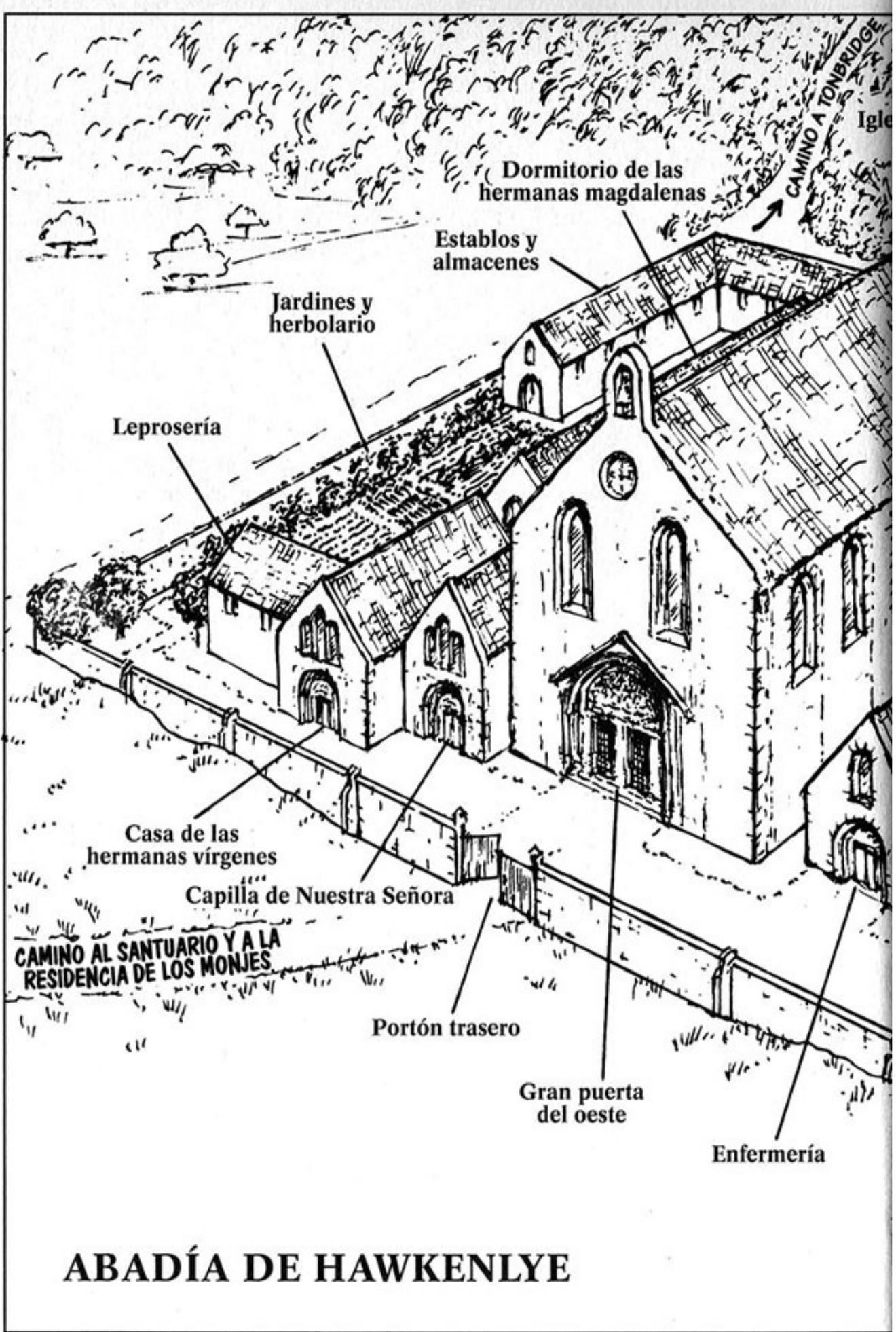
ePub base r1.2

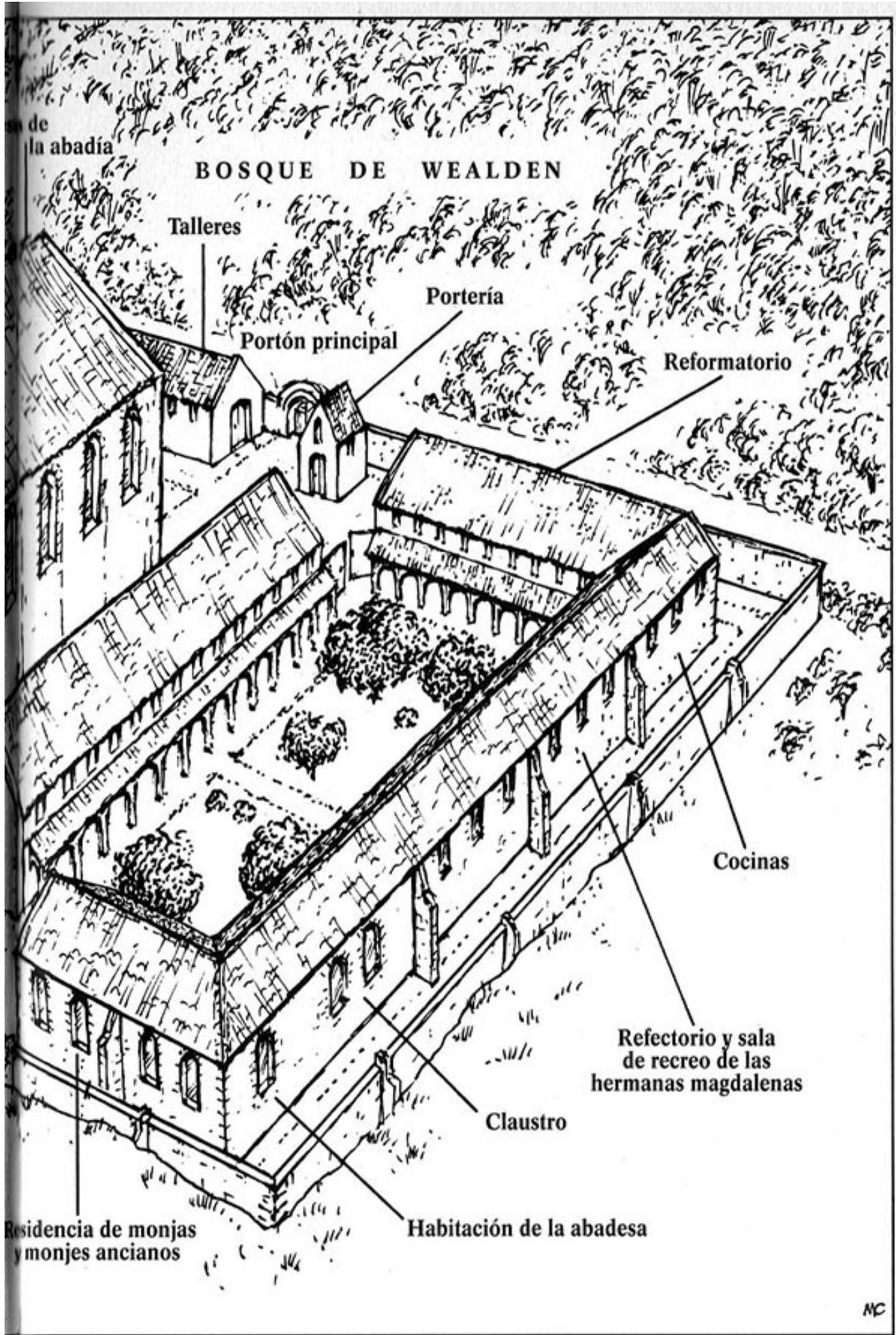
más libros en lectulandia.com

Para Richard,
a quien conocí en la taberna,
con todo mi amor

Qui mane me quesierit in taberna,
post vesperam nudus egredietur
et sic denudatus veste clamabit:
Wafna! Wafna!

De Carmina Burana,
«Canciones profanas».





Febrero

Era una noche de luna nueva, y las brillantes estrellas se ocultaban tras una baja y espesa capa de nubes, preñadas de gélida humedad. El viento, procedente del nordeste, rugía y aullaba sin descanso, proporcionando una fantasmagórica sensación de estepas nevadas, inimaginablemente distantes; inimaginablemente solitarias.

En la taberna de Tonbridge había habido un ajeteo constante desde primeras horas de la mañana. Era día de mercado, y desde el amanecer había resultado obvio que el tiempo no sería bueno. Lo cierto es que era tan terrible que los mercaderes y los vendedores de los tenderetes habían acabado por renunciar a hacer más tratos — posibilidad que se antojaba cada vez menos factible, pues la gente regresaba a la comodidad de su propio hogar— y, dejando atrás la prematura oscuridad, se habían dirigido a la taberna de Anne. ¡Sí, señor!, se podía contar con un cálido recibimiento de la vieja Anne. Recibimiento que en esas fechas consistía en una rebosante jarra de su cerveza y un tajo de tocino, o quizá un buen pedazo de caliente y aromático pastel, rezumando salsa, repleto de trozos de conejo y cordero. Aun así, la memoria de los hombres es caprichosa, sobre todo si se trata de placeres corporales, y la taberna albergaba a numerosos individuos que recordaban otros servicios, más íntimos, que antaño ofrecía Anne.

Ya era tarde, y en la taberna no quedaban parroquianos; las mesas, libres de vajilla, se habían limpiado, y los taburetes y los bancos se hallaban debajo de éstas, cuidadosamente ordenados. El chico y la camarera habían acabado sus tareas, al menos todas las que estaban dispuestos a hacer a hora tan tardía; ambos se hallaban en pie desde el amanecer y, ahora que Anne se había acostado —si aguzaban el oído podían oír los ronquidos que provenían de su dormitorio, situado a mitad del pasillo—, no veían razón alguna para no hacer otro tanto.

En otra estancia de la taberna, el cortante y helado viento azotó una pequeña ventana, agitando el estirado trozo de cuero que la cubría; lo arrancó con facilidad y llenó la habitación del aire mortalmente frío de la noche. Era la habitación de huéspedes, amueblada con media docena de estrechos camastros, cinco de los cuales se hallaban apilados contra una pared. En el sexto había alguien que descansaba, con un saco lleno de paja a modo de almohada y cubierto por dos o tres mantas de burda lana, cuajadas de múltiples zurcidos, que en otro tiempo, quizá, habían conocido las bondades de la limpieza.

Medianoche.

El chico y la camarera se acomodaron en sus respectivos rincones de la reducida y cálida trascocina adosada a la gran chimenea, y todos los ruidos de la taberna se apagaron paulatinamente.

El viento, en cambio, aumentó su embate; aulló en torno al antiguo edificio, como un espíritu maligno, buscando acceso, lanzando heladas ráfagas sobre cada grieta que encontraba. La lluvia, que había empezado a caer una hora antes, se convirtió en

granizo. Como si sintieran un rencor personal hacia las paredes de piedra, las gélidas piedrecillas se precipitaban sobre ellas con vengativa violencia, acompañadas del vociferante viento, que entonaba una malévolamente melodía.

En el suelo de la habitación de los huéspedes, caído a medias de su estrecho camastro, yacía un moribundo, de lado, con la mejilla izquierda pegada a los delgados harapos que cubrían parcialmente el suelo, y las piernas y pies en el catre, atrapados entre las sucias mantas.

Tenía las comisuras y el interior de la boca llenos de un vómito marrón amarillento salpicado de trozos de carne y verduras a medio digerir, como piedras secas jalonando el curso de un riachuelo. Había vomitado violentamente poco después de marcharse a trompicones en busca de la íntima soledad de su habitación, impulsado por el creciente malestar físico que lo embargaba, que ardía y hormigueaba en sus labios, con la extraña sensación de que cada objeto que se alzaba frente a su vista se desdibujaba, se hacía borroso y sin contornos. La lengua, entumecida, la sentía como una gruesa sustancia que se le hubiera colado en la boca. ¡Cómo se rieron cuando no pudo pronunciar bien! Para evitarse la humillación de vomitar en la taberna, se marchó sin armar alboroto, tapándose la boca con las manos, gimiendo entre dientes. Trastabillando por el interminable y oscuro pasillo llegó, por fin, a la puerta de su habitación. Al otro lado le esperaba un mugriento camastro en el que podía, ¡qué suerte!, tumbarse.

Llevaba unas horas allí. Lo acelerado de su respiración, que tanto lo alarmaba, se fue apaciguando. Perdía el conocimiento. Lo recuperaba. Sólo en ocasiones era consciente de quién era y dónde se hallaba.

Fue en uno de esos momentos cuando pensó: «No debí quedarme. Debí hacer lo planeado; debí regresar a casa una vez vendida la mercancía. No debí ceder a la tentación; no debí dejar que los mozos me convencieran para venir a la taberna. He gastado casi todos los peniques ganados hoy. Dios Santo, Todopoderoso, ¡cuánta cerveza he engullido! Menudo glotón estoy hecho, y ahora me toca pagarlo. Y ese enorme trozo de pastel, ¡lo que me costó acabármelo! ¡A mí, que puedo ganarle a cualquiera comiendo!».

Con el recuerdo de la comida, se le revolvió de nuevo el estómago. Lo tenía prácticamente vacío. Las secas arcadas que lo atormentaban no arrojaban más que un hilillo de bilis amarillenta.

«¡Santo Dios! —pensó, mientras unas lágrimas de dolor y debilidad se le escurrían por las mejillas—, soy demasiado viejo para esto...».

Y perdió el conocimiento.

Sintió que la parálisis se apoderaba de sus músculos respiratorios, que se le debilitaban los latidos del corazón.

Media hora después, había muerto.

Muerte por envenenamiento

Capítulo uno

Febrero, pensó abatido Josse d'Acquin, era un mes horrible para viajar.

Se encontraba bastante cerca de su casa y experimentaba esa intensa sensación de desánimo que se produce cuando hacemos algo que nos resulta poco grato, y que se vuelve tanto más desagradable cuanto menos queda para aguantarlo. El viento soplaba sin cesar desde el nordeste; en la mente de Josse surgió de repente el recuerdo de un compañero de armas al que había conocido años atrás, que solía referirse al viento alisio como «Madrenieve».

Gracias al «Madrenieve» se sentía tan incómodo como era posible sentirse, reflexionó Josse con gravedad. Se le había calado la pesada capa que, según le había garantizado el mercader que se la había vendido, ¡malditos fueran sus huesos!, lo mantendría siempre seco. El frío le producía dolor de hombros, y las muchas horas de andar a caballo habían acabado por maltratarle el trasero e irritarle los muslos, debido al roce de la silla sobre las calzas mojadas por la lluvia. A esto había que añadir el hambre y la sed, difíciles de saciar porque las pocas posadas abiertas en pleno y crudo invierno ofrecían bien poco al viajero. Para colmo, en los pies, enfundados en unas botas cubiertas de lodo y también empapadas, se le estaban formando sabañones que le picaban a rabiar. Es decir, le picaban allí donde el frío aún no los había congelado.

Su caballo se hallaba apenas en mejores condiciones que él.

—¡Pobre *Horace*! —murmuró, y le dio una palmada en el cuello—. ¡Qué cosas te pido!, ¿verdad, viejo?

El equino agitó la cabeza, y de las crines le saltaron varios cristalillos de hielo que, girando en el aire, atraparon los reflejos de la débil luz.

—Tendrás un buen frotado y buena comida en tu propia caballeriza, te lo prometo —añadió Josse—. Dos leguas y media, tres a lo sumo y estaremos sanos y salvos en Nuevo Winnowlands.

Nuevo Winnowlands. La pequeña pero sólida mansión que antaño formaba parte de una propiedad mayor, era un regalo que le había hecho Ricardo Corazón de León para agradecerle sus servicios. La verdad es que el término «regalo» era dudoso, al menos en la mente del rey, pues las palabras «a un precio razonable» se habían infiltrado en su discurso al obsequiárselo; sólo gracias a la intervención de la madre del monarca, Leonor de Aquitania, esposa de Enrique II y reina muy querida por los ingleses, el «regalo» fue realmente eso, un regalo.

Y luego, ¡maldición!, al cabo de dos años, a Josse se le exigía un arriendo. ¡Un arriendo! Al principio se alarmó, se quedó horrorizado, pues la suma mencionada por los retrasos en el pago de dicho concepto resultó mucho más que cuantiosa, resultó enorme, y finalmente montó en cólera.

—¡El rey me regaló mi casa! —rugió, mientras recorría la estancia a grandes

zancadas, girando sobre los talones con tal violencia que Will, su criado, se apresuró a rescatar una bandeja con una jarra de vino y una copa medio llena, antes de que Josse las hiciera volar por los aires—. ¡Hace más de dos años era un regalo! ¡Y ahora quiere que le pague! —Volvió la rabiosa mirada hacia Will—. Por Dios, ¿en qué estará pensando?

Al no estar furioso, Will conservaba la capacidad de pensar con lógica, y señaló que, puesto que el rey Ricardo se hallaba todavía en ultramar, en su cruzada, la exigencia de arriendo no podía ser cosa suya.

—Estará demasiado ocupado con esos endiablados sarracenos para preocuparse por una casita de nada, mi señor —aseguró Will, con escasa diplomacia—. Creedme.

Josse, divertido a su pesar, asintió con un gesto salvaje.

—Tienes toda la razón, Will —contestó en voz casi normal, y frunció el entrecejo—. Si no es el rey, entonces, ¿quién lo exige?

Ni Josse ni Will tardaron más de un par de segundos en hallar la respuesta. Y ambos contestaron simultáneamente.

—Ha de ser ese tal Juan Sin Tierra. Me apuesto todo lo que tengo —dijo Will.

—¡Es ese bellaco de Juan! ¡Esa calculadora sanguijuela! —estalló Josse.

El dinero exigido, no obstante, era dinero exigido; algo de lo que debía ocuparse. Sobre todo, cuando quien lo exigía era el hermano menor del rey, un hombre que se veía a sí mismo como el sucesor al trono de Inglaterra —y que se encargaba de que todos los demás lo vieran del mismo modo—, y cuya coronación no podía tardar.

El problema, reflexionó Josse al tratar de decidir qué camino tomar, era que Ricardo, ¡que Dios bendijera su obsesión y su valor!, parecía haberse olvidado de su reino desde el momento en que lo abandonó para ir a la cruzada, unas semanas después de ser coronado. «Se está dejando manipular por ese avaricioso, y no me sorprende que la gente esté casi dispuesta a creer a Juan cuando hace correr el rumor de que Ricardo no va a regresar.

»¿Y si tiene razón? Las cruzadas no son cosa de nada, eso seguro, y nuestro Ricardo no es de los que se quedan atrás mientras mandan a otros a la batalla. Y, además de los peligros del combate, hay enfermedades. Sólo Dios sabe qué peligros acechan allá. Fiebres, diarreas y quién sabe qué más.

»¿Y si el rey Ricardo muere?».

La sola idea le hacía rechinar los dientes. El matrimonio del rey con Berenguela de Navarra era muy reciente, pocos meses, y las malas lenguas afirmaban que era imposible una tan pronta concepción de un heredero. Con cierta razón, reconoció Josse, pues no es probable que un hombre cuya mente se ocupa únicamente en luchar se acueste con su esposa con la regularidad necesaria para impregnarla. Así las cosas, el heredero directo al trono de Inglaterra era un chiquillo de cuatro años, Arturo de Bretaña, hijo póstumo del hermano de Ricardo, Godofredo, y la esposa de éste, Constanza.

Las mismas malas lenguas aseguraban que a los barones de Inglaterra no les

resultaría grato dar apoyo a tan joven príncipe.

¿Les apetecería más apoyar a Juan? ¡Imposible! Ningún hombre con dos dedos de frente apoyaría a Juan, al menos no mientras existiese la más mínima posibilidad de que Ricardo regresara a casa sano y salvo.

Josse meneó lentamente la cabeza y volvió a centrarse en el dinero, en el exigido arriendo. A todas luces, Juan recaudaba fondos. ¿Con qué fin? Eso era difícil de saber, pero conociéndolo, y se opinara de él lo que se opinara, había que reconocer que era astuto, por lo que sin duda debía de tener algún plan bien pergeñado. «Pensándolo mejor —se dijo Josse—, quizá “taimado” le cuadre más que “astuto”».

Una repentina inspiración le indicó qué debía hacer: presentar su caso a la reina Leonor. Al fin y al cabo, había intercedido en su favor frente a su hijo predilecto. Seguramente haría lo mismo frente a Juan.

Merecía la pena intentarlo.

De hecho, era su única esperanza.

Leonor se alojaba con las monjas de la abadía de Amesbury, en Wiltshire, o sea, en el sur de Inglaterra, a una considerable distancia de donde residía Josse, cuya mansión se hallaba en Kent.

Podría haber sido peor. La reina había pasado las Navidades en Normandía y, de encontrarse aún allí, habría supuesto para Josse una peligrosa travesía del canal de la Mancha, sin contar los días y días por caminos que el invierno había vuelto casi intransitables. Era pura buena suerte que la reina madre se hubiese visto impelida a venir a este lado del canal para suplicar a Juan que abandonase su plan de aliarse con el rey Felipe de Francia... o sea, de aliarse contra Ricardo.

Nada daba tantas alas a la reina como una amenaza a su querido Ricardo, por cuyos intereses velaba afanosamente, tanto en Inglaterra como en el continente. Una vez eludido —de momento— el inminente peligro, Leonor se retiró a Amesbury a recuperar el aliento.

Y fue allí donde Josse la encontró.

Para su sorpresa, lo reconoció.

—Josse d'Acquin —exclamó, y le tendió la mano enguantada en fina cabritilla bordeada de una suave, espesa y pálida piel—, el solucionador de enigmas de mi hijo.

—Mi señora... —Josse hizo una profunda reverencia sobre su mano.

—¿Cómo van las cosas en Kent?

—Tranquilas, mi señora, a pesar de las inclemencias del tiempo.

—Ah. ¿Y cómo se encuentra mi amiga la abadesa de Hawkenlye?

—La abadesa Helewise está bien, que yo sepa.

—Me alegro.

Tras una breve pausa, la reina continuó:

—En vista del mentado tiempo, sir Josse, ¿nos equivocáramos al deducir que no habéis hecho un viaje tan largo sólo para besarnos la mano?

Josse alzó la mirada y se encontró con una expresión divertida.

—Mi señora, merecería la pena hacerlo —empezó a decir, galante, pero lo interrumpió una carcajada.

—En mayo, tal vez, pero ¿en febrero? ¡Sandeces, caballero! —Sonreía, y Josse pensó que en verdad seguía siendo una mujer muy hermosa, a pesar de sus setenta y tantos años—. No perdamos tiempo —ordenó Leonor con afabilidad—. Decidme en qué puedo ayudaros.

Josse le describió su problema; eso sí, con toda humildad, pues constituía un gran honor que Leonor de Aquitania no sólo lo recordara con tanto afecto, sino también que le ofreciera tan incondicional ayuda.

—He dudado mucho en exponeros lo que debe de pareceres un asunto tan trivial, mi señora —concluyó—, y lo hago únicamente porque... —se interrumpió; «porque vuestro hijo me prometió que Winnowlands sería un regalo», diría si fuese sincero, ¡pero parecería una auténtica impertinencia!

La reina, no obstante, lo entendió.

—Porque, como vos y yo recordamos perfectamente, sir Josse, Ricardo os donó vuestra mansión. No sin presiones, según recuerdo —masculló—. Pero un regalo es un regalo —anunció regiamente— y así ha de ser para siempre. —Con un gesto de la mano llamó a una de sus damas de compañía, que formaba parte de un pequeño grupo reunido en torno a la chimenea del vestíbulo de la abadía—. Recado de escribir, por favor —le pidió, y la mujer se apresuró a obedecerla.

Mientras Josse la observaba, redactó tranquilamente tres o cuatro breves líneas, decorando el grueso pergamino con su elegante y fluida escritura. Como no deseaba mirar muy de cerca, Josse dio un paso atrás. En cuanto acabó, Leonor chasqueó los dedos a su dama de compañía para que le diera el sello real; al fin levantó la cabeza, esbozó una sonrisa fugaz, como si supiera exactamente lo que Josse pensaba, y, enrollando el pergamino, se lo entregó.

—Si mi hijo menor se presentara personalmente para reclamar lo que os acusa de deberle —comentó sin inflexión—, enseñadle esto. A cualquier otra persona que se presente, despachadla sin miramientos.

Pensando que no sería tan fácil despachar a según quién, Josse hizo una nueva reverencia, le dio las gracias, y, como sentía que su presencia sobraba, se dispuso a salir sin darle la espalda a la reina.

Ésta lo detuvo.

—¡Sir Josse!

—¿Mi señora?

—Saludad a la abadesa Helewise de mi parte cuando la veáis.

A Josse se le ocurrió luego que no había dudado en utilizar el «cuando» en lugar del «si».

El placer de entrar de nuevo en su propio patio —¡y con su misión cumplida!— atenuó los incontables achaques e incomodidades que había padecido. Dio una palmadita al pergamino, cuidadosamente guardado bajo la túnica. «¡Que se atrevan a

pedirme arriendos! —pensó, encantado—. ¡Ya verán quién es quién!».

Se le antojó una perspectiva bastante agradable y hasta deseó que un agente de Juan se personara. Merecería la pena ver la furia en su semblante cuando le pusiera frente a las narices el sello personal de la reina Leonor.

Horace, que había recorrido al trote los últimos centenares de metros, se dirigía ansioso hacia las caballerizas. Josse llamó a Will, se apeó desliziándose y, trastabillando ligeramente por el entumecimiento, fue a guarecer su cabalgadura.

Justo a un lado de la puerta principal de las caballerizas vio la carretilla de un calderero, cubierta con una espesa tela de arpillera. Eso explicaba por qué Will no había salido corriendo: sin duda, él y lila se encontraban en la cocina, disfrutando de los últimos cotillees. Desensilló a *Horace*, le quitó las riendas y, con una amistosa palmada en el trasero, lo metió en un compartimento cubierto de paja limpia y olorosa y con el bebedero lleno de agua.

—Espera aquí, viejo amigo —le dijo— y te mandaré a Will. Nada más traspasar el umbral de la cocina oyó una voz que no le era familiar.

—... vomitó por todas partes, en la pared, en el suelo, y dicen que hay una marca nueva junto a la ventana, como marcada al hierro, ¡como si el propio diablo se hubiese largado dejando una señal de su paso!

—¡Ooooh! —exclamó Ela, con los ojos abiertos de par en par y aferrada al delantal.

—No sé nada de diablos —empezó a decir Will—, pero...

Desde la puerta, Josse carraspeó. Will y Ela volvieron la cabeza y el forastero le ofreció una sonrisa amistosa.

—¡Es el amo! —gritó Will, y se levantó de un brinco, con aire tan culpable como si lo hubieran pillado hurgando en las pertenencias personales de Josse—. Lo siento mucho, mi señor, pero no os he oído llamar. —Cogió su capucha de arpillera, que se estaba secando junto al fuego—. Voy a atender a vuestro caballo, mi señor; seguro que lo necesita en un día tan feo como éste.

—Está bien, Will. No...

Pero, tras echarle una mirada medio avergonzada, éste ya había desaparecido.

—¿Sir Josse d'Acquin? —preguntó el forastero, que se puso en pie y se inclinó ligeramente.

—Sí.

—Soy Tomás, sir Josse. Calderero de estas tierras, reparador de artículos del hogar, vendedor de mercancías de lujo, comprador de piezas raras y contador de noticias, buenas y malas. —Hizo otra reverencia, más profunda en esta ocasión; de haber llevado sombrero, se lo habría quitado, pensó Josse.

—Bien venido a mi hogar, Tomás, el calderero. Confío en que os hayan ofrecido algún refrigerio.

—Sí, lo han hecho.

Tomás echó un vistazo a Ela, que, con los párpados bajados, daba la impresión de

fingir que no estaba presente; dieciocho meses al servicio del tolerante Josse no parecían haber cambiado mucho a la nerviosa y tímida mujer que era cuando Will la había llevado a vivir con él. Nunca lo miraba a la cara, según se había fijado Josse; ¿sería por timidez innata o porque era demasiado consciente de la ligera desviación de su ojo izquierdo?

—Es una buena cocinera vuestra criada.

—Lo sé muy bien —convino Josse—. Ela, ¿puedes darme un poco de eso? —Indicó la jarra de vino calentado con especias que se encontraba junto a la chimenea.

Con una exclamación, Ela se apresuró a servirle una copa y a rellenar la del calderero, obedeciendo al gesto hecho con la cabeza por su amo.

—¿Decíais algo de una aparición del diablo? —preguntó éste, mientras sentía cómo el dulce y caliente vino empezaba a desentumecerlo—. ¿Queríais repetir vuestra noticia para un nuevo público?

—¡Encantado! —Tomás acercó su taburete al de Josse—. Estuve en Tonbridge anteayer, porque era día de mercado, pero hubo poco comercio: demasiado frío para que la gente se interesara... Era salir de casa, comprar el pollo, el puñado de especias o el tarro de manteca de ganso y vuelta a casa. Nadie quería quedarse por allí, no con el viento que aullaba como cien almas muertas, ¡no, señor!

—¿Y?

—Pues, como muchos otros, me fui a la taberna. «Un poco de la cerveza de Anne, eso es lo que te hace falta, Tomás», me dije, y allí fui y, para no darle más vueltas, allí me quedé. La tarde se convirtió en noche y yo seguí sentado en mi rincón, charlando, pasando el rato en buena compañía, con el tazón siempre lleno; limpié el plato hasta la última migaja y apuré el vaso hasta la última gota.

La desventaja de que un contador profesional explicara una noticia, reflexionó Josse, resignado, era que no se contentaba con una palabra si podía usar diez.

—Por fin, todos nos fuimos a acostar, mi señor —prosiguió Tomás—. Anne fue muy amable y me dejó dormir debajo de mi carretilla, en una de las dependencias, por lo que estaba bastante cómodo. Todo fue quietud hasta la mañana, cuando una de las camareras subió a la habitación de los huéspedes. —Hizo una pausa histriónica y clavó la mirada en Josse—. ¡Nunca adivinaréis lo que encontró, mi señor, ni aunque lo intentarais de aquí a Navidad!

—¿Vómito por todo el suelo y las paredes, y una marca junto a la ventana? —sugirió Josse.

Por un momento, el calderero pareció molesto, pero se recuperó y sonrió.

—Señor, contáis con la ventaja de haber oído el fin del relato antes que el principio; pero sí, ¡eso fue exactamente lo que halló la mozuela! ¡Y gritó! ¡Nunca antes había oído tales voces! Hasta me despertó a mí, que no tengo el sueño ligero, creedme. Corro para adentro, junto con todos los que la oyeron llorar. Todos vamos tambaleantes y trastabillando por el corredor. —Otra pausa—. ¡Y allí está! Tumbado sobre un charco de su propio vómito y con expresión de haber perdido la cordura ante

tanto terror y, por supuesto, muerto, difunto, cadáver.

—¡Pobre hombre!

—¿Pobre hombre? —Obviamente, el calderero esperaba una reacción más contundente—. ¡Os estoy diciendo, mi señor, que ese hombre sufrió una verdadera agonía! Imaginad que estáis solo, enfermo, más enfermo que nunca en la vida, y os sentís desesperado porque la muerte se acerca. Oís a la parca andar pesadamente por el pasillo, veis sus garras abrir la puerta, observáis a esa alta y flaca figura con su capucha negra aproximarse sigilosamente, y estáis aterrorizado, sabiendo en todo momento que...

Ela ahogó un grito y se tapó la boca con el mandil. Al echar una ojeada a su pálido semblante, Josse dijo:

—Nos lo imaginamos. ¿Qué ocurrió después?

—Lo que ocurrió después —declaró Tomás, ofendido porque lo interrumpieran cuando contaba los detalles más escabrosos— fue que Anne se abrió paso a codazos y entró en la habitación, vio el vómito por todo el suelo y ordenó a todos que salieran. Luego alguien, no preguntéis quién, porque no lo sé, debió de ir a buscar a la Ley.

Casi podía ver la mayúscula inicial de «ley», pensó Josse. Se trataba de un hombre que, a todas luces, prefería mantener las distancias tanto con la institución como con sus representantes.

—Así que ¿pusisteis pies en polvorosa? —sugirió, sonriente.

Otra vez una expresión de afrenta.

—¡Mi señor! ¿Cómo se os ocurre? Yo... bueno... digamos más bien que no me dejé ver; no tenía sentido, ya que no había nada en lo que pudiera ayudar.

—Claro que no —murmuró Josse.

El calderero le lanzó una mirada punzante.

—Claro que pude escuchar informaciones aquí y allí. Y, por lo que sé, dicen que al muerto le sirvieron comida en mal estado. Una rebanada de pastel, un plato de cocido, lo que sea; y lo que fuera que hubiese en ello lo mató.

—¿Qué? —exclamó Josse, asombrado—. ¿Dicen que algo servido por Anne lo envenenó?

—Sí.

Era evidente que Tomás estaba encantado de haber provocado, por fin, una reacción.

—La están amenazando con hacer caer sobre ella todo el peso de la ley, por servir alimentos que matan.

«Al menos dos cosas fallan», reflexionó Josse. Para empezar, que, según su experiencia, Anne servía buena comida, recién preparada cada día, y que se merecía con creces la reputación de generosa y honesta posadera. La segunda objeción, la más importante, era que, si de verdad hubiese servido un plato en mal estado, no resultaba razonable que hubiese una sola víctima.

—Pobre Anne —dijo Josse meneando la cabeza—. ¡Qué desgracia la suya! Es lo

peor que puede pasarle a alguien en su profesión.

Desde su rincón, y para completa sorpresa de Josse, Ela tomó la palabra.

—¿No podéis hacer nada por ella, mi señor? —Se sonrojó ante su propia temeridad y se restregó las manos de pura angustia—. Yo también soy cocinera y, aunque no me atrevería a compararme con Anne, si alguien dijera que lo que he preparado ha matado a una pobre alma, no sé lo que haría. —Su semblante adquirió una expresión fiera, ceñuda, al imaginarse lo inimaginable—. Me figuro que querría morirme.

Que Josse recordara, era la primera vez que Ela hacía un comentario sin que se lo pidieran. Ciertamente era la primera vez que le oía pronunciar más de unas cuantas palabras. «Buenos días, mi señor» y «Sí, hace frío, es verdad» constituían su límite.

—Ela, ¿te importa mucho lo que le suceda a Anne? —preguntó con suavidad.

Pero, al parecer, a Ela se le había acabado el valor, pues había recuperado su postura de hombros caídos en el rincón y se negó a mirarlo a los ojos. No obstante, gruñó y logró decir:

—Sí.

El calderero se puso en pie y apuró el vino con un sonoro sorbo.

—Pues yo sigo mi camino. Me quedan un par de horas de luz y si salgo ahora podré llegar a mi próxima parada antes que oscurezca.

Saludó a Ela con un gesto de la cabeza, hizo una reverencia a Josse y salió de la cocina.

Josse lo siguió a las caballerizas. Oyó a Will silbar entre dientes mientras secaba y cepillaba a *Horace* con movimientos constantes y tranquilizadores.

—¡Adiós, Will! —le gritó Tomás al inclinarse para coger los brazos de su carretilla—. ¡Hasta la vista!

La cabeza de Will apareció por encima de la media puerta del compartimento.

—¡Adiós, Tomás! —Advirtió entonces la presencia de Josse—. Casi he terminado aquí, mi señor. Luego os ayudaré con vuestro equipaje.

Josse observó al calderero atravesar el patio; el chirrido de una rueda de la carretilla acompañaba el ritmo constante de sus pasos.

—No he venido a meterte prisas, Will —afirmó al volverse hacia el criado.

—¿Ah, no? —Will lo miró con expresión expectante.

—No. —Josse suspiró.

Las perspectivas no eran muy halagüeñas. ¡Anhelaba tanto unos días de paz y tranquilidad en el calor y la comodidad de su propio hogar! Pero así eran las cosas; una amiga es una amiga, y uno no puede dejar en la estacada a una amiga cuando necesita ayuda. Y menos aún si, según parecía, la iban a castigar por algo que no había hecho.

—He venido a decirte que te agradecería que dieras bien de comer al viejo *Horace* esta noche.

Viendo la expresión dubitativa de su criado, Josse añadió:

—Me temo que lo necesitaré mañana. Voy a tener que ir a Tonbridge.

Capítulo dos

Al día siguiente, el tiempo mejoró; hacía más frío pero no llovía, y el viento había amainado. Josse emprendió el camino a media mañana, bajo un límpido cielo azul, arropado en una capa a cuya capucha Ela había añadido un forro de piel; se sentía bastante caliente y alegre.

Según iban trotando él y *Horace*, contempló el paisaje invernal que lo rodeaba. Diríase que todo el mundo se había marchado, abandonado sus chozas y aldeas, expulsados por una terrible calamidad. «No hay nadie en las calles, ninguna señal de vida, humana o animal», pensó.

Se sintió muy solo y, para animarse, se imaginó en el interior de una casita como la que habitaban Will y Ela. Reducida y oscura, sí, pero seca si se afanaba uno en arreglar el tejado con regularidad. Caliente: lo que todos hacían, sin falta, era mantener vivo el fuego, por pequeña que fuese la estancia o diminuta la chimenea. Razonablemente limpia, también, a condición de que una mujer la atendiera bien. Y, aunque compartir el hogar con animales tendía a dificultar la limpieza, ésta podía conseguirse.

De repente se dio cuenta de que no tenía la menor idea de cómo se conseguía.

El agua en riachuelos y estanques estaba congelada, y en sus orillas una rutilante escarcha cubría los restos de hierba y helechos secos. Josse distinguió una bandada de gansos que se mantenían vivos y activos, al contrario que la liebre muerta con la que acababa de toparse junto al camino, medio desentrañada por los depredadores. No cabía duda: las inclemencias del tiempo no tendían a favorecer la supervivencia de los más débiles.

Se arrebujó aún más en la capa, espoleó a *Horace* y volvió la cara hacia el largo y empinado camino que, desde lo alto de la ladera, descendía al valle donde se hallaba situado Tonbridge.

Anne estaba hecha un mar de lágrimas.

—Ay, mi señor, qué alegría veros, ¡me faltan palabras para describirlo! —sollozó, aferrada a la mano de Josse, estrujándosela. Lo hacía con tanta fuerza, que Josse no tuvo más remedio que zafarse del apretón.

—¡Qué problema, mistress Anne! —comentó, dándole una palmadita en el hombro.

—¡Dicen que le di un plato en mal estado para cenar! —dijo la posadera con indignación—. ¡Yo, que llevo toda la vida alimentando a la gente! Es un verdadero insulto —acabó, con sobria dignidad.

—Estoy de acuerdo, y, si os consuela, querida Anne, no creo para nada que seáis culpable.

Lo miró con expresión rebotante de esperanza.

—¿No lo creéis?

—No. Si por una fatal casualidad algún alimento hubiese estado en malas

condiciones, ¿dónde están las demás víctimas?

Los labios de Anne se movieron, silenciosos, mientras lo rumiaba; seguro que, a pesar de ser una mujer muy lista, tardaba en entenderlo por la indignación y el disgusto, pensó Josse, compasivamente.

—¿Queréis decir que, si muchas personas hubieran comido lo mismo, todas habrían enfermado?

—Sí.

—Y no han enfermado... —Anne se estremeció—. ¡Gracias a Dios Todopoderoso! ¡No se han enfermado!

—Amén. Así pues, mistress Anne, hemos de considerar otras posibilidades.

La posadera lo contemplaba fijamente.

—¿Como qué, por ejemplo?

—Pues, que tal vez estuviese ya enfermo al llegar, y que murió en la habitación de huéspedes de vuestra posada de algo que ya estaba escrito. Acaso estuviese muy borracho, sí, eso es, muy borracho, borrachísimo. Quizá... —Josse se interrumpió, incapaz de encontrar más posibilidades, y acabó sin gran convicción—: O algo por el estilo.

La posadera le dirigió una sonrisa agradecida.

—Tenéis un buen corazón, caballero, mi señor. —Se secó los ojos—. Me figuro que querréis hablar con algunas personas y hacerles unas cuantas preguntas.

«¿Ah, sí?», se preguntó Josse. De momento no se le ocurría nada, pero pronto se recompuso y dijo:

—Me gustaría ver la habitación donde murió y hablar con la camarera que lo encontró. —Parecía haber recuperado la capacidad mental—. Y más vale que averigüe quién era y de dónde venía, para hacer una visita a su familia, si es que poseía una.

—Si su familia también está enferma, quedaré fuera de sospechas —declaró Anne.

Tenía razón, pero no mostraba mucha consideración hacia los parientes del difunto. La conmoción, seguro. En condiciones normales, la posadera no le desearía a nadie una muerte espantosa sólo para probar que su comida no era dañina.

—Empecemos con la habitación de los huéspedes —anunció la mujer, precediéndolo por el pasillo.

Josse sintió cierto alivio al comprobar que habían limpiado la estancia. En las esterillas del suelo quedaban restos de humedad del reciente lavado, y el camastro, desnudo, sin ropa de cama, estaba envuelto entre vapores producidos por la condensación. Habían vuelto a fijar el trozo de cuero en la ventana y el frío y vigoroso aire que circulaba por el interior de la habitación pugnaba por disipar el penetrante hedor a vómitos que aún imperaba en ella.

—Lo encontramos tirado con una parte del cuerpo en la cama y la otra en el suelo —explicó Anne tapándose la nariz—. Como si se hubiese acostado y luego, al sentir

las arcadas, se hubiese dado la vuelta hacia el suelo para vomitar. —Masculló algo acerca de lo desconsiderado de la gente, de lo poco que costaba buscar un cuenco en el que vomitar, y de lo repugnante que resultaba recoger y limpiar el vómito ajeno.

—¿Había bebido mucho?

Anne lo miró airada.

—Todos, absolutamente todos, bebieron mucho. Siempre lo hacen en día de mercado. Es mi mejor día.

—¿Creéis que pudo matarlo la borrachera?

La posadera reflexionó.

—He oído hablar de algunos casos —admitió—. Un mozo que conocí cuando yo era... eh... más joven... a él le ocurrió. Se emborrachó, se durmió profundamente boca arriba y se ahogó con su propio vómito. —Meneó la cabeza—. Pero no creo que le pasara eso a este pobre hombre.

—¿No?

Ella suspiró.

—No. Como os he dicho, estaba inclinado sobre el borde de la cama. El vómito le salió por la boca, no se le quedó en ella.

La descripción resultaba demasiado gráfica para Josse, sobre todo en una habitación que aún conservaba el olor a muerte dejado por su último ocupante.

—Hablaré con la moza que lo encontró —anunció y, con grandes zancadas, se encaminó hacia la puerta—. Vamos, mistress Anne.

La camarera que había descubierto el cuerpo era una muchacha de escasa estatura, delgada y macilenta, de unos catorce o quince años, con el cabello castaño claro atado en un moño sobre la nuca, pálidos ojos saltones, manchas en la barbilla, y manos regordetas enrojecidas por el contacto constante con el agua fría. No cesaba de moquear y de limpiarse con el reverso de la mano la gotita que se le escurría de la punta de la nariz. Se llamaba Tilly.

Josse detectó de inmediato que, por alguna razón, sus gentiles preguntas la alteraban.

—¡No puedo decir nada! —insistía—. Entré y allí estaba ¡y no hay nada más que decir!

—¿Sabías quién era?

—¿Eh? ¿Qué queréis decir? —inquirió ella con aire taimado.

Josse lo intentó por otro cauce.

—¿Estabas sirviendo en la taberna la noche anterior?

Tilly vaciló.

—Puede ser. —Josse aguardó, y como si, a pesar de su limitada inteligencia, se diera cuenta de que no le serviría de nada eludir la verdad en una cuestión que podía comprobarse con el testimonio de otras personas, la moza respondió—: Sí.

—¿Y serviste al difunto?

—No —fue la respuesta instantánea, seguida de—: Sí, puede ser. No se puede

estar segura cuando una anda tan ocupada.

—Por supuesto —la tranquilizó Josse—. Lo que te estoy preguntando es: cuando viste al muerto por la mañana, ¿lo reconociste como uno de los clientes de la noche anterior?

La mozueta lo miró como si le faltaran varios tornillos.

—¡Claro! ¡Se había quedado a dormir aquí!

El interrogatorio no conducía a nada y, al darse cuenta de que aún no conocía la identidad del fallecido, dio a Tilly las gracias por su ayuda —la chiquilla no advirtió la velada ironía— y la mandó de vuelta a la cocina.

Tuvo que hablar con media docena de hombres que habían estado en la taberna la noche de autos, antes que alguien supiera decirle la identidad del muerto.

Según los interlocutores de Josse, se trataba de Peter Ely; contaba unos treinta y cinco años de edad y labraba unas pocas fanegas de tierra en el valle de Tonbridge, a quince o veinte leguas de la aldea. Acostumbraba ir al mercado a vender lo que recolectaba como labriego y, luego, antes de regresar a casa, se pasaba por la taberna a tomar una copa y a comer.

Aquello era cuanto se sabía de él; nadie podía dar información sobre la posible existencia de una familia de Peter Ely.

Josse interrumpió el interrogatorio de la clientela de la taberna. «La respuesta fácil —reflexionó mientras paseaba por el patio— es que ya estaba enfermo, y casi espero que así fuera; de lo contrario, si, como estoy convencido, podemos descartar la comida en mal estado, entonces alguien lo mató. Le puso veneno en el plato sin que él se diera cuenta y lo asesinó.

»Y, si eso es así, tengo que preguntarme quién lo hizo. ¿Quién diablos, y por qué motivo, habría deseado matar a un pobre y humilde labriego que no parece haber llevado una vida fuera de lo normal?».

Meneó la cabeza, perplejo y acoquinado.

Se le ocurrió una idea, inducida por el repentino gruñido de su hambriento estómago.

Comida. El plato con la comida.

¿Acaso...?

Volvió a entrar apresurado en la taberna y corrió en busca de Tilly.

—Es por toda la confusión —dijo ésta, señalando con gesto impotente los montones de tajaderos, fuentes y platos incrustados de comida, apilados en un cobertizo adosado a la cocina—. Siempre hay mucha confusión el día después del mercado, y, con eso de que sacaron el cuerpo y tuvimos que limpiar las mesas, con los ires y venires y demás... —Las palabras acabaron con un suspiro cansino, como si no tuviera ánimo para acabar la frase.

Tres días después del mercado y todavía no habían lavado nada. No, Josse estaba convencido de que Anne no lo consentiría en circunstancias normales.

—Tranquila, Tilly —la alentó—, estoy seguro de que nadie se va a enojar

contigo. —Ella lo miró con expresión apesadumbrada, como si no compartiera su opinión—. De todos modos, puede resultarnos muy útil que las fuentes estén sucias todavía. —Revisó el desorden y se preguntó por dónde empezar—. Eh, Tilly, trata de hacer memoria y dime lo que cenó el muerto.

Al ver que no contestaba, se volvió hacia ella y advirtió su expresión: los pálidos ojos abiertos de par en par, el semblante aún más desencajado y cubierto de un fino velo de sudor; parecía aterrorizada.

—Tilly —insistió, tratando de sonar gentil—, ¿qué pasa?

La muchacha meneó la cabeza y dejó escapar un sonido estrangulado. Josse esperó un momento, al cabo del cual, como si reconociera haber cometido un terrible crimen, la jovencita susurró:

—Pastel. Comió pastel de pollo y verduras.

Josse se preguntó a qué se debía tanto desasosiego por una pregunta que sin duda no le resultaba inesperada. Puso manos a la obra con las pilas de vajilla. No hizo caso de los burdos platos de madera sobre los que los parroquianos trinchaban la carne y comían las viandas preparadas por Anne, ya que no había manera de saber cuál había usado Peter Ely. Lo que Josse deseaba inspeccionar era la considerable cantidad de fuentes sobre las que, presumiblemente, se había preparado cada plato, y de las que se habrían cortado las porciones individuales.

Se le antojó que había docenas y docenas. «Ay, Señor, ¡esto es imposible! —pensó, sintiendo que la tarea lo superaba—. Pongamos que logre detectar en qué fuentes había pastel... ¿entonces, qué?».

Debajo de la segunda columna de tambaleantes tajaderos, Josse descubrió, tras apartarlos uno por uno, la enorme fuente sobre la que estaban apilados. Trozos de hojaldre se adherían al borde de la fuente y en el interior se hallaban restos de carne, salsa y verduras. La levantó y miró a Tilly con expresión inquisitiva; ella asintió, transcurrido un momento.

Josse clavó la vista en la fuente y se le quitaron las ganas de dar el siguiente paso lógico. Una habitación llena de vómitos, el rostro de un hombre con un rictus de agonía...

Cogió firmemente un trozo de cebolla entre el pulgar y el índice, se lo acercó al rostro y lo examinó; lo olfateó y, finalmente, lo tocó apenas con el interior del labio inferior.

Nada.

Aguardó. La penetrante mirada de Tilly pareció quemarlo.

Nada.

Metió cuidadosamente la cebolla en la fuente y dejó esta última en el suelo del cobertizo.

Todavía nada.

«Me equivoqué; al menos, con esta fuente. Eso significa que tendré que revisar las tres pilas que quedan para ver si descubro otra fuente de pastel».

Una perspectiva nada grata.

—Tilly, voy a seguir buscando. ¿Te acuerdas de cuántos pasteles se consumieron el día del mercado? Porque...

Un ligerísimo cosquilleo en el labio inferior.

Se enderezó. Aguardó.

No.

Qué se le iba a hacer. Era...

¡Sí! El cosquilleo casi imperceptible, el punto del labio inferior que había tocado la cebolla, ahora le quemaba como si lo hubiese tocado con un carbón al rojo vivo. De un codazo apartó a Tilly, corrió a la bomba que había en un rincón del patio y subió y bajó febrilmente la manivela, con la boca abierta bajo el chorro de agua helada. Más por un reflejo de autoconservación que por razonamiento, colocó la cabeza de tal modo que, en lugar de tragar el agua que le llegaba a la boca, ésta caía al suelo.

La quemazón pronto disminuyó. A pesar de ello, siguió enjuagándose la boca hasta bastante rato después. Se le entumecieron tanto los labios y la cara, que habría deseado aplicar sobre ellos un carbón ardiente.

Se lavó entonces las manos, frotándose repetidamente el pulgar y el índice derechos.

Cuando quedó convencido de haberse limpiado a conciencia, pidió a Tilly un saco viejo y, con cuidado de no volver a tocar el plato, lo envolvió y fue en busca de la posadera.

Sentada en la taberna, con los pies sobre una mesa, Anne bebía una jarra de cerveza. Alzó una mirada aprensiva cuando Josse entró.

Éste levantó el saco.

—He encontrado al culpable —dijo en voz queda—. No fue tu pastel, Anne, al menos no el pastel que salió de tus hábiles manos.

Lo miró dubitativamente. Se notaba que no estaba dispuesta a tranquilizarse hasta que se lo hubiese contado todo.

—¿Y?

—Sugiero que destruyamos esto. —Josse balanceó el saco—. Que rompamos la fuente y la enterremos donde ninguna criatura pueda desenterrarla.

—¿Por qué?

—Alguien le añadió veneno. A menos que me equivoque, y no lo creo, alguien añadió una buena dosis de acónito en una porción del pastel de pollo y luego se lo dio a Peter Ely.

Ahora que sabía lo del veneno, ya no existía motivo alguno para visitar a los parientes de Peter Ely y averiguar si otro miembro de la familia había enfermado. Sin embargo, Josse decidió ir de todos modos: no le parecía bien que nadie fuera a darles la noticia y sabía que, si no iba él mismo, no lo haría ningún otro; sobre todo después de que las autoridades descubrieran lo del acónito, y Tonbridge se alterara como un

gallinero acechado por un zorro.

El sheriff Pelham y Josse ya se conocían. Josse no tenía muchas ganas de encontrarse de nuevo con él y, al parecer, el sentimiento era recíproco.

—¡Otra vez vos! —exclamó Pelham cuando, antes de ir a la parcela de los Ely, Josse fue a pedirle que le dieran las escasas pertenencias del finado.

—Otra vez yo —convino.

Le explicó su misión, y el sheriff se rascó la cabeza para ver si encontraba una objeción; como no halló ninguna, le entregó de mala gana una burda bolsita de lino.

—Quiero que me la devolváis cuando acabéis —ordenó, señalando la bolsa con una uña mugrienta—. Es propiedad de la justicia.

—No se me ocurriría privaros de ella —contestó Josse, y se puso en marcha sin esperar respuesta.

El hogar de los Ely consistía en una desvencijada choza pegada a una fila de tres chozas más, que, a primera vista, parecían más cuidadas. Peter Ely, observó Josse, no era la clase de hombre que dedicara tiempo a las reparaciones: el tejado estaba agujereado, la puerta desencajada... La vivienda en sí tenía un aire mísero, abandonado.

Tras desmontar, Josse ató a *Horace*, se encaminó hacia la puerta y se asomó a la única habitación de la casa.

—Hola —dijo.

Dos siluetas aparecieron entre la penumbra, seguidas por otra, más pequeña; cuando la vista se le acostumbró a la escasa luz, pensó que serían el padre, la esposa y el retoño adolescente de Peter Ely, aunque costaba ver si el último era varón o hembra.

—¿Eh? —preguntó el anciano.

—Vengo de la aldea —explicó Josse, sin saber muy bien por dónde empezar. ¡Aquellos pobres miserables ni siquiera estaban enterados de que Peter estaba muerto!—. En busca de los familiares de Peter Ely.

La mujer lo contempló con expresión apagada.

—Está muerto.

—Lo sé y lo lamento.

Todos guardaron silencio y los tres Ely siguieron mirándolo. Finalmente Josse recordó la bolsa.

—Esto era suyo —manifestó, y les entregó la bolsa. La mujer tendió rápidamente un brazo y, con un gesto a todas luces automático, se la arrancó de las manos antes de guardársela a toda prisa entre los dobleces de la vestimenta, fuera lo que fuese—. Son las cosas de Peter —añadió—. Encontradas en su...

—Aaah —dijo el anciano.

—¡Me las quedo yo! —masculló la mujer y dio al viejo un violento codazo en las costillas, como eludiendo un intento de quitarle las pertenencias de su difunto marido—. ¡Todo lo que tenía él es mío!

Al parecer a nadie se le ocurrió discutirsele.

Y los cuatro permanecieron en la misma posición durante unos minutos, al cabo de los cuales Josse carraspeó.

—Parece que a Peter lo envenenaron. Me temo que no puedo decir más que eso.

—Lo envenenaron —repitió el anciano.

Fue la única respuesta y sonaba más a constatación que a gemido desolado.

Desesperado, Josse espetó:

—Me despido. —Montó a *Horace*, lo espoleó y se marchó al galope.

Obviamente tendría que hospedarse en la posada, pues, aparte de que empezaba a oscurecer, todavía le quedaba mucho por averiguar.

Esperaba que Anne le diera una habitación que no fuera la del difunto, y tuvo suerte porque se la ofreció, después de algunos apresurados cambios.

Después de cenar (cocido de cordero acompañado de cerveza, delicioso) no le apetecía acostarse, y menos pensando en lo fría que seguramente estaría la cama, así que permaneció en la taberna. De repente, la posadera entró como un rayo.

Por su semblante, Josse advirtió que tenía algo que decirle y le preguntó, sonriente:

—¿Y bien? ¿Qué noticias me traes?

Ella correspondió a la sonrisa.

—Yo no; es esa mocosa.

—¿Tilly?

—La misma. Está... Oh, más vale que lo veáis con vuestros propios ojos. A la larga será más rápido.

Le quitó la copa, la dejó bruscamente sobre la mesa y, cogiéndolo de la manga, tiró de él fuera de la taberna, por el pasillo que conducía a la cocina. Tapándose la cara con las manos, Tilly parecía sollozar.

—¡Vamos, moza! —le dijo Anne, encolerizada—. ¡Puedes decirle al caballero lo que me has dicho a mí!

—¡Oh, no! —chilló la camarera.

Anne cruzó los gruesos brazos sobre el voluminoso pecho.

—O se lo dices tú o se lo digo yo —amenazó.

—Vamos, Tilly. —Josse avanzó y se agachó al lado de la muchachita—. ¿Qué puede ser tan terrible? —Soltó una risita—. Después de todo, tú no envenenaste al viejo, ¿verdad?

Se rió de nuevo. No tardó en darse cuenta de que reía solo; Anne lo miraba con expresión tormentosa y Tilly había roto a llorar de nuevo.

—Ay, Dios mío misericordioso —masculló Anne—. Tilly, de verdad que no lo envenenaste, y nadie va a acusarte de hacerlo mientras me quede un hálito de vida. Puede que no valgas mucho —añadió entre dientes—, pero eres mejor que nada y no tengo intención de dejar que te lleven y te acusen de algo que no has hecho.

Esto pareció tranquilizar un tanto a Tilly, que levantó la cabeza y miró a Josse con ojos enrojecidos. Éste opinó que el desasosiego no la favorecía.

—Tilly... —insistió con gentileza.

Ésta tomó una profunda bocanada de aire.

—Era el último trozo de pastel. Había un hombre apuesto, con un hermoso y brillante cabello negro, como el de un caballo. Me lanzó una sonrisa muy amable y me dijo que qué le recomendaba. Qué era lo más sabroso. Y, como era la última porción y él era tan afable, yo, pues, yo... —Y se echó a llorar nuevamente.

—Estabas sirviendo a un hombre agradable y amistoso —dijo Josse en un intento por recuperar el hilo de la narración— e ibas a servirle el último trozo de pastel, ¿verdad?

Tilly asintió.

—Sí. Estaba preparando el plato: un trozo de pastel, salsa, unas verduras, una rebanada de pan, cuando Tobe me gritó...

—¿Tobe?

—Tobías —explicó Anne—. El mozo.

—Ah. Sigue, Tilly.

—Tobe gritó: «¡Otro pastel de pollo!», y me dije que tendría que empezar a cortar otro. Luego pensé que por qué no darle a él la primera porción, ya que era tan agradable, y el trozo que quedaba, a la otra persona que quería pastel. Sobre todo cuando miré y me di cuenta de que el que recibiría la porción nueva era un viejo tonto, medio borracho. —Eché una ojeada a Josse—. ¿Lo entendéis?

Como explicación resultaba engorrosa, pero Josse pensó que sí, que la entendía.

—Dos personas pidieron pastel; el hombre amistoso y apuesto y el hombre que, según sabemos ahora, era Peter Ely. ¿No es así? —Tilly asintió y se limpió un largo moco verde con el dorso de la muñeca. Josse dio un paso atrás—. Sólo quedaba una porción del pastel que habías estado sirviendo y, naturalmente, se lo habrías servido al hombre apuesto en vez de empezar a cortar porciones de un pastel nuevo. ¿Voy bien?

—Sí. Ella... la ama... es muy estricta con eso. Siempre tenemos que acabar un plato antes de empezar uno nuevo.

—Bien. Pero luego, justo cuando ibas a llevarle su plato al hombre apuesto, Tobías te gritó pidiéndote otra porción de pastel, lo que quiere decir que podías darle los restos del pastel viejo...

—No creo que me guste que lo llaméis pastel viejo —se quejó Anne—. No era viejo, era de esa misma mañana, ¡igual que toda la comida del día!

—Sí, Anne —aceptó Josse, tratando de no mostrar su irritación—. Sólo lo llamo viejo para diferenciarlo del que todavía no se había cortado. ¿De acuerdo?

Anne hizo un mohín de asentimiento.

—Está bien.

—Ahora, Tilly... —Josse se volvió hacia la muchacha—. Decides darle la última

porción del pastel ya cortado a Peter Ely y preparas un bonito plato con el pastel que acabas de cortar para el hombre apuesto. ¿Sí?

—¡Sí! —Tilly se arriesgó a esbozar una sonrisilla apenas visible.

—¿Ves que no fue tan difícil? —exclamó Josse.

Pero la jovencita se dejó llevar nuevamente por la melancolía.

—Le di el pastel que lo mató —gimió.

—¡Sí, mozuela, pero no fue culpa tuya! —declaró Josse, exasperado—. Tú no envenenaste la porción que quedaba, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—¡Lo ves! Y...

Josse estaba a punto de decir: «Y, si no hubieses cambiado las porciones, tu hombre apuesto habría muerto en lugar de Peter Ely»; pero se dio cuenta de que el comentario probablemente no la animaría y se lo guardó para sí.

Más tarde, tumbado en un estrecho camastro, bajo unas mantas tan delgadas que se alegró de llevar consigo su gruesa capa —Anne le había explicado que normalmente habría tenido más mantas pero las que Peter Ely había manchado todavía no estaban secas—, Josse repasó los progresos de la jornada.

No tardó mucho.

Alguien había querido matar a alguien. Lo habían seguido hasta la posada de Tonbridge, habían oído lo que pedía de cena y se las habían arreglado para entrar a escondidas en la cocina, donde todos andaban atareados, y añadir una dosis mortal de acónito en la porción de pastel destinada a la víctima.

Acónito, pensó momentáneamente distraído. Conocido también como «matalobos», tenía flores azules con forma de capucha de fraile, hojas como las del perejil y una raíz semejante a un diminuto nabo marrón. Los curanderos aliviaban dolores frotándolo en la piel, pero debía usarse con cuidado, pues todas las partes de la planta resultaban venenosas. Uno de los venenos más antiguos de la humanidad, muy conocido y probablemente muy utilizado por romanos y griegos.

¿Sería fácil de conseguir allí, en el sureste de Inglaterra? No lo sabía. En todo caso, que fuera fácil o no, alguien lo había conseguido.

«El pastel envenenado iba casi de camino a la víctima —Josse retomó el hilo—, cuando la moza Tilly cambia los platos para recompensar a su amigo, el hombre apuesto, con el pastel recién cortado. Pobrecita —pensó, distrayéndose de nuevo—. No creo que con ese pequeño gesto filantrópico hubiera llegado lejos con el hombre del cabello brillante, teniendo en cuenta su aspecto magro, su cortedad y su costumbre de limpiarse la nariz con la mano.

»¿Por dónde andaba? —Empezaba a adormecerse—. Ah, sí, el intercambio de pasteles».

No era de sorprender que le costase tanto imaginar al inocuo Peter Ely como víctima de un asesinato. No lo había sido. El pastel envenenado no era para él, sino para el hombre apuesto de Tilly.

Y éste se había marchado hacía más de tres días, probablemente sin saber que alguien había intentado envenenarlo. Puesto que nadie sabía quién era, de dónde venía ni adonde iba, el próximo paso que debía dar Josse para desentrañar el enigma ya estaba marcado.

Capítulo tres

Helewise, abadesa de la abadía de Hawkenlye, se recuperaba de un grave ataque de fiebre.

Eso decía ella, pero la enfermera, sor Eufemia, insistía en que aún se encontraba muy enferma. La discusión llegó a un punto muerto. Helewise ganó la batalla en lo tocante a si debía quedarse en la enfermería o no, y Eufemia triunfó en cuanto a la necesidad de poner en el despacho de Helewise una cama baja con ruedas y un pequeño brasero.

Ahora la abadesa podía encargarse de sus quehaceres y, cuando sentía que ya no aguantaba y necesitaba dormir, lo único que tenía que hacer era atravesar la habitación y tumbarse.

Helewise se sentía incómoda. ¡Era inaudito que una monja disfrutara del lujo de tener un fuego en su habitación! ¡Incluso en la enfermería tan sólo los muy graves gozaban de semejante privilegio! «¿Qué hay de mis votos? —se preguntó, enfurecida—. ¿Qué hay de la pobreza, cuando estoy aquí acurrucada bajo mantas de suave lana, y el carbón al rojo vivo irradia su anaranjado calor a tres palmos de mi cama?».

«A trabajar —se ordenó a sí misma—. He dormido desde la hora del almuerzo: ya es tiempo de hacer algo constructivo».

Bajó los pies al suelo y se sentó. La cabeza le dio vueltas y creyó que iba a vomitar. Unos oscuros puntitos flotaron frente a sus ojos, crecieron, se juntaron, formaron una masa y se convirtieron en un abismo negro.

Se tumbó suavemente de nuevo y pensó que tal vez Eufemia tuviese razón.

Dormitó a rachas, inquieta y culpable. ¡Tantas cosas que atender! La angustia impregnó sus sueños; fray Saúl, el más capaz de los hermanos legos, su favorito aunque no lo demostrara abiertamente, arrodillado junto a su cama, le susurraba:

—Sé que estáis enferma, abadesa, pero hay otros que lo están más y necesitan que remendéis su capucha porque la lluvia está entrando.

Y a continuación se sacaba de la manga una gruesa paloma torcaz y le acariciaba la garganta hasta hacerla cantar como un mirlo. Luego fray Saúl se convertía en el quisquilloso fray Fermín, que sostenía una enorme Biblia en sus nudosas manos, y sin miramientos la golpeaba con ella en la frente...

Al despertarse sobresaltada, los golpes de fray Fermín se tornaron en una constante y ardiente pulsación de dolor justo en mitad de la frente.

«De acuerdo —se dijo, agotada, y volvió a sentarse, más despacio esta vez—. De acuerdo. Me pondré a trabajar».

Se desplazó hacia la silla de madera de respaldo alto situada detrás del ancho escritorio, en el fondo del despacho. Ambos eran finos y caros, reliquias de su vida como esposa de caballero. El querido Ivo le había regalado la mesa, que por aquel entonces estaba repleta de las cosas propias de los quehaceres de Helewise: hilos y agujas para remendar la siempre maltratada ropa de sus dos hijos; manojos de

especias o de flores con las que hacer cremas y ungüentos para aplicárselos cuando fuera necesario a los miembros de su casa, ya fueran humanos o animales; y siempre, siempre, las cuentas de la economía hogareña. Ivo, que apenas sabía escribir algo más que su propio nombre, amaba a su esposa, pero, sobre todo, adoraba su cultura, su destreza con los números y su mano habilidosa.

Helewise se obligó a deshacer la ensoñación. ¿Pero qué le pasaba hoy? ¡No era capaz de concentrarse en su trabajo! Se sentó y tiró del enorme libro donde registraba hasta el más mínimo detalle de todo y todos los que entraban en la abadía de Hawkenlye, y, cómo no, también de todos aquellos que la abandonaban.

Sumaba por cuarta vez las cantidades donadas por fray Fermín a los peregrinos que acudían al santuario del valle —en los tres primeros intentos había obtenido tres resultados completamente diferentes—, cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

Resistiendo la tentación de arrojar la pluma al otro lado de la estancia, la dejó con cuidado sobre el escritorio, entrecruzó las manos en el regazo y dijo calmadamente:

—Adelante.

La puerta se entreabrió y el animado rostro de sor Ursel asomó por el resquicio.

—¿No estáis dormida, abadesa? —susurró.

—Como ves, sor Ursel, no lo estoy. —Helewise se forzó a componer una expresión que semejara una bienvenida.

—Ah, no, claro que no.

—Entra y cierra la puerta. —La abadesa sentía que su sonrisa se iba pareciendo cada vez más a una mueca.

—Oh. Ah. Sí. —Sor Ursel obedeció y cerró la pesada puerta con exagerado cuidado. Avanzó, se inclinó hacia Helewise y dijo:

»¿Cómo os sentís, abadesa? Sor Eufemia me ha dicho que no os cansara con mi parloteo y que no entrara si estabais descansando, sólo que no estáis descansando, así que puedo decirle que puede pasar. Entrar, quiero decir. —Frunció el entrecejo—. ¿O será pasar? Yo...

—¡Sor Ursel! —la alentó suavemente la abadesa—. ¿Para qué querías verme?

«¡Ay! —pensó—, además de una mente distraída, ahora tengo muy mal genio. He aquí a la pobre Ursel, tratando por todos los medios de ser amable y considerada, y yo aquí, sentada, con unas ganas enormes de arrojarle este miserable libro a la cara...». Tomó nota mental de que debía hacer una humilde y contrita penitencia por mostrarse tan poco caritativa con una hermana y dirigió a Ursel una sonrisa alentadora.

Sonrisa que, por desgracia, no debió de parecerse en nada a lo que ella pretendía, pues la portera ahogó un gemido y dio un paso atrás.

—¡Abadesa! ¿Estáis peor? ¿Voy a buscar a sor Eufemia?

—No —contestó Helewise con demasiada contundencia—. Estoy bien, sor Ursel. Ahora, por favor, dime lo que quieres antes de que... bueno, dímelo.

Sor Ursel hizo una mueca ofendida.

—Sir Josse está fuera —respondió cortante—. Quiere saber si puede entrar a veros.

Y continuó mascullando algo parecido a «en su lugar, no me molestaría». Pero, animada ante la perspectiva de ver a su viejo amigo, Helewise casi no la oyó.

—¡Me encantaría verlo! —dijo, contenta—. ¡Hazlo pasar en seguida!

Un momento después Josse entró a grandes zancadas y con una sonrisa alegre y expectante, que, al ver a Helewise, se convirtió en expresión de alarma.

—¡Por Dios! ¿Qué habéis hecho? —inquirió, dirigiéndose rápidamente hacia ella. Pasando por alto las manos tendidas de la abadesa, la asió con firmeza de un codo y la sentó—. ¡Sentaos! —gruñó—. ¡Sentaos, no vaya a ser que os caigáis!

—Estoy bien —contestó Helewise por segunda vez en escasos minutos.

Josse la observaba, ceñudo.

—No lo estáis —declaró—. Estoy seguro de que vuestras hermanas os permiten que se lo digáis, pero yo no pienso hacer como ellas, no pienso halagar vuestra vanidad. —Se apoyó en la mesa, se inclinó y acercó el rostro al de la abadesa—. Yo diría que habéis tenido fiebre y os habéis levantado y puesto a trabajar mucho antes de lo que conviene.

—Pero...

Josse la acalló con un gesto de la mano.

—¡Pero nada! —Formó un puño y lo dejó caer sobre el escritorio. La pluma abandonada de Helewise saltó y cayó al suelo—. Puede que os consideréis indispensable, abadesa, pero no lo sois. Nadie lo es. ¿Qué estáis haciendo? —Antes de que ella pudiera detenerlo, le dio la vuelta al libro de registros y lo examinó—. ¡Estáis haciendo cuentas! —La contempló tan asombrado como si la hubiese pillado pintando hombres desnudos.

—Alguien tiene que hacerlo —alegó Helewise en tono estirado—. Y es mi trabajo.

Josse dejó escapar un suspiro exasperado.

—Cuando estáis bien, sí. Pero sin duda podéis delegarlo en alguien.

—No hay muchas personas aquí que sepan leer y escribir —declaró la abadesa, dándose cuenta de que deseaba tomar en serio la sugerencia—, y de las que saben, no sé quién tiene una letra lo bastante buena.

Josse asentía sin cesar, dando a entender que lo que él había dicho era cierto.

—¿Veis como tengo razón? Os creéis indispensable. La única monja entre... ¿cuántas sois?, ¿cien más o menos?... cuya letra es lo bastante buena para el libro de cuentas. ¡No se trata del manuscrito de un copista! ¡No necesita ser ilustrado y coloreado! —exclamó—. ¡Y tampoco es una escritura sagrada! ¿De verdad es tan importante como para que durante una o dos semanas no pueda llevar las cuentas alguien con una letra menos grácil y esbelta que la vuestra?

—¡Sí! —protestó Helewise automáticamente, y luego, dado que la cabeza le dolía cada vez más, corrigió su exclamación con un susurro—: No, claro que no. Mientras

lo haga lo mejor que pueda, no habrá motivo de queja.

Dejó caer el febril rostro entre las frías manos y se deleitó con el consuelo que le proporcionaba el contraste.

Percibió que Josse se paraba a su lado, y un momento después sintió su tacto vacilante en el hombro.

—Abadesa —dijo él, en tono ya amable—, ¿romperíamos el protocolo si me hablarais acostada en vuestra cama?

Alzó los ojos. Arrugas de ansiedad surcaban el rostro de rasgos firmes, normalmente lleno de animación, como si de verdad temiera que su sugerencia constituyese una ofensa mortal. Reprimió como pudo el acceso de risa que le sobrevino y respondió con humildad:

—En absoluto, sir Josse.

Y le permitió guiarla los pocos pasos que la separaban de la cama con ruedas. Él le puso la almohada detrás de la cabeza, la cubrió con las mantas y dio unos pasos hacia atrás.

Tuvo que reconocer que suponía un enorme alivio encontrarse de nuevo acostada.

Josse la contempló un momento sin pronunciar una palabra, expectante, como si esperase una señal suya para empezar a hablar. Por cierto, ¿de qué querría hablarle?

—Sir Josse —dijo Helewise—, naturalmente sois bienvenido, pero ¿hay algo en concreto que deseáis comentarme?

Josse se había alejado tanto de la cama, que ahora se apoyaba en la puerta. Dando por sentado que él creía que así debía comportarse en la habitación en que una monja se hallaba acostada, sintió de nuevo deseos de reír.

—No creo que deba cargaros con mis preocupaciones —respondió Josse—. Al menos no cuando estáis convaleciente.

—Pues, como ya estáis aquí, ¿por qué no me las contáis?

—Muy bien. —La miró con ojos penetrantes—. Pero sólo a condición de que me saquéis a patadas cuando lleguéis al hartazgo.

—Lo prometo. —Helewise sonrió y cerró los ojos—. Ahora, hablad.

Escuchó a Josse explicarle lo ocurrido en la posada de Tonbridge; hablarle del difunto Peter Ely, de cómo él mismo había descubierto el pastel envenenado con acónito, de Tilly y de los platos intercambiados. Pese a los detalles espeluznantes, a la abadesa le gustó escucharlo. No había duda de que sir Josse sabía cómo contar las cosas, ordenadamente, con detalles suficientes para poder imaginar las escenas que describía. Mientras reflexionaba en lo agradable que era recibir visitas que le llevaran noticias del mundo más allá de los confines de la abadía, tardó un buen rato en darse cuenta de que él permanecía en silencio.

Abrió los ojos y lo vio inclinarse sobre ella.

—Lo siento —exclamó él, y de inmediato dio unos pasos hacia atrás—. Pensé que os habíais dormido.

—¿En medio de semejante relato? —Le sonrió—. ¡Dios no lo quiera!

Él le devolvió la sonrisa, al parecer aliviado. Pero su sonrisa se borró al punto al ver que Helewise intentaba incorporarse.

—¿Adónde creéis que vais? —exigió saber Josse.

—¡A ninguna parte! —protestó ella—. Necesito cambiar de posición.

—Mmm. —Josse la miró con suspicacia, casi como si esperara que cogiera el libro de registros de su escritorio y volviera a dedicarse a las cuentas—. Bien, abadesa, ¿cuál es vuestra opinión? ¿Compartís mi suposición de que la víctima debía ser el apuesto desconocido?

—Sí —respondió con firmeza Helewise—, estoy plenamente de acuerdo. —Qué satisfacción, volver a unir sus ingenios para resolver este nuevo enigma—. Y creo que el único modo de encontrar al asesino es descubrir la identidad del desconocido y averiguar por qué alguien quería matarlo. —Hizo una pausa y añadió con tono dubitativo—: Aunque hay un detalle que me desanima.

—¿Qué? —preguntó él.

—Bueno, es un detalle pequeño, pero se me ha ocurrido que el desconocido no hizo nada para disfrazarse, más bien al contrario, puesto que llevaba ropa buena y sin duda sabía que resaltaría en la taberna de la posada y, según lo que me contáis, coqueteó abiertamente con la camarera.

—En realidad no sabemos con certeza que coqueteó con ella. Sólo tenemos la versión de Tilly. Y la verdad, abadesa, es que no es una moza con la que yo coquetearía.

—Aun así, pasó la velada en la taberna sin disfrazarse, una taberna llena a rebosar, ¿no?

—Sí —contestó Josse—. Pero no veo adonde queréis ir a parar.

—Simplemente pienso que, si no le importaba quién pudiera verlo, no tenía sospecha alguna de que alguien quisiera matarlo, por lo que, aun cuando logréis encontrarlo, tal vez sea poca la ayuda que pueda darnos para descubrir al asesino.

—Por desgracia, creo que tenéis razón, abadesa. Pero, aun así, es nuestra única pista y hay que seguirla, ¿no os parece?

Helewise suspiró.

—Sí, es todo lo que tenemos. ¿Qué más se sabe de él? ¿Se alojó esa noche en la posada?

Josse meneó la cabeza.

—No lo creo. Según mistress Anne, el difunto fue su único huésped esa noche. —Esbozó una fugaz sonrisa—. Aunque, dadas las circunstancias, «huésped» no es la palabra más adecuada.

—¿Sabe alguien adonde fue el desconocido al salir de la taberna?

—No.

—¿Podría ser que fuera huésped de los Clare? Al fin y al cabo, yo diría que son de su clase, ¿no os parece?

—Sí, supongo que sí. Pero no me parece muy probable. Un noble... si damos por

sentado que lo era, a la vista de la descripción de su vestimenta y sus modales... viene a visitar a unos amigos, los deja para cenar en la taberna, que, por muy decente que sea, no es más que una taberna, y, nada más dar cuenta de la comida, regresa a casa de sus anfitriones a pedirles alojamiento. —Meneó la cabeza—. No encaja con nada que yo haya oído antes.

—Ni yo, tengo que reconocerlo —admitió la abadesa—. Pero aun así, nada perderíais con ir al castillo de los Clare a hacer unas preguntas. Y deberíais empezar a indagar por la aldea. ¡No puede haber habido muchos desconocidos apuestos en la aldea últimamente! Además, contáis con una buena descripción.

Josse le sonrió.

—Abadesa, ¿alguna vez vais a Tonbridge? —Ella hizo un gesto negativo con la cabeza—. Pues me temo que tenéis una idea desacertada del lugar.

—Solía ser una aldea tranquila —murmuró Helewise—. El castillo dominaba el cruce del río y...

—Sí, el cruce del río —la interrumpió Josse—. ¿Y qué cruza el río?

—El camino, por supuesto.

—Sí, el camino de Londres a la costa. Abadesa, me figuro que, desde la última vez que fuisteis, el tráfico ha aumentado. Para gran desventaja nuestra, puesto que el tráfico incluye, aparte de los mercaderes, los peregrinos y los que se trasladan por los alrededores: incontables desconocidos elegantemente vestidos, apuestos y feos.

—Oh.

—¡No os aflijáis! —Josse pareció animarse—. Es un punto de partida. Al menos, es mejor que nada. Saldré de inmediato y empezaré a indagar.

—Cuánto fervor —murmuró la abadesa.

Él la contempló y suavizó la expresión.

—¿Puedo informaros de mis progresos en un par de días?

—Me molestaría mucho que no lo hicierais.

—¿Y me prometéis que descansaréis?, ¿que pediréis a alguien que se encargue de las cuentas?

—Lo prometo. —Alguien capaz de sumar una columna de cifras mejor de lo que ella podía de momento.

Josse abrió la puerta.

—¿Deseáis que os mande a alguien? ¿Una bebida, algo de comer?

La sola idea de comer le provocaba náuseas a la abadesa.

—No, nada, gracias.

—Entonces le diré a sor Eufemia que estáis descansando. —Josse salió quedamente—. Dormid bien.

—Adiós, sir Josse, y buena suerte.

Escuchó sus pesados pasos atravesar el claustro. Luego cedió al cansancio, se puso de lado y no tardó en conciliar el sueño.

Capítulo cuatro

Al alejarse de la abadía, Josse se preguntó si la abadesa consideraría como una interferencia no deseada lo último que había hecho antes de salir. Se preguntó si, al averiguarlo, se enojaría con él.

Esperaba que no. Y, aunque así fuera, era un precio que pagaría con gusto.

Antes de marcharse había ido a ver a sor Eufemia y le había dicho que le había horrorizado el aspecto de la abadesa.

—¡No hace falta que me lo digáis a mí! —había protestado Eufemia, enojada—. ¡Tengo ojos en la cara! ¡Y debisteis verla la semana pasada! ¡Dios Santo Misericordioso!, ¡si hasta hubo una noche en que temí por su vida, de tanto que le subió la fiebre!

—¿Qué le pasa?

Eufemia se encogió de hombros.

—Las gentes dicen que hay una buena cantidad de fiebres corriendo por ahí. Éste es un invierno duro. La enfermedad de la abadesa llegó con los peregrinos. Había cuatro, dos viejos y dos jóvenes. Los viejos murieron; no pudimos hacer nada por ellos; ¡el agua sagrada no siempre obra milagros si el cuerpo está muy enfermo!

—¿Enfermaron muchas de vuestras monjas y monjes?

Eufemia soltó un «¡ja!» indignado.

—Me da vergüenza reconocerlo, pero la mayoría de nuestras monjas y monjes se mantuvieron alejados. La propia abadesa se turnó conmigo y sor Calixta para cuidarlos, y fray Saúl nos relevaba cuando íbamos a los servicios religiosos. Me imagino que Calixta, Saúl y yo evitamos casi todas las infecciones porque el buen Dios nos protege, dado que estamos en contacto constante con los enfermos. Pero la abadesa es diferente. Estaba ya agotada cuando vino a ayudarnos, sir Josse, y parece que las fiebres aquejan más fácilmente a las personas cuya energía ha disminuido. —Eufemia meneó tristemente la cabeza—. Se hace cargo de demasiadas cosas, me paso la vida diciéndoselo. Para lo que me sirve. Más me valdría guardar el aliento para enfriar la sopa.

—Sor Eufemia, la abadesa tiene que hacer menos cosas. Estaba ocupada en el libro de registro cuando entré a verla. ¿Podéis mandarle a una monja capaz, que la releve en eso al menos, hasta que se sienta mejor? Tiene que haber alguien que pueda hacerlo.

—Claro que sí —convino Eufemia—. Dejádmelo a mí, sir Josse.

—¿Creéis posible que otras monjas se encarguen de todas sus tareas? Además, me parece que conviene que alguien le haga compañía —añadió, a sabiendas de que con ello le robaría a Helewise toda su preciada y, bien lo sabía, limitada soledad—, para estar seguros de que descansa.

Eufemia le echó una mirada de comprensión, como leyéndole el pensamiento.

—Sí, ya os lo he dicho, dejadlo todo en mis manos.

¡Qué suerte haber escapado!, reflexionó Josse mientras espoleaba a *Horace*. No sería él quien tuviera que aguantar la reacción de Helewise cuando se enterase de sus maquinaciones con sor Eufemia...

Se alegró de llegar a las afueras de Tonbridge, aunque hubiese oscurecido del todo, porque la temperatura había bajado y, a pesar de la capucha forrada, le dolían las orejas por el frío.

Pidió una generosa cena; no porque se la hubiese ganado, reflexionó, pues no había esclarecido casi nada ese día. Y, para colmo, ahora le preocupaba la salud de la abadesa.

Bueno, al menos la había dejado en buenas manos.

Puesto que no le apetecía enfrentarse a las preguntas de la posadera Anne, ni a la mirada ansiosa de Tilly al enterarse de que no tenía nada nuevo para contarles, dio cuenta de la cena, apuró la cerveza y se acostó temprano.

Mediada la mañana del siguiente día, emprendió camino hacia el castillo.

Nada más cruzar el vado y enfilarse la empinada vereda, se dio cuenta de que nadie parecía haber pasado por ella recientemente: en el suelo congelado no se divisaban huellas, y el puente levadizo estaba levantado a medias. Sólo un hilillo de humo se elevaba dentro de los confines de los sólidos muros. Producto de un brasero exterior más que de la gran chimenea del salón principal, pensó.

En respuesta a su llamada, un hombre apareció en el extremo opuesto del puente levadizo. En lugar de bajarlo para franquearle el paso, le gritó:

—¿Sí?

—¿Está la familia en casa?

—No.

El hombre estaba a punto de regresar al interior, pero Josse lo detuvo.

—¡Un momento!

Y el hombre se volvió de mala gana.

—¿Qué queréis?

—Busco a un forastero, un noble, posiblemente amigo de la familia. Pienso que tal vez se aloja con ellos o ha venido de visita.

—No hemos tenido visitas. Como he dicho, la familia no está.

¿Dónde estaban?, se preguntó Josse. ¿Y qué demonios los habría impulsado a abandonar la comodidad del hogar con este tiempo?

—Haríais bien en marcharos —añadió el hombre—. Si es que valoráis vuestra salud.

—¿Por qué? —Josse sintió un estremecimiento de alarma recorrerle la espalda.

—Enfermedad —respondió el hombre con el aire satisfecho de quien advierte de un peligro del que se siente inmune—. Hay fiebre en la nueva abadía. No debieron construirla, al menos no tan cerca del vado, tan cerca de donde todos los arroyos se juntan. Es un lugar pantanoso. El aire es malo y esparce toda clase de pestilencias. La familia se ha ido a Suffolk y tengo órdenes de mantener el puente levadizo levantado.

—Dio un golpe a las sólidas tablas con la palma de la mano—. No podéis entrar, quienquiera que seáis, y yo no pienso salir.

Cosa comprensible, pensó Josse.

—¿Y no ha venido nadie? ¿Ningún noble ha venido de visita?

El hombre dejó escapar una risita socarrona.

—Habría tenido que nadar —indicó, señalando el agua cenagosa del foso, medio helada y ennegrecida hasta lo increíble por asquerosas porquerías—. Y eso es algo que no le recomendaría a nadie.

Josse alzó un brazo.

—Gracias por vuestro tiempo —gritó e hizo girar a *Horace*, dispuesto a marcharse.

—El tiempo me sobra —replicó el hombre, que se volvió hacia las oscuras sombras del cuartel de la guardia—. ¡Que tengáis un buen día!

Cuando Josse giró la cabeza para responder al saludo, le pareció ver un movimiento. Arriba, en las almenas... ¿Era una cabeza lo que se había asomado por encima del sólido muro y retirado a toda prisa?

Mantuvo la vista fija en el lugar, pero no había nada que ver.

Probablemente un cuervo, se dijo. Nada más siniestro que un cuervo. Después de todo, como había dicho el hombre, cualquier persona no invitada habría tenido que cruzar el foso a nado.

Como no prestaba atención a lo que hacía *Horace*, no se fijó en que éste tomaba una senda diferente para el descenso. Estaba a punto de tirar de las riendas y regresar al camino por el que había llegado cuando, de repente, atisbo algo.

Herrajes. Huellas de herraduras.

Alguien había subido por ese sendero, mucho más estrecho que el otro y casi oculto, y de eso hacía muy poco.

¿El hombre con el que había hablado, quienquiera que fuera, que regresaba de la aldea con la compra?

No. Había dejado muy claro que pretendía mantenerse aislado y a salvo en el castillo hasta que terminara la amenaza.

Entonces, ¿quién?

Decirse que no debía llegar a conclusiones precipitadas no le sirvió de nada, y se resignó a la perspectiva de pasar varias horas a la intemperie a pesar del frío. Desmontó y guió a *Horace* hasta un frondoso grupo de avellanos que, bañado por los débiles rayos del sol de febrero, lo abrigaría del viento.

Y se preparó para soportar una larga espera.

Más tarde pensó que debería haber llevado comida consigo. Aunque, en realidad, pronto tendría que renunciar a su espera, no por él, sino por *Horace*. En el horizonte el sol se ponía y, por momentos, su insignificante calor y su pálida luz se debilitaban. La oscuridad no tardaría en caer.

Aun así, se obligó a esperar un rato más.

Al desvanecerse la luz del sol oyó un ajeteo proveniente de más arriba, desde la dirección en que se encontraba el castillo. Un murmullo de voces, rápidamente interrumpidas, y un largo y sostenido retumbar, que acabó en un ruido sordo. Tras una brevísima pausa, volvió a repetirse.

También percibió el sonido de cascos de caballo bajar por el más estrecho de los dos senderos. Pero era apenas audible, demasiado débil; ¿irían los cascos amortiguados con alguna tela?

Iba a pasar justo frente a su escondite.

Josse se adentró aún más en el grupo de avellanos y tapó el morro de *Horace* con las manos.

El sigiloso caballo que llegaba del castillo se acercaba cada vez más... y a Josse le pareció distinguir el ligero tintineo del arnés.

Contuvo el aliento.

Jinete y caballo pasaron de largo.

A pesar de la breve vislumbre que le permitían los avellanos, no le cupo duda de que era un hombre completamente envuelto en una voluminosa capa.

Tras aguardar a que el jinete no pudiera oírlo, Josse sacó a *Horace* del refugio de los avellanos, montó y salió en pos de la otra cabalgadura.

Resultaba difícil calibrar la distancia desde la cual poder ver sin ser visto. La penumbrosa luz era, a la vez, una ventaja y todo lo contrario.

Lo siguió unas leguas y, al ver que se detenía, se apresuró a resguardarse bajo la sombra de un roble. El jinete desmontó y, mientras Josse lo observaba, se agachó para quitar una suerte de cubierta, como de sarga, de las patas del caballo.

Una partida en el ocaso, se dijo Josse, hecha con todo el sigilo posible.

El jinete se adentró en una espesa franja de bosque, tal vez una parte del enorme Weald, dedujo Josse, aunque la escasa luz de la ya nublada noche le había hecho perder el norte. Al momento siguiente, el jinete no estaba, lo había perdido de vista.

¡Malditos fueran los fuegos del infierno!

Espoleó a *Horace* y escudriñó entre los árboles, tratando de detectar algún movimiento del ramaje.

¡Imposible! No veía nada.

Detuvo a *Horace* y aguzó el oído.

Silencio.

Desmontó. Nunca se sabía: a pesar de lo helado que estaba el suelo quizá pudiese descubrir la huella de alguna herradura. Se agachó, se quitó un guante y, con los dedos extendidos, tanteó el suelo en busca de una hendidura que indicara que alguien había pasado por allí recientemente.

En vano. Ya no distinguía nada y descartó la idea de seguir por el sendero, a pesar de ser el camino que probablemente había tomado el jinete.

Avanzó un par de pasos y se agachó para intentarlo una vez más. De repente, *Horace* dio un relincho de alarma, echó la cabeza para atrás y soltó las riendas sujetas

por la mano de Josse. Justo cuando éste hacía ademán de levantarse, percibió un débil silbido junto a la oreja derecha.

En el instante en que su cerebro registraba la alarma, recibió el golpe.

Un dolor intenso concentrado en mitad del cogote. Una vaga sensación del frío suelo del bosque y unos cristales de hielo pegados a la mejilla.

Luego, nada.

Al despertar sintió que algo le hacía cosquillas en la nariz. Algo suave pero de olor penetrante. ¿Qué olía así? ¿Las cabras? ¡No! ¡Las ovejas!

Un trozo de piel de oveja.

Apestosa, sí, pero calentaba. Movi6 los dedos de los pies. Calientes también. ¡Qué gozo! Cerca de allí oyó el chisporroteo de un fuego. Fuego. Piel de oveja. Calor. ¡Ah, esto sí que era bueno! Mejor que permanecer al relente en la ladera de debajo del castillo de Tonbridge, tratando de evitar que *Horace* diera vueltas y revelara su presencia...

¡*Horace!*

Se sentó de golpe.

Su cabeza pareció estallar, y todo pensamiento que tuviera que ver con *Horace* se borró. Gruñó en voz alta.

—¡Acostaos! —le exhortó una voz.

Por un momento Josse creyó encontrarse con Helewise y que, gracias a una extraña situación invertida, ella lo cuidaba a él y trataba de convencerlo de que descansara. ¿Acaso se le habría transmitido su dolor de cabeza? No le importaría en realidad, sólo que le parecía raro...

No. No podía hallarse en el camastro de Helewise. La abadesa no se acostaría bajo una manta tan apestosa como aquélla.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, abrió los ojos.

A la grisácea luz de la mañana vio que se encontraba en una tosca cabaña, hecha de troncos entrelazados con mimbres de sauce. El aire frío penetraba a través de las numerosas grietas de las paredes. Estaba tumbado en una cama de helechos y la apestosa manta era, en efecto, una piel de oveja mal curtida.

Un movimiento atrajo su atención. Volvió la cabeza con mucho cuidado, y vio una silueta en el vano de la puerta.

Una silueta bajita; a juzgar por la vestimenta, se trataba de un niño. ¿Ocho años? ¿Nueve? Pese a ser tío de varios mozuelos, no sabía calcular la edad de los niños. Mientras lo contemplaba, el muchacho entró, se arrodilló a su lado y le acercó una taza que llevaba en una mano. Alzó la cabeza de Josse con suavidad, evitando tocarle la herida, y puso el borde de la taza en los labios del convaleciente.

Un líquido caliente, condimentado con lo que parecía ser cebolla, entró chorreando lentamente en su boca.

Mmm. Bueno.

—Mmm. Bueno —dijo en voz alta.

—Es caldo de cebolla —contestó una voz alegre—. Al menos, eso se supone. No cocino mucho, pero a mime supo bueno.

—Es posible que le falte un poquitín de sal —sugirió Josse.

—¡Sí! Pero es que no tengo sal.

—Oh.

Se produjo un silencio. El mozalbete se acomodó en el suelo, cerca de Josse, y dijo:

—Soy Ninian. Ninian de Lehon. Se supone que no debo decirlo, pero no le diréis a nadie que os lo dije, ¿verdad?

Josse movió el cuerpo para poder observar la mirada del muchacho. Sus ojos eran de un azul raramente intenso, brillante. Recordó la confiada pregunta de Ninian y contestó:

—No, claro que no.

—Tengo siete años y cinco meses. Me gusta montar y me gusta hacer campamentos... Éste es mi campamento, el más reciente y el mejor. Me gustan los galgos... Voy a tener un galgo cuando cumpla diez años. Y no me gusta ir a la escuela.

—A mí tampoco —reconoció Josse.

El mozuelo se echó a reír.

—Sois demasiado viejo para ir a la escuela.

—Sí, pero recuerdo perfectamente que no me gustaba.

—Mi poni se llama *Trovador*, y...

Poni. Caballo. ¡*Horace!* El recuerdo le volvió de sopetón.

—¿Dónde está *Horace*?

—¿Es vuestro caballo? Está bien. Lo he metido en el refugio con *Trovador*. Le quité la silla y le puse la otra manta de *Trovador*, sólo que le queda algo pequeña. Le habría quitado la brida, pero no habría sabido cómo atarlo, porque el refugio no es muy sólido y podría haber salido de un empujón. Así que no se la quité.

—Gracias por cuidarlo —dijo Josse con solemnidad.

—De nada.

Otro silencio. Con la uña de un índice, una uña mugrosa en una mano igualmente mugrosa, Ninian se arrancó una costra del dorso de la otra mano. Dejó una gota de sangre que el niño sorbió, antes de comerse la costra.

—¿Está buena? —inquirió Josse.

Ninian ladeó la cabeza.

—Estaría mejor con un poquitín de sal. —Y, entre carcajadas, exclamó—: No habéis dicho «aj». Mi madre siempre lo dice. Ella...

De súbito, su expresión cambió. Se levantó de un salto.

—Tengo que irme. Prometo que volveré. —Se inclinó sobre Josse, escupió en la mano derecha y se la tendió a Josse—. Pero tenéis que prometerme que no me seguiréis —exigió en tono angustiado.

Josse extrajo la mano derecha de la piel de oveja, escupió en ella y estrechó firmemente la de Ninian.

—Te doy mi palabra.

Ninian asintió, salió corriendo y desapareció.

Transcurridas unas horas, al principio de la tarde a juzgar por la luz, Ninian regresó. Josse, dormido, no se había percatado del paso del tiempo.

El niño llevaba una bolsa de tela, de la que extrajo pan, una porción de queso amarillo y duro, un frasco de agua («Quería traer vino, pero me habrían visto, así que no lo traje», explicó), una manzana demasiado madura y un pastelito coronado por una nuez. Josse, que hasta ese momento no se había dado cuenta del hambre que tenía, se lo comió todo e, inmediatamente, se sintió mejor.

—He traído esto también. —El chico se desató una cuerda que llevaba en torno a la cintura—. Se me ocurrió que podríamos hacerle a *Horace* un collar para la cabeza y así poder quitarle la brida.

—Eres muy amable. —Josse cogió la cuerda y le hizo un nudo—. Ten. Pásasela por las orejas, tira un poco del lazo y usa lo que sobre para atarlo.

Ninian clavó la vista en el improvisado ronzal.

—Oh.

Oh, sí, pensó Josse. *Horace* era un caballo muy grande y Ninian, un mozuelo muy pequeño.

—¿Quieres que lo haga yo?

Los azules ojos de Ninian se dirigieron hacia Josse.

—No. Tenéis que seguir acostado: habéis recibido un buen golpe en la cabeza. — Josse se dijo, divertido, que hablaba como si repitiera un comentario que hubiese oído en boca de otros—. Ya lo haré yo.

Se puso en pie antes de perder el valor. En el umbral se volvió y preguntó:

—¿Verdad que no muerde?

—Nunca.

Josse esperó. Pese a su tamaño, *Horace* era una montura muy bien educada, sobre todo con quienes trataran de ayudarlo.

Al cabo de muy poco tiempo oyó a Ninian regresar corriendo.

—¡Lo logré! ¡Lo logré! —gritó y bailoteó, cosa nada fácil en tan limitado espacio—. ¡Casi me dio las gracias cuando le quité la brida! No me costó nada ponerle el ronzal. No lo estreché demasiado, y ahora el buen *Horace* puede descansar también.

—Has sido muy valiente. Gracias, Ninian de Lehon.

Éste esbozó una sonrisa traviesa.

—De nada. No conozco vuestro nombre, así que no puedo trataros con la misma formalidad.

—Josse d'Acquin.

—Acquin —repitió el pequeño—. ¿Está en Francia también?

—Sí. —¿También? ¡Sí! ¡Habría apostado casi cualquier cosa a que Lehon era un

apellido francés!

—¿Os acordáis de que prometisteis no decírselo a nadie? —insistió Ninian, desconfiado—. Lo de mi apellido.

—Claro.

—Si queréis, no le diré el vuestro a nadie tampoco —ofreció el mozuelo—. Es lo más justo, ¿no os parece?

—Sí.

Josse, que se había bebido casi toda el agua del frasco, empezaba a sentir una apremiante necesidad de aliviarse. Pero no estaba seguro de poder ponerse en pie por sí mismo. Así que miró a Ninian y declaró:

—Creo que necesito tu ayuda con otra cosa. Aparte de la comida y el cuidado de *Horace*.

—¡Lo que sea! —exclamó el niño generosamente.

Josse sonrió, aunque se sentía torpe.

—Necesito... —¿Qué expresión utilizaría un niño? No tenía ni idea—. Necesito hacer aguas —acabó casi avergonzado—. ¿Asilo dirías?

—Yo diría que necesito hacer pipí.

«Pipí —pensó Josse, transportado al cuarto infantil de Acquin—. *Faire pipi*. Bueno, el mozo tiene apellido francés, aunque hable inglés casi sin acento».

—Pero no importa —continuó Ninian—. Yo no necesito hacerlo, y vos sí, así que más vale que os ayude a levantaros...

Tardaron bastante en conseguir que Josse saliera, se aliviara —pidió a Ninian que se alejara mientras orinaba apoyado en un árbol— y volviera a la cama de helechos. El esfuerzo lo hizo sentirse muy mal. Con un tacto digno de una persona mucho mayor, Ninian no hizo ningún comentario, sino que lo arropó bajo la piel de oveja, posó otra jarra de agua fría y el último mendrugo de pan junto a la cama y se marchó.

La luz del día se esfumó, y a Josse se le antojó que sería eterna la noche que se avecinaba. Ninian, siendo un chico solícito, fue a visitarlo otra vez, antes de que la noche cerrase, para llevarle una antorcha. Tras la visita, Josse permaneció a solas.

Despertó temprano por la mañana. Se sentía mejor, más capaz de moverse. Se bebió la jarra de agua, dio cuenta del pan y hasta logró arrastrarse hasta su árbol.

Se encontraba de nuevo en cama, pasándose una uña por la barba de dos días, cuando oyó pasos fuera.

—¡Buenos días, Ninian! —gritó—. Espero que me hayas traído más pan. ¡Estoy muerto de hambre! Y me...

Las pisadas se detuvieron en la puerta, y Josse se interrumpió.

Porque la silueta que había en el umbral no era la de Ninian, sino la de una mujer.

Capítulo cinco

Una mujer realmente hermosa.

Tendría poco más de veinte años, de estatura mediana y una generosa figura, de ademanes muy femeninos pero decididos; daba la impresión de gran fortaleza. Vestía de forma sencilla: un atuendo de tela marrón y, sobre éste, la capa de un hombre. De su cintura pendía un pequeño morral de suave piel.

Le tapaba la cabeza un chal de lana, que servía para ocultar una toca blanca atada con soltura, de la cual sobresalía una larga y suave trenza castaña que reposaba sobre su hombro derecho. En el rostro, de pómulos altos y nariz recta, destacaba su boca, de labios carnosos y bien formados.

Sus ojos eran oscuros, grandes; y su frente, ancha y despejada.

De quien fuera que Ninian hubiese heredado los ojos azules, no era de su madre, pensó Josse.

Sin duda, la mujer era la madre del muchacho: nadie más podría haber mostrado aquella combinación de curiosidad, indignación y fiereza protectora cuando, sin ninguna cortesía, preguntó de sopetón:

—¿Qué queréis de Ninian?

—Ha estado cuidándome. Me atacaron en el bosque. Supongo que me encontró y me arrastró hasta aquí. —Un mozo fuerte, se dijo Josse. Fuerte y resuelto—. No quiero nada de él, mi señora, os lo prometo.

Ella dio un paso adelante, con los oscuros ojos fijos en Josse, que le sostuvo la mirada.

—Cuidándoos —repitió casi entre dientes—. ¿Estáis herido?

Él se incorporó cuidadosamente y se señaló la parte trasera de la cabeza.

Ella la examinó.

—¡Ay! —exclamó en tono comprensivo. Después, como si de pronto recordara su actitud protectora, añadió—: ¿Qué hacíais en el bosque? ¿Quién os ha atacado? ¡Seguro que no teníais buenas intenciones!

Josse esbozó una sonrisita.

—Me encontraba en el bosque porque seguía a alguien, a un hombre con el que quiero hablar respecto a un asunto que tuvo lugar en la taberna de Tonbridge. Me creía un buen perseguidor, pero se ve que no lo soy. Deduzco que fue él quien me sorprendió por la espalda y me golpeó; supongo que no quería que nadie lo siguiese. En cuanto a que no tenía buenas intenciones, eso, mi señora, debéis juzgarlo vos misma.

Se volvió a tumbar. No sabía bien por qué, pero de pronto se sentía agotado. Probablemente, reflexionó, no sin cierta diversión, por tener que soportar la intensidad de la mirada de aquellos ojos oscuros.

Ella seguía contemplándolo, como si pensara que al desviar la vista un solo instante pudiera darle ocasión de abalanzarse sobre ella y atacarla, para después huir,

probablemente con Ninian sobre la silla de su montura.

—De verdad que no pretendo dañaros ni a vos ni a vuestro hijo.

Los ojos oscuros se abrieron de par en par.

—¡No es mi hijo! Es...

—Mi señora, tengo más práctica que vos en el arte del engaño. —Le sonrió con la esperanza de restar a sus palabras cualquier tono ofensivo—. Un consejo: si vais a contar una mentira, preparadla bien primero.

—¡Pero es que no es mi hijo! —protestó ella—. Es... un mozo a mi servicio.

—Muy bien. De todos modos, es cierto que no pretendo dañaros.

—¡Ja! —espetó la mujer, si bien a Josse le pareció detectar que se suavizaba ligeramente su expresión—. Dejadme ver vuestra herida —prosiguió, y se arrodilló a su lado—. Girad la cabeza... No, ¡así no!... Así está mejor. Mmm. Está muy hinchado. —Tanteó con suavidad el chichón, y Josse se encogió—. Y la piel se ha rasgado en un par de lugares. —Volvió a bajarle la cabeza y se sentó sobre los talones—. Calentaré agua y os prepararé una cataplasma. Os escocerá, pero absorberá la mugre y permitirá que se curen las heridas. ¡Ninian!

Desde fuera, el muchacho gritó:

—¡Estoy aquí!

—¡Pon agua a hervir!

—Ya está.

—Bien, bien —murmuró la mujer, que se puso en pie y salió de la choza en un solo y grácil movimiento.

Regresó al poco tiempo. En las manos llevaba un emplasto verdoso que parecía hecho con fango. Con ella también entró en la choza un agradable y penetrante olor; un olor que, cuando Josse lo inhaló, le produjo una ligera impresión de mareo.

—No respiréis muy profundamente —le advirtió la mujer.

Pero era demasiado tarde.

—¿Por qué? —Josse se inclinó hacia adelante, y ella hizo lo mismo sobre su cabeza—. ¿De qué está hecho?

—Sobre todo de borraja y lavanda. —Josse sintió calor cuando le aplicó la cataplasma—. Además de un par de mis ingredientes secretos.

—¿Dónde encontráis la borraja y la lavanda en febrero?

—Los traje conmigo. En mi morral. Están secos, claro, no son frescos, pero conservan parte de sus efectos beneficiosos. Ya está —agregó, tras sujetar la cataplasma con una tira de lino que estaba terminando de atar—. ¿Cómo os sentís?

Josse meditó.

—Mejor. Siento caliente la parte trasera de la cabeza, el escozor ha desaparecido y, de hecho... sí, se me está adormeciendo. Es una agradable sensación.

Por primera vez, la mujer sonrió y él no pudo resistir corresponder a tan impresionante sonrisa.

—¡Excelente! —declaró la mujer, y le tendió un vaso pequeño—, bebed esto.

Debéis beber mucho: no es bueno que tengáis demasiada sed.

Al principio, Josse creyó que era agua, pero tenía un regusto amargo. Se preguntó por qué no se ponía en guardia, por qué confiaba en ella sin reservas.

La observó guardar sus cosas en el morral de piel y la oyó tararear en voz muy baja: un sonido tranquilizador y soporífero. Bostezó.

—Disculpadme.

—Tenéis sueño. Dormid. Os ayudará a sanar.

—Muy bien.

Josse sintió que se le caían los párpados.

—Regresaré más tarde. He llenado vuestra jarra de agua y os he dejado pan y carne seca. Os traeré más comida después.

Josse abrió un ojo. La mujer seguía allí. Lo cerró y, cuando lo abrió al cabo de un instante, ella se había marchado.

Más tarde se preguntó qué le había añadido a la bebida. Algún sedante, eso seguro. Tenía que reconocer que sabía lo que hacía, ya que al despertar se sentía mucho mejor. El sol derramaba largas sombras en un cielo claro, de modo que se aproximaba la hora del ocaso. Así pues, había dormido casi todo el día.

Permaneció tumbado, contemplando la puesta de sol. El cielo estaba límpido, sin una nube. Al poco rato, el fulgor anaranjado desapareció y, en el profundo azul oscuro de la noche, se dejó ver el resplandor de las estrellas. Allí estaba la Osa Mayor. Recorrió con los ojos la silueta de la constelación: allí sus estrellas externas, allá la Estrella del Norte y, más allá... ¡ah, sí!, Casiopea.

La mujer le había dicho que regresaría y él confiaba en su palabra. Su confianza no se vio defraudada.

Había llegado corriendo: el aliento entrecortado la delataba.

—Va a ser una noche muy fría —comentó, sin saludarlo—. No hay hogueras esta noche, así que más vale que vengáis conmigo. ¿Podéis montar vuestro caballo si os ayudo?

Josse se incorporó. Hasta el momento, todo bien.

—Sí. —Había salido varias veces a hacer sus necesidades, y montar a *Horace* no debería presentar ningún problema. Se puso de rodillas y, muy poco a poco, de pie. Todo normal.

Ella lo asió del brazo y salieron. Alguien —¿la mujer?— había ensillado la montura y le había puesto la brida. A su lado se hallaba un fuerte poni bayo, igualmente preparado.

—¿Es *Trovador*? —preguntó Josse.

—Es *Trovador*.

La mujer se agachó y juntó las manos bajo los estribos de *Horace*. Josse puso una rodilla en sus manos, se agarró a la silla y se aupó en tanto ella lo empujaba desde abajo.

¡Señor, qué mujer tan fuerte! Prácticamente no necesitó tirar de la silla; fue ella

quien hizo casi todo el esfuerzo.

Se acomodó —la cabeza empezó a darle vueltas— mientras ella montaba al poni.

—No sois una debilucha —comentó.

Ella le echó una ojeada.

—Cuatro meses al aire libre han desarrollado músculos que ni siquiera sabía que tenía. Puedo cortar troncos y cargar tan bien como un hombre. —Luego, como si lamentara haber hablado, su expresión cambió y, con semblante severo, acercó su poni a Josse—. Lo siento, pero voy a tener que vendaros los ojos.

—¿Qué?

—Lo siento —repitió—, pero es menester. Tenéis que aceptarlo —dijo, apremiante, como si tuviera que convencerlo—. No tiene sentido descubrir un escondite perfecto y dejar que un desconocido sepa dónde está.

—Es cierto. —Tenía razón y debía aceptarlo.

Se inclinó hasta llegar a su nivel, y ella le ató una suave tela en torno a los ojos, sobre la tira que sujetaba la cataplasma. La ató fuerte y eficazmente: Josse no veía nada.

—También tendré que ataros las muñecas al pomo de la silla —añadió la mujer, y lo hizo antes de que él protestase.

—No me quitaré la venda, os lo prometo.

—Os creo. —Y, a juzgar por la calidez de su voz, Josse no dudó de su sinceridad—. Pero imaginad que vuestra montura tropieza. Por instinto os descubriríais los ojos, pese a vuestra promesa. —Josse no contestó—. No dejaré que ocurra. Quiero decir que no dejaré que tropiece; conozco bien el camino, y probablemente *Horace me* seguirá encantado. Si se inquieta, desmontaré y lo guiaré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Viajaron bastante tiempo. Tras la oscuridad de la venda, Josse, desorientado y mareado, se concentró en aferrarse a la silla y en aguantar las náuseas que lo acometían en vertiginosas oleadas.

Al cabo de un rato dejó de sentir sobre ellos la cubierta de los árboles. El suelo se le antojó más firme, y en un par de ocasiones los caballos golpearon una roca o una piedra. El aire se volvía cada vez más frío y Josse temblaba sin cesar.

Ascendieron por una ligera pendiente; al percatarse del esfuerzo de *Horace*, se echó ligeramente hacia adelante. De pronto se pararon. Le pareció que los rodeaban muros, tal vez un edificio. La mujer se puso a su lado, le desató las manos y le quitó la venda.

—Gracias.

Ella lo miró.

—No, soy yo la que debe daros las gracias. No es un buen recorrido para un enfermo, me temo; sobre todo cuando se lo ha privado de visión.

—Sólo temporalmente.

La mujer lo ayudó a apearse y, mientras ella llevaba a *Horace* y a *Trovador* al

edificio —parecía un establo remodelado, con particiones internas para formar dos o tres compartimentos—, se apoyó en la jamba de la puerta y trató de evitar que su cabeza continuara girando. De pasada, se fijó en que uno de los compartimentos estaba ocupado, pero la luz resultaba demasiado tenue para distinguir los detalles del caballo. Quizá fuera la montura de la mujer.

Ella regresó rápidamente.

—Ya están a gusto. Tienen el morro metido en el comedero, felices como bufones. Veamos lo que podemos hacer por vos.

Ahora sí que Josse necesitaba su apoyo. La mujer encajó el hombro izquierdo bajo su axila derecha, le pasó un brazo por la espalda y lentamente, pero con firmeza, lo sacó del establo, haciendo una pausa para cerrar las puertas. Luego atravesaron lo que parecía un patio adoquinado, en dirección a una casa pequeña, cuadrada, flanqueada en la parte trasera por altos árboles.

Lo ayudó a subir un tramo de escaleras hasta la entrada de la sala principal, situada encima de un sótano. Abrió la pesada puerta de madera y se sumieron en el calor y la luz de unas velas. Lo hizo entrar a toda prisa, y Ninian, que estaba echado junto al fuego, se levantó de un salto y corrió a cerrar y atrancar la puerta.

—Hola. —Josse le sonrió traviesamente y el niño le correspondió.

—Hola, sir Josse d'Acquin. —El niño echó una ojeada a la mujer—. A ella puedes decirle que sabes mi nombre —añadió—. Son los otros los que...

—¡Ninian! —le advirtió la mujer.

Y el pequeño se encogió de hombros en un gesto extrañamente adulto.

La mujer estaba poniendo cojines en una delgada esterilla colocada frente a la chimenea.

—Venid, acostaos —ordenó—. No es mucho, pero es mejor que el campamento de mi hijo... ¡Oh! —Se enderezó y miró a Josse con expresión horrorizada.

—Ya lo sabía —manifestó éste con suavidad—, pese a vuestras protestas. Mejor dicho, lo supuse.

Anhelaba preguntar por qué resultaba tan importante fingir que Ninian no era su hijo, pero la mujer parecía ser la clase de persona que resiste fieramente la curiosidad ajena.

«Habría preferido dejarme en el bosque —pensó al tumbarse—. Sólo su corazón cristiano le ha hecho traerme aquí para resguardarme del frío».

Como si supiera lo que estaba pensando, ella dijo:

—Esta noche habríais sufrido mucho en la choza, y no quería que Ninian fuera al campamento para atenderos. Tendría que haber encendido fuego... Ya no podrá jugar allí, ahora que sé...

«¿Ahora que sabéis que alguien os busca? No... más que eso. Eso lo habéis sabido todo el tiempo. Ahora tenéis que aceptar que se está acercando».

¿Quién era el que se estaba acercando?

«¿Será... podrá ser... quien yo creo?».

La mujer le llevó comida: una sopa humeante y espesa con trozos de pollo y legumbres, acompañada de pan y una muy deseada copa de vino. Después le acercó otra tacita de agua.

La apartó firmemente.

—No, mi señora.

Sus miradas se encontraron. No trató de negar que el agua estaba drogada, sino que se limitó a declarar:

—Necesitáis dormir.

—Dormiré. Los que hemos sido soldados tenemos el don de dormir en cuanto nos lo ordenan. ¿No lo sabíais? —Ella correspondió a su sonrisa con un ligero mohín—. También necesito despertar con rapidez —añadió en voz demasiado baja para que Ninian lo oyera—. ¿O no?

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par al comprender la insinuación.

—¡Oh, no! ¡Ni se os ocurra!

—Tenéis que afrontar la verdad. Se está acercando, ¿no es cierto?

Tenía la ligera esperanza de que, si fingía saber más de lo que sabía, ella bajaría la guardia y se lo contaría todo.

No lo hizo.

Alzó la barbilla, lo miró hasta obligarlo a desviar los ojos y anunció con altivez:

—No tenéis la menor idea de lo que decís y no vais a engañarme para que os lo explique. No soy tonta, sir Josse.

—Nunca creí que lo fuerais —manifestó Josse y, viendo que ella estaba enojada y que se había acabado el momento de las confidencias, agregó—: Dormiré hasta el alba y me marcharé. Sugiero que me acompañéis hasta un lugar donde pueda encontrar el norte. Dejaré que me vendéis los ojos si lo deseáis.

—Lo deseo —contestó gélidamente, y le dio la espalda—. Hasta el alba, entonces. Vamos, Ninian.

El niño lanzó una mirada melancólica a Josse. «Estáis aquí y eso me alegra. ¡Pero tenéis que marcharos otra vez!», parecía decir. Y siguió humildemente a su madre. Subieron por una estrecha escalera, oculta tras un tapiz en un rincón de la estancia, y durante un rato los oyó moverse.

Poco después, la casa entera se sumió en una silenciosa quietud.

Tal y como había prometido, Josse apoyó la cabeza en la esterilla y se durmió.

Por la mañana se despertó antes que la mujer.

Salió. Encontró un aljibe. La superficie estaba helada y tuvo que romper el hielo con una piedra. Llenó un cuenco y fue a calentarlo en el fuego de la chimenea, que había avivado al levantarse hasta formar una buena llama.

Fue al establo a buscar su pequeña alforja, y por primera vez en tres días disfrutó del lujo de poder asearse y afeitarse. Antes de vestirse, cepilló la túnica como pudo; dio brillo a sus botas y trató de quitarse los restos de vegetación que se le habían ido enredando en el pelo. Resultaba difícil sin mover la cataplasma y la tira de lino, de

modo que decidió renunciar a la tarea.

Cuando la mujer bajó, se sentía casi presentable.

—Tenéis mejor aspecto —dijo ella, mirándolo de hito en hito.

—Me siento mejor.

—Debéis mantener la cataplasma un par de días, aunque probablemente ya habrá surtido efecto.

—Os lo agradezco.

—No hace falta.

Compartieron un ligero desayuno. Luego ella se puso en pie y arqueó las cejas.

—¿Preparado?

—Preparado.

Salieron al establo, y él ensilló a *Horace* mientras ella hacía otro tanto con *Trovador*. ¿Por qué no su propio caballo?, se preguntó, si es que eso era el otro animal. ¿Llamaba demasiado la atención y era mejor montar el fuerte poni de su hijo? No había modo de averiguarlo. Se puso delante de ella para que le vendara los ojos y, una vez en la montura, dejó que le sujetara las muñecas como el día anterior.

—Yo iré delante —dijo la mujer—. He atado una rienda para guiar a *Horace*.

Él no contestó. No tenía nada que decir.

En esta ocasión, el recorrido fue bastante más largo. Tratando de dilucidar la dirección por el ángulo en que los rayos del sol le caían sobre los hombros, cosa nada fácil con un invierno tan poco soleado, Josse tuvo la impresión de estar dando vueltas.

Finalmente, la mujer tiró de las riendas.

—Aquí está bien.

La oyó desmontar y acercarse. Una vez desatadas las muñecas, él mismo se quitó la venda y le entregó todo sin mediar palabra.

A continuación miró alrededor para ver dónde se encontraba.

No reconoció el lugar.

—El camino a Tonbridge está a unos diez minutos de marcha por ese sendero, en esa dirección —le indicó la mujer con un vago gesto—. ¿Encontraréis el camino desde aquí?

—Sí.

La miró y desvió la vista. Tenía muchas ganas de decirle que estaba dispuesto a ayudarla, cualquiera que fuese su problema, si ella era capaz de tragarse el orgullo y permitirselo; que era importante tener un buen amigo, el amigo que él podría ser.

Pero la mujer había alzado la barbilla de nuevo y, en lugar de ofrecerle lealtad, Josse casi le espetó: «¡Pues hacedlo a vuestra manera! ¡Pero luego no me vengáis a llorar si las cosas salen mal!».

Sabía que ella no se marcharía hasta que él estuviera fuera de su vista, por si trataba de averiguar la dirección que tomaba, de modo que, con el más breve de los asentimientos, espoleó a *Horace* y enfiló el sendero.

—¡Sir Josse! —le gritó la mujer.

Se detuvo, se volvió en la silla y la contempló.

—¿Qué pasa?

Durante un segundo, el rostro de la mujer reveló la desesperación y la necesidad.

—Yo... —empezó a decir, pero luego, con visible esfuerzo, agitó violentamente la cabeza—. Nada. Adiós.

—Adiós, mi señora.

Josse se volvió de nuevo hacia la dirección que lo conduciría a Tonbridge y, esta vez, puso a *Horace* a medio galope. Cuando miró por encima del hombro, ella ya estaba fuera de su vista.

Capítulo seis

Helewise ya se sentía bien.

Tres días de reposo en cama lo habían logrado. Era una mujer robusta y, según comentó sor Eufemia, sólo hacía falta que usara el sentido común y se quedara acostada, permitiendo obrar a la Madre Naturaleza.

Sentada a su escritorio de nuevo, retirados ya de la vista y de la mente la camilla con ruedas y el brasero —¡señales de debilidad absoluta!—, repasaba con entusiasmo las entradas hechas por sor Emanuel en el libro de registros.

Aunque no quería reconocerlo ni ante sí misma, buscaba errores.

Y no los había.

Sor Emanuel, cuyas tareas cotidianas tenían que ver con el cuidado de los ancianos en la residencia de monjas y monjes jubilados, era una mujer culta. Probablemente más que la propia abadesa, otra cosa que a ésta le costaba aceptar.

Llegó al final de los registros de sor Emanuel. Cerró el pesado libro, entrelazó las manos sobre él y trató de vaciar la mente de los demás asuntos que exigían su atención.

«Me disgusta el hecho de que otra monja haya probado ser tan capaz como yo en esto de las cuentas, con una letra tan cuidada y legible —se dijo repetidamente—. Tengo el orgullo herido, porque ella puede hacer algo que, en mi opinión, yo era la única capaz de hacer.

»He de confesarlo y hacer penitencia. El orgullo es uno de los siete pecados capitales, sobre todo en una monja.

»Entonces le pediré humildemente a sor Emanuel si, entre sus múltiples tareas, puede encontrar tiempo para ayudarme a mantener al día las cuentas».

Eso, y de ello era muy consciente, iba a dolerle.

«Con mayor razón —le dijo firmemente su conciencia—. Si duele, es que es importante.

»Entonces, ¿qué haré con el tiempo que me sobre?».

Y, mientras trataba de vaciar la mente para hacerla más receptiva, recordó un plan que había elaborado hacía mucho tiempo, en los embriagadores días en que la habían nombrado abadesa de Hawkenlye y todavía creía poder cambiar el mundo religioso entero por sí misma.

«Enseñaré a mis monjas a escribir y leer.

»¡No a todas! ¡Eso sería imposible! Para empezar, son demasiadas y, en segundo lugar, muchas no son... —Buscó una expresión que diera a entender que muchas no eran lo bastante inteligentes para tales menesteres sin que pareciera tratarlas con desdén (lo que se habría añadido a su actual carga de culpa)—. Muchas poseen dotes para las que no hace falta adquirir la capacidad de leer y escribir, como el don con las plantas, la capacidad de bordar hermosos diseños, una mano tierna y paciente con los enfermos.

»¿Estaría bien?», preguntó tímidamente al Señor.

De pronto se sintió mucho más contenta. Como si se hubiera... elevado. Tomó esto como señal de aprobación y, poniéndose en pie, fue a buscar a sor Emanuel.

Cuando los asistentes a nona salían de la iglesia, se produjo un alboroto en la entrada de la abadía. Helewise se apresuró a reunirse con fray Saúl, sor Marta y sor Ursel. Sor Marta sostenía las riendas de un enorme y pesado caballo y le acariciaba suavemente el morro. Fray Saúl y sor Ursel se inclinaban sobre el cuerpo que acababa de caerse de la montura.

—¡Es sir Josse! —exclamó sor Ursel, cosa que Helewise acababa de advertir por sí misma—. ¡Tendió el brazo para abrir la puerta y cayó del caballo al suelo antes de que pudiera correr a ayudarlo!

—Apenas si está consciente —declaró fray Saúl, sentado en el suelo, con la cabeza de Josse sobre el regazo—. Está herido... Tiene una venda en la cabeza.

—Sor Marta, ¿podrías llevar el caballo de sir Josse a las cuadras y atenderlo?

—Por supuesto, abadesa. —Sor Marta obedeció.

—Fray Saúl, ¿crees que podemos llevar a sir Josse a la enfermería, o crees que debemos pedir ayuda?

—¡Puedo andar! —declaró Josse desde el suelo.

—Vamos, pues, sir Josse. —Saúl lo ayudó a ponerse en pie—. La abadesa y yo os apoyaremos.

Helewise fue al otro lado del caballero, y casi lo arrastraron por el corto trayecto que los separaba de la enfermería. Sor Eufemia examinó a su nuevo paciente con ojo experimentado; le tocó la frente con la mano, asintió y anunció:

—No tiene fiebre. Ponedlo en el cubículo del fondo, por favor. No hace falta que se acueste junto a los pacientes con fiebre.

Helewise y Saúl le obedecieron, y sor Eufemia les pidió que se marcharan.

—Mis monjas y yo nos las arreglaremos, gracias —dijo con firmeza.

Helewise, que anhelaba hacerle una docena de preguntas a Josse, asintió humildemente y salió.

Sor Eufemia no tardó en ir a informarle.

—Un fuerte golpe en la cabeza, que, según el propio sir Josse, recibió hace tres noches. Pero está confuso y puede que no lo sepa con certeza. Dice que seguía a alguien en el bosque y lo golpearon por detrás. Lo atendió, según él, una mujer. —Eufemia soltó un gruñido—. Le aplicó una cataplasma en la cabeza. —Otra mueca, como si le costara aceptar que alguien, aparte de ella, poseyese la inteligencia y los conocimientos suficientes para aplicar bien una cataplasma.

—¿Y sirvieron de algo sus cuidados? —preguntó Helewise, esforzándose por mantener un tono neutral.

—Sí —aceptó de mala gana Eufemia—. Se está curando. Al menos sus heridas se están curando. Pero me parece que todavía sufre una conmoción. Se queja de mareos, que es la razón por la cual se cayó del caballo, y no fue la primera vez. Dice que lleva

viajando desde el alba, sólo que se cayó antes y debió de haber perdido el conocimiento un buen rato antes de volver en sí.

—¡Dios mío! —Helewise frunció el entrecejo—. Parece grave.

—No os preocupéis, querida abadesa. Sir Josse es un hombre duro. Hace falta más de un golpe en la cabeza y unas cuantas caídas del caballo para acabar con él.

—Rezaré para que tengáis razón. —Helewise vaciló—. ¿Puedo visitarlo, hermana? He de reconocer que deseo hablar con él. ¿O será mejor dejarlo descansar?

—Creo que descansaría más si hablara con vos. Está inquieto. —Dirigió a Helewise una mirada especulativa—. Parece que quiere deciros algo.

Al entrar en el cubículo encortinado donde Eufemia lo había acostado, a Helewise se le antojó que Josse tenía un aspecto terrible. Abrió la boca para decirle algo que lo animara, pero el convaleciente se le adelantó.

—Ni lo intentéis —comentó cansinamente—. Estoy seguro de que estoy tan horrible como me siento.

La abadesa cruzó los brazos bajo las mangas del hábito.

—Sor Eufemia me informa de que queréis hablar conmigo.

—Sí. —Josse bajó la voz—. ¿Pueden oírnos?

Ella echó una ojeada fuera de las cortinas.

—No.

Y él le indicó que se acercara más.

—Es un secreto. He dado mi palabra de que no lo contaría, pero me he topado con un nido de víboras. Mientras buscaba al apuesto desconocido de Tilly vi a un hombre en el castillo de Tonbridge que no estaba allí. Traté de seguirlo y acabó siguiéndome a mí. Me sorprendió y me golpeó tan fuerte que por poco me mata. —Se inclinó y casi le habló al oído—. Me salvó un mozuelo de increíbles ojos azules, cuya madre está tan desesperada por mantener en secreto su paradero que me sentí obligado a marcharme antes de lo que me convenía. —Se tumbó suavemente—. Y heme aquí.

Tratando en vano de encontrar sentido a sus palabras, Helewise se preguntó si seguía confundido.

—¿Un hombre que no estaba allí? ¿Qué queréis decir con eso?

—Me dijeron que no había nadie en casa —contestó Josse, irritado—. En el castillo. En Tonbridge. Los Clare han ido a otra residencia para huir de la enfermedad que aqueja a los habitantes del valle. Su criado me dijo que no había nadie en el castillo, pero lo vi. Al hombre. Esperé y, cuando en el ocaso salió a hurtadillas del castillo, lo seguí.

—Entiendo. —Helewise asintió—. ¿Era el hombre de la posada?

—No lo sé. —Josse frunció el entrecejo; el gesto hizo caer el limpio vendaje blanco hasta sus ojos—. Mi instinto me dice que sí, pero no tengo pruebas que puedan sustentarlo.

—Pongamos que lo era. ¿Por qué iba a atacaros? ¿Acaso sabe que estáis

investigando la muerte en la posada y tiene miedo de que averigüéis algo que no quiere que sepáis?

—Abadesa, ¡ni siquiera estamos seguros de que el hombre de la posada estuviese involucrado en la muerte! De hecho, puesto que parece que él iba a ser la víctima, sería la última persona de la que sospechar. Nadie iba a envenenarse a sí mismo.

—No, no. —Ahora le tocó el turno a Helewise de fruncir el entrecejo. Al cabo de un momento de reflexión añadió—: ¿Qué os parece esto, sir Josse? Alguien más sabía a qué había venido a Tonbridge. Esa persona trató de detenerlo... con el pastel envenenado... pero otro hombre murió en su lugar. Ahora el desconocido sigue buscando aquello que lo trajo hasta aquí y por eso os atacó. Porque sus motivos son secretos. Y eso indica que son más bien sospechosos. ¿Tendrán algo que ver con la misteriosa mujer escondida en el bosque?

—Razonáis bien, abadesa. —Le dirigió una débil sonrisita—. Como siempre. ¡Pero no! —exclamó—. ¿Qué pasa con la conclusión a que llegamos hace unos días? Dijimos que si pasó la velada en la taberna fue porque no le importaba anunciar su presencia. Pero sí debería haberle importado en caso de tener propósitos malévolos, ¿no os parece?

—Oh. —Helewise se desinfló, pero luego dijo—: ¿Y si tenía que ir a la taberna por fuerza?

—¿Para qué?

—No lo sé... ¿Para encontrarse con alguien? ¿Para conseguir información?

—Mmm. —Josse cerró los ojos, y Helewise advirtió las señales de dolor y fatiga en su semblante.

—Necesitáis dormir —declaró y se alejó de la cama—. Mientras tanto, dejadme a mí bregar con el enigma, sir Josse.

Éste abrió los ojos.

—Que os divirtáis —murmuró y, con visible esfuerzo, agregó galantemente—: No se me ocurre nadie más capacitado para encontrar una respuesta.

La fe que Josse depositaba en ella era generosa, pero mal fundamentada, tuvo que reconocer Helewise cuando se preparaba para acostarse. El problema es que había demasiadas cosas que tenía que dar por sentadas.

Para empezar, que el desconocido de Tilly y el hombre que había atacado a Josse eran la misma persona. Y, en segundo lugar, que ese mismo hombre buscaba a la misteriosa mujer. ¡Ay, Dios, así no llegaba a ninguna parte!

Se acostó preguntándose si sería capaz de acallar sus elucubraciones y dormir.

Pastel envenenado. Un asalto en el bosque, un niño de ojos azules, una cataplasma que había conseguido la aprobación de sor Eufemia.

Algo se movía en un rincón de su mente. Trató de atraparlo, sólo para verlo retroceder y desaparecer.

«Duérmete —se ordenó a sí misma—. No hay nada más que puedas hacer esta noche».

Después de tercia fue a ver a Josse. Aunque tenía mejor aspecto, estaba somnoliento. Helewise sintió un inmenso alivio cuando sor Eufemia le pidió que no se quedara mucho tiempo con él. No tenía nada que decirle y no le apetecía admitirlo.

De nuevo en su despacho, sor Ursel la sorprendió al anunciar una visita.

—Un hombre, abadesa, bien vestido, bien plantado.

—Ya veo, hermana. ¿Y cómo se llama?

—Dice que es Denys de Courtenay, abadesa. A mí no me suena.

«Ni a mí».

—¿Ha dicho lo que quería?

—No. Un asunto privado para vuestro abad, dijo. Claro que le aclaré las cosas sin dilación.

—Más vale que lo hagas entrar, sor Ursel.

Un forastero, pensó Helewise mientras sor Ursel iba en su busca. Cualquiera que conociera la zona sabía que la abadía de Hawkenlye estaba regentada por una abadesa.

Sor Ursel abrió la puerta y anunció:

—Denys de Courtenay. —Y, con un breve gesto de la cabeza, se fue.

El hombre permaneció junto a la puerta. Helewise lo estudió detallada pero brevemente. Bastante alto, de cabello oscuro y brillante un poco más largo de lo que dictaba la moda. Ojos oscuros de mirada especialmente vigilante. Rostro apuesto con una ancha sonrisa. Ropa bien hecha, de colores escogidos cuidadosamente para complacer la vista: calzas de color rojo oscuro y túnica de un tono ligeramente más claro.

Un hombre que conocía la impresión que causaba en otros y que la acentuaba tanto como podía.

Un hombre del que desconfió a primera vista.

—Entrad y sentaos. —Le indicó el taburete de madera que tenía para las visitas.

—Muy amable de vuestra parte, abadesa... eh... Helewise. —La sonrisa se ensanchó aún más y reveló una dentadura blanca y uniforme—. Os agradezco que me recibáis.

—¿Existe razón alguna para que no lo haga? —preguntó la abadesa, y se obligó a corresponder a la sonrisa.

Él soltó una carcajada.

—No, no, ¡claro que no! —Se acomodó en el taburete—. Sólo quería decir que sin duda estáis muy ocupada y que os estoy quitando tiempo.

—Estamos aquí para brindar ayuda a quienes la solicitan.

—Y yo os la solicito —declaró Courtenay con tono súbitamente apremiante—. Os pido vuestras oraciones y vuestra ayuda para un asunto de familia, un asunto delicado, que me ha traído aquí lleno de angustia, deseoso de ofrecer mi apoyo y mi consuelo, sólo que... —Sonrió de nuevo—. Pero, no, más vale que empiece por el principio.

—Sería lo mejor —convino Helewise. «He de mantener la mente abierta», se dijo con firmeza, pero supo que le costaría, pues ello significaba luchar contra la intuición que le decía que se enfrentaba a una interpretación calculada y muy astuta—. Empezad, os lo ruego.

Él guardó silencio un rato, con la mirada puesta en el techo y las manos juntas, como si buscara guía del cielo. Luego posó la mirada en Helewise.

—Abadesa, tengo una sobrina llamada Joana. Está perdida y temo por su vida. — Se inclinó como si una mayor cercanía pudiese convencerla de su sinceridad—. Sus padres han muerto y su hermano mayor murió en la infancia, un año después de nacer ella. Está sola, abadesa, ¡y éste no es mundo para una moza sola!

—¿Cuántos años tiene?

Denys de Courtenay dejó escapar una risita.

—Digo moza, pues así veo a la querida niña. Pero, a ver... —Fingió calcular, contando con los dedos—. ¡Tendrá unos veinticuatro años! Por mi fe que me cuesta creerlo. —Volvió a reírse—. ¡Cómo crecen, abadesa!

—Cierto. ¿Y cómo es que se ha perdido?

—Ah, abadesa, ¡es una historia terrible! Estaba casada con un hombre, mayor, sí, pero bueno. La quería, la adoraba, la colmaba de regalos y la convirtió en la dama de sus propiedades. Pero la tragedia los golpeó. Él salió de caza, se cayó del caballo ¡y murió! Muerto antes de llegar a su propio castillo, ¡descanse en paz!

—Amén. Debió de ser terrible para vuestra sobrina perder a su marido en esas circunstancias. ¿Cuándo ocurrió?

—Un marido muy querido —comentó Denys, pasando por alto la pregunta de Helewise—. Muy querido, a pesar de la diferencia de edad. —A Helewise se le antojó que insistía demasiado en ese punto—. Sí, fue una gran conmoción y, abadesa, siento decirlo, pero el horror ha sacado de sus cabales a mi sobrina.

—¿La ha sacado de sus cabales?

—Sí. —Dejó escapar un suspiro histriónico—. Antes de que la familia de él pudiera hacer algo para ayudarla, ¡se fugó! ¿Podéis creerlo, abadesa Helewise? Empaquetó algunas cosas, salió a escondidas en plena noche, ¡y se marchó! ¡Perdida!

—Es preocupante. Y supongo que tenéis motivos para creer que ha venido aquí. A Tonbridge.

Denys aproximó aún más el taburete.

—Creo que es posible, sí. Yo... ella... —Por primera vez dudó; pero, como si se diera cuenta de que no le quedaba más remedio que responder a lo que era, después de todo, una pregunta razonable, le confió—: Tiene una amiga por aquí. No estoy seguro de dónde vive, pero recuerdo que Joana hablaba de ella.

—¿Y creéis que dicha mujer está cuidando a vuestra sobrina?

—¡Es lo único que se me ocurre! —Denys de Courtenay abrió los brazos y los alzó en un gesto expansivo—. Como he dicho, no tiene más familia que yo. Y, por motivos que no acierto a adivinar, quiso distanciarse de la familia de su difunto

marido.

«También quiso distanciarse de vos —pensó Helewise—. Al menos, eso parece».

—¿No trató de ponerse en contacto con vos?

—Ella... —La sonrisa se ensanchó en el apuesto rostro, y los dientes blancos resaltaron contra la suave tez olivácea—. Abadesa, no tenía modo de saber que me encontraba en Inglaterra. —Se inclinó y susurró—: Sabe que soy hombre del rey. —Asintió, como si con ello confirmara la afirmación—. Estoy seguro de que Joana creyó que yo estaba en ultramar. Con el rey.

A todas luces esperaba impresionarla, de modo que Helewise dijo:

—¡Ah, sí! ¿Con el rey Ricardo?

La expresión de Denys delató lo pagado de sí mismo que se sentía.

—He de reconocer que en el pasado se me ha permitido gozar del gran privilegio de serle útil a su majestad. Sabe que puede contar conmigo cuando necesita a un buen hombre en el combate. —Se examinó las largas uñas de una mano.

—Pero no en éste —manifestó Helewise en voz baja—. No en el supremo combate en el que está enzarzado ahora el rey Ricardo con el fin de recuperar los Santos Lugares.

Denys de Courtenay levantó la cabeza y la miró airado. El encanto empalagoso había desaparecido y, por una fracción de segundo, Helewise vio algo férreo, infinitamente siniestro y taimado en sus oscuros ojos.

Se recuperó con igual rapidez, tan rápidamente que habría podido creer que se lo había imaginado.

Casi.

—Abadesa, abadesa —le sonrió Denys—, ¿qué sabéis del mundo de los guerreros? —«Mucho», podría haberle respondido—. ¡Veo que debo hacer que lo entendáis!

—Os lo ruego, no os molestéis —se apresuró a pedirle Helewise—. He de mantener la ignorancia, pues hay asuntos más importantes que requieren nuestra atención. Me hablabais de la amiga de vuestra sobrina, la mujer con la que puede haberse alojado.

—Sí, sí, así es.

—¿Cómo se llama la mujer?

De nuevo, esa extraña renuencia a revelar detalles. En lugar de contestar a la pregunta, Denys inquirió:

—Supongo que sería demasiado esperar que haya venido aquí... Quiero decir, Joana.

—¿Aquí? —Tras la sorpresa inicial, Helewise se dio cuenta de que allí era a donde quería llegar el tal Courtenay. La pregunta más sencilla habría sido: ¿La habéis visto? Entonces, ¿a qué venía tanto galimatías, tanta interpretación?—. ¿Queréis saber si ha venido a la abadía? ¿O al santuario sagrado del valle?

Le pareció que Denys no había oído hablar nunca del santuario.

—Oh... quería decir aquí. ¿En busca de comida o refugio, tal vez...?

—No recuerdo a nadie que se llamara Joana entre nuestras visitas recientes. Más importante aún, dado que podría haber usado otro nombre, no recuerdo a ninguna noble joven. Nuestras visitas suelen ser pobres y enfermos.

—Claro, claro.

—¿Qué nombre usa? Os lo pregunto para poder interrogar a mis monjas, monjes y hermanos legos, aquellos que tienen contacto con el mundo exterior.

Courtenay se había puesto en pie y Helewise creyó que no iba a responder. Su expresión resultaba severa, distraída, casi...

Luego sustituyó la seriedad por otra sonrisa.

—¿Su nombre? ¿No os lo he dicho?

—No. Sólo dijisteis que se llamaba Joana.

—De soltera era Joana de Courtenay, hija de Roberto de Courtenay.

—Vuestro hermano. —Tal debía de haber sido el parentesco del padre de la mujer, para que Denys de Courtenay fuese su tío.

—No. El padre de Roberto de Courtenay y el mío eran hermanos. —Denys se rió suavemente, como para restar importancia a un error perfectamente normal.

—Entonces —perseveró Helewise en tono pedante—, siendo vos primo hermano del padre de Joana, sois tío en segundo grado de ella. No sois su tío carnal.

—¿Ah, sí? —Denys volvió a reírse—. Nunca entendí muy bien la complicada red de las relaciones familiares. ¡Y no es que me importe en absoluto!

—Sólo si deseáis casaros con ella —observó Helewise—. Ha habido matrimonios entre parientes en segundo grado, con la dispensa correspondiente, pero no pueden hacerlo un tío carnal y una sobrina, puesto que semejantes uniones se consideran incestuosas.

La estancia se sumió en un instante de silencio gélido, tras el cual Denys de Courtenay se echó la capa sobre el hombro e hizo una reverencia.

—Bueno. Así son las cosas. Ahora me temo, abadesa, que os he hecho perder mucho tiempo.

—Pero ¿qué hay de la amiga de vuestra sobrina? Sin duda...

Sin embargo, él actuó como si no la oyera. Con una profunda reverencia, declaró:

—Os pediría, abadesa, que vos y vuestras monjas recéis por Joana. Si Dios lo quiere, rezo para que ella y yo nos reunamos pronto. —Con la mirada clavada en la de Helewise, prosiguió—: ¿Me lo diréis si sabéis algo de ella? ¿O si, Dios lo quiera, viene aquí?

Helewise no deseaba prometer que lo haría. Por lo que adoptó las tácticas evasivas de su visita.

—¿Y cómo os encontraré para decíroslo si tenemos noticias?

—No hace falta. Os encontraré yo.

«¿Y por qué suena eso como una amenaza siniestra?», se preguntó la abadesa.

—Os he quitado demasiado de vuestro preciado tiempo, así que me despediré.

Con otra reverencia, Courtenay salió y cerró la puerta antes de que Helewise pudiera pronunciar palabra.

La abadesa tardó en caer en la cuenta de que, si Joana de Courtenay había estado casada, su apellido no era ya Courtenay.

Cosa que su tío había decidido no revelar.

Fue directamente a contárselo a Josse.

Éste estaba despierto, dando cuenta de lo que parecía una sustanciosa comida. Tal como ella esperaba, se mostró entusiasmado con lo que le dijo.

—¡Tiene que ser el desconocido de Tilly! —exclamó, con la boca llena de liebre estofada—. Vuestra descripción y la suya se asemejan demasiado para que no lo sea.

—Sí que parece probable. Denys de Courtenay. Hombre del rey. ¿Habéis oído hablar de él, Josse?

—No, pero eso no significa que esté mintiendo. En todo caso, no acerca de sus relaciones con la corte. Y, si es el hombre que vi en el castillo de Tonbridge, significa que tiene vínculos con los Clare, y ellos sí que tienen relaciones con la corte.

—Si..., si..., si... —dijo Helewise, deprimida.

—¡Ahora nos queda un «si» de menos! —le recordó Josse.

—Probablemente.

—Ay, abadesa, ¡seamos temerarios! ¡Digamos que es el mismo hombre!

—Muy bien. Y eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿será vuestra misteriosa mujer del bosque Joana de Courtenay?

—Podría serlo. Aunque no se apellida Courtenay, o al menos su hijo no se apellida así. Se apellida Lehon y es un nombre francés. —Clavó en Helewise una mirada intensa—. El tal Denys, ¿dijo que ella vivía en Francia?

Helewise reflexionó.

—No, pero tampoco dijo que no lo hiciera. Como os he dicho, se mostró muy renuente a la hora de dar detalles.

—Extraño —murmuró Josse—. Abadesa, os diré qué más resulta extraño. Vuestro amigo Denys no sabía que Joana tiene un hijo. ¿O sí?

—No mencionó a ningún niño.

Se produjo un silencio meditabundo. Josse acabó la comida, se limpió las manos y, tras tomar un largo trago, se apoyó en las almohadas.

—Os diré una cosa. No, os diré dos.

—¿Sí?

—Primero: si ese hombre es el responsable de mi dolor de cabeza, es mejor que no nos encontremos cara a cara ahora mismo. No querría derramar sangre en los sagrados confines de la abadía de Hawkenlye. —Le sonrió, pero ella no estuvo segura de que no hablara completamente en serio.

—¿Y la segunda?

—Si tenemos razón al deducir que es Joana a quien Courtenay busca, entonces, creedme, ella no quiere que la encuentre.

Helewise evocó al hombre. Alto, fuerte, rezumando un encanto demasiado obvio, demasiado falso. Y, lo peor de todo, ese pavoroso momento en que bajó la guardia y le dejó ver lo que era realmente.

Se estremeció.

—No, no me cuesta creerlo. —Alzó los ojos y sus miradas se encontraron—. Ahora que lo conozco no puedo decir que la culpe.

Muerte en el estanque

Capítulo siete

Josse se dio de alta de los cuidados de sor Eufemia a la mañana siguiente.

—¡No lo sé! —se quejó la monja, mientras le examinaba por última vez la parte trasera de su cabeza—. ¡Vaya par, vos y la abadesa Helewise! Ambos creéis que el mundo se va a acabar si no andáis por ahí para evitarlo.

—¡Muy cierto! —convino Josse—. En lo que se refiere a mí, en todo caso. Siempre fui arrogante, sor Eufemia. Le guiñó un ojo, y ella se sonrojó.

—¡Idos ya!

—Me voy, me voy.

—Regresad en seguida —le pidió sor Eufemia, trotando por el pasillo abierto entre las camas de la enfermería, esforzándose por no perder su paso—, en cuanto tengáis dolor de cabeza o mareos o...

Josse desapareció agitando la mano, en un gesto que podía interpretarse como una afirmación.

En la reconfortante atmósfera matutina, la escarcha, blanca y espesa, relucía pura, cegadora. El aliento de *Horace* formaba amplias volutas, como si se tratara del humo exhalado por un dragón ocioso.

Josse no se encontró con nadie en el camino a Tonbridge, cosa que no lo sorprendió. Hacía demasiado frío para salir de viaje. A menos, claro, que se tratara de un menester urgente.

Se dirigió directamente al castillo de los Clare.

El puente levadizo estaba totalmente levantado y el castillo tenía un aspecto aún más abandonado, si cabía, que en su última visita. No había ido hasta allí con la esperanza de encontrar al forastero; pero aprovechó la ocasión que le brindaba el paso de una mujer cargada de leña para indagar sobre los habitantes de la fortaleza.

—Ésos no os darán la bienvenida —comentó la mujer, haciendo un gesto con la cabeza indicando la dirección del castillo—. Están fuera. Se han ido. Se quedarán fuera mientras haya enfermedad en el valle —continuó con tono desdeñoso—. ¿Cómo se les iba a ocurrir amparar a los enfermos y necesitados?

—¡Ya! —exclamó. Josse, tratando de parecer indiferente, como si su paso por el lugar fuera casual e hiciese el comentario por ociosa curiosidad—. Pero... me sorprende que no hayan dejado al menos a algunos criados. Después de todo, habrá quehaceres que no deben esperar y la seguridad... —No siguió, a ver si la mujer aprovechaba la oportunidad de cotillear un poco.

Y eso hizo. Dejó la leña en el suelo y se cruzó de brazos.

—¿Seguridad? Me figuro que no les preocupa, no con ese sólido y enorme puente levadizo levantado. Vamos, ¿quién va a intentar trepar esos muros? —dijo con un gesto brusco de la cabeza, señalando la muralla del castillo—. Además, ¿para qué molestarse? Si esos nobles con aires de grandeza no quieren relacionarse con nosotros, nosotros no tenemos ningún interés en ir a molestarlos.

Una mujer independiente, pensó Josse.

—¿De verdad no hay nadie dentro?

—Vigilantes. —Otro gesto desdeñoso y su rostro se iluminó con una sonrisa de auténtica diversión—. ¿Acaso se os ha reblandecido el seso, caballero? ¡Claro que hay alguien dentro! ¿Cómo, si no, habrían izado el puente?

Josse sonrió.

—Sí. Tenéis razón.

—Hay unos cuantos vigilantes —prosiguió la mujer—. Pero no saldrán mientras dispongan de comida y agua. También ellos quieren mantenerse alejados de la enfermedad, igual que sus preciosos y delicados amos. Creedme, no habrá tráfico de almas por ese puente hasta la primavera.

—Tenía la leve esperanza de encontrar a un conocido mío aquí. Me habían dicho que se hospedaba con los Clare...

La mujer meneó la cabeza.

—No lo creo. Como os he dicho... —Observó a Josse con suspicacia, como tratando de juzgar si tenía malas intenciones o era, sencillamente, algo lerdo—. La familia se ha marchado. Si vuestro conocido está ahí, debe de ser huésped de los vigilantes y no de los señores. —Otra mirada penetrante—. Vos seréis mejor juez que yo, caballero, en cuanto a si es posible que vuestro conocido sea huésped de la tropa.

—No, no, tenéis razón. No puede estar allí. Quizá me informaron mal. —Deseoso de calmar la curiosidad de la mujer, pues no le agradaba la idea de que anduviese difundiendo los detalles de su encuentro con un hombre que husmeaba por las inmediaciones del castillo de los Clare, haciendo insensatas preguntas, dijo—: Voy a la taberna. Una jarra de cerveza y un rato calentándome los pies junto al fuego de Anne me sabrán a gloria bendita. Que tengáis un buen día. —Se inclinó, montó a *Horace* y enfiló el sendero que llevaba al río.

Cuando se arriesgó a mirar por encima del hombro, la mujer había recogido su leña y se alejaba.

La posada estaba muy concurrida. Parecía haber tantas personas arremolinadas en el patio como en el interior, pensó Josse al abrirse paso a codazos. Y también había muchas charlas animadas.

La posadera Anne se encontraba en la taberna, sirviendo jarras de cerveza a un grupo de hombres; las mangas remangadas revelaban sus musculosos antebrazos.

—¿Qué tal, mistress Anne? —le preguntó, cuando, al verlo, lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Correteando de un lado a otro, como siempre. —Le dirigió una sonrisa amistosa—. Gracias a vos, mi señor, la gente no se ha espantado y siguen viniendo. —Le guiñó un ojo—. Ya me entendéis.

La entendía, claro que sí. A su lado ahora, Josse le susurró:

—Me alegro de haber podido serviros.

—¿Alguna noticia sobre quién mató al pobrecito de Peter Ely?

—No.

—Y ahora esto. No... —Una voz reclamó la atención de Anne, así como el coro de parroquianos que la secundó—. Disculpadme, mi señor —se interrumpió la tabernera—, pero estoy muy ocupada.

—Desde luego.

Josse cogió su jarra y fue a apoyarse contra la pared. ¿Qué era «esto»? Aguzó el oído y trató de averiguarlo.

Cosa que no tardó en hacer.

—¡... parece que llevaba días allí! —comentó un hombre a su lado con voz pasmada—. Pues no es de sorprender, allá en un lugar tan agreste.

—Sí, tienes razón —convino otro, y sus dos compañeros asintieron con aire sabio—. Supongo que tenía sus motivos para mantenerse alejada.

Una mano fría retorció el corazón de Josse.

—¿Qué ha pasado? ¿De quién habláis? —preguntó al hombre más cercano.

Afortunadamente, a éste le fascinaba demasiado la historia para preocuparse de por qué a un desconocido le interesaba tanto.

—Pues han encontrado un cuerpo en el bosque. Una mujer. Muerta, con la cabeza hundida en dos palmos de agua.

—¿Quién era? ¿Lo sabe alguien? —Josse miró, angustiado, una cara tras otra—. Vamos, ¡uno de vosotros debe de saber algo!

—Tranquilo, mi señor —protestó uno—. No tenéis por qué agitaros tanto.

—Era la vieja cascarrabias que hace los hechizos —declaró otro y, tapándose la boca con la mano, susurró—: No sé cómo se llama.

—Ni yo.

Pero Josse ya no les prestaba atención. Asió del hombro al primero que le había dado la información y lo apremió.

—¿Vieja? ¿Dices que era vieja? ¿Estás seguro?

—¡Sí, sí, claro que sí! —El hombre soltó una risita desconcertada—. Era vieja, no cabe duda. No sólo mi madre sino también mi abuela hablaban de ella y sus pócimas.

A Josse lo embargó tal sensación de alivio que, por inadecuado que fuera, experimentó un intenso anhelo de gritar de alegría. En lugar de esto, pidió que volvieran a llenar las jarras de los hombres, y, una vez que le hubieron explicado cómo encontrar el sitio donde la hechicera se había ahogado —explicaciones más bien vagas, pero mejor eso que nada—, se puso en camino.

El estanque donde habían encontrado a la vieja se hallaba oculto en el corazón del bosque, y quizá no lo habría hallado con tanta facilidad sin el vocerío que atrajo su atención. Se trataba de un nutrido grupo de oficiales del sheriff que ya se habían acercado hasta el lugar.

Los observó desde el borde de un pequeño claro.

El estanque era de unos cinco pasos por diez y en la orilla del fondo había una fila de sauces, bastante desnudos, dada la época del año. En la orilla más próxima se veía

un huerto, a todas luces bien atendido, y, detrás de éste, una pequeña choza de sólidos troncos, revestidos de zarzo. El tejado, de paja, permanecía en buen estado.

Más allá de la choza había un herbario. A Josse se le antojó que habían elegido con cuidado el lugar para situarlo, porque era la zona de todo el claro que más sol recibía.

El cuerpo estaba tendido de costado, con las piernas y la parte inferior del torso en el suelo, y la cabeza, los hombros, los brazos y el pecho en el estanque.

—Buenos días, sheriff —gritó, sin desmontar—. Oí hablar de esta muerte cuando estaba en la taberna y he venido a...

—Habéis venido a meter las narices, como siempre, hombre... del rey —acabó por él el interpelado, haciendo hincapié en las últimas dos palabras—. Me imagino que no habrá mucho que os pueda interesar aquí. Parece ser que resbaló, su cabeza fue a dar al agua, y se ahogó.

Josse desmontó, ató a *Horace* a una fuerte rama y fue a la orilla del estanque. Se agachó y se dio cuenta en seguida de por qué no habían apartado a la difunta del estanque.

El agua que la rodeaba se había helado.

—¿Hay algo en ella que os sorprenda, sheriff?

El sheriff echó un vistazo a sus hombres para asegurarse de que lo escuchaban.

—Está muerta —dijo con una risa desagradable—. ¿O no lo habéis notado? —Su apreciación fue recompensada con algunas carcajadas—. La gente tiende a morir cuando tiene la cabeza metida en un estanque. Digamos que... se ahoga.

—La gente se ahoga en el agua. Este estanque está cubierto por una gruesa capa de hielo y lo ha estado durante... —Josse hizo un cálculo mental— yo diría que... unos tres días.

Sí, eso era. No hacía demasiado frío la noche que había dormido en el campamento de Ninian; pero, la siguiente, la temperatura había bajado en picado y la compasión había impulsado a Joana a correr el gran riesgo de llevar a un desconocido a su refugio, su escondite secreto.

—¿Y qué? —preguntó el sheriff en tono agresivo—. ¿Qué importa?

Josse reprimió un suspiro.

—Entonces esta mujer lleva aquí tres días. Al menos.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque debió de caer cuando el estanque no estaba helado —contestó Josse con paciencia—. O sea, hace tres días, cuando el frío aflojó un poco, o unos días antes. —Echó una ojeada al cuerpo—. Pero dudo que lleve aquí tanto tiempo.

—¿Tenéis una bola de cristal? —inquirió el sheriff en tono malicioso, generando más risitas, aunque Josse dudaba que muchos de ellos supieran siquiera a qué se estaba refiriendo. De hecho, le sorprendió que el propio sheriff conociera su existencia.

—No, no he menester de ella. —Josse señaló el abdomen del cuerpo y lo tocó

suavemente—. No hay hinchazón y, si llevase aquí tres días o más, habría empezado a hincharse.

Había observado el fenómeno en los cadáveres de los campos de batalla. Era la razón por la que se hacía conveniente enterrar rápidamente a quienes morían: a mayor demora, más desagradable resultaba manipularlos.

—Seguro que tenéis una idea brillante para sacarla de ahí —espetó en tono cáustico el sheriff.

Josse advirtió que cuanto más se revelaban sus debilidades más irascible se volvía. Pero ¡costaba tanto no revelarlas...!

Desenvainó su espada y, usando la empuñadura como mazo, rompió suavemente el hielo en torno a la cabeza y los hombros de la muerta.

—Creo que podremos soltarla con facilidad. El estanque está congelado tan sólo en la parte más superficial; eso hace que el hielo sea bastante quebradizo.

Al observar lo que hacía, uno o dos de los más despiertos hombres del sheriff empezaron a ayudarlo. El hielo alrededor del torso del cadáver se convirtió pronto en cien fragmentos, y Josse y sus dos ayudantes extrajeron a la mujer de su congelada tumba.

La pusieron boca arriba, y Josse se fijó en que tenía el rostro muy magullado...

—Seguro que se dio contra el hielo —declaró el sheriff, inclinado por encima del hombro de Josse y respirando con la boca abierta junto a su oído.

—Pensadlo bien. Si cayó cuando el estanque estaba helado, no estaría bajo la superficie y ésta no se habría congelado en torno a ella.

El sheriff se quedó sin habla, de momento.

Josse examinó rápidamente el resto del cuerpo. Aparte de las magulladuras en el rostro —la nariz había recibido un puñetazo y, al tantear suavemente el interior de la boca, advirtió lo que parecía un diente roto recientemente—, ambas manos presentaban heridas.

Las sostuvo con las suyas.

Lleno de compasión, se dio cuenta de que alguien le había fracturado intencionadamente dos dedos de cada mano.

La tumbó de nuevo y, debido a la pendiente de la orilla, el cuerpo rodó hasta quedar boca abajo.

Y, sobre la toca cuidadosamente lavada, Josse descubrió la huella de una bota.

Alguien la había golpeado brutalmente, para arrastrarla luego hasta el estanque, meterle la cabeza en el agua y, con el pie sobre ésta, mantenerla sumergida hasta convencerse de que la mujer estaba muerta.

¿Por qué la habían golpeado? ¿Qué razones habían motivado semejante tortura? En este mundo lleno de maldad, ¿qué se espera conseguir al aplicar un castigo semejante? ¿Información? ¿Averiguar algo que no se sabe? ¿Algo que se necesita conocer desesperadamente y que es capaz de inducir al asesinato?

«¡Ay, Dios!», pensó.

—Cuando hayáis acabado —le dijo el sheriff a sus espaldas—, nos gustaría llevárnosla a la aldea para deshacernos de ella.

Deshacerse de ella.

—Tenéis un asesinato en vuestras manos. ¿O es que no os habíais dado cuenta?

—¿Asesinato? ¡Y un cuerno! —El sheriff escupió sobre la escarchada hierba—. Fue a buscar agua, se resbaló, se golpeó la cabeza y cayó al agua. —Acercó el rostro al de Josse y añadió con queda intensidad—: Eso es lo que yo digo. Y lo que yo digo es lo que cuenta.

Por desgracia, bien lo sabía Josse, era cierto.

—¿Ni siquiera vais a averiguar su nombre?

El sheriff sonrió maliciosamente y arqueó una ceja en dirección a uno de sus hombres.

—No hace falta, ¿verdad, Hugo?

El interpelado dio un paso al frente.

—Era Mag Hobson; la tía de mi madre.

Sin más que añadir, Josse se quedó observando cómo iban en busca de una tabla y, colocando el cadáver en ella con escasas muestras de respeto —muestras que, en su opinión, se debían tan sólo a su presencia—, echaban a andar por el largo camino a Tonbridge.

Tirando de las riendas de *Horace*, Josse se colocó al paso del hombre al que llamaban Hugo.

—¿La conocíais? —preguntó en voz queda, porque no quería que el sheriff se enterara de que aún seguía investigando.

—¿A la vieja Mag? No, no puedo decir que la conociera.

—Pero supongo que vuestra madre sí la conocía. —Hugo no contestó—. ¿Visitaba a su tía? Me refiero a vuestra madre.

—Puede ser.

Josse se preguntó por qué se mostraba tan cauteloso. Pero, al pensar en lo que ya le habían dicho y en el bien atendido herbario, inquirió:

—Era una mujer sabia, ¿verdad?

Hugo le lanzó una rápida mirada.

—Sí —masculló.

—Por eso vivía aquí sola —continuó Josse, pensando en voz alta—. Y por eso la gente prefería mantenerse alejada.

—Era buena —manifestó Hugo, como si, aunque ya tarde, se viera obligado a defender la reputación de su pariente difunta—. Arregló cosas para mucha gente, aunque no les guste reconocerlo. Yo, la verdad, es que prefería no tener nada que ver con esto.

«La superstición —reflexionó Josse—. No, claro que a la gente no le gustaría que se supiera que habían consultado a una mujer sabia. Toda discreción es poca en estos tiempos y más vale estar del lado bueno por si acaso a alguien poderoso se le ocurre

meterse con esas cosas».

—Entiendo. Y muchas personas no querrían que se supiera que la tía de vuestra madre era una mujer sabia.

Hugo parecía bregar con un conflicto interno.

—Me da rabia —admitió por fin—. Se burlan de ella y dicen que es una vieja bruja, pero ¿quiénes son los que van corriendo ya caída la noche para pedirle una pócima de amor o un amuleto contra las verrugas? No es justo.

—No, no lo es. Pero me temo que así es la naturaleza humana.

—Dicen que aprendió cuando era doncella —explicó Hugo, sin necesidad de que Josse lo alentase, como si, habiendo reconocido la extravagancia de la tía de su madre, ya ninguna barrera le impidiera hablar de ella—. Cuando estaba todavía en la casa grande, se lo enseñó una mujer mayor, la que lavaba las ropas de cama. Así se hace: una persona mayor pasa sus secretos a una más joven. Al menos, eso es lo que me han dicho.

—Sí, eso he oído yo también. ¿En la casa grande, decís? ¿Acaso poseía alguna mansión?

A Josse no se le antojaba muy probable.

—¡No, por Dios! —Hugo soltó una risita—. Era ama de llaves. Bueno, es mucho decir para un hogar pequeño, pero era la principal criada doméstica, eso es seguro.

—¿De quién?

El rostro de Hugo se arrugó de tanta concentración.

—Creo que no recuerdo el nombre de la familia —admitió—. Eran viejos. Un viejo y una vieja. Vivían solos, pero de vez en cuando tenían visitas. Familiares, me figuro. Lo sé porque ella, Mag, hacía que mi madre fuera a ayudarla a cocinar y esas cosas cuando llegaban visitas.

—Ya veo. —Casi sin atreverse a plantearlo, Josse preguntó—: ¿Y no sabes si todavía viven allí? Quiero decir, los viejos.

—Ay, Señor, no. Están muertos. —Una pausa meditabunda—. Me imagino que la casa estará vacía. Mag solía vigilarla, aunque nunca entendí por qué. A lo mejor era por si un familiar perdido venía a reclamarla. O tal vez porque no era de esas mujeres que dejan que un lugar caiga en ruinas si pueden evitarlo —suspiró.

Siguieron andando en silencio. Josse iba asimilando lo que acababa de oír, y barruntando ciertas conclusiones, cuando Hugo interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—¿Creéis que sucedió como ha dicho el sheriff? ¿Un accidente?

—No, Hugo, estoy seguro de que no lo fue.

—¿Le haréis justicia? —Fue un susurro que Josse apenas pudo oír.

Sin embargo, entendió el deseo encerrado en la pregunta: el deseo —formulado por la conciencia de un hombre, llena de compasión por la brutal muerte de una persona de su familia, por muy lejano que fuera el parentesco y por mucho que prefiriera olvidarla— de que se supiese la verdad y se hiciese justicia.

—Sí, Hugo —le susurró a su vez Josse—. Te prometo que haré todo lo que pueda.

Capítulo ocho

Y no puedo evitar pensar que fue a Mag Hobson a quien Joana de Courtenay... Joana de Lehon... vino a ver.

—¿Que era la amiga de la que habló Denys de Courtenay? Pero... —Helewise lo dudaba, aunque no sabía muy bien por qué.

—¿Pero?

La abadesa evocó la entrevista con Courtenay. ¿Qué había dicho acerca de la mujer que Joana estaría buscando? Muy poco, ahora que lo pensaba: «Tiene una amiga por aquí. No estoy seguro de dónde vive».

¿Había algo en dichas palabras que diera a entender que se trataba de una noble, de la misma clase que la propia Joana de Courtenay? No. Nada. La descripción encajaría igualmente con una mujer sabia que viviera en el bosque, aunque costaba entender cómo Joana la habría conocido...

Se dio cuenta de que Josse esperaba.

—No hay ningún pero. Tenéis razón, sir Josse. La pobre Mag Hobson podría ser la amiga de Joana.

—El hombre del sheriff, Hugo, me dijo que Mag solía trabajar para una pareja de ancianos en una modesta casa —declaró Josse, entusiasmado—, así que me parece que...

—Que ellos, los viejos, eran parientes de Joana y que ésta conoció a Mag, que era su criada, mientras los visitaba. Sí, sí, tiene sentido. Sin embargo, ¿por qué Courtenay no mencionó a la pareja de ancianos?

—Mmm. —Las pobladas cejas de Josse descendieron, formando un rictus—. ¿Serían parientes de la madre de Joana? ¿Parientes tan lejanos que Courtenay nunca ha oído hablar de ellos?

—No, no —protestó Helewise—. Él conoce, o al menos eso creemos, su relación con Mag Hobson. Entonces seguro que también sabe cómo la conoció. —Se le ocurrió una idea—. Sir Josse, a ver qué os parece esto. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Hay un hecho importante, y es que, durante mi entrevista con él, Denys de Courtenay hizo todo lo posible para no revelar lo que podía evitar decirme. Por ejemplo, a la amiga de Joana la mencionó sólo de pasada; no reveló ni su nombre ni su paradero ni qué hace en la vida. Ahora que lo pienso, me parece que mencionó a la amiga como una excusa para buscar a Joana por estos lares.

—Sí —dijo Josse lentamente.

Helewise se inclinó, entusiasmada.

—¿No lo veis? ¡No mencionó a la pareja de ancianos porque no le hizo falta! ¡Bastaba con que me hablara de la amiga! El hecho de que no los mencionara no quiere decir, en absoluto, que no conociera su existencia, aunque no supiera los detalles de dónde vivían. —Se repantigó, exaltada.

—Razonáis bien, abadesa Helewise.

—Ah, pero es que tengo la ventaja de haber hablado con Denys de Courtenay cara a cara —fue la modesta respuesta—. Y no es una experiencia que os recomendaría.

—No, claro que no. —Las pobladas cejas descendieron de nuevo—. Sobre todo ahora que sabemos de lo que es capaz.

A Helewise se le puso la piel de gallina.

—¿De verdad creéis que fue él quien atacó y asesinó a esa pobre anciana?

—Sí.

—Pero ¿deberíamos acusarlo, aun en la intimidad de esta estancia, sin darle la oportunidad de hablar por sí mismo? ¡No tenemos derecho a acusarlo, juzgarlo y condenarlo!

—¡Abadesa, pensadlo bien! Courtenay averigua que su sobrina se ha fugado del hogar conyugal, ha cruzado el canal hacia Inglaterra y, en lugar de buscar a su único pariente varón y pedirle protección, se ha ido al gran bosque en busca de una anciana sabia a quien conoció cuando venía a visitar a la familia de su madre, en una casa cuya situación Courtenay no conoce. Eso, en sí mismo, ¿no os hace sospechar que Courtenay preparaba para la muchacha algo que a ella no le gustaba?

—¡No necesariamente! —objetó Helewise.

—Aceptaréis al menos que sugiere la existencia de un motivo por el que a Joana le desagradara su tío.

—No es su tío carnal. No es más que un tío segundo. De hecho, ella es hija de su primo.

—¿Que es qué?

—Su tío en segundo grado. Courtenay me explicó que él y el padre de ella eran primos hermanos, por lo que ella es sobrina en segundo grado.

—¿No veis cuánto importa eso? Abadesa, ¡ojalá me lo hubieseis dicho antes!

—Creí haberlo hecho. Y, sí, claro que veo la importancia. Significa...

—Significa que, habiendo adquirido una dispensa, ¡puede casarse con ella! —estalló Josse—. Por Dios Todopoderoso, abadesa, ¿acaso no es motivo suficiente para torturar a una anciana que puede darle información y matarla si se niega?

—¿Como si Joana fuese una heredera o algo así?

Josse masculló algo, diríase que pidiendo paciencia divina.

—Sí, querida abadesa, eso es exactamente lo que quiero decir. —Meneó la cabeza y le lanzó una sonrisa traviesa—. Supongo que debo tener en cuenta que estuvisteis enferma hace poco.

—¡Estoy perfectamente bien ahora! —replicó, ofendida—. Y no le pasa nada a mi capacidad para razonar. Es vuestra imaginación la que ha convertido a Joana en una rica heredera. ¡No tenemos nada que lo pruebe!

Josse pareció abatido.

—Odio tener que reconocerlo, pero tenéis razón. —Suspiró—. A la mujer a la que conocí no se le veían señales de gran riqueza. La casa no era precisamente cómoda, y

la propia Joana iba vestida más como una labriega que como una aristócrata. ¡Pero podría ser para disfrazarse!

Helewise se echó a reír.

—Nunca cedéis, ¿eh?

—No. —Josse se puso en pie.

—¿Adónde vais?

Josse la miró desde su altura.

—Abadesa, nos hemos olvidado del primer asesinato. Alguien envenenó el pastel que estaba destinado a Denys de Courtenay, y esa persona debía de ser lo bastante insignificante para entrar en la taberna de Anne, oír a Courtenay hacer su pedido y, de algún modo, llegar al pastel antes que la camarera y añadirle el veneno.

—Insignificante. Eso descarta a Joana, puesto que, aun vestida de labriega, su primo la reconocería.

—Sí —confirmó Josse. Helewise vislumbró que su expresión se suavizaba ligeramente—. Es una mujer realmente notoria.

—Ah. —Decidida a pensar en eso más tarde, Helewise comentó—: Así que pensáis que fue Mag Hobson la envenenadora.

—Era una sabia. —Josse se dirigió hacia la puerta—. Sabemos que tenía aptitudes, que la gente la admiraba. —Hizo una cortés reverencia—. Me quedan un par de horas de luz... Voy a echar un vistazo a su herbario. Sé que estamos en febrero y no habrá mucho sobre la tierra. Es probable que fracase miserablemente, pero voy a ver si encuentro algún rastro de acónito.

—¡Id con cuidado! —le gritó instintivamente la abadesa.

Pero él ya se había marchado.

No le costó nada encontrar el camino de vuelta al estanque y a la choza de Mag Hobson: el sendero lo habían marcado las botas de los hombres del sheriff y, aquí y allí, vio ramitas que los cargadores habían roto cuando golpeaban su carga contra los árboles.

El claro estaba vacío. Ató las riendas de *Horace* a un tronco y miró alrededor. El agujero hecho en el hielo para extraer el cadáver se había vuelto a congelar, y el hielo sobresalía en cortantes picos como una cordillera en miniatura. Las numerosas huellas en la orilla del estanque también se habían congelado.

Desaparecido el cuerpo de la difunta, el claro le dio otra sensación. Permaneció quieto y dejó que sus sentidos absorbieran la información. Al cabo de un rato, pensó: «Sí. Eso es. Ahora da... una buena sensación. Antes el horror del brutal asesinato se imponía sobre el ambiente normal del lugar; pero, ahora que se la han llevado, el ambiente positivo está regresando».

Se le antojó un lugar agradable. El aire mismo parecía contener una cualidad que prometía hacer que la gente se sintiera a gusto...

Se recordó con firmeza que no había ido allí a tomar el aire.

A grandes zancadas se encaminó hacia la choza. La puerta estaba cerrada con una

cuerda que pasaba por dos ganchos de hierro, uno en la puerta y el otro en la jamba. Josse concluyó que el sheriff no se había molestado en entrar en la casa de Mag: la cuerda estaba atada con un nudo bonito y complicado, y éste no habría perdido el tiempo en hacer semejante cosa.

Lo desató, disculpándose en silencio con la difunta por violar tan bonita obra, soltó la cuerda y abrió la puerta.

El interior se encontraba tan limpio y ordenado como esperaba. Había una pequeña hoguera en el centro del suelo de tierra batida: piedras colocadas en círculo y leña y ramitas preparadas a un lado. De un sencillo trípode colocado encima de la hoguera colgaba un antiguo y ennegrecido puchero. Vacío.

En la pared del fondo varias tablas de madera hacían las veces de estanterías, cada una con recipientes de diferentes tamaños y algunos utensilios: un cuchillo, un mortero con su mano, unos pequeños cuencos de barro, una fila de frasquitos... Todos escrupulosamente limpios.

Junto a la hoguera, un taburete de tres patas y, detrás de éste, colgada de la pared, una pesada capa.

Una corta escalera llevaba a una plataforma; desde el segundo escalón, los ojos de Josse estaban a la altura de dicha plataforma, sobre la que había un jergón relleno de paja y unas mantas.

Tomó nota mental de que debía regresar a inspeccionar las estanterías si no tenía suerte en el herbario y salió, no sin volver a pasar la cuerda por los ganchos y atarla. Se fijó en que su nudo no era, ni de lejos, tan elegante como el de Mag.

No hizo caso del huerto. Pensó que hasta la más novata de las sabias sabría que no debía plantar acónito junto a las coles. Cuadró los hombros —se sentía muy incómodo con esta indagación—, y se dirigió hacia el bien atendido rectángulo donde Mag Hobson cultivaba sus hierbas.

Algunas las reconoció de inmediato: hiedra, enebro y los resistentes y flexibles tallos de retama. En cambio, no estaba muy seguro acerca de otras: unos diminutos brotes verdes que apenas se asomaban podían ser azafrán, y los tallos como troncos, cuyas ramas podadas resultaban cortantes, ¿podían ser eneldo? Sonrió para sí. Podían serlo, pero, dada la escasez de sus conocimientos herbarios, podían igualmente ser cualquier otra cosa.

Mag había separado las hierbas mediante bajos setos de boj. Había una pequeña parcela de huerto totalmente cercada; Josse se preguntó si ése era el método que usaba para apartar las plantas más mortíferas y fue a examinarlas más de cerca.

Arrebujándose en la capa y poniéndose la capucha, pues cada vez tenía más frío, se agachó sobre el suelo dormido.

Habían removido la tierra recientemente, no le cupo duda. Pero parecía que lo habían hecho más para plantar que para desenterrar. ¿Sería posible? ¿Un herborista plantaría a mediados de un febrero helado? No tenía la menor idea. Se había metido en una situación imposible; sólo le quedaba cavar toda la tabla y confiar en encontrar,

por azar, los tubérculos del acónito, semejantes a rábanos. Este pensamiento lo colocó en otra disyuntiva: ¿sería capaz de distinguir dicho tubérculo de otros sin correr un grave riesgo al probarlos? A menos que estuviese dispuesto a cavarlo todo, más le valía rendirse.

Cansado, se frotó la cara con las manos. ¡Y se le había antojado tan buena idea!

—No os mováis —ordenó una voz queda en su oreja derecha.

La sorpresa le hizo dar un respingo, cosa nada sensata teniendo un cuchillo pegado al gaznate.

Con voz igualmente queda, contestó:

—No lo haré. Hasta que mováis ese cuchillo.

En cuanto habló sintió que su asaltante se relajaba.

Y Joana exclamó:

—¡Sir Josse! Creí que erais...

—¿Denys de Courtenay?

Ella dio un paso atrás y lo escudriñó. A la tenue luz del claro costaba interpretar su expresión, y más teniendo en cuenta que el chal de lana le ensombrecía el rostro. A su favor había que reconocer que no se había escudado tras un inocente: «¿Denys qué?». En lugar de ello, enfundó el cuchillo y comentó:

—Así que lo habéis conocido.

—Yo no. Pero mientras las hermanas de la abadía de Hawkenlye me cuidaban, por los efectos de la contusión, él fue a ver a la abadesa.

—La abadesa Helewise. —Joana asintió—. He oído hablar de ella.

—¿Eso que percibo es vuestra aprobación?

—Sí. La persona que me informó la admiraba mucho. Sólo la conocía por su reputación, pero le bastó para formarse una buena opinión.

—Y con razón. La abadesa Helewise es una gran mujer. Que, por cierto, comparte vuestra opinión acerca de Denys de Courtenay.

—No creí haber expresado una opinión al respecto —replicó Joana en tono gélido.

—No negáis conocerlo.

Vaciló.

—No. No tiene sentido. Él y mi difunto padre eran primos.

—Y os está buscando. Según él estáis medio loca de dolor; dice que el dolor de haber perdido a vuestro marido en un accidente de caza os ha desquiciado y que sois...

—¿Que estoy cómo? —Joana se echó a reír, una risa musical que retumbó en el silencioso claro—. ¿Es lo mejor que pudo inventarse? ¿El angustiado tío, el único pariente varón, fuerte y protector, en busca de una joven viuda desconsolada? ¡Santo Dios! Creía que habría encontrado un cuento un poco más original.

—Ni la abadesa ni yo le creímos.

—¿Por qué no?

—Yo, porque os conozco a vos. Vi vuestro miedo, vuestra imperativa necesidad de esconderos de alguien que, según supuse, sería Denys. La abadesa, porque, como he dicho, lo conoció personalmente.

—Y no le cayó bien. —Fue una afirmación, no una pregunta.

Josse soltó una carcajada.

—Podría decirse así. —Empezaban a dolerle las rodillas por el contacto con la frialdad del suelo—. ¿Puedo levantarme?

—Ay, sí, sí. Desde luego.

Se encararon, separados por dos pasos. Josse distinguía mejor su semblante: los ojos oscuros, vigilantes, y el ligero ceño que indicaba que estaba muy concentrada en sus reflexiones.

¿Pensando, acaso, que no sería mala idea confiar en él?

—Tengo muchas ganas de ayudaros, Joana —aventuró Josse—. Creo que os conozco mejor de lo que creéis y, si aceptáis mi palabra, os juro que os protegeré de...

—¡No necesito ninguna protección! —gritó ella.

Él dio un paso adelante.

—¿No? —gritó también—. Puede que no, ¡aunque yo no apostaría a favor de vuestra pequeña daga contra el hombre que casi me destrozó la cabeza, únicamente porque no quería que lo siguiera!

—Dejasteis que os sorprendiera —le chilló Joana—, como acabáis de hacer conmigo. Lo conozco mejor, caballero, ¡y me cuido mejor!

—¡Os encontrará, Joana! —insistió Josse—. ¡Sabéis cuáles son sus métodos!

Joana se quedó muy quieta.

—¿Métodos? —repitió, casi susurrando.

¡Bendito Dios! ¿No lo sabía?

—Mag Hobson está muerta —le dijo calladamente.

—Sí, me he enterado.

—Entonces, ¿tenéis contacto con el mundo? ¿Habláis de vez en cuando con la gente?

—A veces voy de compras. Pero os aliviará saber que lo hago con la cabeza bien tapada. La noticia de la muerte de Mag era fresca la última vez que fui a Tonbridge.

—Tan fresca, diría yo, que ni siquiera sabían cómo murió.

—¡Se ahogó! ¡Se resbaló en la orilla helada y cayó al estanque! —Al no obtener respuesta, preguntó—: ¿No?

A Josse no le apetecía contárselo, pero tal vez, si lo hacía, la convencería de su propia vulnerabilidad.

Ninguna mujer, de eso estaba convencido, ni siquiera Joana, podría enfrentarse a Denys de Courtenay.

—A Mag la asaltaron —dijo en tono neutral—. La apalearon, le rompieron algunos dedos y luego le mantuvieron la cabeza bajo el agua hasta que murió.

Joana se tapó la boca con las manos y casi acertó a ahogar un grito.

—¡Oh, no! ¡Ay, Mag, no!

Aprovechando la ventaja que le proporcionaba el haber roto sus defensas, Josse prosiguió:

—¿Quizá para obligarla a decirle dónde os escondéis? ¿Para que le revelara dónde se encuentra la vieja casa a la que os llevó para evitar que él os encontrara? ¿Dónde...?

—¡Basta! —gritó Joana. Sus hombros subían y bajaban al ritmo de sus sollozos—. ¡Callad, callad, por favor, os lo ruego! —suplicó.

Y, con el rostro tapado por las enguantadas manos, se dejó llevar por el dolor.

A Josse le resultó un espectáculo insoportable. Dio otro paso y la abrazó, le apretó la cabeza contra su pecho y se la acarició. El burdo chal cayó hacia atrás y Josse sintió el suave cabello que se deslizaba bajo la piel de su palma enguantada.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento mucho, Joana. Pero tenéis que saber la verdad, debéis percataros de lo que es capaz de hacer para encontraros.

Ella siguió llorando. Él la abrazó más estrechamente y se inclinó para besarle la coronilla. Sus gestos, instintivos, pretendían consolarla, como consolaría a un niño o a un animal asustado. Dejarle saber que no estaba del todo sola, que alguien...

Fueran cuales fueran sus intenciones, ella no las entendió. Se apoyó en sus brazos, levantó la cabeza y, de repente, entrelazó los brazos detrás de su cuello, le bajó la cabeza y lo besó fieramente en la boca.

Con aquel fuerte y ágil cuerpo pegado al suyo, Josse respondió de inmediato. Abrió la boca, le separó los labios con la lengua, acarició la suya, y lo embargó una violenta excitación. Sintió aquellos pechos apretados contra su pecho, aquellas piernas musculosas firmemente apoyadas en sus muslos. Sintió su propia erección, dura y plena.

Joana se separó y dio un paso atrás. Se secó las mejillas.

—Lo siento. No debí hacerlo.

Sin saber qué decir, Josse soltó lo primero que se le ocurrió.

—¿No se supone que eso debo decirlo yo?

Para su asombro, ella dejó escapar una risita.

—No cuando es tan evidente que yo empecé. —Y entonces lo recordó—. ¡Ay, Señor! ¿Qué voy a hacer?

—¡Dejadme ayudaros! —pidió Josse—. ¡Dejadme ir con vos! —Ella le echó una rápida miradita—. Ay, Joana, ¡no es para eso! —Esbozó una sonrisa traviesa—. Recordad que os ofrecí mi ayuda antes de que os echaseis en mis brazos.

—Es cierto.

—¡Bien! ¿Podéis confiar en mí?

Joana siguió mirándolo, como si en su decisión le fuera la vida entera.

—Yo... —empezó a decir y acabó con mayor firmeza—: Lo pensaré.

—¿Qué tenéis que pensar?

—¡No sabéis nada! —gritó ella, iracunda—. ¡No es tan sencillo como creéis, noble caballero! Hay muchas cosas que sopesar y sólo yo puedo hacerlo.

—¿No puedo ayudaros?

—No. —Desaparecida la furia, le ofreció una dulce sonrisa—. Sí, me figuro que me seríais muy útil y no puedo decir que no me sienta tentada. Pero necesito tiempo a solas. Para meditarlo bien, sin que me confundáis y sin que volváis a besarme. —La sonrisa se había vuelto ancha, libre, y Josse se percató de lo hermosa que era.

—¿Que yo os besé a vos? —rezongó.

—Me voy —anunció Joana, y apretó la cuerda que le rodeaba la cintura—. No debéis seguirme. Si lo hacéis, no me veréis nunca más.

Por muy melodramático que sonara, Josse supo que hablaba en serio. ¿Cómo iba a encontrar la antigua casa en las profundidades del bosque si ella no le daba una pista?

—Muy bien, os doy mi palabra.

Ella asintió.

—Gracias. Quedaos aquí junto a la casa de Mag, contad lentamente hasta cien y podréis marcharos.

La casa de Mag. Ya tarde, Josse recordó por qué estaba allí.

—¡Joana!

Ella le había dado la espalda, pero giró sobre los talones para mirarlo.

—¿Sí?

—¿Quién desenterró el acónito y lo metió en el pastel? Fue Mag, ¿verdad?

Sin embargo, el rostro de Joana se ensombreció y su único comentario fue.

—Sí que habéis estado ocupado. —Salió corriendo del claro y gritó—: ¡Empezad a contar!

Contó muy lentamente hasta cien. Quizá ella estuviese contando también; de hecho, no le cupo duda de que estaba haciéndolo, y no quería que ella pensara que hacía trampas. Le importaba mucho que confiara en él.

Dejó pasar un buen rato después de acabar de contar, desató a *Horace* y, guiándolo en la creciente oscuridad de la inminente noche, se encaminó de vuelta hacia la abadía.

Capítulo nueve

Esa noche, Josse estaba inquieto. Su visita a Helewise había sido breve; quería que supiera que estaba de vuelta, sano y salvo, pero se había hecho demasiado tarde y no era momento de conversar.

Además, no sabía muy bien por qué, sentía cierta renuencia a hablar con la abadesa cuando su sangre cantaba aún por haber besado a Joana de Courtenay.

Al dormirse, por fin, soñó que Helewise sostenía en su fuerte mano el cuchillo de Joana y lo usaba para cortar ramas de acebo, insistiendo en que eran de acónito.

—Es para mi corona de boda —decía repetidamente.

¡Qué gran alivio fue despertarse!

Helewise lo mandó llamar por la mañana. Ahora, con la inquietud residual del sueño aunada a los inquietantes recuerdos de Joana, se sintió aún más turbado en presencia de la abadesa.

—¿Qué os pasa, sir Josse? —preguntó ésta, al reparar en su agitación en cuanto entró en el despacho.

—Yo... eh... nada, abadesa. —Acertó a sonreír—. Supongo que es la impaciencia por hacer algo.

Ella asintió.

—Lo entiendo. Habiéndole ofrecido vuestra ayuda a Joana de Courtenay y sintiendo que está a punto de aceptarla, debéis de tener muchas ganas de estar a su lado.

«¡No sabéis cuántas ganas! —convino Josse para sí—. Y no sólo como vos, querida dama, os imagináis».

—Bueno, estoy absolutamente convencido de que corre peligro mientras esté sola.

La abadesa asintió de nuevo.

—Marchaos, pues —le dijo y le ofreció una sonrisa alentadora.

—¿Adónde voy a ir?

—¡A encontrarla, por supuesto!

—¡Pero prometí darle tiempo para que lo pensara! Sólo entonces... —Se interrumpió. ¿Sólo entonces iría ella a buscarlo? ¡Pero no tenía idea de dónde encontrarlo!

No había acabado de traspasar el umbral cuando oyó a la abadesa comentar:

—Os deseo suerte en la caza, sir Josse.

Desanduvo el camino hacia el punto donde el sendero de Tonbridge se adentraba en el bosque. A paso muy lento, trató de recordar el lugar por el que se había internado cuando Denys de Courtenay lo había atacado.

Costaba determinarlo. Todo parecía diferente a la luz del día. Además, la última vez que había estado por allí iba concentrado en perseguir a su presa sin que ésta lo viese —algo en lo que había fracasado de modo estrepitoso— y no se había fijado

mucho en el entorno.

Tenía que encontrar el lugar. Había razonado que Ninian, un niño, no podía arrastrar muy lejos a un adulto robusto y medio inconsciente, y eso significaba que su campamento debía de estar cerca de donde Courtenay lo había asaltado.

En el campamento de Ninian, si es que lograba dar con él, se hallaba el único posible contacto que tendría con Joana. Quizá permitiera a Ninian jugar allí de nuevo, o a ella misma se le ocurriría buscar a Josse allí...

Siguió avanzando. Con desmayo se dio cuenta de cuan inútil era la búsqueda y se le fue desinflando el ánimo.

Pero ¿qué más podía hacer? ¿Regresar a casa de Mag Hobson? ¿Sería allí donde lo buscaría Joana?

Maldiciéndose por no haber ideado un plan más fiable, desmontó y, guiando a *Horace*, se adentró en el bosque.

Pronto estuvo andando por la cumbre de una suave loma. Se le antojó vagamente familiar. Se detuvo, permaneció quieto, aguzó el oído y olfateó el aire.

Y oyó, desde muy cerca, el murmullo del discurrir de agua.

¡Sí!

Obviamente el mozuelo tenía al alcance una fuente de agua fresca, pues le había llevado una sopa de cebolla que él mismo había preparado. Más tarde, Joana le pidió agua caliente con la que preparar la cataplasma.

Ahora que lo pensaba, todo el tiempo que había permanecido en el campamento de Ninian había estado oyendo el sonido burbujeante del arroyo.

Miró hacia el estrecho valle debajo del sendero. Nada allí.

Avanzó, dobló una curva y reparó en que el sendero entraba en una suerte de pasaje formado por ramas que casi se tocaban. Recordó que le había costado atravesarlo en la oscuridad y...

... ¡Y fue justo después de salir de dicho pasaje cuando había desmontado para tantear en busca de huellas!

Más animado, repitió los gestos que había hecho aquella noche. «Me agaché aquí, más o menos, y también aquí. Y allí, a menos que me equivoque, es donde caí. Con la mejilla en ese charco que ahora está helado».

Hasta el momento iba bien.

Se paró en el lugar donde había caído y miró alrededor: frente a él, el sendero, casi recto en una ligera pendiente, llevaba al valle donde discurría el arroyo y, a sus espaldas, la pendiente se volvía más empinada.

La única dirección en que un niño de siete años podría arrastrar a un corpulento adulto era loma abajo, hacia el valle.

Ató a *Horace* junto al sendero y bajó con cautela por él.

Tardó bastante tiempo en hallar el campamento de Ninian; de hecho, lo único que le permitió localizarlo fueron unos trozos de leña quemada. Dio por sentado que eran los restos de la última hoguera hecha por el niño y se puso a buscar por la zona

inmediatamente aledaña, yendo en círculos concéntricos cada vez más amplios.

Finalmente descubrió lo que buscaba.

Quienquiera que hubiera enseñado a Ninian a sobrevivir en el bosque lo había hecho bien; el chiquillo había situado su escondite secreto bajo un saliente de piedra arenisca y había ocultado la entrada detrás de un espino. En cuanto lo vio, Josse recordó el espino, gracias a las torpes incursiones llevadas a cabo para hacer sus necesidades. No obstante, sólo quien supiera que allí había un campamento y, por consiguiente, persistiera en la búsqueda podía acabar por encontrarlo. De otro modo nunca lo vería.

La euforia del éxito pronto se desvaneció y Josse se preguntó: «Y ahora ¿qué?». No había nadie allí. ¿De verdad creía que Ninian y Joana estarían sentados junto a una alegre hoguera, acurrucados en la vieja y apestosa piel de oveja del pequeño, esperando a que Josse pasara por allí? En el campamento no se veían señales de que alguien hubiese estado en él recientemente.

«Esperaré —se dijo—. Si quiere encontrarme, vendrá aquí. ¿O no? Le daré tiempo hasta que la luz del día empiece a desaparecer. Si no viene hoy, regresaré mañana. O tal vez vaya a casa de Mag Hobson».

Exasperado por tener que aguardar a que alguien actuara mientras él no podía hacer nada, se acomodó, preparándose para la vigilia.

No acudió.

Ninian, en cambio, se presentó, ya avanzado el día. Salió de improviso del espeso matorral que cubría el saliente, pillando a Josse por sorpresa; saltó con agilidad y corrió a cogerle la mano.

—¡Habéis regresado! —exclamó, jubiloso—. ¡Me alegro tanto de veros! ¿Queréis que hagamos una hoguera? ¿Queréis quedaros en mi campamento otra vez?

—No, Ninian, pero gracias por ofrecérmelo. —Josse se agachó y cogió las dos manos del pequeño. Buscando el modo de preguntarle lo que tan desesperadamente necesitaba saber pero sin alarmarlo, inquirió, en un tono que quería ser desenfadado —: ¿Te ha dicho tu madre que puedes salir a jugar hoy? Después de todo, hace mucho frío, y...

—Oh, no sabe que he salido —replicó el niño con inocente orgullo—. Esperé a que se marchara y salí a escondidas. —Frunciendo el ceño continuó—: Dice que tengo que quedarme en casa, pero lo odio; no hay nada que hacer y, cuando sale, no tengo con quien hablar. De todos modos —echó un vistazo posesivo alrededor—, tenía que venir a ver cómo estaba el campamento.

—¿Sabes dónde está tu madre, Ninian?

—Sí. Ha ido a casa de Mag. Dijo que tenía que recoger algo. De hecho —se corrigió, ceñudo otra vez—, dijo que iba a buscar a alguien, pero estoy seguro de que quería decir algo, porque no conocemos a nadie aquí, excepto a Mag, y Mag está muerta.

—Lo sé —confirmó Josse con suavidad.

Los brillantes ojos azules del niño estaban clavados en él.

—Creo que era muy vieja y que por eso murió —le confió el muchacho.

—Sí, Ninian, era muy vieja.

—Mucho más que mi madre y que vos —añadió, como si se le acabara de ocurrir—. Los viejos mueren, ¿verdad?

—Las personas suelen morir cuando se hacen viejas, sí.

«Pobrecito —pensó Josse—. ¡Qué vida ha tenido recientemente! No me extraña que quiera que lo tranquilicen».

—Mi padre murió —decía Ninian—. Él era mucho más viejo que vos. Casi tanto como Mag, creo. Se cayó del caballo.

A Josse no le pareció demasiado desconsolado por la defunción de su padre.

—Debió de ser horrible.

—No, no fue horrible en absoluto. —Ninian arregló una rama del espino—. Mi madre y yo no le gustábamos y ahora que está muerto ya no puede azotarnos. Madre dijo que no era menester que fingiera que me sentía triste si no lo estaba, así que no voy a fingir.

—Es cierto, no tienes por qué fingir.

—El cura dijo que mi padre estaba en el cielo —susurró Ninian, como si temiera que lo escuchara un miembro de la Iglesia—, pero madre y yo creemos que está en el infierno. Mi madre dice que eso espera.

—¿Y tú?

—Pues, no es que quiera que esté en el infierno —contestó el niño con cautela—, aunque estoy seguro de que está en el purgatorio. Espero que acabe en el cielo. En varios centenares de años, tal vez, si es bueno, y si celebran muchas misas y esas cosas para su alma. —Acabó de sujetar la rama a su entera satisfacción—. ¡Ya! ¿Queréis que entremos?

—Ninian —dijo Josse, intentando hallar el mejor modo de explicarse—, creo que tu madre ha ido a casa de Mag a buscarme a mí.

—¿En serio? ¡Qué boba! ¡Estáis aquí!

—Sí, pero ella no lo sabía. —El caballero vaciló—. ¿Crees que estaría bien que me llevaras a la casa?

—¿A casa de Mag?

—No, a la tuya. A la casa donde os hospedáis, donde tu madre me llevó cuando hacía demasiado frío para que me quedara aquí.

El niño se mordisqueó el labio.

—No sé si tengo permiso para hacerlo. Madre me hizo prometer que no se lo diría a nadie.

—Lo entiendo —contestó Josse, odiándose a sí mismo—; pero, en mi caso, yo ya estuve allí antes, ¿verdad? —Esperaba que Ninian no supiera que Joana le había vendado los ojos—. La localización de la casa ya no es un secreto para mí.

—¿Entonces, por qué necesitas que yo te lleve? —fue la inteligente respuesta.

—Eh... pues ahora que nos hemos encontrado —improvisó Josse—, ¿por qué no vamos juntos?

—Se va a enojar —comentó Ninian en tono resignado—. Me mandará temprano a la cama sin pan ni agua para cenar.

—Le diré que es culpa mía, que te convencí. No te lo pediría, Ninian, pero es importante que hable con tu madre. Como te decía, creo estar seguro de que fue a casa de Mag a buscarme a mí.

Ninian lo escudriñó largo rato. ¿Qué tenían esos ojos azules?, se preguntó Josse; ¿qué tenía el mozo...?

—Muy bien. —El pequeño se había decidido—. A mi madre le gustáis, me lo dijo. Y a mí también.

—A mí me gustáis los dos. Espera que vaya en busca de *Horace* e iremos juntos.

—¿Puedo montarlo? —preguntó Ninian cuando Josse guió a *Horace* por la pendiente que llevaba al estrecho valle.

—Sí, pero agárrate bien.

Mientras guiaba a *Horace* a través de la espesura, siguiendo las instrucciones de Ninian, reflexionó que sería el colmo que, tras haber convencido al pequeño para que rompiera su palabra y lo llevara a la casa secreta, éste se cayera del caballo y llegase herido.

Joana ya se encontraba en la casa cuando Josse y Ninian llegaron.

Atendieron juntos a *Horace* y entraron, sólo para encontrarla yendo y viniendo frente a la chimenea.

Ninian había predicho que estaría enojada. De hecho, estaba furiosa. Josse, que sabía que la furia nacía de la angustia —qué desagradable imaginar lo que debía de haber sentido al llegar a la casa y ver que el niño no se encontraba allí—, dejó que diera rienda suelta a su ira y luego, con un brazo protector sobre los hombros del pequeño, comentó en tono suave:

—Está a salvo, Joana. ¿No es eso lo que importa?

Ella se volvió hacia él.

—¿Y quién os ha dado permiso para venir? ¡Nadie viene aquí sin que le venden los ojos! ¡Ni siquiera vos!

A pesar de la cólera, había en sus ojos un destello de algo más. Algo que sugería que recordaba su despedida tan bien como él. Josse trató de no hacer caso a la sangre que empezaba a bullirle violentamente, en momento tan inoportuno.

¿Llegaría el momento oportuno?

—¡Creí que ibais a dejar que os ayudara! —replicó.

—¿Qué os hizo creer semejante cosa? —le gritó ella—. ¡Quizá fuera cierto, antes de esto! Pero ahora que veo que os habéis colado, que habéis aprovechado la edad de mi hijo para que os diga dónde está la casa, que habéis... que habéis... —Josse aguardó, pero, según parecía, no se le ocurría nada más, excepto—: ¡No sois de fiar!

Ninian se zafó del brazo de Josse, que seguía rodeándole los hombros, y corrió

hacia su madre.

—¡No digas eso! —le gritó, tan furioso como ella. Había heredado el mal genio de su madre, pensó Josse. El pequeño golpeó el estómago de Joana con ambos puños y chilló—: Ya no quiero estar sólo contigo. ¡Lo quiero a él!

—Ninian... —empezó a decir Joana.

Josse la interrumpió, dio un paso adelante, cogió firmemente a Ninian del brazo y le dijo con voz queda:

—Ninian, un hombre nunca, jamás, pega a una mujer.

Éste se volvió hacia él, tratando de liberarse de las fuertes manos de Josse y, al ver que no lo conseguía, intentó darle un puntapié en la entepierna. Pero Josse, que tenía varios sobrinos, estaba acostumbrado a los niños pequeños y eludió con facilidad el pie alzado.

—Y un luchador honrado tampoco hace eso.

La carita estaba morada de rabia y el azul de sus ojos resaltaba aún más.

—¡Soltadme! —ordenó con voz autoritaria.

Al cabo de un momento, Josse lo soltó y, con inesperada dignidad, el chiquillo se alisó la túnica. Luego se volvió hacia su madre y a continuación hacia Josse.

—Os pido disculpas.

Josse se inclinó.

—Aceptadas.

Joana, que no era tan fácil de suavizar, se limitó a hacerle una mueca.

—Supongo que vas a mandarme a la cama —comentó Ninian.

Una sonrisa pugnó por dibujarse en los labios de Joana, pero acertó a reprimirla.

—Claro que sí. Quiero hablar en privado con sir Josse.

Ninian suspiró.

—Muy bien.

Joana cogió a su hijo de la mano.

—Ven conmigo a la cocina y prepararemos una bandeja con tu cena. Puedes cenar en la cama.

Ninian se volvió hacia Josse.

—Buenas noches —le dijo educadamente.

—Buenas noches, Ninian.

El pequeño se detuvo. Echó un vistazo para ver si los miraba su madre, que se había adelantado por el pasillo.

—De todos modos, me alegro de haberos traído, aunque a ella no le guste. —Dicho esto, le lanzó una sonrisa radiante.

—Creo que sí le gusta, un poquito —le susurró Josse—. La gente, a veces, tiene un modo muy extraño de demostrar su agrado. Ninian rió, contento.

—Sobre todo las damas... ¡Hasta mañana!

«Sobre todo las damas», repitió para sí Josse, mientras el sonido de los pasos de Ninian se desvanecía escaleras arriba. ¿Y cómo lo sabía un mozuelo?

Joana tardó en regresar al salón. Josse ya había preparado el fuego, cuyas fulgurantes llamas empujaban la oscuridad a los rincones más lejanos de la estancia. Sentado frente a la chimenea, en una silla de asiento de piel, disfrutaba del lujo del calor.

—Lamento haber tardado tanto —dijo Joana, y se acomodó en el suelo junto al fuego, sobre un montón de alfombras de piel y unos cuantos cojines delgados que la protegían del frío de las baldosas—. Estaba hablando con Ninian. Tenía que hacerle entender que de verdad no debe contarle a la gente dónde está la casa.

—Y yo ¿soy «gente»?

Ella lo miró.

—¿Cómo puede saber la diferencia un niño de siete años?

—Pero... —Josse se interrumpió. Se dio cuenta de que Joana le estaba haciendo el juego—. Joana, suponed que hubiese sido Denys de Courtenay el que hubiera encontrado el campamento de Ninian. ¿Qué creéis que habría pasado?

—¡Ninian nunca lo habría traído aquí!

—¿Sabe quién es Denys? ¿Se conocen? —Ella hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Y le habéis hablado de él?

—¡No! Lo que Denys quiere es... No.

—¿Y Denys conoce la existencia de Ninian?

Lo miró con expresión extraña.

—Oh, sí, claro que sí.

—Entonces, Joana —prosiguió Josse, implacable—, pensadlo bien. Denys sabe que os encontráis por estos lares. Sabe lo de Mag, trató de obligarla a decirle dónde está esta casa y fracasó. En su búsqueda se topa con el campamento de Ninian; sería difícil, lo reconozco, pues el mozo lo ha ocultado bien. Pero Denys puede haber visto al niño ir al valle o regresar. Alguien más pudo haberlo visto y haber vendido la información a Denys por un par de copas.

Joana se había puesto pálida.

—¡He sido muy cuidadosa! —susurró.

—¡Desde luego que sí! Pero, por muy cuidadosa que seáis, no seréis capaz de cubrir todas las posibilidades.

—¡Sí que puedo! ¡Lo he hecho!

—Joana, ¡Denys torturó a Mag! ¡La torturó! —apremió Josse, sin alzar la voz, cosa que le resultó difícil, para que no lo oyese Ninian—. Imaginad que ella hubiese cedido y le hubiese dicho lo que quería saber.

—¡No lo habría hecho! —espetó Joana, desdeñosa—. Habría dado la vida por nosotros. Sabía lo que pasaba y...

—Habría dado la vida —repitió Josse, suavemente—. ¿Es que no lo veis, Joana? La dio. —Se levantó de la silla y se arrodilló frente a la mujer, y de nuevo la cercanía provocó en su cuerpo una respuesta, pero se obligó a pasarla por alto—. Imaginad lo que habría ocurrido si Denys hubiese encontrado a Ninian en el bosque hoy. ¿No es

posible que empleara una táctica semejante para que vuestro hijo le dijera lo que quiere saber?

Joana ahogó un grito y su semblante palideció aún más.

—¡No, oh, no!

—No os lo digo para heriros, pero tenéis que comprender lo que Denys es capaz de hacer, lo que puede llegar a hacer para encontraros. Y... ¿qué pasa?

Josse se interrumpió. Para su sorpresa, Joana le sonreía; una sonrisa muy leve, cierto, pero no había duda de que su expresión resultaba menos tensa y sus mejillas recuperaban un poco de color.

—He dejado que vuestra pasión me convenciera —observó. Se sentó sobre los talones y se alejó ligeramente de él. El breve centelleo de sus ojos daba a entender que sabía muy bien lo que decía—. Y he sido una tonta, sir Josse.

—No lo entiendo. ¿Os he convencido? ¿De qué?

Joana se sentó con las piernas dobladas y, tras cubrirse con la suave alfombra de piel, cruzó las manos sobre las rodillas.

—Oh, no os culpo. Entiendo que me estáis diciendo lo que creéis que puede suceder. Y, si se tratara de otro hombre y de otro niño, estaría de acuerdo. Yo también creo que Denys haría a Ninian lo que le hizo a Mag, para llegar a esta casa. —Se estremeció. Los oscuros ojos se encontraron de nuevo con los de Josse—. Y Denys, os lo aseguro, no dudaría en azotar a un niño para conseguir lo que desea.

—No hace falta que me lo aseguréis.

—No, claro que no. —Joana siguió contemplándolo, y él continuó con la vista clavada en la suya.

—Habláis de modo enigmático —dijo Josse—. Justo cuando creo haberlo entendido todo, decís algo que me sorprende y me veo forzado a darme cuenta de que no entiendo nada. —Se inclinó hacia ella—. ¿No podéis confiar en mí? Mi señora, habéis menester de ayuda, debéis reconocerlo. Y heme aquí, ofreciéndoo la mía. ¿Confiaréis en mí?

Tras una larga pausa, Joana declaró:

—Sí, lo haré.

Capítulo diez

—Es una larga historia —explicó, sin apartar la mirada.

—No tengo otra cosa que hacer, aparte de escucharos.

—Tendré que contaros cosas que preferiría no mencionar.

—No os preocupéis, Joana. No ha menester que habléis de cosas que os duelen.

—Debo hacerlo —insistió ella—, para que lleguéis a entender. —Y bajó los ojos—. Las cosas que preferiría no contar tienen que ver conmigo, caballero. Con mi pasado. Y mi renuencia se debe a que es a vos a quien he de contarlas.

—No veo por qué... —Josse se interrumpió. Sí, quizá sí que lo entendía—. Oh.

Joana se rió suavemente.

—Oh... sí. Por un momento pensé que tendría que ser más explícita. Vacilo, mi señor, por lo que siento por vos, y por lo que creo que sentís por mí. Lo cierto es que no estoy muy orgullosa de mi pasado.

—¿Quién de nosotros lo está? —replicó Josse—. Todos hemos hecho cosas que preferiríamos olvidar.

—Olvidar —murmuró Joana—. Sí. —Pareció entrar en una suerte de ensoñación que, a juzgar por su semblante, no era nada agradable. Finalmente, alzó la barbilla y fijó la vista en el fuego—. Da igual, he tomado la decisión. Para bien o para mal, tengo una historia que contaros, si estáis dispuesto a oírla.

Josse se acomodó en la silla.

—Os escucho.

Joana respiró hondo, a todas luces para tranquilizarse.

—Mi padre murió justo antes de que yo cumpliera los dieciséis años, en el verano de 1184. Lo atacó una de esas horribles fiebres veraniegas, durante una temporada de bochornoso calor. Muchas personas enfermaron. Mi padre murió al cabo de una semana. Mi madre se desmoronó. Bueno, he de reconocer que mi madre se desmoronaba por casi todo. Nunca fue una mujer fuerte, al menos eso dicen, y el que mi hermano mayor muriera de pequeño minó la poca fortaleza que pudo poseer alguna vez. La súbita muerte de mi padre le acarreó un cúmulo de problemas, y no tenía a quién recurrir. Su familia consistía en una tía anciana y medio loca que nunca supo si era Navidad o el día de San Juan, y la única hermana de mi padre había muerto. La rama de mi padre era la menos importante de la familia Courtenay; su tío Hugo era el ambicioso, y él y su esposa Matilde, y sus cuatro hijos, ya adultos, se codeaban tranquilamente con los círculos de la corte.

—¿Uno de esos hijos es Denys de Courtenay?

—Sí. —Joana lo miró, admirada—. De verdad que sabéis escuchar.

—Estoy pendiente de cada una de vuestras palabras.

—Sí, Denys era el benjamín de los hijos del tío Hugo. Hugo y Matilde tenían una familia muy extensa. Una vez calculé que Matilde debía de haber pasado más de veinte años dando a luz. Denys nació mucho después que sus hermanos y, aunque es

primo de mi padre, me lleva apenas nueve años.

—Así que vuestra madre fue a pedir ayuda a esa rama más mundana de la familia...

Joana sonrió.

—Oh, no. Mi madre no se habría atrevido a hacer nada semejante. No. Lo que pasa es que en la corte se enteraron de la muerte inesperada de mi padre... Después de todo, éramos parientes de personas que se movían en esos círculos y ya sabéis cómo corren los chismes.

—Sí, lo sé.

—Cuando era jovencita, mi madre conoció a la reina. Me refiero a la esposa del rey Enrique, Leonor. Las dos pasaron un tiempo juntas y, aunque mi madre no lo dijo nunca, creo que durante un breve lapso fue una de sus damas de compañía.

—La reina Leonor es una mujer excelente —la interrumpió Josse.

—¿Os conocéis? —Josse asintió—. Me impresionáis, noble caballero. Como decís, es una mujer excelente, siempre dispuesta a ayudar a las amistades que tienen problemas. No sé si lo recordáis, pero ese verano... estoy hablando del año 1184, el de la muerte de mi padre... el rey mandó llamar a la reina Leonor, y las desavenencias entre ellos parecieron reducirse un poco. Todos decían que era porque Enrique deseaba que se acabaran las interminables reyertas e intrigas entre sus hijos y, puesto que la reina Leonor los alentaba a conspirar contra él, lo más sensato era hacer que ella lo ayudara a poner paz.

—Lo recuerdo, sí. Dicen que la reina estaba encantada de sentirse libre, tras tantos años de confinamiento.

—¿Eso dicen? —Joana sonrió—. Supongo que tienen razón. En todo caso, a la reina no le agradaba la idea de que mi madre se encerrara entre sus cuatro paredes, que se aislara del mundo, así que sugirió al rey que el nombre de mi madre se añadiera a la lista de invitaciones para las festividades navideñas.

—Grande y raro honor —murmuró Josse.

—Lo es. Naturalmente, mi nombre estaba junto al de mi madre.

—Seguro que os ilusionó mucho. A esa edad, ¿ser invitada a una Navidad en la corte...!

—Sí, me ilusioné. Tanto que, cuando mi madre empezó a vacilar y a llorar y a decir que no podía presentarse en la corte, que nadie debía esperar que lo hiciera después de una pérdida tan trágica, supe que tenía que hallar el modo de convencerla. —Una sonrisita pasó por el rostro de Joana—. Después de todo, había adquirido para la ocasión dos vestidos nuevos, zapatillas nuevas y una toca enojada, y no iban a servir de mucho si pasaba la Navidad sola con mi desconsolada madre.

—¿Y qué hicisteis?

—De hecho, no hubo menester hacer nada. Los otros Courtenay se enteraron de la invitación y mandaron a Denys a asegurarse de que la aceptáramos. Me figuro que recordaban cómo era mi madre y se imaginaban que decidiría no ir. Ellos irían, por

supuesto, pero su reputación se vería ensombrecida si un familiar osaba rechazar una invitación real.

—Es entendible su punto de vista.

—Lo sé. En ese momento me alegré muchísimo de que alguien estuviese de mi parte. Una tarde llegué a casa tras haber ido a cabalgar, y encontré a Denys usando todo su encanto con mi madre; pensé que el cielo lo enviaba en respuesta a mis oraciones. —El rostro de Joana perdió toda expresión, y Josse se preguntó qué le pasaba por la cabeza—. Estaba sentado en un escabel frente a ella, cogiéndole una mano con las dos suyas, rezumando encanto. Y yo, tonta de mí, me dejé deslumbrar.

—Teníais apenas dieciséis años. Y me imagino que ignorabais todavía el funcionamiento del mundo.

—Totalmente. Aunque a esa edad muchas mozas, por no decir todas, están prometidas en matrimonio, cuando no se encuentran ya casadas y a cargo de su propio hogar. Mis circunstancias fueron otras, y aún permanecía en la ignorancia de ciertos asuntos. Inocente como era, creí que todo el mundo coqueteaba con sus sobrinas o sus primas, y le seguí la corriente a Denys. He de reconocer que no me resultaba desagradable.

—Ya me han hablado de su porte. —Josse recordó la impresión que le había causado a Helewise—. Además, estabais en una edad en que es natural dejarse deslumbrar por la gallardía y la apostura.

—Sí, tal vez sí. Y me hacía reír. Era maravilloso. Nunca me había divertido tanto como con él. Parecía que no se tomaba nada en serio. Desde luego, más tarde me di cuenta de que aquello también era una ilusión, que se tomaba muy en serio muchas cosas.

—Así que fuisteis a la corte a pasar las Navidades...

—Sí. Esa temporada las celebraron en Windsor, en los aposentos recién reconstruidos, ¡eran soberbios! ¡Nunca había visto tanto lujo! Preciosos cortinajes, los más hermosos tapices llenos de colores que ni siquiera sospechaba que existieran, pieles por todas partes... ¡y la gente! Bueno, seguro que ya sabéis cómo son los cortesanos.

—No todos —reconoció Josse.

Joana soltó un impaciente resoplido.

—Sí, pero sabéis la clase de personas que van a la corte.

—Sí. —Y por eso, precisamente, pensó Josse, no asistía a la corte, a menos que fuera obligatorio.

—Quizá no siempre sea como fue durante aquella Navidad —admitió Joana—. No creo que pueda serlo porque, si lo fuera, la familia real estaría en la bancarrota. No pueden hacerse siempre fiestas y celebraciones tan lujosas.

—Así que os divertisteis.

—¿Cómo no divertirme? —Joana volvió hacia él un rostro radiante—. ¡El brillo de mil velas, enormes fuegos en las chimeneas, mesas cubiertas de ricas telas con los

colores de las gemas y casi combándose por el peso de la comida y las bebidas! Y, por todas partes, personas mundanas vestidas con elegancia y siempre risueñas, bromeando, cantando, bailando, viendo los espectáculos, uniéndose a ellos... Ay, Josse, ¡nunca había experimentado nada semejante!

—¿Y vuestra madre?

—¡Mi madre! Bajó a cenar la primera noche, nerviosa, y se sentó en un rincón a conversar con la persona que tenía más a mano; luego se fue a acostar tan pronto como se lo permitió la cortesía. Estableció esa tímida pauta en la primera velada y así continuó durante el resto de las Navidades. ¡Mi madre! ¡Ja!

—¿Acaso no os alegrasteis al no tenerla vigilándoos mientras os divertíais?

—Qué perspicaz sois —murmuró Joana—. Sí, naturalmente que me alegré. En ese momento creí que era lo mejor que podía ocurrirme. Sobre todo porque, con mi madre fuera de la vista, Denys tomó su lugar y me prometió que se aseguraría de que no me... ¿qué palabra usó?, ¡ah, sí!... que no me desatendieran. —Dejó escapar una brusca y amarga carcajada.

—¿Cumplió su promesa?

—La cumplió. —Con expresión glacial, Joana atizó violentamente el fuego—. La segunda noche, cuando limpiaron las mesas y empezó el baile, bailó conmigo y me hizo dar vueltas para que nadie dejara de verme. Yo llevaba puesto el más llamativo de mis vestidos nuevos, de un color azul brillante, y Denys dijo que estaba preciosa, como para comerme, según recuerdo, y mucho más bonita que las hastiadas cortesanas. Y yo, tonta de mí, me dejé embaucar.

—Seguramente erais más hermosa que las demás —comentó Josse quedamente—. Gracias a vuestra juventud e inocencia. La juventud y la frescura pronto se desvanecen en la corte.

—¿Ah, sí? —Joana ladeó la cabeza y lo escudriñó—. Me imagino por qué. Sir Josse, ¿es siempre así? ¿Los coqueteos, las intrigas, la embriaguez que hace que las personas se manoseen a la vista de todos?

—Ah. —Josse entendía su consternación. A una inocente moza del campo, el comportamiento de los asistentes a una Navidad celebrada por los Plantagenet debía de haberla sorprendido mucho—. No se han de tomar muy en serio, Joana. La gente bebe demasiado, como decís, y, a veces, un coqueteo llega demasiado lejos. Pero, normalmente, no hacen daño a nadie.

—¿Ah, no?

—Un dolor de cabeza por la mañana, un momento incómodo al encontrarse con el hombre o la mujer a quien se le prometió amor eterno la noche anterior, o...

—Espero —dijo fríamente Joana— que no habléis por experiencia personal.

—¿Yo? —Josse se carcajeó—. No, Joana, no hablo por experiencia personal.

—Menos mal.

—Así que allí estabais, con todas las miradas puestas en vos mientras reíais y bailabais con vuestro tío Denys y...

—Por eso lo hizo, claro —lo interrumpió Joana—. Intencionadamente me hizo bailar donde todos pudieran verme.

—¿Qué queréis decir?

Ella lo miró con los oscuros ojos centelleantes de emoción.

—¡Podría haber sido una vaca premiada en el mercado! —exclamó—. ¡Mirad su rostro! ¡Su cabello! Sus pechos jóvenes a punto de florecer... ¿Sabéis que esa rata me hizo bajar el escote del vestido? Me dijo que estaba de moda enseñar tanta carne como se pudiera, y ¡tonta de mí, le creí! ¡Le seguí el juego! ¡Bailé en el gran salón del rey Enrique con la mitad del pecho al descubierto!

—No seáis tan dura con vos misma, Joana. —Josse le hizo una breve caricia en el hombro y se percató de que estaba rígida de tanta tensión—. Erais joven, no lo sabíais. La mayoría de las mozas que pasan a formar parte de la corte cuentan con la guía de una mujer mayor que las aconseja sobre lo que está bien y lo que está mal. Y vos, pobre amor mío, lo único que teníais era a Denys.

—Que tenía su propio plan secreto —convino Joana, iracunda, y aspiró una profunda bocanada de aire, estremeciéndose—. Se fue haciendo cada vez más tarde —las palabras le salían casi a borbotones—, y la gente, las parejas, empezaron a desaparecer. Había muchas burlas acerca del rey y una mujer llamada Bellebelle. Yo no sabía cuál, de las muchas mujeres que lo rodeaban, era la tan mencionada Bellebelle; pero alguien dijo que el rey echaba de menos a Alaís, una mujer que no estaba presente y que le había calentado la cama durante mucho tiempo, y que la tal Bellebelle lo hacía tan bien como una tal Rosamunda.

—Debía de referirse a Rosamunda Clifford, que ya ha muerto, y la otra sería Alaís de Francia, la hermana del rey Felipe. —Estas explicaciones no parecieron sacar a Joana de dudas—. El rey Enrique comprometió en matrimonio a Ricardo con la hermana del rey de Francia, pero...

—Pero el rey Enrique la sedujo primero, y luego el rey Ricardo se negó a casarse con ella —terminó Joana—. Sí, lo sé. Recuerdo que Denys me lo contó. Yo no me daba cuenta de que la Alaís a la que se referían era la misma mujer. —Abrió los ojos como platos—. El chismorreó contenía escaso respeto, teniendo en cuenta que era princesa de Francia.

—Quizá su comportamiento no fuese de los que inspiran respeto —sugirió Josse. Para su sorpresa, Joana se rió.

—¡Qué piadoso, sir Josse! O sea que, según vos, una princesa no debe dejar que se mancille su reputación.

—Así es. —Josse se sintió obligado a defenderse—. Si los que están en el poder no dan un buen ejemplo, no hay mucha esperanza de que la gente corriente viva decentemente.

Se produjo un corto silencio. Justo cuando Josse empezaba a creer que la había ofendido, Joana comentó:

—Tenéis razón, desde luego. —Suspiró—. Tal vez deberíais frecuentar más la

corte, sir Josse. Vuestra influencia les vendría bien.

—El rey Enrique está muerto y enterrado —le recordó él—. Dudo que su hijo y heredero mantenga sus costumbres.

—No, puede que no. —Otro suspiro—. Ay, Josse, en vista de lo que acabáis de decir, ¿esto se está volviendo más duro de lo que debería ser!

—Lo lamento. No pretendía juzgar nada de lo que os haya ocurrido en el pasado.

—No. —Como si hiciera acopio de todo su valor, Joana hizo una pausa y prosiguió—: Como decía, la gente se iba retirando. Yo misma estaba algo ebria y empezaba a pensar que me gustaría acostarme. Era tarde y llevaba horas bailando. Denys me rodeaba con los brazos, ayudándome a permanecer de pie, a decir verdad, y le dije: «Denys, quiero acostarme».

Josse se fijó en que había palidecido. Revivir esa noche le estaba costando mucho.

—Y él dijo: «¡Y eso haréis, joven Joana!». Y me cogió de la mano y corrió conmigo hacia la escalera que llevaba a los aposentos superiores. Yo dije: «¡Por aquí no! ¡Los aposentos de mi madre y mío están por allá, pasillo abajo, al otro lado del patio!». Pero él siguió riéndose, diciendo que mi noche apenas acababa de comenzar. Cuando le rogué que me soltara, se rió aún más y me preguntó si no me daba cuenta de que había hecho lo que toda moza sueña con hacer, ¿había hecho que todos se fijaran en mí! Y yo le dije que muy bien, y que quedaban el día siguiente, y el siguiente y muchos más para divertirme, y que quería ir a mi propia cámara de inmediato. Y volvió a decir que no.

Joana dobló las piernas, se las abrazó fuertemente y apoyó la barbilla en las rodillas. A Josse se le antojó un gesto enternecedoramente defensivo.

—Me llevó por un corredor tenuemente iluminado... Tuve la impresión de que había mucha gente detrás de puertas entornadas; oía murmullos, susurros, risas ahogadas y gritos. Ahora, claro, sé lo que estaba sucediendo. —Soltó una breve y dura carcajada—. Denys llamó suavemente a una de las puertas y alguien la abrió. Entramos. Era una cámara espaciosa; ardían varias velas y, en la chimenea, un buen fuego y, pegada a una pared, había una enorme cama... arrugada, como si hubiesen dormido en ella, con las mantas medio caídas. En ella había un hombre de complexión fuerte, cuyo cabello rojizo se estaba volviendo cano.

—¿Lo reconocisteis?

Joana se encogió de hombros.

—No. La magnificencia de su cámara me hizo pensar que era un lord... Había tantos lores en la corte esa Navidad que nunca supe quién era quién. Se hallaba sentado, apoyado en las almohadas, y había otros dos hombres en el borde del lecho. Denys dijo: «¡Aquí está mi sobrinita!». Y el hombre de la cama dijo: «¡Ah, la reina del baile! Ven aquí, doncella». Denys me empujó hacia adelante hasta que topé con la cama, que desprendía un olor desagradable, un olor como el del moho, como si hubiesen sudado copiosamente en ella y no hubieran cambiado las sábanas. Y el

hombre me tocó... me tocó en lo alto de los muslos. Dijo: «Sí que eres doncella, ¿verdad?». Y Denys dijo: «Sí, lo es». Y todos los hombres se rieron.

Josse posó una mano en su brazo, pero ella no pareció notarlo, sino que prosiguió con su relato.

—Luego... luego Denys empezó a quitarse la ropa y me dieron un vino caliente y me sentí aún más ebria, y los otros hombres dijeron: «Vamos a quitarnos la ropa todos». Y el hombre de la cama dijo: «Acuéstate conmigo, doncellita, para que no te congeles». —Agachó la cabeza—. Yo no quería desnudarme, pero se rieron y se burlaron y dijeron que todo el mundo lo hacía, que formaba parte de la diversión y que acostarse juntos protegía del frío. No supe cómo, pero de pronto mi hermoso vestido azul yacía en el suelo, así como mi ropa interior... —Bajó la voz: diríase que hablar de su vergüenza le resultaba insoportable—. Yo era la única completamente desnuda, aunque no me di cuenta de ello hasta que vi que todos los hombres me admiraban. Me dijeron que era bonita, que era fresca e inocente, una ciruela a punto para la recogida. Recuerdo eso sobre todo; fue cuando el hombre de la cama puso las manos en mis pechos y los estrujó. Luego los otros me levantaron, me metieron en la cama y, con Denys empujándome por detrás, me apretaron contra el hombre de la cama.

Joana guardó silencio.

—Joana, no es necesario que me lo contéis —declaró Josse con suavidad—. Puedo adivinar lo que sucedió después y me doy cuenta de que no fue, en absoluto, culpa vuestra.

—Culpa mía... No, Josse, tal vez no lo fuera. —Y, tras otra pausa, Joana agregó—: Denys me estaba tocando... donde nunca nadie me había tocado. Por un momento pensé que iba a... pero no lo hizo. El hombre de la cama empezó a besarme y luego fue él el que me toqueteó, y de súbito supe que era él el que me había visto bailar, él a quien Denys se refería, y que me había llevado allí para él. Comencé a debatirme porque, aunque, que Dios me ampare, estaba preparada para Denys... lo conocía, creía que me gustaba y me resultaba atractivo... no deseaba al hombre de la cama. Pero él sí que me deseaba. Oh, parecía que pensaba que era todo muy divertido, y cuando traté de zafarme, creyó que lo hacía para divertirme también, que fingía no desearlo tanto como él me deseaba a mí. —De repente, Joana cerró los ojos con todas sus fuerzas—. Dijo a los otros: «Tenemos a un pececito que se retuerce. ¡Tendréis que ayudarme a pescarla!». Y los otros me cogieron de las manos y me tumbaron boca arriba y Denys me cogió de los tobillos y me separó las piernas a la fuerza y el hombre se subió sobre mí y me penetró.

Horrorizado, Josse vio dos pequeñas lágrimas brotar de los ojos cerrados de Joana y resbalarle por las mejillas.

—Joana, yo...

—Me mandó llamar todas y cada una de las noches de aquellas Navidades —susurró ella—. Al principio había más hombres presentes... a veces los mismos, a

veces otros... Y cada noche estaban ebrios; reían y actuaban como si todo fuera parte de la diversión. —Y, llorando abiertamente, la joven exclamó—: ¡Y yo también! ¡Oh, Josse, ése es mi pecado! Sí que fue culpa mía, porque les seguí la corriente, ¡fingí que me divertía mucho, que era exactamente lo que esperaba y que para eso había ido!

—Teníais dieciséis años —insistió Josse.

—¡Pero, como acabo de recordaros, a esa edad muchas mujeres están casadas y tienen hijos!

—Es posible, pero llevabais una vida sumamente protegida. ¡No sabíais nada!

—Pronto aprendí —declaró Joana en tono lúgubre—. Mi nuevo amo y señor se encargó de eso.

—¿Qué sucedió al acabar las Navidades?

Joana se encogió de hombros.

—Todo el mundo regresó a casa con sus respectivos maridos o esposas y continuaron con su vida.

—¿Incluyendo el que os sedujo?

—Incluyéndolo a él. Pero en febrero descubrí que estaba encinta.

—Y vuestro amo y señor, que había regresado con su esposa, no quiso ayudaros.

—Ni siquiera me molesté en decírselo. —Dirigió a Josse una mirada indignada—. Estaba más que harta de él.

—¿Qué hicisteis?

—Mi madre casi se muere cuando se lo dije, así que supe que no podía contar con ella. La única persona a quien se me ocurrió acudir fue Denys: él había estado allí, él sabía lo que había sucedido y era la única persona que no iba a poner el grito en el cielo.

—¿Así que lo mandasteis llamar?

—Sí. Fue a verme. Mi madre no quería saber nada de nada; se había acostado, llorando y chillando, y ni siquiera bajó a saludarlo. Le dije a Denys que estaba encinta y él silbó. Lo raro... visto ahora, no es raro en absoluto, pero en ese momento me lo pareció... fue que me dio la impresión de no estar descontento.

—¿Qué os sugirió?

—Dijo que debíamos proteger mi reputación y que tendría que encontrarme un marido. Con una risotada dijo que no podía esperar que el padre del niño se casara conmigo, que no había la más remota posibilidad de ello y que más me valía hacerme a la idea, y yo le dije que no me casaría con él aunque fuese el último hombre vivo sobre la faz de la tierra.

—¿Tenía Denys otros maridos en mente?

—Sí. De nuevo, tuve la sensación de que no le había sorprendido tanto como esperaba. Dijo que lo pensaría unos días y que regresaría en cuanto pudiera, después de hablar con algunas personas. Esperé, pues no me quedaba más remedio, y una semana más tarde regresó y dijo que me había prometido en matrimonio a un tal Thorald de Lehon, que nos casaríamos en cuanto fuese posible y que me iría a vivir a

la casa del que sería mi marido, en Bretaña.

—Bretaña.

—Sí. —Joana lo miró a los ojos—. A mí me pareció, como sospecho que pensáis, que Bretaña se encontraba muy lejos de Inglaterra y, por tanto, de los cotilleos británicos.

—¿Creísteis que os llevaba a un lugar perdido de la mano de Dios para que todo el mundo se olvidara de vos?

—Sí. Y más cuando llegamos a Lehon, os lo aseguro. Hay una gran abadía, con una comunidad religiosa que se dedica exclusivamente a rezar, un molino, un río, y una fanega tras otra de campos de labranza. Y, en las cercanías, una agradable aldea, sólo que Thorald nunca me permitió ir allí si no era con él. Y era un auténtico recluso: sólo salía a cazar y a mí no me dejaba acompañarlo. Entonces nació Ninian.

—¿Creyó Thorald que era hijo suyo?

Otro encogimiento de hombros.

—No tengo la menor idea. Nunca hablamos al respecto. Casi no hablábamos, de hecho. Thorald maltrataba a Ninian; pero, como a mí también me maltrataba, no es seguro que le tuviera rencor al niño.

Josse recordó las palabras de Ninian: «Muerto, ya no puede azotarnos».

—Lo pasasteis mal —comentó en un tono que pretendía dejar traslucir la enorme compasión que experimentaba.

—Probablemente me lo merecía. Eso decía Thorald. No dejaba de decir que las mujeres estaban llenas de pecados y debían arrepentirse; y me obligaba a confesarme con regularidad. —Esbozó una breve sonrisa—. Seguro que era una bendición para los hombres de Dios de la abadía, porque cuando se me acabaron los pecados verdaderos... y tardé mucho en contárselos porque fue una larga Navidad con muchas noches de lujuria... empecé a inventármelos.

—No debisteis hacerlo. A la Iglesia se la ha de respetar...

—¡La Iglesia no ha hecho nada por mí! —replicó Joana—. ¡No me apoyó en mis peores momentos, ni me consoló cuando fui por primera vez a confesarme! ¿Sabéis lo que dijo el sacerdote que debía hacer? Honrar a mi marido y ser una esposa obediente ¡para demostrar que era capaz de seguir la buena senda! ¡Ay, Josse, no me sermoneéis sobre el respeto! Os diré lo que significó la intervención de ese sacerdote: significó que durante seis años tuve que soportar que se acostase conmigo cuando le apetecía un hombre apestoso que nunca se aseaba, más viejo que mi padre y que, mientras yo apretaba los dientes y rezaba para que acabara, me clavaba las uñas y me decía que ¡mis sufrimientos eran ordenados y sancionados por Dios, a fin de limpiar mi alma de toda mancha!

—Os mintió, Joana —dijo Josse—. Era retorcido, perverso y utilizaba vuestra culpa para obligaros a obedecerle. ¡No culpéis a la Iglesia por un viejo malvado!

—¡Resulta que era el malvado viejo al que fui entregada en matrimonio! —gritó ella—. ¿Y por qué no iba a culpar a la Iglesia? Estoy segura de que Thorald estaba

aliado con el sacerdote... ¡Pasaban muchísimo tiempo encerrados juntos! ¡No me sorprendería que le hubiese hecho una lista de todas las nuevas perversiones que quería de mí para que él las incluyera en mi penitencia!

Se había puesto en pie, con los brazos en jarras, y se inclinó encima de Josse con expresión tormentosa. En su semblante y en su posición, éste vislumbró la humillación, el orgullo herido, la desolación, el impotente servilismo a que se había visto sometida. Para una mujer como ella debía de haber sido una terrible carga.

—Y luego —la joven reanudó el relato— Thorald murió. Salió de caza, metió el caballo en un arroyo y salió despedido de cabeza cuando la montura tropezó. —Miró a Josse y desvió la mirada—. Dicen que el caballo estaba cojo. Que tenía una pata herida, una piedra encajada debajo de la herradura.

—Y huisteis a Inglaterra.

—Antes de que los horribles parientes de mi difunto marido llegaran e idearan otro modo de apresarme. Sí, huí, claro que sí.

—¿Por qué aquí?

—Lo sabéis —estalló Joana, exasperada—. Porque Mag Hobson vivía aquí.

—¿Por qué no regresar con vuestra madre?

—Para empezar, porque mi madre había muerto. Y, además, porque, aunque hubiera estado viva, ¿no habría sido el primer lugar donde me habría buscado Denys? Y comprenderéis que eso no me hiciera mucha gracia.

—Pero es pariente vuestro —persistió Josse—. El deber familiar lo obligaría a ofreceros ayuda y...

—¡No! —gritó Joana—. ¡Fue él el que me metió en el lío! Él... —Se interrumpió de golpe y, tras una breve pausa, añadió, ya más calmada—: Era la última persona a la que me apetecía ver.

Josse tuvo la impresión de que estaba a punto de decir algo más pero que había cambiado de idea. Aguardó, por si volvía a hablar. Al ver que no lo hacía, comentó:

—Vinisteis a casa de Mag Hobson y ella os trajo aquí, a esta casa.

—Sí. Era del tío abuelo de mi madre y de la esposa de éste. Eran buenas personas. Solían traerme a verlos cuando era pequeña.

—Y así conocisteis a Mag, que trabajaba para ellos.

—Sí. Pasaba horas con ella. Me dejaba ayudarla y me enseñó muchas cosas. Mis tíos abuelos la admiraban muchísimo y, cuando murieron, ella siguió cuidando su casa. Siempre creyó que un día alguien vendría a reclamarla y decía que era su deber para con los viejos mantenerla limpia y ordenada. Era una mujer maravillosa. Y creo que me quería.

—Yo también lo creo. Ocultaros aquí fue una buena solución. Nadie conocía la existencia de la casa y existían pocas probabilidades de que alguien... Denys... la encontrara.

—Seguro que la estaba esperando cuando regresó a su choza después de venir a vernos a Ninian y a mí —manifestó Joana lentamente—. Casi cualquier persona

podría haberle dicho dónde encontrar a Mag Hobson; sólo tenía que preguntarlo. Yo quería que ella se quedara aquí, con nosotros, donde estaría a salvo, pero dijo que no, que no le gustaba dejar su hogar desatendido; «sin amor», fue su expresión. —Joana sonrió—. Ojalá se hubiera quedado. Sabíamos que Denys rondaba por aquí, habíamos... Da igual. A pesar de todo, no quiso quedarse. —A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas—. Así que regresó a su casa —susurró— y él la encontró. La encontró, la golpeó, le rompió los dedos y ella se negó a revelarles dónde estábamos. —Tragó saliva—. Y luego la empujó al agua y la ahogó.

Permaneció de pie, temblando y llorando como si se le hubiese roto el corazón. Josse, incapaz de aguantar su desolación, se levantó y la abrazó.

En esta ocasión no obtuvo una reacción apasionada, y no es que la esperara. Se apoyó en él cual una niña cansada, agotados ya el orgullo y el valor, rotas todas sus defensas.

Con una mano, Josse le acarició el cabello, como había hecho antes. La estrechó en sus brazos, le murmuró suaves palabras, que ella sin duda no oía. Y no es que importara, pues eran necedades. Continuó abrazándola, proporcionándole el calor y el apoyo de su presencia, mientras ella dejaba salir todo su dolor, su culpa y su pesar.

Al cabo de un buen rato, Joana dejó de sollozar.

Capítulo once

—Menuda historia —declaró Josse y se zafó suavemente de Joana, que se estaba secando los ojos y el rostro con la manga.

—Sí —dijo ella, y acertó a dirigirle una sonrisa como de arco iris—. Lamento haberme comportado como una niña, llorando así, pero es la primera vez que hablo de esto con alguien.

—¿Lo es? ¿Ni siquiera se lo dijisteis a Mag?

La sonrisa se tornó más confiada.

—No hubo menester. Ella lo supo sin yo decírselo.

—No sabía que había seguido formando parte de vuestra vida... quiero decir, mientras estuvisteis casada.

—Y no formó parte de ella.

—Entonces, ¿cómo lo supo?

Ahora la sonrisa resultaba absolutamente traviesa, como si Joana disfrutara tomándole el pelo.

—De haberla conocido, no tendríais que preguntarlo. Simplemente, lo supo. Conocía bien a la gente. A veces me cogía de la mano y me hacía una o dos preguntas, al parecer irrelevantes, y luego decía: «Ya sé qué necesitas, moza». Y lo sabía. Que fuera una infusión para una enfermedad sin importancia, cuando yo era pequeña, o la necesidad de refugio seguro y algo de cariño, cuando los problemas casi me habían derrotado, ella siempre me lo proporcionó. Y me hacía sentirme entera, como si nada hubiese ocurrido.

Se produjo un silencio. Diríase que ambos honraban el recuerdo de Mag Hobson.

—Ojalá la hubiese conocido —declaró Josse.

—Os habría caído bien. Es más, vos también le habríais caído bien, y eso sería todo un honor. Por lo general, no le gustaban los hombres.

—¿Ah, no?

—¿Podéis culparla? Deseaba ser independiente, vivir con honradez de lo poco que ganaba con sus curas y cuidados. Y no es que cobrara mucho; sólo cobraba lo que la gente podía pagar y, si no podían pagarle, los atendía de todos modos. Habéis visto cómo vivía, ¿no era rica!

—Sí, lo he visto.

—Pero eso no le bastaba a la santa Iglesia de Dios, ¡oh, no! Toda su vida tuvo que aguantar que sacerdotes y clérigos metieran las narices en su vida, que exigieran saber qué hacía, cómo preparaba sus curas, quién creía que era para confeccionar pócimas; casi la acusaron de tener tratos con el diablo. —Joana iba enardecándose por momentos—. Sólo porque era diferente, porque veía a Dios de un modo distinto del de esos malditos sacerdotes, la evitaron, la aislaron, la obligaron a ocultarse, ¡hasta tal extremo que las personas que de verdad habían menester de ella tenían que ir a verla en plena noche! —Tomó aliento y miró a Josse con ojos centelleantes de

rabia—. ¡Seguro que entenderéis por qué le disgustaba la compañía de los varones!

—No todos los varones son sacerdotes —razonó Josse.

—Oh, lo sé, pero los representantes de la ley y los que se daban aire de lores y caballeros eran casi igual de malos. Así es el mundo, Josse. Los hombres les tienen ojeriza a aquellas mujeres que demuestran que pueden valerse por sí mismas, las que no necesitan un marido que les diga lo que pueden y no pueden hacer. Supongo que hiere su orgullo.

—Creo que tenéis razón —aceptó Josse, tras un momento de reflexión.

Ella le sonrió maliciosamente.

—Sé que la tengo. ¿Os habéis casado, Josse?

—No.

—¿Porqué no?

—A lo mejor porque me pareció que me las podía arreglar sin una esposa que me ordenara los días.

Joana arqueó las cejas y abrió la boca dispuesta a replicar, pero, en un instante, su semblante se despejó y se echó a reír.

—Noble caballero, creo que os burláis de mí.

—Un poco. Es agradable oírlos reír.

—Y es agradable querer hacerlo.

Permanecieron un momento frente a frente, separados por una corta distancia. «Podría abrazarla ahora —pensó Josse—, besarle el dulce rostro y, probablemente, despertar su pasión otra vez. Sería un gozo para ambos y quizá le diera un tipo de consuelo que nunca ha recibido.

»O podría hacer lo que me dicta la conciencia y, por muy tarde que sea, regresar a Hawkenlye. La puerta estará cerrada, pero puedo pedir a los monjes del valle que me hospeden. Lo he hecho ya muchas veces».

Se percató de que Joana temblaba ligeramente, se pasaba la lengua por los labios y empezaba a decir:

—Josse...

Éste tomó rápidamente una decisión y la interrumpió:

—Lo sé, Joana. Es tarde y debo irme. —Hizo una ligera reverencia—. Regreso a la abadía de Hawkenlye. Si estáis de acuerdo, le pediré a la abadesa que me ayude a ocultaros, a Ninian y a vos. Sólo por unos días, mientras decidimos qué hacer.

Fuera lo que fuese lo que esperaba oírle decir, y él creía saber lo que era, ciertamente se había equivocado. Joana frunció el entrecejo.

—¡Una abadía! Me proponéis llevarme a una abadía, ¡sabiendo lo que pienso de Dios y su Iglesia!

—Yo... Es que Hawkenlye está a cargo de una mujer —contestó él con suavidad—. Una mujer que desea, con el mismo fervor que vuestra Mag, no ser gobernada por un marido, que...

—Creía que las monjas estaban casadas con Jesús —espetó Joana, desdeñosa,

como si la mera idea le resultara risible.

—Puede ser. No puedo hablar en nombre de la abadesa Helewise; pero, en todo caso, debe de ser algo distinto de un matrimonio terrenal. —Josse frunció igualmente el entrecejo; se sentía un poco perdido—. ¿O no?

—¿Qué tiene de maravilloso la abadía de Hawkenlye? ¿Por qué queréis que nos escondamos allí? ¿Por qué es mejor que aquí?

—Cien monjas, quince monjes y varios hermanos legos muy fuertes y corpulentos. Por ejemplo, fray Saúl, un buen hombre, que adora a la abadesa. Si ella se lo pidiera, tumbaría a cualquier hombre. A un hombre, digamos, que esté resuelto a llevarse a una joven que no desea acompañarlo...

Asintiendo, Joana levantó una mano para acallararlo.

—Sí, muy bien. Lo acepto, pero por Ninian, no por mí. Yo... ¡oh, da igual! ¿Cuándo regresaréis aquí?

Josse había empezado a retroceder hacia la puerta; la continuada proximidad de la joven lo afectaba, minaba su autocontrol; sobre todo sus oscuros y abiertos ojos, fijos en él.

—Mañana. En cuanto pueda. A mediodía, a más tardar; si Dios quiere.

—Amén —fue la automática respuesta de Joana—. Muy bien.

La joven lo acompañó hasta la puerta, y él se apresuró a abrirla y a traspasar el umbral.

Ella, sin duda, advirtió su prisa.

—No os preocupéis, noble caballero, no voy a arrojarme a vuestros brazos. Voy a atrancar la puerta en cuanto la haya cerrado.

Con su provocativa risa retumbándole en los oídos, Josse fue a las cuadras en busca de *Horace* y, con el mayor sigilo, regresó a la abadía.

Helewise llevaba tiempo aguardando a Josse después de prima. Fray Saúl le había informado del tardío regreso de Josse al valle, y ella dio gracias a Dios. A media mañana del día siguiente, el caballero llamó por fin a la puerta del despacho.

La abadesa deseaba con fervor que este horrible asunto se diera pronto por concluido. Le preocupaba profundamente saber que Denys de Courtenay andaba suelto, que alguien de talante tan siniestro e implacable persiguiera a una joven indefensa. Ya había matado a una persona y la abadesa temía recibir la noticia de que lo había vuelto a hacer.

—Sir Josse, bien venido. ¿Puedo ofreceros vino?

—Sí que podéis. —Ella sirvió la humeante bebida de una jarra que le había pedido a sor Basilia, ya que estaba casi segura de que Josse la visitaría de un momento a otro. Se quedó observando cómo éste se calentaba las manos con la copa.

—Ah, qué bueno —exclamó Josse al dejar la copa en el suelo.

—Ahora, contadme qué ha ocurrido —pidió Helewise, intentando no mostrar impaciencia—. ¿Habéis encontrado a Joana y a su hijo?

—Sí. Esperé en el campamento de Ninian y, cuando por fin llegó, lo convencí

para que me llevara con su madre. Todavía se hospedan en la vieja casa donde los instaló Mag Hobson. Están bastante cómodos, abadesa, pero tengo miedo por ellos, están completamente solos.

—¿Está muy escondida la casa?

—Sí, lo está. Es una bendición porque reduce las posibilidades de que Denys los encuentre. Pero, si da con ellos, ¿será una maldición!

—Claro, no tendrán nadie a quien pedir socorro. Sí, os entiendo. —Helewise vaciló en exponer una idea que acababa de ocurrírsele—. Sir Josse, ¿tenemos razón al dar por sentado que Denys sigue buscándola? Han pasado... a ver... tres días desde que vino aquí. ¿No habría regresado si siguiera buscándola?

—Olvidáis a Mag Hobson.

—No, no. —«¿Cómo olvidarla?», pensó Helewise. «Esa pobre mujer, una muerte tan terrible...»—. Pero vos mismo dijisteis que pudo haber muerto hace varios días. Quizá Courtenay haya dado por terminada la caza y esté al otro lado del país.

—No, abadesa, no lo creo. Anoche Joana me contó parte de su pasado y he estado meditando durante el camino de vuelta aquí y esta mañana, y creo que he descubierto por qué la busca.

—¿Por qué?

—Abadesa, ¿recordáis que os dijo que era su sobrina, y que luego descubristeis que en realidad sólo son parientes en segundo grado?

—Sí.

—Y dijisteis que era importante porque, si tuvieran dispensa, podrían casarse si son parientes en segundo grado, pero nunca si fueran tío carnal y sobrina.

—Sí, desde luego.

—¿Y si fingiera que es su tío carnal para no levantar sospechas?

—¿Sobre qué?

Helewise se preguntó si estaba excesivamente lenta esa mañana o si, por el contrario, era Josse quien estaba siendo excesivamente parlanchín. Frunció el entrecejo, concentrándose.

—¿Sobre el hecho de que piensa casarse con ella! —dijo Josse.

La monja se sintió decepcionada.

—Josse, creo que vais a tener que explicaros. ¿Para qué querría casarse con ella?

—Es viuda y huérfana. —Josse se inclinó, exaltado—. Su padre murió hace tiempo, su madre más recientemente; no tiene hermanos y es la viuda de un hombre que dejó varios dominios en Bretaña. Joana mencionó familiares de su difunto marido pero, con todo, la joven debe de contar con una considerable cantidad, pues un hombre no suele pasar por alto a su esposa en su testamento. —Josse se incorporó y se cruzó de brazos—. ¿Os parece razón suficiente para que Denys de Courtenay quiera casarse con ella?

A Helewise le pareció un razonamiento poco sólido.

—Sir Josse, Denys de Courtenay hace gala de una extraña táctica de cortejo si

crea que va a ganarse los favores de una dama matando brutalmente a una de sus pocas amigas.

—¡Eso lo he tenido en cuenta! Como os he dicho, Joana me ha hablado bastante de sí misma y, sin revelar sus confidencias, puedo decir que él cree que puede obligarla a casarse con él si la amenaza con revelar ciertos acontecimientos de su pasado.

—¿Acontecimientos? —La imaginación de la abadesa se disparó.

—Sí. Acontecimientos desafortunados, he de reconocerlo, ¡pero todos ellos en contra de su voluntad, abadesa!

«Ay, Josse, era natural que dijerais eso, tan enamorado como estáis de la dama», pensó Helewise.

—¿Estáis seguro?

—¡Sí! Era una doncella inocente, sin nadie que la guiara y... —Josse se dio cuenta de que había revelado demasiado y guardó silencio repentinamente.

Con gran tacto, la abadesa cambió de tema y se apartó del fascinante pero prohibido terreno del pasado escandaloso de Joana.

—Haría cualquier cosa para evitar que a una mujer se la obligue a contraer matrimonio. Es una posición que, si una la escoge por voluntad propia, tiene sus compensaciones y sus dichas. Pero que la obliguen a una a casarse con un hombre al que se desprecia y odia...

—Ya ha tenido que pasar por eso —convino Josse—. Sería terrible que le sucediera de nuevo.

«Sobre todo para vos, querido Josse», pensó Helewise.

—¿Qué proponéis? ¿En qué puedo ayudar?

—¿Entendéis entonces que preciso ayuda?

—De lo contrario, no estaríais aquí. —«Estaríais con Joana de Courtenay, luchando contra primos, tíos, dragones, monstruos marinos, duendes y cualquier otra criatura que la amenazase».

Josse se inclinó y descansó los brazos en el escritorio.

—Abadesa, ¿puedo traerlos aquí, a Joana y a Ninian? Tenéis cientos de escondites y personas que la defenderían y...

—No estoy segura de poder recurrir a mis monjas. Algunas serían útiles... sor Marta, me imagino, estaría dispuesta a blandir el biello... pero las otras creo que no.

Exasperado, Josse puso los ojos en blanco.

—No seáis ridícula, abadesa... ¡Disculpadme! —Y esbozó una sonrisita—. Lo que quería decir es que, con tanta gente rondando por aquí, Denys no puede llegar tranquilamente, entrar en la abadía, registrarla hasta dar con Joana, echársela sobre la silla de montar y llevársela.

—La seguridad reside en la cantidad. Sí, lo sé. Ahora soy yo quien os pide disculpas: me estaba burlando de vos.

—Pues no lo hagáis —gruñó él.

—Aunque espero que no lo haga, si Denys de Courtenay regresa con refuerzos...

Josse levantó la cabeza de golpe, alarmado.

—¡Refuerzos!

—... entonces podemos recurrir a fray Saúl y sus compañeros. No os defraudarán.

—Es cierto —murmuró Josse con expresión dubitativa—. Abadesa, me preocupáis. Reconozco que no se me había ocurrido un secuestro por la fuerza; pero, ahora que lo mencionáis, no se me hace imposible. —El rictus se profundizó—. ¿Tenemos... tengo el derecho de poner en peligro vuestra abadía, y a vuestras monjas y monjes?

—No se quedarán de brazos cruzados viendo cómo alguien se lleva a una joven contra su voluntad —afirmó Helewise—. Ni yo tampoco.

—Gracias, abadesa... No obstante...

—¿Puedo haceros una sugerencia? —ofreció Helewise al ver que Josse se callaba.

—Sí, os lo agradecería.

Los ojos de Josse, llenos de sincera preocupación, se encontraron con los de su amiga, y ella se regañó por creer que el egoísmo era la única razón que lo impulsaba a proteger a Joana. De súbito se dio cuenta de que haría lo mismo si ésta fuera anciana y fea. Josse lo hacía por pura galantería.

—Aunque no lo reconoció cuando habló conmigo, Denys de Courtenay sabe que a Joana la acompaña un mozuelo, Ninian. ¿Me equivoco?

—Oh, sí, sabe muy bien lo de su hijo.

—Entonces lo que buscará no será una mujer a solas, sino a una con un niño. ¿Correcto?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no separarlos?

—¡Joana no lo aceptaría!

—¡Escuchadme! Lo que sugiero es que regreséis ahora a la casa secreta, nos traigáis a Ninian... no os preocupéis, nos aseguraremos de que esté a salvo... y luego volváis a buscar a Joana y...

—¡No puedo dejarla sola allí!

—No, no, no es eso lo que os propongo. Pero, sir Josse, vos tenéis una casa. Bastante alejada de aquí y me figuro que muy cómoda.

—Sí, pero...

—¿Y creéis que cabe la menor posibilidad de que Denys de Courtenay la encuentre allí cuando ni siquiera sabe que existe una relación entre ambos?

—Es más probable que descubra la casa de los ancianos —aceptó Josse.

Se produjo un largo silencio. Helewise percibió que Josse meditaba en cómo presentarle la idea a Joana.

El único problema, se dijo la abadesa, era que semejante solución no le permitiría

conocer a Joana de Courtenay y eso, debía reconocerlo, le apetecía mucho.

Josse se puso en pie.

—Es un plan razonable —declaró—. Voy a ver si lo acepta. —Y, con una sonrisa maliciosa y una inclinación muy ligera, se marchó.

Helewise permaneció largo rato sentada tras su escritorio, meditando en el mejor modo de ocultar a un niño de siete años en una abadía llena de monjas...

Ya estaba lista cuando Josse regresó unas horas más tarde. Sor Ursel le advirtió que se acercaban, y salió a la fría tarde a recibir a Josse y a su joven compañero.

—Abadesa Helewise, os presento a Ninian de Lehon. —Josse se apeó del caballo a la vez que le indicaba al chiquillo que hiciera otro tanto—. Ninian, te presento a la abadesa Helewise.

El pequeño se acercó a la abadesa e hizo una reverencia razonablemente elegante.

—Es un honor conocerlos.

Se enderezó y la observó con franca curiosidad.

Ella lo estudió igualmente. Muy alto y robusto para su edad, se le podrían dar algo más de siete años. Cabello oscuro bastante largo y un semblante abierto y amistoso. Y esos ojos azules. Sí. Funcionaría.

—Y yo estoy encantada de conocerte a ti.

—Ninian, no mires tan directamente —le murmuró Josse.

—Lo siento. —Ninian echó una ojeada a Josse y su mirada volvió a Helewise—. Es sólo que no conozco a ninguna monja. A muchos monjes sí; había muchos donde vivía. Siempre parecían muy serios y rezaban casi todo el tiempo. Y eran muy estrictos. No me caían muy bien. —Una sombra cruzó su carita.

Llevada por la intuición, Helewise pensó: «Dices que no te caían bien. Quizá les tuvieras miedo, así que, cuando Josse te dijo que iba a traerte aquí, a la abadía, pensaste que seríamos como tus monjes».

—Aquí no somos tan serias. Rezamos buena parte del tiempo, pues eso hacen los monjes y las monjas, pero no insistimos en que la gente ande con cara de circunstancias cuando no están rezando.

—¿Ah, no? —inquirió Ninian, nada convencido.

—No. Te propongo algo, Ninian. —La abadesa se agachó hasta llegar a su nivel—. Como yo estoy casi siempre ocupada, se me ocurrió... Cuando sir Josse dijo que te iba a traer se me ocurrió que le pediría a una de las monjas más jóvenes que te cuidara, una que no esté demasiado ocupada. ¿Qué te parece?

—¿Más joven? ¿Mucho más joven?

—Años y años —le aseguró Helewise—. De hecho, es una de las más jóvenes, y lleva pocos meses siendo monja. —Echó un vistazo a Josse, quien sin duda había adivinado a quién se refería—. Se llama sor Calixta... ¿Vamos a buscarla?

—De acuerdo.

Helewise se enderezó y le tendió una mano, preguntándose si se la cogería. Sintió inmediatamente sus deditos moverse en su palma.

—Sor Calixta suele trabajar con sor Eufemia, nuestra enfermera. Eso quiere decir que es la persona que cuida a los enfermos que vienen aquí. Sólo que hoy está ocupada remendando. Está en una estancia muy acogedora. —Lo precedió por el sendero que rodeaba la enfermería, en dirección a una pequeña puerta del muro del fondo—. Y tiene toda clase de cosas por coser. Le gustará mucho que la acompañes, Ninian.

Abrió la puerta de par en par. En el interior, sor Calixta se levantó de un salto, dejó caer un montón de sábanas y, con una grácil reverencia, exclamó:

—¡Abadesa Helewise! ¡Buenas tardes!

—Sor Calixta... ¡Oh, siéntate, moza! Estás pisando las sábanas. Éste es Ninian, del que te he hablado. ¿Puede sentarse contigo mientras trabajas?

En opinión de Helewise, la respuesta de sor Calixta resultó perfecta.

—¡Ay, Ninian, me alegro tanto de verte! Acabo de coser un dobladillo de al menos diez leguas y ahora voy a coser otro. ¡Estoy tan aburrida que podría gritar!

Qué buena actriz, se dijo Helewise. Sabía, porque la propia Calixta se lo había confesado, que no había casi nada que le agradara tanto como pasar una que otra tarde a solas, pensando y cosiendo pacíficamente.

—Ven, siéntate aquí —Calixta dejó un hueco en el suelo— y cuéntame qué ocurre en el mundo exterior. ¿Ha nevado mucho este invierno? ¿Has jugado con la nieve? ¿Se han ido ya todos los pájaros?

—Hoy he visto una liebre —respondió Ninian, que se había acomodado, al parecer a gusto en compañía de Calixta—. Pero todavía era marrón y yo creía que se volvían blancas en el invierno, así que...

Helewise los dejó a solas y cerró silenciosamente la puerta.

Regresó con Josse, a quien encontró charlando con sor Marta, que había salido a encargarse de *Horace* y del poni de Ninian.

—No, gracias, sor Marta —decía Josse—, he de irme en seguida. Me llevaré a *Trovador*, por si acaso.

«Por si Denys aparece por aquí», añadió para sí Helewise.

—Gracias, hermana —dijo la abadesa. Sor Marta se dio por despedida y, tras una reverencia, regresó a las cuadras.

—¿Está bien el mozo? —preguntó Josse.

—Muy bien. Es un mozuelo agradable.

—Sí, lo es. —Josse le lanzó una mirada de admiración—. Ha sido una idea genial, querida abadesa, ponerlo al cuidado de sor Calixta. ¿Está bien ella?

Al recordar el afecto que había sentido Josse por la joven monja cuando ésta había tenido problemas el verano anterior, asintió.

—¡Oh, sí! Creo haberos dicho ya que es una buena monja. Feliz, alegre, cariñosa y, según sor Eufemia, una enfermera nata. Llena de gentileza y con un aire de confiada seguridad en que el Señor hará lo mejor para sus pacientes, una sensación que les transmite con facilidad.

—Dudabais en permitirle pronunciar sus votos, siendo tan joven —le recordó Josse.

—Es cierto. Pero ni ella ni yo ni nadie en esta comunidad hemos lamentado su admisión.

—Bien, pues hará algo muy digno ahora, si logra que el mozo deje de preocuparse por su madre. —Josse metió el pie en el estribo y se subió a la silla—. Y, hablando de Joana, debo irme.

—Por supuesto.

—Adiós, abadesa, y gracias. No sé cuándo regresaré, pero será pronto, os lo prometo.

—Adiós. —Helewise lo bendijo con la mano—. Id con Dios.

Apenas si oyó el «amén» de Josse, que ya había espoleado a *Horace* y cruzaba al trote la entrada de la abadía, para luego enfilarse el camino.

Capítulo doce

Josse sabía que debería estar haciendo varias cosas que tendrían más sentido que ir a todo galope hacia la casa secreta.

Podía regresar a casa de Mag Hobson, por ejemplo, a ver si había señales de que Denys de Courtenay había vuelto en busca de Joana. Podía ir a Tonbridge, pasar una hora en la taberna, y averiguar los últimos cotilleos. ¿Qué decían los habitantes de la aldea acerca del envenenamiento en la posada? ¿Se sospechaba de alguien? ¿Alguien había visto de nuevo al apuesto desconocido de Tilly?

Sí. Sería un buen campo para explorar...

Pero Joana se encontraba sola. En una casa aislada, vacía, donde nadie la oíría pedir auxilio. Josse guardaba en la cabeza la imagen de su expresión cuando, en el umbral de la puerta, lo observó llevarse a Ninian.

La barbilla alzada y la sonrisa no lo engañaron en absoluto, porque divisó su semblante cuando ella creía que no la miraba. Pocas veces había visto tanta desolación.

Acudió a la casa oculta poco después del anochecer.

Pasó más tiempo del necesario atendiendo a *Horace* y al poni de Ninian. No sabía por qué, pero lo ponía nervioso entrar. Tenía una extraña sensación en el estómago, como si en él estuviera atrapado un pajarillo, aleteando frenéticamente para salir.

Le sudaban las palmas y, al desabrochar los arreos de *Horace*, se dio cuenta de que le temblaban ligeramente las manos.

«Tonto —se dijo—. Ya no deberías sentirte como un mozo enamorado».

«Nadie supera eso —le contestó otra vocecita—. Cuando ya no eres capaz de enamorarte es que estás listo para la tumba».

Se aseguró de que el bebedero estuviese lleno, palmeó a *Horace* en las ancas y le dio las buenas noches. Luego cerró bien la puerta de las cuadras, se alisó la túnica y cruzó el patio de la casa.

Se hallaba sentada en su habitual posición, sobre las alfombras, pieles y cojines frente a la chimenea. Su largo cabello oscuro le caía, suelto, sobre los hombros y la espalda y casi le ocultaba el semblante. Estaba alisándose, acercando gruesos mechones al fuego.

Al oírlo entrar, declaró:

—Me he lavado el pelo.

—Bien. —Josse puso el cerrojo y atrancó la puerta—. Joana, la puerta estaba abierta, podría haber entrado cualquier persona.

—Es cierto, pero sabía que erais vos. Os oí en el patio, miré por la ventana y vi que erais vos.

—Oh.

—Habéis tardado mucho —dijo Joana quedamente—. Empezaba a preguntarme si ibais a quedaros allá toda la noche con vuestro caballo.

La combinación de la voz suave y las palabras lo excitaba. ¿Acaso lo hacía aposta?, se preguntó Josse, y trató de controlarse.

—A Ninian lo han recibido muy bien en la abadía. La abadesa Helewise lo ha puesto a cargo de una joven monja a la que conozco. Es una moza buena, amable y cariñosa, y no es mucho mayor que él.

Joana había cerrado los ojos.

—Gracias. —Los abrió y lo miró—. Os ruego que no os imaginéis que porque no fue la primera cosa que pregunté no era lo que más me preocupaba.

—No me lo imagino. —Josse se arrodilló en el suelo a su lado—. Entiendo muy bien lo que sentís por vuestro hijo. Lo habéis demostrado, si es que era menester demostrarlo, al aceptar separaros de él para su propia seguridad, alejado del peligro que vos corréis con vuestro tío.

—Pero...

Como en otra ocasión, él tuvo la impresión de que estaba a punto de decir algo importante, si bien ahora fue una sensación mucho más fuerte.

—¿Pero qué? —la apremió. Joana lo miraba directamente a los ojos con una expresión extraña, casi suplicante—. Joana, ¿qué pasa? ¿No podéis decírmelo?

Tras un momento de silencio, la joven meneó lentamente la cabeza.

—No es nada. Estaba pensando en Ninian. —Se movió y le hizo un lugar sobre las alfombras—. Venid, calentaos. Es una noche fría y habéis hecho un largo viaje.

A todas luces, estaba resuelta a cambiar de tema.

—No tan largo —contestó Josse y se sentó a su lado—. ¡Pero qué buen fuego habéis preparado!

—Tengo mucho cabello que secar. —Al cabo de un rato añadió—: ¿Tenéis hambre? He preparado comida. No es mucho, pero puedo traerla aquí y podemos comer frente a la chimenea.

A Josse, la idea de comer le provocó náuseas.

—Gracias, pero no tengo hambre. De hecho, me siento... —Se interrumpió. Más valía no hablar de las náuseas—. No quiero comer. Pero ¿y vos?

—Ya he comido. —«¿Por qué estoy tan seguro de que no es cierto?», se preguntó Josse—. Pero podría preparar un poco de vino.

—Sí, eso me vendría bien.

La vio levantarse con un ágil movimiento sin hacer palanca con los brazos, recurriendo únicamente a la fuerza de las piernas; el efecto resultó especialmente grácil. Caminó descalza sobre las baldosas —Josse se fijó en que poseía pies muy pequeños y estrechos— y regresó con una jarra y varios paquetitos en una bandeja.

—¿Qué vais a hacer? —inquirió Josse al observar que se arrodillaba, cogía pizcas de cada paquete y las echaba en la jarra—. ¿Qué estáis poniéndole?

—Es una receta secreta de Mag Hobson —respondió ella, sonriente—, para calentar el corazón y el cuerpo en las noches frías. —Movió el contenido de la jarra y lo miró—. No os preocupéis, sus ingredientes son todos benéficos.

—No se me ocurriría que no lo fueran.

Joana metió un dedo en el vino, lo probó y añadió otra pizca de uno de los paquetes; luego abrió un pequeño tarro del que echó una buena cantidad de algo dorado.

—Miel —afirmó ante la pregunta implícita en las cejas arqueadas de Josse.

A continuación extrajo un atizador de las llamas y metió en el vino la punta que el calor había puesto amarillenta.

Se oyó un silbido y una nube de vapor salió de la jarra. El aroma flotó hacia Joana y Josse: especiado, dulce, con un olor amargo debajo de los efluvios superficiales...

—¿Huele bien? —preguntó ella.

—Huele de maravilla.

La joven escanció el vino en una copa.

—Probadlo. ¡Cuidado, que quema!

Él dio un pequeño sorbo. ¡Delicioso! Otro sorbito y, en cuanto el hervor se redujo, un buen trago.

Algo para calentar el corazón y el cuerpo. Sí, eso hacía. Sintió el calor y tuvo la agradable sensación de que la suavidad del vino fluía por todo su cuerpo, lo relajaba, lo tranquilizaba. Estiró las piernas y se repantigó en los cojines.

Se le antojó perfectamente natural que ella se estirara junto a él; se apartó un poco para darle espacio y tendió un brazo. Ella aceptó su invitación, se apretó contra él y posó la cabeza en su hombro.

Josse le acarició el cabello.

—Ya casi se ha secado.

—Mmm.

Le pesaban los párpados, los cerró un momento y se le presentó una visión de nubes doradas y tuvo la impresión de estar volando...

Abrió los ojos de nuevo.

Volvió la cabeza hacia ella y la contempló mirar las llamas con expresión ilegible.

—¿En qué pensáis? Si es en Ninian, os aseguro que está muy bien.

Ella se apoyó en un brazo y le devolvió la mirada.

—No estaba pensando en Ninian en este momento.

Josse aguardó. Estaba seguro de que le diría lo que pensaba en cuanto estuviera preparada para hacerlo.

Y eso hizo.

—Josse —empezó a decir sin despegar la vista de la suya—. Yo... en el bosque... nosotros...

Al parecer no sabía cómo continuar, de modo que él lo hizo por ella.

—Nos besamos... así...

Le cogió suavemente el rostro con ambas manos, lo acercó al suyo y, con ternura, le besó los labios. Ella suspiró y lo besó también; le exploró los labios con la lengua como él había hecho con ella en su primer explosivo abrazo junto a la casa de Mag

Hobson.

—¿Así? —preguntó la joven al cabo de un momento.

—Ay, Joana, sí, así.

El beso se alargó y pronto se estaban desatando mutuamente la ropa, explorándose el cuello, el torso, los senos. Josse sintió sobre el pecho la boca de Joana, húmeda, excitante, y su deseo escaló con tal rapidez que le costaba controlarlo.

Sin embargo, algo en un rincón de la mente, algo a lo que debía prestar atención, algo que ella acababa de decir...

Se obligó a distanciarse de las sensaciones que provocaba en él y reflexionó.

«¡Piensa!», se ordenó.

Ah, sí, ahora lo recordaba. Sí, eso era.

Con suma suavidad, para que no se lo tomara como un rechazo, la empujó.

—Joana, esperad.

Con los ojos clavados en los suyos, Joana preguntó:

—¿Que espere? ¿Qué queréis decir con eso?

La acurrucó entre los brazos y volvió a acariciarle el brillante cabello.

—Justo ahora, cuando empezamos a besarnos, preguntasteis «¿así?», como si no lo supierais.

—¿No estaba bien? —inquirió ella, angustiada—. Dijisteis que sí cuando os lo pregunté, dijisteis, «sí, así».

—Amor, ¡no tenía nada de malo el beso! Muy al contrario... ¿no lo notasteis?

—No —susurró Joana.

—Pero habéis estado casada. Habéis tenido un hijo. —Ay, no existía un modo delicado de seguir—. Joana, ¿sabéis cómo es el amor entre un hombre y una mujer?

Ella se tumbó boca arriba y en el mismo momento ese lado del cuerpo de Josse echó de menos su calor, el electrizante tacto de su firme carne contra la suya.

—¿Que si sé lo que es el amor? —repitió, con una voz que adquirió un deje duro—. Sé lo que es el sexo, si a eso os referís. Sé lo que es ser violada y obligada a cumplir con mis deberes conyugales, que es exactamente lo mismo. Pero ¿sé cómo es el amor? No, noble caballero, no lo sé.

Josse se incorporó, se inclinó sobre ella y tanteó la suave textura de su cara.

—El sexo no es amor. Que una persona tome su placer sin preocuparse por lo que quiere o siente una mujer es puro egoísmo. No debería ser así, mi amor.

Los ojos de Joana centelleaban a la luz de las llamas.

—Sabía que no podía serlo. Siempre lo supe, incluso esas primeras veces en Windsor, cuando concebí a Ninian, incluso en todos los años que estuve casada. Algo en mí me decía «un día lo experimentarás». Y Mag... —Se interrumpió.

—¿Mag? ¿Os lo explicó?

Joana soltó una risita.

—Dijo que no debía desdeñar el don de la Gran Madre, que un egoísta y un sádico no eran sino dos entre toda una población de hombres, que no representaban a

todo el género. —Se rió de nuevo, con más ganas—. Añadió, he de deciros, que probablemente representaban a la mayoría.

Le rozó los labios con la punta de los dedos y Josse advirtió que sus manos olían a canela y a miel.

—Yo no soy sádico y espero no ser egoísta.

Joana sonrió.

—Yo tampoco creo que lo seáis. Creo, como creí en el bosque junto a la casa de Mag, que sois el hombre al que ella se refería.

—¿Mag habló de mí?

Pese a todas las sensaciones que le recorrían el cuerpo, Josse experimentó uno de esos estremecimientos atávicos provocados por el roce con fuerzas supernaturales.

—No os preocupéis, no os deseaba ningún mal. —La voz de Joana era como una caricia—. No os mencionó por vuestro nombre... No creo que lo supiera. Sólo me dijo, cuando estaba despotricando contra los hombres, el matrimonio y el servilismo sexual, que un día alguien me enseñaría que había otro modo. Y cuando me mostré desdeñosa, me dijo: «Espera y lo verás, moza. Lo veo en ti, en este lugar. Un día lo entenderás».

—Y entonces os topasteis conmigo, allí, en el claro de Mag —comentó Josse, asombrado— y ambos sentimos una intensa atracción y os besé y...

—Yo os besé a vos —lo corrigió Joana. Se levantó ligeramente y volvió a besarlo.

Y, como si Mag hubiese gritado de nuevo su predicción, como si su bendición se cerniera sobre ellos, la pasión que apenas habían entrevisto en el bosque los embargó con toda su fuerza. Josse gimió, la abrazó, la estrechó con fuerza, aplastándole los senos con el pecho, y sintió los firmes muslos contra las piernas.

Ella tiró con impaciencia de los lazos que le sujetaban el vestido. El lazo se convirtió en un nudo y se rompió cuando Josse tiró fuertemente de él. Ella dejó escapar una risa ronca, levantó el cuerpo y se despojó del vestido y de la ropa interior, ya suelta, con un grácil gesto.

Josse se arrodilló, se desató la túnica, se pasó la camisa por encima de la cabeza, se quitó las calzas y la contempló, tumbada desnuda sobre alfombras y pieles. Las llamas iluminaban las curvas de sus pechos, de sus caderas y de los músculos de sus muslos. Era fuerte, sí; fugazmente, recordó que le había dicho, en lo que le pareció otro mundo, que había desarrollado músculos que ni siquiera sabía que tenía; sin embargo, conservaba una figura femenina: cintura estrecha, pechos plenos, vientre que se curvaba hacia el oscuro e incitador lugar...

Ella también lo estudió. Con la vista clavada en su pene erecto, lo tocó.

—No os haré daño, os lo juro —declaró Josse.

—Lo sé. Siento... por primera vez sé lo que significa desear de verdad. —Tiró de sus hombros, acercándose—. Por favor, por favor... no sé qué... no sé cómo...

Josse se bajó lentamente encima de ella, suavemente, apoyándose en las manos, a fin de no aplastarla. Colocó una mano en su nuca y, acercando el rostro al suyo, le

cubrió de besos las mejillas, la nariz y, finalmente, los labios, y se demoró en su boca mientras le acariciaba el cuerpo despacio y sin cesar: el cuello, los profundos huecos encima de la clavícula, los pechos, los pezones, la cintura, el vientre.

—Está bien, mi dulce Joana, yo sí sé cómo.

Ahíto, permanecieron sobre su lecho de alfombras y pieles. Adormilado, Josse, que entraba y salía de dulces sueños, sintió que se le enfriaba el sudor en el cuerpo desnudo. Alzó la cabeza, miró alrededor y encontró el borde de una piel; tiró de ella y los cubrió, a él y a Joana.

Joana.

Acurrucada sobre su pecho, respiraba profundamente y él creyó que dormía. ¡Y tenía todo el derecho del mundo a dormir, tras semejante explosión de energía! Por todos los santos, a él nunca le había ocurrido nada igual; diríase que siete años de represión sexual se habían liberado en un gigantesco y abrumador orgasmo.

El primer orgasmo de Joana.

Y, habiéndola penetrado a fondo, percibió cada uno de sus espasmos, la abrazó al oírla gritar de gozo y éxtasis, sollozar y reír a la vez, cuando, por fin, supo lo que le tenía deparado su propio cuerpo.

La eyaculación de Josse resultó casi igualmente demoledora; hacía mucho que no se había acostado con una mujer, pero, sobre todo, creía que nunca lo habían excitado tanto como ella. La combinación de inocencia y sensualidad natural, sin explotar y entusiasta, lo había elevado a alturas de que no se sabía capaz...

Se asombró al notar que se endurecía de nuevo. ¿Tan pronto? «Ah, pero duerme. No debo despertarla.

»Piensa en otra cosa. Piensa en... Joana.

»¡No! Piensa en la escarcha fuera, en los estanques y los charcos congelados, en el helado y penetrante viento...».

La sintió moverse, estirar las piernas y enroscarlas con las suyas, con un muslo entre los suyos. La joven bajó la mano debajo de las pieles y le cogió el pene, con suavidad al principio, y luego, al sentirlo endurecerse aún más, dejó patentes sus intenciones.

—¿Creéis que podríamos volver a hacerlo? —preguntó, a la vez que se tumbaba sobre él y lo besaba.

Él correspondió al beso. Con ganas de reír y, cosa rara, de llorar, contestó:

—No veo por qué no.

Capítulo trece

Despertó antes que ella.

A la tenue y temprana luz, estudió su rostro. Dormida parecía más joven; su habitual expresión cautelosa le tensaba los rasgos y la dotaba de una falsa madurez. Sin embargo, ahora...

¿Cuántos años tendría? Su hijo contaba siete y ella había dicho tener dieciséis al concebirlo, de modo que ahora tenía veintitrés. Pero, dormida, no aparentaba más de dieciocho.

Dormía con la cabeza sobre el brazo de Josse, apoyada en su hombro y el cuerpo pegado al suyo, traspasándole la calidez de los pechos. Sintió la tentación de acariciarlos, de despertarla con suavidad, excitarla...

No. Mejor que durmiera. Ésta era probablemente la primera noche que se había dado el lujo de relajarse y conciliar un sueño reparador. Su presencia, y esperaba no estar siendo presuntuoso, le había permitido bajar la guardia y procurarse el descanso que a todas luces necesitaba.

Para ocupar la mente y el cuerpo en algo que no fuera hacerle el amor, inspeccionó la cámara. Casi no se había fijado en nada la noche anterior, excepto en la ancha cama de madera con el grueso dosel de lana y el montón de mantas. Se incorporó ligeramente a fin de captarlo todo.

Sin duda era la cámara de los ancianos, la de los tíos abuelos de Joana, pues tenía el aspecto de haber sido muy usada. No es que estuviera sucia, ni mucho menos. Joana seguramente cumplía con las exigentes normas de Mag Hobson, porque la casa entera despedía un aire de frescura; daba al visitante la impresión de que la paja en el suelo estaba recién colocada; los oscuros rincones, barridos y despojados de telarañas, y la ropa de cama, sacada al sol, tendida y apaleada.

Josse, en duermevela, tuvo la impresión de ver a Mag como debía de haber sido en vida, una mujer robusta y vigorosa, siempre moviéndose, captando cada detalle, por nimio que fuera, con sus penetrantes ojos. En el sueño de Josse subía por la estrecha escalera, entraba en la cámara con una escoba en la mano y exclamaba: «¡Joana! ¡Vamos, moza! No hay tiempo para permanecer ociosa. Muévete y barre esta cámara. ¡No querrás que tu visita crea que no sabes mantener la casa limpia!».

La vio de pie junto a la cama y vio que sus severos rasgos se suavizaban al contemplar a Joana acostada en brazos de Josse. «Sí, eso está bien —decía—. Duerme, mi niña. Duerme, y, cuando despiertes, deja que él te ayude con tu carga».

Abrió los ojos, sobresaltado. Era un sueño tan vivido que le sorprendió que él y Joana fueran los únicos ocupantes de la habitación.

Joana despertó a media mañana. Josse se había levantado sin molestarla, había recogido su ropa y bajado de puntillas al salón y, de allí a la cocina, para preparar el fuego y asearse aunque fuera someramente. Una vez vestido regresó a la cámara y la halló despierta, apoyada en un codo y parpadeando para protegerse de la suave luz

solar que se filtraba a través de la estrecha ventana. Lo recibió con un deje de ligero reproche:

—¡Me habéis dejado dormir!

—Sí. Necesitabais descansar.

Ella le ofreció una sonrisa ancha y dichosa.

—Es cierto. Me habéis cabalgado mucho, noble caballero, y me habéis agotado.

Él se sentó en el borde de la cama, asió sus manos tendidas y le dio un beso en cada palma. Desprendía un excitante aroma a sexo...

Con gran esfuerzo desechó las imágenes de su noche de amor y dijo:

—No me refería a eso. Quería decir que, por una vez, no había menester que durmierais aguzando el oído. —No, eso sonaba demasiado presuntuoso—. O sea, que éramos dos los que estábamos atentos por si se oía un ruido inoportuno y...

Joana se rió; Josse se unió a sus risas pese a estar seguro de que se burlaba de él.

—Oh, sí. Ya lo imagino. Los dos inmersos en apasionados abrazos y de repente exclamáis: «¡Escuchad! ¿Qué es eso? ¿La puerta de las cuadras golpeteando? ¿Un resoplido de advertencia de uno de los caballos?».

—Muy bien —admitió Josse, y la miró avergonzado—. Sólo pretendía ayudaros.

—¡Oh, Josse, lo sé! —Joana se sentó y lo abrazó. El violento ademán hizo que las mantas resbalaran, dejando su cuerpo descubierto de cintura para arriba. Apretó la cara contra la mejilla de Josse—. ¿Vais a regresar a la cama?

—Joana, deberíamos pensar en...

Pero ella ya había deslizado la mano muslo arriba hasta su entrepierna y con las puntas de los dedos le acariciaba la erección. Fuera lo que fuese lo que debían pensar en hacer se desvaneció de la cabeza de Josse, que se arrancó la ropa, se metió en la cama y cedió a la deliciosa tentación que le brindó Joana.

Poco después del mediodía ya se encontraban en la cocina, vestidos y con Joana preparando el almuerzo.

Josse pensaba en la sugerencia que le había hecho la abadesa Helewise de ocultar a la joven en Nuevo Winnowlands hasta que Denys de Courtenay dejara de suponer un peligro. Buscaba el mejor modo de proponérselo cuando ella le dijo:

—Os habéis quedado muy callado, Josse. ¿Qué pasa?

La observó y decidió que para alguien como ella el mejor enfoque sería el directo.

—Tengo una casa, Joana. No está lejos de aquí... a una mañana a caballo, no más... y tengo dos criados, Will y su esposa, Ela. Ambos son personas discretas y de fiar y cada uno posee habilidades propias. Acabo de renovar la casa y es cómoda. Si lo aceptáis, no se me ocurre lugar más seguro para vos. Para empezar, nunca os hallaríais sola, pues, aunque yo tuviera que salir, Will y Ela están allí. Además, a nadie se le ocurriría buscaros en mi casa, porque nadie, aparte de la abadesa, sabe que me conocéis, y vuestra relación con Mag Hobson... y con esta casa... es más conocida. Me temo que es cuestión de tiempo que Denys deduzca que os encontráis aquí. Si estáis de acuerdo, Nuevo Winnowlands está a vuestra disposición durante

todo el tiempo que necesitéis refugio.

Ella lo escuchó sin interrumpirlo y siguió guardando silencio. Josse empezaba a pensar que la había ofendido cuando comentó:

—Josse, os doy las gracias. Lo habéis planeado bien.

Una mueca de concentración apareció en su semblante, diríase que sopesaba las ventajas de aceptar la oferta. El caballero se preparó para un par de preguntas, como, por ejemplo, qué clase de aposentos le ofrecía o si la casa era caliente y no entraba el viento, mas la pregunta que le planteó fue una sorpresa para él.

—¿A una mañana de aquí a caballo?

—Sí —respondió, aunque no entendía qué importancia podía tener.

—Y... vuestra casa... Nuevo Winnowlands... ¿es fácil de hallar? ¿No está en una zona tan aislada que nadie conoce su existencia?

¿Adónde quería ir a parar? Incapaz de comprenderlo, respondió con toda sinceridad.

—Nuevo Winnowlands está, como os he dicho, a poca distancia a caballo. Se encuentra bastante cerca de un camino bastante transitado y algunas personas se detienen allí. De hecho, recuerdo que un calderero entró con su carreta hace un par de semanas. Pero, Joana, ¿qué importa que no estemos ocultos y aislados, si nadie sabe que estáis allí?

—Pero alguien muy resuelto podría encontrar vuestra propiedad si se empeñara en ello, ¿no?

Semejante insistencia lo desconcertó.

—Sí, desde luego, pero...

Joana se acercó a él, le posó las manos en los brazos y lo hizo callar con un beso, al término del cual declaró:

—Acepto, y con la mayor gratitud. Por favor, Josse, llevadme a vuestra casa.

La ayudó a sujetar su fardo a lomos del poni de Ninian; al parecer, no pretendía llevar muchas cosas, aunque tal vez no poseyera mucho.

A primeras horas de la tarde emprendieron el camino. Josse iba delante, guiando al poni, y ella los seguía. La miró por encima del hombro un par de veces mientras salían de la casa secreta, que se había empeñado en dejar ordenada, limpia y bien cerrada, y, cada vez, la vio girada en la silla, con los ojos fijos en el edificio, como si quisiera imprimir cada detalle en su memoria.

—Regresaremos —le aseguró cuando perdieron de vista la casona, y ella puso su yegua al trote y lo alcanzó—. Cuando terminen los problemas, podréis regresar si lo deseáis.

—Regresaré. Esa casa y la casita en el bosque son los lugares donde mejor percibo a Mag.

Josse recordó el sueño que había tenido esa mañana.

—Sí, lo entiendo.

¡Había tantas cosas que quería saber de Joana, tantas preguntas que surgían con

insistencia en su mente!

—Cuando erais joven...

Ella lo interrumpió, como si ni siquiera se hubiese percatado de que hablaba, e hizo su propia pregunta.

—¿Sabéis qué han hecho con el cuerpo de Mag?

Josse evocó las palabras del sheriff Pelham: «Tenemos que ver cómo disponemos de esto en la aldea». ¿Cómo decírselo a Joana?

—Eh... los hombres del sheriff se la llevaron a Tonbridge. Supongo que la habrán enterrado allí, al menos eso parecía tener en mente el sheriff. —Se preguntó si, al igual que él, Joana se imaginaba una apresurada sepultura en una tumba sin lápida—. Podemos preguntar, si lo deseáis. Podemos...

Pero ella meneó la cabeza.

—No, da igual. —Y añadió—: Gracias.

De nuevo Josse se sintió desconcertado. ¡Había tanto en ella que lo desconcertaba!

—Joana, seguro que podemos hacer que cambien su cuerpo de lugar. —No tenía la menor idea de cómo hacerlo, pero, a juzgar por su experiencia, casi todo es posible si uno está dispuesto a untar unas cuantas manos—. Si es eso en lo que pensabais...

Ella volvió la cabeza hacia él, con los ojos abiertos como platos y desenfocados, como si buscara algo muy lejano.

—No, Josse. Sois muy amable al sugerirlo, pero, como os he dicho, da igual. No me importa dónde hayan enterrado el cuerpo de Mag.

A Josse se le antojó extrañamente desalmado y no creía que Joana fuese desalmada, y mucho menos cuando se trataba de Mag Hobson.

—Entonces, ¿por qué lo preguntáis?

—Oh... —Se tomó un momento para reflexionar—. Sólo quería asegurarme de que la habían enterrado.

—¿En lugar de qué? —inquirió Josse riendo a medias.

Pero ella se le había adelantado, al parecer, sin oírlo.

Nuevo Winnowlands tenía el mismo aspecto limpio y cuidado que la casa que acababan de abandonar. Josse tomó nota mental de dar gracias a Will y Ela, y precedió a Joana por el patio en dirección a las cuadras. Will los oyó, y corrió a ayudarlos.

Siguiendo el principio de que lo que se ignora no se puede contar, Josse dijo:

—Will, esta dama es amiga mía. Está de visita por la zona y se hospedará aquí unos días. ¿Podrías pedirle a Ela que le prepare aposentos?

El criado había estudiado a Joana con abierta curiosidad.

—Lo haré, mi señor. Dejadme poner cómodos a los caballos y hablaré en seguida con Ela.

Josse entró en la casa con Joana, muy consciente, tanto como la propia Joana sin duda, del interés que por ella había mostrado Will. ¿Qué diablos iría a decirle a Ela?

Se imaginaba algo como:

«El amo ha encontrado una mujer, una muy guapa. Ha ordenado que le prepares una cámara, pero, a juzgar por cómo se miran, no creo que la vaya a usar. Tal vez podrías ahorrarte la molestia».

Lo cierto era que nada podía hacer al respecto. Le indicó a Joana un asiento junto a la chimenea y se arriesgó a echarle una ojeada. La joven sonreía ligeramente. Más que sentirse ofendida o torpe, parecía divertida.

—Vuestra llegada sin duda causará cierto alboroto —dijo Josse en voz baja, ya que Ela podía andar cerca: caminaba sin hacer ruido y nunca se sabía dónde estaba—. No suelo traer mujeres hermosas a mi casa.

—Me alegra oírlo, noble caballero. No me gustaría que tuvierais por costumbre entretener a mujeres jóvenes.

—Oh, no.

Joana se acomodó. Obviamente, se sentía a gusto.

—Me agrada vuestra casa. ¿Me decíais que está recién renovada?

Por fortuna ahora tocaban un tema perfectamente apto para el aguzado oído de Ela. Uno sobre el que podía explayarse sin el sonrojo de vergüenza que solía subírsele cuando se hallaba en presencia de Joana.

—Hubo menester mucho trabajo cuando vine a vivir aquí. Era la casa de la madre viuda del antiguo propietario, a un cuarto de legua del edificio principal, pero se encontraba en un estado lamentable. Nadie la habitó en muchos años, por lo que había una larga lista de cosas que reparar. Para empezar, tuvimos que...

Llevaba un buen rato conversando, enumerando todo lo que había tenido que hacer para que la casa fuese habitable, cuando se dio cuenta de que Joana reprimía la risa.

—¿Qué pasa?

—Ay, Josse, no pasa nada. —Joana puso cara seria—. Hay pocas cosas que me diviertan tanto como un largo sermón sobre los arreglos de mampostería y la sustitución de la madera interior.

—Me lo habéis preguntado —dijo Josse, ofendido.

—Es cierto. —La mujer se puso en pie y se le acercó—. Los criados, ¿viven en esta casa?

—No exactamente. Tienen una casita, más bien una choza, adosada a las dependencias. Les agrada vivir a unos palmos de aquí, al menos eso me figuro, porque fue el propio Will quien me lo pidió y...

—Un simple «no» habría bastado —susurró Joana y le colocó un dedo en los labios—. Y habría sido mucho mejor que un «sí».

Josse se hizo una idea de lo que pensaba.

—¿Preferís que estemos solos de noche? —susurró, excitado con sólo pensarlo—. ¿Para que los cotilleos de los criados mancillen vuestra reputación?

Joana sonrió.

—Mi reputación se mancilló hace siete años. —Le rodeó el cuello con los brazos, tiró de él y lo besó—. Ahora hago lo que me place.

—¿Y os place estar aquí?, ¿conmigo? —El deseo enronquecía la voz de Josse por momentos.

—Oh, sí. —Ella volvió a besarlo—. Me complace mucho.

—Os cuidaré —le susurró a la oreja—. Os lo juro, os ayudaré, os cuidaré...

—Lo sé y os lo agradezco.

Josse tuvo la fuerte impresión de que Joana se había retirado ligeramente de él, como si hubiese hecho o dicho algo que la había sorprendido.

Se preguntó qué podía ser, pero entonces ella se apretó contra él de nuevo y, con el corazón bombeándole sangre a toda prisa, perdió toda capacidad de raciocinio.

Capítulo catorce

El primer indicio de un problema inminente se presentó después de sexta.

Al regresar a su despacho, Helewise fue a ver cómo le iba a Ninian; lo encontró ligeramente abochornado y molesto con lo que ella y Calixta le habían preparado.

—Sí, entiendo cómo te sientes —lo tranquilizó—, y sé que, siendo un mozo sensato, entiendes por qué lo hacemos. ¿Cierto?

El pequeño asintió de mala gana.

—¡Bien! —comentó con energía la abadesa—. Sor Calixta regresa ahora de sus oraciones, así que te dejaré en sus manos.

De hecho, estaba abriendo la puerta de su despacho cuando oyó unos fuertes pasos.

—¡Abadesa Helewise! Eh, abadesa, esperadme.

La aludida se quedó de piedra.

«¡Ay, Dios mío, no! No puedo hacerlo, no estoy preparada...».

Entonces recordó su promesa; cuadró los hombros, elevó una silenciosa plegaria pidiendo capacidad para actuar con rapidez y sabiduría, así como fortaleza para hacer lo que fuera menester, y giró sobre los talones.

Y respondió con calma a la sonrojada y horrorizada sor Ursel.

—¿Qué pasa, hermana?

—Denys de Courtenay se acerca. Acaban de verlo en el camino de Tonbridge. Lo acompañan tres hombres, rufianes de cara patibularia. La puerta está atrancada, como habéis ordenado, pero ¿qué hago cuando me pidan paso?

Helewise hizo una pausa. «Si lo que he planeado no está bien, Señor, mándame una señal. Por piedad, no me dejes cometer una locura...».

Puso la mente en blanco.

Nada.

Respiró hondo para calmarse.

—Ve a abrir la puerta, sor Ursel. Hemos de demostrar a Denys de Courtenay que no tenemos nada que ocultar. —Clavó la vista en la hermana en un intento por traspasarle parte de su propia seguridad y se sintió satisfecha al ver su reacción. La portera alzó la barbilla, se arregló el hábito y contestó:

—Bien. Dejaré entrar a esos can... a esos miserables.

Helewise la contempló alejarse a la carrera y la siguió más pausadamente desde el patio interior hasta la puerta principal.

Allí había tres hombres (sor Ursel debía de haberse equivocado al contarlos) que se habían apeado de sus monturas. Los dos compañeros escogidos por Denys de Courtenay eran corpulentos y feos. La clase de hombres, en opinión de Helewise, que suelen provocar reyertas en las tabernas. Una cicatriz prolongada recorría la mejilla de uno de los hombres desde la oreja hasta una de las aletas de la nariz. El otro parecía padecer una enfermedad de la piel. Ambos iban armados con bastones y

llevaban cuchillos en el cinturón.

—... No podéis entrar con armas en la casa de Dios —les explicaba sor Ursel, sin dejarse amilantar, con los brazos en jarras, pero sin lograr llenar el hueco que dejaba el portón entreabierto.

Courtenay masculló algo y los hombres dejaron bastones y cuchillos contra la pared.

—Vos también —le ordenó sor Ursel, e indicó la espada envainada que le colgaba del cinturón.

Con una sonrisilla burlona, como si la escena lo divirtiera, éste la obedeció.

Helewise dio un paso adelante, y Courtenay la divisó.

—Ah —exclamó—. La mismísima dama a la que venía a ver. —Con una ancha sonrisa que revelaba su blanca y regular dentadura, hizo una señal a sus hombres, quienes entraron y se colocaron en poses agresivas. Se aproximó a Helewise, hizo una breve reverencia, poco más que un asentimiento, y añadió—: Quisiera intercambiar unas palabras con vos, abadesa, si es posible.

La asió del codo y la llevó hasta su despacho.

El instinto le dictaba a la abadesa quitarse de encima esa mano, pero algo le dijo que esperara, que actuara exactamente como lo haría una monja, o sea, sumisa y obediente, por lo que agachó la cabeza y le permitió guiarla.

Abrió la puerta y le franqueó el paso. La cerró cuidadosamente, se volvió hacia él y preguntó con humildad:

—¿En qué puedo servirlos?

Observando la estancia, como en busca de algo, no pareció advertir su tono humilde, sino que giró sobre los talones y le espetó:

—Conocéis a un caballero llamado Josse d'Acquin. No tratéis de negarlo: una buena cantidad de habitantes me han dicho que visita con frecuencia la abadía de Hawkenlye y que tiene, además, muy buenas relaciones con la abadesa.

—No se me ocurriría negarlo. Sir Josse es un buen amigo de Hawkenlye y nos ha ayudado y apoyado en más de una ocasión.

—Mmm. —Denys parecía descolocado, como si esperara una discusión—. ¿Está aquí?

—No.

—¿Dónde está?

Helewise vaciló.

—Habló de una posible visita a Winchester. —No mentía; Josse le había descrito su visita a la reina Leonor con respecto al alquiler de sus tierras—. Creo que podría estar allí.

Eso sí que era un embuste, pero por una causa muy buena, se dijo Helewise.

—¿Winchester?

Ella asintió. A veces venía muy bien la conocida disciplina conventual de no hablar cuando no hacía falta.

Courtenay se dirigió a la puerta y la abrió de golpe.

—Voy en busca de mis hombres. Quiero registrar la abadía.

Helewise llegó antes que él y, como antes sor Ursel en el portón, se colocó entre él y el claustro.

—No os lo permito —declaró en tono gélido, y lo miró directamente a los ojos—. Éste es un lugar sagrado, la casa de Dios, no el escondite de un criminal. Las personas entran cuando yo lo decido y, una vez dentro, se espera de ellas que se comporten con reverencia y decoro. Vuestros compañeros no parecen capaces ni de lo uno ni de lo otro.

—Lo que penséis de mis hombres no importa —replicó Denys—. ¡Voy a registrar!

—¿Qué os imagináis que encontraréis? ¡Os he dicho que sir Josse no está aquí!
El hombre achicó los ojos.

—Os pregunté antes si habíais visto a mi pariente, Joana de Lehon —dijo, amenazador.

—¡Y yo os dije que no! Me comprometí a informaros si se ponía en contacto conmigo.

—Pero no lo habéis hecho. —Courtenay casi le tocó la nariz con la suya.

—¡No, porque ella tampoco está aquí!

Y él, con una fría indiferencia peor que la furia, declaró:

—No os creo.

—Deberíais creerme —insistió Helewise—. ¡Os digo la verdad!

Courtenay levantó la mano y a ella le pareció que iba a apartarla de un empujón. Dio a su expresión toda la autoridad de la que pudo hacer acopio, tarea nada fácil, porque bullía de rabia, y él bajó lentamente el brazo.

—Ha menester que mire en vuestra abadía —repitió, ya con voz más suave—. ¿Me escoltaríais, abadesa, si dejo a mis hombres donde están y voy solo con vos?

Estaban estancados. Helewise no podía negarse: de hacerlo, Courtenay lo tomaría como una provocación.

¿No convendría hacer lo que le pedía? Quizá así creyera que no tenía nada que ocultar y los dejaría en paz.

Tal vez.

De nuevo esperó una señal divina de que se equivocaba y no le llegó ninguna.

Bajó la cabeza: mejor que no le viera la expresión si iba a recuperar la personalidad de una monja humilde.

—Estoy dispuesta a enseñaros la abadía. Si me seguís, os presentaré a mi comunidad y os mostraré algunas de las tareas que hacemos aquí, en Hawkenlye.

Le resultó fácil, puesto que en numerosas ocasiones había enseñado el recinto.

Bueno, no tan fácil, ya que dos temas la angustiaban y tuvo que ejercer todo su autocontrol para que no se le notaran ni en la actitud ni en la voz.

Empezó con los almacenes y las cuadras.

—... éstas son las cuadras, que, como veis, sor Marta mantiene impecables.

Sor Marta, que a todas luces se había enterado de qué ocurría, daba la impresión de querer una excusa para poder encajarle a Denys de Courtenay la horca que llevaba en las manos.

Éste echó un vistazo a cada uno de los cuatro compartimentos.

—¿No tenéis caballos?

Tras pedir permiso con la mirada a la abadesa, sor Marta respondió:

—Tenemos una jaca y un poni; animales corrientes, pero fuertes. Hoy los hemos dejado sueltos para que tomen el sol.

—¿Dónde?

La hermana le lanzó una mirada normalmente reservada para un montón de basura, lo llevó fuera y señaló camino abajo. Desde las cuadras, Helewise lo vio asentir.

Si esperaba ver el caballo de Josse o la clase de elegante montura que usarían una dama y su hijo, sin duda se había desilusionado.

—Sigamos —ordenó el hombre al regresar al lado de Helewise.

Ella le obedeció con humildad y se dirigió hacia el herbario.

—Delante veréis dónde plantamos las verduras y las especias —y le ofreció una conferencia sobre las diferentes especias y sus usos, inventándose la mitad mientras hablaba—. Y a vuestra izquierda... —sacó una mano de la manga del brazo opuesto y la agitó— está el dormitorio donde duermen todas las hermanas, excepto las vírgenes.

—Quiero verlo.

Helewise dudó y acabó por asentir. Desanduvo el camino hacia la entrada del dormitorio. Aguardó en el umbral mientras él lo recorría y regresaba. ¿Se lo había imaginado o es que su apuesto rostro se había sonrojado por el bochorno?

Lo llevó de vuelta al herbario, siguió andando y se detuvo. Empezaba a divertirse.

—Más adelante —explicó con cierto histrionismo— está la leprosería.

Lo sintió retroceder involuntariamente, cosa que solía hacer todo el mundo, y mascullar algo entre dientes.

—¿Queréis entrar? No os acompañaré, pero, naturalmente, podéis ir si lo deseáis.

—¿Quién..., quién vive allí?

—Tres de mis monjas residen allí. Así han elegido dedicar sus vidas al servicio de Dios. La población leprosa fluctúa. De momento hay siete.

—Siete —repitió él, en voz muy queda.

Helewise no pronunció el discurso que solía pronunciar en este punto, asegurando al visitante que estaba perfectamente a salvo, que no corría más peligro de contagiarse que en el mundo fuera de los muros de la abadía, puesto que los leprosos y sus tres cuidadoras llevaban una vida muy apartada de la comunidad.

¡Que se preocupara!

—¿Deseáis entrar?

Hizo ademán de abrir la pequeña puerta; se la estaba jugando, pues sabía que la puerta estaba cerrada y atrancada desde dentro y casi nunca se había abierto desde que se había construido la abadía.

—¡No! —exclamó Courtenay y, ya más calmado, agregó—: No, no quisiera molestar a los enfermos.

—Muy loable —afirmó la abadesa y él le lanzó una rápida mirada, pero la cofia le ocultaba el rostro.

Pasaron la leprosería y se pararon en la entrada de la casa de las vírgenes. Helewise abrió la puerta.

—Aquí duermen las hermanas vírgenes. Podéis entrar y mirar, pero, por favor, hacedlo en silencio, pues algunas hermanas han atendido a los enfermos durante la noche y están durmiendo.

Pensó que Denys rechazaría el ofrecimiento. Sin embargo, tras una pausa, entró y salió muy pronto. Esta vez no había duda: se había sonrojado.

Lo llevó al interior de la iglesia y aguardó al lado de la gran puerta occidental, mientras él recorría el silencioso y vacío edificio. Vio que descubría la puerta tras la cual se hallaba la escalera que conducía a la cripta —claro: no estaba oculta—, y esperó otro rato mientras bajaba, registraba, volvía a subir y se reunía con ella.

—¿Qué sigue?

—Ahora os enseñaré la residencia de las monjas y los monjes ancianos. —Pasaron el muro trasero de la enfermería hacia el edificio que formaba el lado este de los claustros—. Muchos de nuestros hermanos y hermanas en Dios acaban sus días aquí, con nosotros, después de servir al Señor toda la vida...

Y le ofreció la más larga de las versiones del discurso que reservaba para este tema.

Denys quiso entrar. A sor Emanuel, tan serena y distante como de costumbre, no pareció alterarla en absoluto que un brusco desconocido metiera las narices en cada cubículo. Por su parte, aunque Helewise trató en vano de reprimir el indigno impulso, se alegró cuando Courtenay eligió el momento más inoportuno para hablar con Eyllt, la ayudante de sor Emanuel. Cuando le preguntó qué hacía, la radiante moza le tendió una botella de orina llena de un líquido dorado oscuro.

—Mi despacho ya lo habéis inspeccionado —manifestó Helewise cuando reanudaron la gira—. Y ésta es nuestra sala capitular. —Echaron un vistazo al interior vacío—. Después están el refectorio y la sala de recreo —también vacías—, y, finalmente, el reformatorio.

—¿El reformatorio? —Courtenay apretó el paso.

—Sí. —Helewise hizo otro tanto para alcanzarlo—. Ofrecemos ayuda a las mujeres que han elegido una vida pecaminosa.

—¿Queréis decir putas? —Su tono contenía un deje de infinito desprecio.

—Quiero decir exactamente lo que he dicho. Sólo Dios sabe qué nos impulsa a seguir los caminos que seguimos. Nos alienta a odiar el pecado, no al pecador; y

damos refugio a quienes se arrepienten y desean empezar una nueva vida.

—Putas —murmuró Courtenay.

Helewise tuvo que reprimir la respuesta iracunda que pugnaba por salirse de los labios. ¿Para qué molestarse en discutir con alguien de la calaña de Denys? No se lo merecía.

Éste echó un rápido vistazo al reformatorio y, al salir, justo cuando Helewise empezaba a pensar que de verdad creía que no tenían nada que ocultar, preguntó:

—¿Qué es ese edificio grande?

—Es la enfermería. —La abadesa se alegró de que su propia voz permaneciese calmada, sin el menor rastro de preocupación.

—Quiero entrar.

Ella lo siguió a toda prisa hasta la puerta principal de la misma.

—Por supuesto —murmuró.

—¿Tenéis muchos pacientes?

Helewise se detuvo y fingió contar, aunque no le hacía falta, ya que conocía a cada uno de los pacientes por su nombre y sabía qué los aquejaba, si se esperaba que se curasen y, de ser así, cuándo se encontrarían lo bastante recuperados para marcharse y dejar la cama libre para otra persona.

—De momento tenemos unos cuarenta pacientes. —De hecho, había treinta y siete.

Courtenay se paró en seco, con expresión asombrada y ligeramente ansiosa.

—¿Tantos? ¿Qué les pasa?

—Sufren diversas enfermedades. Algunos tienen huesos rotos, a otros les están arrancando dientes que les duelen, tenemos a dos mujeres a punto de dar a luz, y una cuyo bebé nació anteayer. También tenemos muchos que han contraído la enfermedad del sudor... se encuentran en una sala aparte... y dos jóvenes que escupen sangre. —Fingió una mueca de disgusto—. Uno de nuestros pacientes con fiebre nos causa una angustia especial, porque contrajo la enfermedad de repente, mientras asistía al servicio en nuestro santuario del agua sagrada, en el valle, y empezó a delirar al cabo de una hora.

Exageraba aposta y dio la impresión de que el hombre se encontraba mucho más enfermo de lo que estaba. Sin embargo, la exageración surtió el efecto deseado.

A juzgar por la expresión de Denys de Courtenay, la enfermería era, después de la leprosería, el último lugar que deseaba visitar.

Pasó frente a él y, desde el interior, lo exhortó a entrar:

—Venid. Debemos limitar nuestras molestias a los enfermos.

Y lo guió implacablemente por toda la enfermería. Sor Eufemia fue a atenderlos y, sin necesidad de que Helewise la alentase, se explayó sobre los síntomas de sus pacientes.

Mientras tanto, Helewise vio a fray Saúl, que había ido a llevarle un mensaje a un hombre tumbado en un camastro junto a la puerta. Se excusó y fue a hablar con él.

—¡Fray Saúl!

Éste se volvió.

—Abadesa Helewise.

Le indicó que se acercara y, en voz muy baja, le informó:

—Saúl, Courtenay ha preguntado por sir Josse. Me preguntaba si sería buena idea...

—¿Advertírselo? —Gracias a Dios, Saúl parecía estar tan bien informado como los demás—. Por supuesto, abadesa. He acabado con lo que tenía que hacer aquí. Iré en seguida.

—Lo encontraréis en su casa, en Nuevo Winnowlands, al menos eso creo. Pero me temo que tendréis que pillar al caballo, porque sor Marta lo ha soltado.

Fray Saúl sonrió maliciosamente.

—Acaba de ir a buscarlo. He visto cómo lo metía en la cuadra.

—¡Bien hecho, sor Marta! Ve con Dios, Saúl.

Éste inclinó la cabeza mientras ella le daba la bendición y se marchó de inmediato.

Helewise regresó con Courtenay y sor Eufemia, quien tenía al hombre cogido firmemente de la manga y lo obligaba a contemplar a una mujer cuyo rostro estaba repleto de pústulas rojas, algunas de las cuales habían estallado y derramaban un líquido amarillo. Parecía que le preguntaba si alguna vez había visto algo semejante.

—Sólo quedan unos pacientes por ver —dijo Helewise y se fijó en que Courtenay parecía sentirse muy aliviado—. Démonos prisa, ¿de acuerdo?

Acabaron y salieron. Helewise rezaba mientras seguían su camino.

—El último lugar —dijo, tras un silencioso y ferviente «amén»— es la pequeña sala de costura. —Abrió la puerta, dio un paso atrás y dejó que mirara el interior.

Sor Calixta, con su velo negro, tenía la cabeza agachada sobre la ropa que remendaba y, a su lado, una figura más menuda, con velo blanco, la imitaba.

—Sor Calixta es nuestra monja más joven —explicó Helewise— y a menudo le pido que trabaje con nuestras novicias, ya que es casi tan joven como ellas. Ahora está remendando sábanas rotas y sor Felicia está aprendiendo a coser.

Vio cómo Denys observaba a las dos monjas. Helewise las observó a su vez, y sintió que el corazón se le salía del pecho. Deseó con todas sus fuerzas que Calixta alzara los ojos y, para su alivio, lo hizo. Helewise se cruzó de brazos y se metió las manos dentro de las mangas. Con un casi imperceptible movimiento de la cabeza, indicó a Calixta que hiciera otro tanto. Ésta echó una mirada a su compañera y abrió los ojos como platos; dio un codazo a la joven novicia y ésta dejó su costura y se metió también las manos en las mangas.

Courtenay continuaba contemplando las dos cabezas gachas.

El momento se hizo tan eterno que Helewise deseó gritar.

—¿Por qué han dejado de coser? —preguntó el hombre.

—Están mostrando respeto por la presencia de una visita y no reanudarán la labor

hasta que nos vayamos.

Courtenay giró sobre los talones, salió y agitó un brazo.

—Que continúen entonces con sus labores.

Durante un instante, Helewise tuvo la impresión de que iba a desmayarse, pero eso sería estúpido, por lo que recuperó la compostura y siguió al hombre, cuyas grandes zancadas daban fe de la furiosa desilusión que experimentaba.

Mientras andaba, Helewise elevó una plegaria de gratitud por los poderes de observación y la rapidez mental de Calixta.

Al llegar al portal oyó a Courtenay llamar a sus hombres, que se habían hartado de apoyarse en los muros de la abadía burlándose de sor Ursel y habían enfilado el camino con sus caballos, dándoles puñetazos cada vez que agachaban el morro para tomar bocados de la escasa hierba invernal.

—¡Montad! —tronó Courtenay—. ¡Tú, tráeme mi caballo!

Sor Ursel se colocó al lado de Helewise y juntas contemplaron a los hombres de Denys montar de modo nada elegante; observaron abiertamente a Courtenay, cuyo caballo, tentado aún por las delicias de la vegetación, no mostraba el menor deseo de mantenerse tranquilo para que lo hiciese.

—Ay —exclamó Helewise con fingida preocupación—. ¿Podréis montarlo? ¿O queréis que le sostengamos la cabeza?

Él le lanzó una mirada tormentosa. Con un esfuerzo final logró subirse y, clavándole cruelmente las espuelas a la montura, echó a galopar a la cabeza de sus hombres.

Sor Ursel masculló y a Helewise le pareció distinguir un par de términos que no solían utilizar las monjas.

—Fingiré que no he oído eso, sor Ursel.

—Gracias, abadesa. —Las mejillas de la aludida se inflaron—. ¡Uf! Me alegro de ver el polvo que van dejando atrás. ¡Ay, Señor, qué basura tan podrida!

—Eso son; y su jefe más que ninguno.

—Sí. —Sor Ursel esbozó una sonrisita—. Tenéis suerte, querida abadesa, de que las miradas no maten. La última que os echó os habría dejado con el último aliento.

—Cierto. Ahora, sor Ursel, ¿puedes cerrar el portal? He de hablar con sor Eufemia.

Y, pensó, aunque no lo pronunció en voz alta, expresarle a la maravillosa y rápida sor Calixta su agradecimiento más sincero.

Muerte a cuchilladas

Capítulo quince

Al salir de completas, Helewise se sentía sumamente angustiada por fray Saúl. Todavía no había regresado de su misión a Nuevo Winnowlands.

Probablemente no tenía por qué preocuparse, se decía. Después de todo, Saúl se había marchado a mediodía y, aun yendo a la mayor velocidad posible, que no era mucha con la vieja jaca, difícilmente habría podido llegar a Nuevo Winnowlands y de vuelta a la abadía antes del anochecer... si es que había dado en seguida con Josse para avisarle que Denys de Courtenay lo buscaba. Y Josse, por su parte, no lo habría dejado marcharse así como así; lo habría hecho entrar para calentarse junto a la chimenea, le habría dado algo de beber y quizá incluso lo habría convencido de que cenara y pernoctase allí.

Sí, sonaba de lo más razonable, se dijo la abadesa.

Entonces, ¿por qué no lograba deshacerse del intuitivo pavor que le indicaba que algo terrible le había ocurrido?

Se sentó en su despacho mientras el resto de la comunidad se preparaba para acostarse. En cuanto se hizo el silencio, se cerraron y atrancaron los portales de la abadía y se apagaron las antorchas, regresó a la iglesia. El suave brillo de la lámpara del santuario pareció darle la bienvenida y, cuando se arrodilló frente al altar, sintió que le era tendida una fuerte mano.

Empezó a recitar sus oraciones habituales. Sin embargo, no dejaba de interrumpir su concentración el rostro de fray Saúl, el amigo más responsable y más entrañable, el amigo en quien más confiaba. Mucho se temía que lo había enviado al peligro.

Incapaz de pensar en algo que no fuera el fraile, sus oraciones se convirtieron en la repetición de una única frase:

—Ay, Señor, ten piedad y cuida de fray Saúl.

Josse y Joana pasaron un día encantador, al menos eso le pareció a Josse, aunque, a juzgar por la expresión que vislumbraba a veces en el semblante de Joana, las preocupaciones y angustias se entrometían por momentos en su dicha.

«Era de esperar —se repetía, tratando de no dejar que se le echara a perder el día—. Es natural que se preocupe por Ninian, por la fea situación en que está metida, y el hecho de que sus pensamientos se detengan de vez en cuando en sus problemas no tiene por qué debilitar el júbilo que hemos encontrado juntos».

Con el paso de las horas, el cielo se había ido nublando. El prematuro final de la luz diurna los encontró junto al fuego. Josse observó a Joana, que contemplaba las llamas. Se le notaba un aire expectante: se sobresaltaba con cualquier ruido, por pequeño que fuera, y miraba la puerta, como si esperase algo...

Para dejar de preocuparse por ella, Josse evocó todo lo que habían hecho desde que se habían despertado, en su cama, poco después del alba. Joana había desechado con desdén su sugerencia de regresar a la pequeña habitación que le había preparado Ela.

—A mí no me avergüenza haberme acostado con vos —replicó en tono regio, al tiempo que se incorporaba—, y me importa un bledo lo que vuestros criados puedan murmurar. —Lo miró con los ojos entrecerrados—. Pero, si vos preferís guardar el secreto de lo que somos ahora el uno para el otro, entonces, por supuesto, haré lo que me pedís y haré que parezca que he dormido castamente, toda la noche, en la cama que me ha sido asignada.

—No os lo pedí —señaló Josse—. Fue una simple sugerencia.

Ella se inclinó sobre él, puso una mano a cada lado de su cara, impidiéndole moverse, y se acercó hasta casi tocarle las narices.

—Me iré si de verdad lo deseáis. Era una broma. Después de todo, seréis vos el que... —Se interrumpió bruscamente.

—¿Seré yo el que qué?

—Nada.

Josse la rodeó con los brazos y la estrechó.

—Quedaos —susurró, con la boca pegada a su espeso y suave cabello—. No me importa lo que Ela le diga a Will. No me importa lo que piensen. Quedaos.

Joana bajó todo el cuerpo y se pegó a él, que sintió sus pechos, su vientre y la firmeza de sus muslos.

—Si llegaran a pensar que no os habéis acostado conmigo —le susurró ella al oído, y su aliento le provocó fuertes estremecimientos de deseo—, podrían cotillear acerca de vuestra hombría. —Al pronunciar dicha palabra, Joana deslizó la mano por su vientre hasta encontrar su entrepierna—. ¡Caramba! —dijo riéndose—. ¿Estáis dándome los buenos días? —Una pausa—. ¡Vaya, cuánto entusiasmo! —Le cubrió la boca con la suya y lo besó profunda y prolongadamente—. Que Ela me pregunte a mí sobre vuestra hombría... Ya la tranquilizaré...

Después del desayuno, Will ensilló a *Horace* y la yegua de Joana, y la mujer y el caballero cabalgaron por la propiedad; no tardaron mucho, pues Nuevo Winnowlands era de proporciones modestas. Josse tiró de las riendas en una loma baja y señaló el camino que llevaba a la casa de su vecino más próximo.

—Es una persona decente y nos visitamos en ocasiones, cuando estoy en la residencia. —La observó—. ¿Os agradaría ir a verlo?

—No —respondió ella al instante, y, diríase que temerosa de haberlo ofendido, agregó—: Josse, en otras circunstancias me habría encantado conocer a vuestros amigos, pero ahora creo que cuantas menos personas sepan que estoy aquí, mejor.

—Desde luego.

Josse quiso darse un pescozón por su estupidez; pero, lo que había ocurrido en realidad era que, por un momento, al cabalgar con ella y contemplar sus gestos libres y gráciles, oírla hablar, oírla reír, había olvidado la situación...

Ela preparó una comida deliciosa, tras la cual Josse y Joana se sentaron frente al fuego, él en su sillón y ella en el suelo con las piernas dobladas bajo el cuerpo. Quiso hacerle más preguntas sobre su vida, pero ella se le adelantó.

—Os he hablado bastante de mí, Josse. Por favor, habládme de vos. Acquin... ¿dónde está?

Así que se lo explicó. Le contó todo lo que había que contar sobre sí mismo, pues no había nada que deseara reservarse, no con ella.

Y, mientras permanecían sentados, cómodos y calientes, el día fue llegando gradualmente a su fin.

Josse acababa de sentarse de nuevo, tras añadir leña al fuego, cuando oyeron voces en el patio. La de Will y otra que gritaba..., algo acerca de un hombre al que habían asaltado y yacía junto al camino, el pobre, medio muerto de frío...

Josse se levantó de un brinco. Asió a Joana por los hombros y, con su tono más imperioso, le ordenó:

—Quedaos aquí, atracad la puerta y no la abráis hasta que yo os lo pida.

—Pero...

La zarandéo.

—¡Quedaos aquí!

Al cabo de un momento, Joana asintió humildemente. Josse salió a toda prisa, bajó los escalones de dos en dos y atravesó el patio a la carrera. Con gran alivio al verlo, Will le explicó:

—Este hombre me dice que hay un herido en el camino. Yo estaba a punto de ir a ver, sólo que...

—Claro. —Josse le lanzó una mirada de advertencia: no hacía falta revelar a un desconocido que él le había ordenado que no le abriera a nadie mientras Joana se encontrara allí—. Gracias, Will, has hecho bien.

Con un asentimiento, éste dio un paso atrás y Josse fue a la puerta.

—¿Hay alguien herido? —preguntó al individuo de aspecto rudo que se hallaba fuera; vestía una burda capa de arpillera con la que se cubría la cabeza, presumiblemente para protegerse el rostro y las orejas del cortante viento.

El hombre se acercó y colocó una mano en la puerta.

—Sí. Me figuro que lo golpearon en la cabeza, porque le gotea sangre por la cara.

Josse se sintió desgarrado. ¿Qué hacer? ¿Salir y atender al pobre hombre al que habían asaltado en el camino? ¿O hacer caso a su instinto que le decía que se trataba de una compleja trama para sacarlo de allí?

«Una vez fuera —pensó—, Joana se encontrará sola adentro».

Pero ¿y si de verdad había un herido en el camino? Cabía la posibilidad de que se hubiese caído de su caballo y que la exacerbada sensación de peligro que experimentaba Josse estuviese convirtiendo una situación del todo inocente en algo sumamente amenazador.

—¿Hay algún caballo? ¿Podría haberse caído de su caballo?

—Oh... —El labriego pareció reflexionar—. Puede que sí. Podría haberse roto la cabeza al caer, sí.

Josse se decidió.

—Un momento —le dijo al labriego.

Le dio la espalda, indicó a Will que se acercara y, cuando lo tuvo lo bastante cerca para que el otro no lo oyera, le pidió:

—Ven conmigo.

Lo precedió escalones arriba, llamó a la puerta y dijo:

—Joana, abrid. —Cosa que ésta hizo de inmediato. Sin duda aguardaba pegada a la puerta.

Ya en el interior, Josse se enfundó la espada y se metió la daga bajo el cinturón y, por si acaso, cogió un pesado leño de la pila junto a la chimenea; resultaba una arma difícil de manejar, pero le serviría como palo si lo necesitaba.

—¿Qué pasa? —quiso saber Joana, de pie a su lado—. ¡Decídmelo! ¿Adónde vais?

Josse se volvió hacia ella.

—Hay un labriego de aspecto rudo en la puerta; dice que ha encontrado a un herido en el camino; es posible que se haya caído del caballo y se haya hecho daño en la cabeza. Voy a ver.

Joana meneó la cabeza repetidamente.

—No lo hagáis —lo exhortó—. Es una trampa, Josse... Estoy segura de que él... Denys... está detrás de esto.

La miró a los ojos. Qué extraño: en ellos veía una respuesta exaltada al repentino peligro, pero nada de miedo, ni de alarma.

—¿Qué sugerís? —preguntó quedamente.

—No..., no estoy... —Joana bajó la mirada y frunció el entrecejo y volvió a mirarlo directamente a los ojos—. No. Lo entiendo. Tenéis que investigarlo.

—Oh.

Josse casi hubiese preferido que suplicara un poco más.

Ella le dio un fuerte y rápido abrazo.

—Cuidado —le pidió.

—Me cuidaré. —Josse la apartó con suavidad—. Ocultaos. Que Will os ayude. Encontrad un recoveco secreto donde nadie pueda encontraros.

Los ojos de Joana se abrieron como platos.

—¿Para qué?

—¡Por si es una trampa y me vencen! —exclamó Josse, exasperado—. Si eso ocurriera, Joana, mi dulce amor, entrarán aquí en un abrir y cerrar de ojos y os buscarán.

De nuevo esa extraña falta de miedo. La joven asintió y dejó que Will la sacara, casi a rastras. Daba la impresión de que lo tuviese todo planeado de antemano, pensó Josse...

El labriego estaba esperándolo en el portal.

Lo abrió y salió.

—Vamos. Enseñadme al herido.

—Sí, sí. Está por aquí... Seguidme, mi señor... Más allá de ese trecho de camino abierto, por ahí abajo, donde las ramas de los árboles se cruzan y echan su sombra. A lo mejor tenéis razón, mi señor, y a su caballo lo asustó algo en la oscuridad. ¡Allí! — Se detuvo y señaló hacia adelante.

Josse echó un vistazo a la oscuridad bajo los árboles. Distinguió el inicio del sendero y el estrecho borde de césped que descendía hacia una zanja, detrás de la cual se vislumbraban zonas oscurecidas por matorrales. En el borde de la zanja había una forma larga, el cuerpo de un hombre con ropa oscura. Y, destacando entre la oscuridad de los ropajes, un rostro pálido apenas visible.

Josse corrió.

No advirtió la trampa hasta que las manos lo cogieron de los antebrazos, impidiéndole coger la espada y la daga. Le arrancaron el leño, que aterrizó con un ruido sordo.

Había dos hombres: el que había ido al portal y uno que debía de haber estado escondido en la penumbra. Forcejeando, Josse logró quitarse uno de encima y, con un buen puntapié a la cabeza, lo dejó fuera de combate, pero un tercer individuo saltó fuera de la zanja y lo sustituyó.

Ahora que su vista se había ajustado a la oscuridad, Josse vio con toda claridad quién yacía en el borde de la zanja.

Fray Saúl.

Tenía las piernas fuertemente sujetas por el hábito negro y una cuerda, y los brazos atados a la espalda. El hombre que se ocultaba detrás de él, invisible gracias a su capa oscura, le tapaba la boca con las manos para evitar que le gritara una advertencia. Ahora que ya no hacía falta guardar silencio, le quitó la mano, se enderezó, saltó la zanja con agilidad y se detuvo frente a Josse.

Y Denys de Courtenay dijo:

—¡Por fin nos conocemos, Josse d'Acquin!

Éste no le hizo caso. Aun antes de que lo asaltaran sabía quién estaba tras ello.

—¡Fray Saúl! ¿Estás herido? —preguntó, angustiado.

—Estoy bien —le gritó el fraile—. Sir Josse, lo siento mucho. Queríamos advertiros de que Courtenay os buscaba, pero en lugar de ayudaros lo he guiado directamente hacia vos.

El aludido se echó a reír.

—¡Eso es, exactamente, lo que has hecho, Saúl! Tu abadesa Helewise se creyó muy astuta cuando fue a darte sus órdenes, pero no es tan astuta como cree, porque no se le ocurrió que me imaginaría que eso iba a hacer y que tendría a un hombre escondido fuera de la abadía para seguir a su mensajero.

Fray Saúl se retorció violentamente, pero las ataduras no cedieron.

—¡Sois un malvado!

—¿Malvado? —Courtenay pareció meditarlo—. No, no creo que sea malvado. Intrigante, tal vez, pero ¿qué hombre no lo es?

—Vos... —empezó a decir Saúl, pero Denys le dio la espalda, con un gesto de la cabeza indicó a sus hombres que llevaran a Josse y echó a andar rumbo al portal de Nuevo Winnowlands.

—¡No podéis dejarlo allí! —protestó Josse—. ¡Está helando y está herido!

¿Estaría herido de verdad? ¿O sería un cuento?

—El hábito lo cubre bien —fue la despreocupada respuesta de Denys—. Y el frío hará bien a la herida de su cabeza. Las hinchazones suelen bajar cuando se pone algo frío sobre ellas.

—Sois un bastardo despiadado.

—Despiadado, quizá, pero bastardo, no. Mis padres llevaban veinte años casados cuando mi madre me tuvo.

Josse casi ni lo oyó. Con un gran empujón se quitó de encima al hombre de complexión menos robusta, lo cogió del brazo derecho y le retorció la muñeca con todas sus fuerzas. Sin darle la oportunidad de pillarlo de nuevo, alcanzó a Courtenay y lo cogió del hombro.

—¿Qué queréis de mí? ¿Qué motivo tenéis para seguir a fray Saúl hasta mi casa? ¿Cómo os atrevéis a asaltarme?

Bullendo de rabia, giró sobre los talones, asestó un fortísimo derechazo en la barbilla al hombre que lo sujetaba por la izquierda y, con jubilosa satisfacción, lo vio derrumbarse.

—Pardiez —comentó alegremente Courtenay—. Dos fuera de combate y uno herido. —Echó una ojeada al tercer hombre, que gemía suavemente y se apretaba una muñeca doblada en un ángulo poco natural—. No es que me sorprenda; después de todo, no son precisamente lo que yo llamaría una fuerza combativa eficiente y disciplinada. De todos modos, se hace lo que se puede, ¿no?

—Cuando se vive en el arroyo uno se ve obligado a usar lo poco que da de sí el arroyo —sentenció Josse.

—Muy cierto, muy, pero que muy cierto. —Courtenay sonreía de nuevo—. Ahora, sir Josse, creo que me habéis hecho una pregunta. Dos preguntas. Parece que me habéis reducido a un ejército de un solo hombre, así que ¿por qué no me invitáis a vuestra casa y escucháis lo que tengo que deciros?

Asombrado, Josse no pudo sino repetir lo que acababa de oír.

—¿Invitaros a mi casa? ¿Por qué, en nombre de Dios, iba a hacerlo?

Con un ademán tan súbito que resultaba alarmante, Courtenay se le acercó hasta casi tocarle la nariz, con el semblante desfigurado por una emoción desconocida. Desvanecido el aire de desenfado y alegría, a Josse le dio la impresión de que estaba poseído.

—Porque tengo un asunto que proponeros. ¡Uno de incalculable importancia! —musitó. Con un gesto que abarcaba a sus compañeros caídos, añadió—: Reconozco que he empezado mal; debéis perdonar la brutalidad con que os he abordado, pero no se me ocurrió mejor modo. —Dejó escapar una risita—. ¿De dónde saqué la idea de

que servirían? Me hubiera ido mucho mejor si me hubiese presentado a vuestra puerta y os hubiese pedido educadamente que me otorgarais unos minutos. —Miró a Josse de reojo—. Sólo que no me habríais escuchado, ¿verdad?

—Probablemente no.

—Bien. —El rostro de Denys contenía todavía la expresión ardiente—. ¿Qué decís, sir Josse? ¿Estáis dispuesto a escucharme?

«Joana está escondida —pensó Josse—. De todos modos, Will está en casa. Seremos dos contra uno y me aseguraré de que no entre ninguno de sus rufianes. Además, lo recibiré en mi propio terreno, lo cual es otra ventaja».

Se le ocurrió otra idea. Relajó la mano que aferraba el hombro de Denys de Courtenay y éste hizo una mueca y se lo frotó de inmediato.

—Podéis entrar... solo... en mi casa, con una condición.

—¿Cuál?

—Que liberéis a fray Saúl de sus ataduras y me ayudéis a llevarlo al interior, donde podrán atenderlo.

Courtenay suspiró.

—Debí imaginármelo. Muy bien, de acuerdo.

Josse lo observó regresar hacia el cuerpo tumbado entre las sombras y aparecer poco después soportando el peso del encorvado fray Saúl. Uno de los hombres caídos en el suelo murmuró algo, a lo que Courtenay contestó:

—Oh, haz lo que quieras. No, ya no he menester de ti. Por mí, puedes irte al infierno.

Otro murmullo, algo acerca de un pago, y Courtenay gritó:

—¡Ya tienes todo lo que vas a recibir de mí! Y he sido más que generoso, teniendo en cuenta lo poco útil que me has sido.

Seguía meneando la cabeza y rezongando cuando alcanzó a Josse.

—¿Qué ha sido de los criados honrados? —preguntó, en tanto Josse se pasaba el brazo de fray Saúl sobre los hombros y ayudaba a Courtenay a llevarlo al portal.

Josse no se molestó en contestar.

Una vez en el interior lograron que Saúl confesara que se sentía bastante mal y lo llevaron a la cocina. Ela se ofreció a atenderlo y Josse lo acostó suavemente sobre un montón de jergones apresuradamente apilados.

—Lamento tu dolor —le dijo mientras estudiaba su pálido rostro.

—¡No, no, sir Josse! Soy yo el que lo lamenta... lamento mucho mi fracaso.

—No fue culpa tuya, Saúl. Ahora, descansa. Deja que Ela te cure la herida y duerma.

Saúl ya había cerrado los ojos antes de que Josse se diera la vuelta.

Este último regresó al salón. Courtenay permanecía de pie junto al umbral, como si, habiendo conseguido que Josse admitiera su presencia, no deseara aprovechar la hospitalidad de su anfitrión sin que éste lo invitara a entrar. «Que se quede allí un rato —pensó Josse, huraño—. La corriente de aire le enfriará los ánimos».

Con inmenso alivio se percató de que no había señales ni de Joana ni de Will. Fue a la chimenea, le dio la espalda a Denys y, con las manos tendidas hacia las alegres llamas, inquirió:

—¿Y bien?

Oyó acercarse los cautelosos pasos.

—¿Puedo calentarme yo también? —preguntó educadamente Courtenay.

—No estoy seguro. —Josse se volvió despacio hacia él—. No os importó dejar al pobre fray Saúl fuera en una noche helada.

—¡Ay, sir Josse, no seáis mezquino!

Increíblemente, parecía esforzarse por reprimir la risa. ¿Acaso era todo un juego para él? Pero ¿y ese momento, breve pero intenso, afuera? ¿Dónde estaba el hombre que, pese al fácil encanto y el aparente sentido del humor, parecía obsesionado con una meta que lo impulsaba a seguir adelante, pese a todos los obstáculos que se le presentaban?

«Odio tener que reconocerlo —se dijo Josse—, pero siento curiosidad».

Acercó su silla a la chimenea, indicó el montón de alfombras y pieles al otro lado y, tratando de no evocar a Joana sentada allí tan poco tiempo antes, comentó:

—Sentaos.

Courtenay se acomodó con considerable gracia.

Josse lo estudió y él, al advertir el escrutinio, sonrió.

—¿Os parezco aceptable?

Josse no le hizo caso.

—Os habéis esforzado mucho para encontrarme. Lo menos que puedo hacer, supongo, es escuchar lo que tengáis que decir.

La sonrisa se amplió.

—Ah, es una decisión muy sabia, aunque lo diga yo.

—Adelante, pues, hablad. Decidme lo que queréis de mí.

Courtenay cerró brevemente los ojos, como si hiciera acopio de todos sus poderes de concentración, y tomó la palabra.

Capítulo dieciséis

—Tengo la impresión —manifestó Courtenay— de que mucho de lo que voy a deciros será una repetición de lo que ya sabéis.

—Y eso ¿por qué?

—Porque me figuro que entre vos y vuestra amiga la abadesa Helewise no hay muchos secretos y que ella os habrá dicho todo lo que le conté en nuestro primer encuentro. ¿Tengo razón?

Josse pensó rápido. No tenía sentido negarlo.

—Sí, sé que sois pariente de Joana de Courtenay, ahora Joana de Lehon, y que, tras la muerte de su marido, ella está sola en el mundo y, según vos, dominada por el pesar y sin protector. Como atañe a buen pariente, la estáis buscando y habéis venido a esta región porque una amiga de Joana vive aquí y creéis que ha venido a verla.

—Ah, sí. —Courtenay suspiró—. Todo ello es, por desgracia, cierto.

—¿Y no sabéis nada de Joana?

—No. —Otro suspiro.

—¿Y qué sabéis de su amiga? ¿La habéis encontrado?

—Tampoco.

Un ceño de preocupación arrugó el apuesto rostro de Denys. Al no observar en él señal alguna de que el hombre acababa de mentir, Josse se dijo que trataba con un oponente muy hábil. Muy calculador y tortuoso y, según lo demostraba la herida recién curada en su propia cabeza, uno que podía resultar sumamente violento.

—Pero vos también tenéis amigos aquí: los Clare de Tonbridge.

Courtenay levantó la cabeza como un rayo.

—Los Clare, ¿amigos míos? No, mi señor, os equivocáis.

Josse descartó la negación como otro probable embuste.

—Obviamente. Sin embargo, creo que habéis ido de visita a Tonbridge.

¿También lo negaría?

Tras una corta pausa, durante la cual Courtenay pareció haber llegado a la conclusión de que resultaría imposible refutar su presencia en Tonbridge, ya que demasiadas personas jurarían que lo habían visto allí, manifestó:

—Eso sí. Cené en una taberna. Una posada bastante agradable, una buena jarra de cerveza y una porción de pastel recién hecho. De conejo, según recuerdo. ¿O sería pollo? Da igual. Me lo sirvió una mozuela flaca y algo tontuela a la que le goteaba la nariz. —Hizo una mueca de disgusto.

«Pobre Tilly —pensó Josse—. Eso es lo que te pasa por tratar de ganarte a tu apuesto desconocido al cambiar la porción de pastel por el pastel recién hecho».

—Pero, naturalmente, nadie allí me dio razón de mi sobrina —prosiguió Denys—. De hecho, no lo esperaba, pues Joana es una dama, no es la clase de persona que uno encontraría en una indecente taberna.

Una dama. A Josse se le presentó involuntariamente la imagen de Joana en la

cama, haciéndole el amor, riéndose por un comentario vulgar, como lo haría cualquier criada de taberna.

Borró la imagen.

—Así que fuisteis a la abadía de Hawkenlye por si se había refugiado allí.

Courtenay le echó una mirada cortante.

—Sí. No sólo una vez, sino dos, y la segunda, la amable abadesa me permitió echar un vistazo.

—¿No había señales de vuestra sobrina?

—No. —Los ojos de Denys parecían penetrarlo—. No, no había rastro de ella.

Incómodo bajo el continuo escrutinio, Josse habló más abiertamente de lo que pretendía.

—¿Por qué estáis tan decidido a encontrarla? Todo eso de los deberes de los familiares está muy bien, pero registrar abadías y... —estuvo a punto de decir «torturar a ancianas», pero se contuvo— y asaltar a hombres inocentes como fray Saúl resulta exagerado, ¿no os parece? Creo que deberíais explicaros, Courtenay.

Éste, apoyado en un codo, con las largas y delgadas piernas cruzadas, estudiaba la punta de sus botas.

—Explicarme —murmuró, y echó un vistazo a Josse—. Sí, yo también creo que debo daros una explicación. —Se enderezó de repente—. Dais por sentado que a quien busco con tanto ahínco es a Joana. ¿Por qué?

Sorprendido, Josse contestó:

—Porque es huérfana y viuda y, probablemente, rica. Y, puesto que, contrariamente a lo que decís, no sois su tío carnal, sino tío segundo, no hay motivo alguno para que no tratéis de adquirir una dispensa y casaros con ella.

La sorpresa de Denys tenía que ser genuina.

—¿Casarme con ella? —repitió, y, para consternación de Josse, se echó a reír.

—¿Negáis que os habéis hecho pasar por su tío carnal? —exigió Josse, desconcertado e irritado por su risa.

—No, no, no lo niego. —Soltó una nueva carcajada—. Nunca he logrado desentrañar los complicados lazos familiares. Siempre me he sentido como su tío, eso os lo aseguro. —Ahora miraba a Josse intensamente con semblante serio—. Pero que sea tío carnal o tío segundo, creedme, sir Josse, no se me ha pasado por la cabeza casarme con ella. Tal vez lo pensara cuando era virgen, inmaculada, aunque ya entonces... No.

Se produjo un silencio. Josse bregó por controlar su rabia. ¡Cuando era virgen, inmaculada! ¿Y quién era el responsable de la desaparición de esa inocencia? Experimentaba un imperioso deseo de asestarle un puñetazo.

Finalmente, se controló.

—Entonces, ¿qué queréis de ella?

Courtenay alzó la vista.

—No he sido del todo franco con vos, sir Josse. He hablado de Joana como si

estuviese sola y eso no es verdad.

—¿Ah, no? —preguntó el aludido con frialdad.

—No. Tiene un hijo de siete años. No sé cómo se llama. No lo conozco, pero sé que existe.

«Claro que sí —quiso exclamar Josse—. Fue el estado de buena esperanza de Joana el que os hizo arreglar su matrimonio con Thorald de Lehon, un matrimonio que resultó un infierno».

Acertó a guardarse la acusación.

—¿Y qué? —insistió.

Courtenay parecía pensativo.

—Joana estaba casada con un hombre llamado Thorald de Lehon, pero el hijo no era de él. —Miró a Josse con expresión ausente—. El hijo se concibió en la corte, en Windsor, durante las celebraciones navideñas del año 1184.

—Ah, las Navidades en la corte. —Josse se obligó a sonreír, como si evocara recuerdos agradables—. Diversión y juegos bajo el señor del mal gobierno, ¿eh?

—Así es. Seguro que recordáis cómo es. Cómo tendemos todos a dejarnos ir durante las celebraciones, cuando llevamos toda la velada bailando y hemos bebido más de lo que dicta la prudencia.

—Oh, sí.

—Sobre todo... —Courtenay se había inclinado hacia Josse en busca de cualquier cambio de matiz en su semblante— cuando existe semejante modelo desde arriba.

—¿Desde arriba? —Josse trató de dilucidar esta afirmación y, al recordar que Joana había mencionado al viejo rey y a sus numerosas amantes, asintió—. Sí. Según dicen, el rey Enrique disfrutaba de la compañía de muchas mujeres. Rosamunda Clifford, la princesa Alaís y...

—¿Y? —insistió Courtenay.

—Un buen número de encaprichamientos pasajeros, me imagino. —Empezaba a ocurrírsele una terrible sospecha—. Y, cuando el rey guía, sus hijos lo imitan —murmuró, horrorizado por su propia conclusión, mientras que a la vez se daba cuenta de que ésta era posible.

—¿Sus hijos?

Josse imaginaba los ojos azules de Ninian. ¿Por qué demonios no se había dado cuenta antes? No eran los ojos de su madre, sino de su padre.

Ojos azules, que se parecían tanto a otros que creía haber visto antes. En el padre del niño.

—Me refiero —declaró quedamente— al rey Ricardo.

Courtenay clavó la mirada en él.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Courtenay volvió a apoyarse en un codo.

—Sir Josse, ¿vais con frecuencia a la corte?

—No mucho.

—No obstante, se refieren a vos como hombre del rey.

—He tenido el honor de servir al rey Ricardo y aguardo cualquier instrucción que tenga a bien darme. —Buen Dios, pero si tenía razón...

—Pero no servís a vuestro rey en la corte —persistió Courtenay.

—No, no muy a menudo.

—Entonces no sabréis cómo nuestro buen rey Ricardo se comportaba en las celebraciones navideñas —replicó Denys, bajando la voz—. Cuando se presentaba en la corte, porque la etiqueta se lo exigía, no era de los que bailaban y se divertían, sir Josse. ¿Sabéis lo que solía hacer nuestro querido rey en cuanto podía escabullirse?

Josse negó con la cabeza. Prestaba toda su atención a lo que decía Courtenay, ¿cómo no hacerlo?, pero, al mismo tiempo se preguntaba con una sombría sensación premonitoria, por qué insistía en hablar de él en el pasado.

—El rey Ricardo prefería encerrarse en sus aposentos con sus hombres y jugar a las batallitas. Sé de buena fuente que lo que más le gustaba era reinterpretar la batalla de Jericó y que él mismo tocaba la trompeta que hacía caer la muralla de la ciudad.

—No os creo.

Courtenay se encogió de hombros.

—Es cosa vuestra. A mí me da igual. Pero lo que debéis olvidar es la idea de que el rey Ricardo mandaba llamar a bonitas doncellas y las seducía. Nunca fue, os lo aseguro, esa clase de hombre.

—Yo... —Josse no sabía cómo continuar. El problema era que las palabras de Denys sonaban a verdad y que lo poco que él mismo sabía del rey Ricardo lo llevaba a creer que prefería hablar de antiguas batallas que desflorar a vírgenes.

Pero si no era Ricardo, ¿quién era el padre?

—Creo que el príncipe Juan se encontraba en la corte esa Navidad —dijo, odiándose por el tono interrogante.

—¿Por qué habláis de los hijos —murmuró Courtenay—, cuando al padre le quedaban tanta vida y tanto vigor?

Transcurrió un momento antes de que Josse lo digiriera.

El padre.

Enrique Plantagenet, el padre de Ricardo, el hombre que había legado también a ese hijo los ojos azules. Fuerte y testarudo gobernante de Inglaterra durante treinta y cinco años que, haciendo un cálculo generoso, contaría al menos cincuenta el año en que se concibió el hijo de Joana.

¡Y ella, una mozueta de dieciséis!

¿Sería verdad? ¿Sería Enrique de Inglaterra el padre del hijo de Joana?

Josse se inclinó y aferró a Courtenay por los hombros. Le clavó los dedos en la carne musculosa y sintió que éste se preparaba para el dolor.

—Si alguna vez descubro que me habéis mentido y que el de Joana no es hijo de Enrique Plantagenet, que Dios os ampare, porque os buscaré y os mataré.

Courtenay lo miró directamente a los ojos, y Josse tuvo que reconocer que no se lo podía tachar de cobarde.

—Es la verdad. Creedme, yo la llevé a su cama. Estuve allí cuando la tomó.

Josse casi lo mata en ese preciso instante. Le clavó aún más los dedos y le arrancó un suave gemido.

—¡Era una mozuela! ¡De vuestra propia familia! ¡Y la sacrificasteis por la lujuria de un viejo!

—Le echó el ojo desde que llegó —replicó Courtenay con un bufido—. Si no lo hubiese hecho yo, alguien más se la habría llevado. ¡Ay! Y pensé... ¡Ay!

Josse aflojó ligeramente, muy ligeramente, la presión.

—Pensasteis que os convenía la gloria —acabó por él—. Que acarrearía un poco de benevolencia real.

—¿Por qué no? —contraatacó Denys—. Y se mostró agradecido, hay que reconocérselo. El viejo rey nunca olvidaba a quienes le hacían favores.

—Y, como esto no os bastó, regalasteis a vuestra hermosa sobrina a un viejo sátiro que la utilizó como si fuera una puta. ¿Por qué Bretaña, Courtenay? ¿Por qué mandarla tan lejos?

Courtenay lo miraba con expresión rara, una mezcla de cálculo y dolor.

—Habláis de ella. Buen Dios, ¡ella misma os lo contó! ¿Verdad?

Josse volvió a clavarle los dedos, y el joven gritó de dolor.

—No habéis contestado a mi pregunta. ¿Por qué la despachasteis a Bretaña?

El rostro de Denys se había puesto blanco.

—Porque quería que todo el mundo la olvidara —exclamó, apretando los dientes—. Que olvidaran que había estado en la corte, que olvidaran, si es que lo sabían, que se había acostado con el rey. Que ignoraran... ¡ay!... el hecho de que estaba preñada cuando se casó con Lehon.

Josse asintió.

—Para que nadie aparte de vos supiera que el niño era hijo del rey Enrique. Para mantener en secreto esa preciada información.

—Sí.

Josse aflojó la presión, y Courtenay se dobló de inmediato y se frotó los hombros.

—Y —continuó Josse, pensando en voz alta—, ahora que Joana es viuda, queréis persuadirla para que se una a vos en una trama que estáis...

—Veo que no comprendéis —declaró Courtenay con voz ronca—. No entendéis por qué quiero al niño ahora.

—Ahora que su padre... su padre adoptivo... está muerto. No, no lo entiendo.

Courtenay dejó escapar un suspiro exasperado.

—No tiene nada que ver con Lehon. Olvidadlo. Todo el mundo lo ha olvidado. Era un viejo terrible. Abrid la mente, noble caballero. Pensad, si podéis, en los círculos de la corte.

La corte. El viejo rey estaba muerto, el rey Ricardo en ultramar y el príncipe Juan

dejaba caer que quizá su hermano no regresaría y que él sería mejor rey; pero, pese a sus progresos, no conseguía el apoyo del pueblo.

—¿Quién sería rey si Ricardo no regresa?

—El príncipe Juan cree que debería ser él, pero...

—Pero Ricardo ha dado instrucciones de que confirmen a Arturo de Bretaña como su heredero. Y, sin embargo, ¿quién en Inglaterra quiere que lo gobierne un bebé de cuatro años, con una madre bretona para colmo? —insistió Denys.

—Bueno...

Courtenay se había arrodillado frente a Josse, radiante.

—¿No veis la perla que tenemos, sir Josse, casi a nuestro alcance? Ojalá pudiera encontrarlo. ¡Sería todo un premio!

—Os referís a Ninian —susurró Josse.

—¿Ninian? ¿Así lo llama? Bueno, eso podemos cambiarlo. Guillermo, tal vez, o Godofredo, y añadiremos Fitzhenry. Dios sabe que el mozo tiene derecho. Luego lo presentaremos. Mirad, diremos, éste es el hijo verdadero del rey Enrique, de sangre real, concebido en Windsor, y ¡tenemos testigos que lo prueben!

—¿Que lo prueben? —Presa del pánico, Josse se aferró a lo único que le resultaba concebible—. ¿Cómo?

—En esa cama había más personas que el rey, Joana y yo. Y ya me he asegurado su apoyo. A cambio de lo que he jurado pagarles, darán fe de las fechas e identificarán a Joana. La fecha de nacimiento del niño consta en un registro. Cualquiera que sepa sumar y restar lo entenderá.

—Y esos ojos azules —murmuró Josse—. Sabía que esos ojos azul brillante me recordaban a alguien.

—¡Ah, mejor que mejor! Casi no me atrevía a esperar un parecido familiar.

«Joana, ay, Joana, por eso huiste. No huías de Denys por ti, sino por Ninian. Porque no soportabas la idea de ver cómo convertían a tu querido hijo en instrumento de un peligroso juego de poder. Un instrumento del que, si Courtenay se llega a equivocar, dispondrían sin demora. Del que nunca más se oiría hablar, al que nunca nadie más vería.

»¡Por eso me dejó traerla aquí! —se percató de súbito—. Por eso aceptó el plan de hospedar a Ninian en Hawkenlye mientras dejaba una pista falsa. Por eso fue, claro, que me hizo esas extrañas preguntas: si Winnowlands se encontraba lejos del camino normal. Si alguien muy resuelto podría encontrarlo. Y yo, pobre tonto, creí que era porque temía por su propia seguridad, que tenía miedo de que Courtenay la encontrara, cuando, de hecho, era todo lo contrario».

Quería que Courtenay la encontrara.

Porque, mientras la perseguía a ella, Ninian estaría a salvo.

Y se dio cuenta de que lo había utilizado. Sí, claro, tenía motivos. Josse nunca había puesto en entredicho el poder del amor materno, pero, al recordar las noches apasionadas que había pasado con ella, tuvo la sensación de que acababa de escupirle.

Levantó la cara y vio que Courtenay lo observaba con lo que parecía escasa compasión.

—Puede ser encantadora —declaró—. Es cosa de familia. Se ganó el corazón del viejo rey aquellas Navidades. No podía quitarle los ojos de encima y le habría dado cualquier cosa que ella le hubiera pedido. Sólo que ella era demasiado orgullosa.

—Ella... —A Josse se le quebró la voz—. Nunca aceptaría que presentaran a su hijo, que lo exhibieran abiertamente como hijo de Enrique.

—No, me temo que tenéis razón. Pero no hemos menester su aceptación. Si puedo encontrar al mozo, decirle quién es y llevármelo a donde tengo amigos y apoyos, Joana será irrelevante.

—Vos... —empezó a decir Josse, pero se interrumpió. Mejor que Courtenay continuara, así al menos sabría lo que planeaba.

—¡Unios a nosotros! —le pidió éste, entusiasmado—. ¡Imaginad el futuro que nos espera! Podríais decir, y con razón, que, como leal seguidor del rey Ricardo, pretendíais hacer lo mejor para el reino que había dejado atrás, y ¿qué mejor, desde el punto de vista de Ricardo, que un nuevo comienzo? Dios sabe que odiaba a todos los parientes que conocía. ¿Por qué no coronar a uno al que no conocía? ¡No podría ser peor!

—Sí, sí, puede que tengáis razón. ¿Y creéis que obtendríamos el apoyo del pueblo?

—¡Desde luego! El pueblo es tan inconstante, tan superficial, que creará lo que sea, si se lo presentamos como algo verosímil. Y, para ser sinceros, no aceptarán de buena gana a Juan o a Arturo de Bretaña.

—No, no, eso lo sé. ¿Así que podemos llevarnos al mozo a Londres o a Winchester, proclamar su relación con Enrique, hacer que vuestros testigos juren que todo es cierto y luego hacer que el pueblo lo adopte como heredero?

—¡Sí! —Courtenay se levantó de un brinco y casi se puso a bailar—. ¡Hombre, podrían coronarlo rey casi antes de que nos enteráramos! Y entonces estaríamos en muy buena posición. El poder detrás del trono. ¡Qué perspectiva! ¿Qué me decís?

Josse también se puso en pie. Lentamente. Fingió estirarse, fingió meditarlo, pero, al enderezarse, se aseguró subrepticamente de que todavía llevaba la daga. La espada se encontraba a su alcance, apoyada junto a la chimenea.

—Creo —declaró en tono calmado— que es un plan estupendo.

—¡Estaba seguro de que lo pensaríais así! —exclamó Courtenay, encantado.

—Excepto que habéis olvidado algo —añadió Josse con un deje ligeramente preocupado, como si se tratara de la objeción a un punto casi insignificante.

—Oh, queda un buen número de detalles que tenemos que planear —convino Denys—. ¿Qué se os ha ocurrido a vos?

—Lo que se me ha ocurrido... —Josse hizo ademán de coger otro leño para el fuego— es esto. —Y su mano pasó más allá de la pila de leña y asió el mango de la espada.

La levantó y apuntó directamente con ella a Courtenay.

—Vuestro plan es prematuro, Denys. Astuto, tortuoso, pero prematuro.

Advirtió la sorpresa en el rostro de Denys, su primera mirada dubitativa, y se dio cuenta de que, pese a todo, se estaba divirtiendo.

—Lo que habéis olvidado —agregó con un deje complacido— es que, que sepamos, el rey Ricardo sigue vivo.

Capítulo diecisiete

Aun así, Courtenay mantuvo el ánimo y contraatacó a su vez.

—¡No podéis estar seguro de eso! ¡Está en una cruzada y, aunque no muera a manos de un sarraceno, probablemente muera de disentería!

—No me convencéis.

—¿Y si muere? —Courtenay pasó por alto la interrupción—. La reina Berenguela no le importa, según dicen, ¡y pasa tan poco tiempo con ella que si concibiera un hijo sería como una segunda inmaculada concepción! Juan no tiene hijos. ¡A su esposa no la han visto con él desde el día en que pronunciaron los votos matrimoniales! ¡Os digo que estos Plantagenet no tienen futuro! ¡Pensadlo bien, sir Josse! ¡Dejad vuestra espada y revisemos bien nuestro plan!

—¿Nuestro plan? —rugió Josse—. ¡No, Courtenay, no os atreváis a incluirme en él!

—Pero... —En el apuesto rostro apareció un ceño perplejo—. Hace un momento habéis..., parecíais... —Su semblante se despejó—. Ah, lo entiendo. Os estabais divirtiendo conmigo. Tirando del sedal, como un pescador con un salmón.

La sonrisa, tan ancha y radiante como antes, no desapareció, pero la expresión se alteró de modo casi imperceptible.

Por primera vez Josse tuvo una vislumbre de qué yacía tras su encanto y afabilidad. Algo que, ahora que lo pensaba, debía de haber yacido siempre allí. Al fin y al cabo, era el hombre que había torturado y matado a Mag Hobson.

Lo que vio fue una astucia infinita y una implacable e ilimitada maldad.

Pero apareció y desapareció tan pronto que podría haber sido fruto de un efecto óptico...

Cuando se duda, hay que tomar la iniciativa.

Josse aferró con todas sus fuerzas la espada, cuyo tacto familiar lo dotó de mayor confianza.

—No tenemos nada más que decirnos, Courtenay. Creo que deberíais marcharos.

—Marcharme —repitió el hombre en voz sumamente queda—. Sí, sí, tal vez debiera. —Se encogió elegantemente de hombros—. ¿Qué se le va a hacer? Hice cuanto pude. Habríamos formado un equipo formidable, vos y yo. Pero estaba escrito que no podía ser. —Dejó escapar un suspiro exagerado—. ¡Qué pena!

Se dio la vuelta y se encaminó poco a poco, con los hombros caídos, hacia la puerta. Aunque Josse no se dejó engañar del todo, perdió parte de su concentración mientras valoraba las implicaciones de esa mirada enajenada que distinguió con tanta fugacidad, y bajó la guardia.

Apenas nada.

Sin embargo, fue suficiente.

Girando sobre los talones, blandiendo la espada a tal velocidad que parecía un borrrón plateado, Courtenay se abalanzó sobre él.

Había otro elemento, un factor de vital importancia que Josse debería haber advertido de inmediato, teniendo en cuenta que Courtenay era, desde un principio, un adversario en potencia.

Era zurdo.

A Josse lo salvaron las rápidas y automáticas reacciones que le otorgaba una vida entera de ser guerrero. Levantó su propia espada en el momento en que Denys lanzaba la primera salvaje estocada y la paró justo cuando estaba a punto de acertarle en el pecho. Pero el asalto venía de la derecha y la espada que Denys sostenía con la izquierda se separó de la de Josse y, al bajar, lo hirió en el brazo.

No le dolió, al menos no en seguida, pero el chorro de sangre que manó del corte le empapó la manga y goteó al suelo, y Josse supo que estaba herido, gravemente herido; sobre todo, por la repentina pérdida de fuerza del brazo derecho.

Cogió la espada con la mano izquierda y se abalanzó sobre Courtenay, buscando un espacio en su defensa, examinando su manera de blandir la espada, los lugares donde se exponía. Hizo contacto, y en la barbilla de Denys apareció una mancha de brillante sangre.

Era una herida tan pequeña que apenas si pareció notarla.

Josse volvió a lanzarse, pero su oponente pensaba rápido e, hiciera lo que hiciera, por donde fuera que lo atacase, estaba siempre preparado, paraba los fuertes golpes y con su propia espada se defendía siempre de la furia de Josse.

No obstante, este último era el atacante, de eso no había duda, y Courtenay, el defensor. «He de seguir —pensó Josse, luchando contra el preocupante mareo que amenazaba con hacerle perder el equilibrio—. Mi única esperanza yace en obligarlo a retroceder».

La alternativa, o sea, que Courtenay tomara la ventaja y obligara a Josse a defenderse, resultaba inconcebible.

Josse hizo cuanto pudo, pero perdía demasiada sangre, y, aunque había aprendido a usar la mano no dominante, nunca se había visto en la tesitura de luchar con tal combinación de desventajas contra un hombre que poseyera semejante malévolamente resolución.

Con lentitud y constancia, Courtenay lo agotó.

Se produjo un momento de equilibrio perfecto y, cuando las dos espadas se separaron, Josse experimentó un desmayo de una fracción de segundo y bajó el brazo.

Cuando volvió en sí, se encontró con que Courtenay lo obligaba a retroceder, con la espada silbando y hendiendo el aire, buscando el punto en que el cuello de Josse se unía a su hombro izquierdo. Hizo acopio del poco ingenio y las pocas fuerzas que le restaban y trató de desviar el golpe.

Perdió el equilibrio y cayó de rodillas.

Luchando contra las náuseas y la debilidad, trató de coger la daga, pues ahora que Courtenay se hallaba de pie a su lado, casi encima de él, tal vez pudiera clavársela en el vientre o, al menos, herirlo lo suficiente para detener el asalto...

Se desplomó hacia adelante y soltó la espada.

Esperó el fin.

Al cabo de una pequeña eternidad, sintió la punta de la espada de Denys rozarle el cuello. Cerró los ojos y elevó una oración: «Perdóname, Señor, por mis pecados...».

Nada. Ni oyó el silbido de una arma descender a toda velocidad ni experimentó la terrible agonía que sentiría al traspasarle la espada.

Abrió los ojos e intentó levantarlos hacia Courtenay.

Éste había desenfundado su daga y, con la espada en la mano derecha, pasaba la punta de la daga por la piel desnuda del cuello y las mejillas de Josse.

—Es una arma mejor —murmuró— para lo que tengo en mente. No es fácil, ¿verdad, Josse?, cortarle a un hombre las orejas y la nariz con una espada.

Josse trató de empujarlo de un codazo, pero al levantar uno de los brazos que lo sostenían, se desplomó en el suelo.

—Pardiez —se burló Courtenay—. ¡El león se ha vuelto gatito! ¡Ven, minino! ¡Siente el cosquilleo de la hoja de mi daga!

Josse hizo una mueca cuando la daga le rebanó un trozo de carne del cuello.

Entonces, como si se hubiese cansado de jugar, Denys se inclinó sobre Josse, muy cerca. Dejó la espada y oprimió la garganta de Josse con la mano derecha, aplastándole la tráquea, con lo que la visión de Josse, ya de por sí borrosa, falló del todo y lo envolvió la oscuridad. La daga se apretó contra su mejilla.

—Antes de cortaros el cuello —dijo Denys—, me diréis dónde encontrar al niño. No me digáis que no lo sabéis, porque sé perfectamente que no es verdad. —La daga traspasó la piel—. Y cada vez que contestéis a mi pregunta con un «no lo sé», os rebanaré algo.

Tumbado sobre el costado derecho, Josse buscó su propia daga con la mano izquierda. ¡Aquí! No, no, no. ¡Aquí! No... ¡sí!

Su mano se cerró sobre la fina empuñadura.

—Ahora —dijo Courtenay—, ¿dónde está el hijo de Joana?

—Yo... —Josse cerró los ojos y gimió, fingiendo debilidad; no le costó mucho convencerlo—. Courtenay, esperad, yo...

La daga volvió a apretarse contra la mejilla de Josse.

—¿Dónde está el mozo? —fue la inexorable respuesta.

—¡Tenéis que dejarme pensar! —exclamó Josse—. ¡Estoy tan mareado que no puedo ni pensar!

La mano en su garganta apretó aún más y Josse perdió el conocimiento unos segundos. Al abrir los ojos encontró el rostro de Courtenay directamente encima del suyo; en sus ojos ardía una horrible mezcla de furiosa resolución y placer sádico.

—¡Eso! Ahora, respirad hondo, Josse, mientras os lo permito, y decidme lo que quiero saber.

Josse se llenó los pulmones de aire y, al mismo tiempo, desenfundó su daga.

—¡Eso está mejor! —dijo Courtenay como si estuviesen conversando

amigablemente, y a continuación empezó a oprimirle la garganta—. Ahora sí, noble caballero, me lo diréis. Antes de que os quite todo el aire, me revelaréis lo que habéis hecho con el mozo. De lo contrario, cuando volváis en vos de nuevo, os encontraréis con una oreja menos.

Denys presionó la daga detrás de la oreja izquierda de Josse. La oscuridad frente a sus ojos se llenó de dolorosos y brillantes rayos de luz. Abrió la boca tratando de respirar.

—El mozo está... Lo he puesto en manos de...

Con lo que le quedaba de fuerza, levantó la mano izquierda, firmemente agarrada a la daga; sus dedos se enredaron con la túnica de Denys y, de pronto, sintió que lo aplastaba una pesada carga y le provocaba intensas oleadas de dolor en el brazo herido. Se desmayó.

Sin embargo, no por mucho tiempo. El dolor era tan punzante que volvió en sí. Con un desesperado empujón se quitó de encima a Courtenay y respiró hondo. Tumbado boca arriba, tomó varias bocanadas de aire. La garganta le ardía como si en ella tuviese todo el fuego del infierno y sintió que le goteaba sangre en varios puntos de la cara y el cuello.

«Pero estoy vivo —pensó, asombrado—. Estoy vivo».

Al cabo de unos minutos acertó a incorporarse, apoyado sobre los codos. Se aproximó con cautela al cuerpo de Denys de Courtenay y lo observó.

Estaba muerto, no había la menor duda.

Yacía de lado con un brazo echado para atrás, la mitad de la espada debajo de él y la daga a un lado de la mano ya sin vida.

Bajo su pecho se había formado un ancho charco de sangre. Mientras Josse lo contemplaba, un par de gotas se juntaron lentamente en la túnica rota y fueron a dar, con un suave plop, en el charco que se iba extendiendo.

De entre sus costillas sobresalía la empuñadura de una daga.

«Lo he vencido —se dijo Josse, maravillado—. Milagrosamente encontré... me fueron otorgadas la precisión y la fuerza que había menester para apuñalarlo en el corazón».

Tenía que haberle penetrado el corazón, porque, según su experiencia, ninguna otra herida provocaría un desangrado tan rápido.

Examinó la empuñadura negra de la daga.

Algo no cuajaba...

Agitó la cabeza en un intento de despejarse la mente, de pensar...

Eso era.

La empuñadura de Josse era estrecha y no era negra.

Además, aún la sostenía en la mano izquierda.

Se volvió, levantó la cabeza con gran esfuerzo, como si estuviese levantando un árbol, y la vio.

A unos pasos de él, como si el horror la mantuviera fuera del alcance.

Con una voz tan ronca que las palabras resultaban casi incomprensibles, Josse dijo:

—Vuestra daga.

—Sí —contestó ella.

Se produjo un silencio, tras el cual Josse declaró:

—En una ocasión os dije que no apostaría por vuestra pequeña daga contra Courtenay. —Miró el cuerpo de éste y añadió—: Cuánto me equivoqué.

Mortalmente pálida, Joana susurró:

—Creí que ibais a decirle dónde está Ninian.

Josse logró sonreír.

—No, no iba a hacerlo. Trataba de pillarlo con la guardia baja mientras me preparaba para clavarle mi propia daga.

Joana surgió de las sombras y se aproximó a él; se arrodilló a su lado, le cogió el rostro entre las manos y con la punta de los dedos le acarició las heridas.

—Estaba a punto de mutilaros —susurró—. ¿Acaso esa tortura no debilitaría a cualquier hombre? Y ya estabais tan herido... —Su voz se quebró con un sollozo.

Josse alzó la mano y le asió la muñeca.

—Os ganáis la lealtad de vuestros amigos, Joana. No me sorprende. Mag Hobson no habló y yo tampoco lo habría hecho.

La joven se derrumbó sobre él y la sintió temblar.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento tanto, tanto.

—¿Sentís haberlo matado? Mi dama, no debéis lamentarlo. Era un hombre que se exponía constantemente al peligro con su comportamiento. Y...

Joana alzó la barbilla y lo miró.

—No, Josse. Pensándolo bien, no creo que lamente haberlo matado. Lo siento por vos.

Mientras hablaba, trataba de apartar la manga del corte en el brazo derecho y, pese a la suavidad con que lo hacía, una oleada de dolor insoportable recorrió a Josse.

—Joana, yo...

No pudo acabar; se desmayó de nuevo.

Capítulo dieciocho

Al despertar se encontró cómodamente tumbado en el suelo frente al fuego. Sentada en su silla, con las manos cruzadas sobre el regazo, Joana parecía muy tranquila.

Volvió la cabeza, apenas lo suficiente, para mirar el lugar donde había caído Courtenay.

El cuerpo ya no estaba allí.

Se relajó. ¿Acaso lo había soñado? Cerró los ojos y revisó mentalmente sus heridas.

La profunda herida del brazo derecho quemaba, aunque no la sentía. Qué había hecho Joana para aliviarle el dolor, no lo sabía, pero dio gracias a Dios por su habilidad. Si tienes que recibir una profunda herida, ¿qué mejor momento que cuando tienes bajo el mismo techo a una aprendiz de mujer sabia?

El dolor más punzante lo experimentaba en el cuello, donde al parecer la daga de Denys había penetrado más. La herida le palpitaba al mismo ritmo que el corazón.

Oyó una voz cercana y suave decirle:

—No breguéis por manteneros despierto, Josse. Todo va bien. Dormid y os curaréis más de prisa.

Tenía sentido.

Se tranquilizó, se dejó llevar por la somnolencia y se durmió.

Al despertar de nuevo ya había oscurecido casi del todo. Una única vela iluminaba el salón y alguien —Joana— lo había cubierto con una piel.

Tenía muchísima sed.

Abrió los resecos labios y tuvo la sensación de que la piel se le resquebrajaba.

—Necesito beber —susurró.

Joana se acercó de inmediato, se inclinó y le sostuvo la cabeza con una mano y, con la otra, le arrimó un vaso a la boca.

—Eso... poco a poco. ¡No bebáis demasiado!

Dio un trago, y la fría y refrescante agua se le deslizó garganta abajo. Ella le dejó tomar otro sorbo y le quitó el vaso.

—¡Más! —protestó Josse.

Joana le limpió la boca con una tela humedecida con agua fría y él se lamió los labios queriendo absorber el líquido.

—Basta por ahora —dijo Joana—. Pronto os daré otro par de tragos.

Josse se relajó, y se apoyó sobre las almohadas que ella le había colocado debajo de la cabeza.

—Gracias.

—¿Cómo os sentís?

—Somnoliento. —Tras una pausa, agregó—: Está oscuro. ¿Es de noche?

—Sí. ¿Os duele?

Y el caballero volvió a hacer inventario.

—Me duele el cuello.

—¿Dónde?

Él levantó una mano que se le antojó tan pesada como una roca y le indicó el lugar.

—Ah, sí.

Joana se alejó. Regresó al poco y él sintió algo fresco contra la punzante herida del cuello. Al principio le escoció, pero luego hizo desaparecer el dolor.

—Sois... una diosa.

—¡No! —exclamó ella y, a continuación, murmuró—: Ah, pero si es una broma, no una blasfemia. —Y, en tono normal, continuó—: Es algo que Mag me enseñó.

—Una aprendiz de mujer sabia. Eso pensé.

—¿Qué significa eso? —inquirió la joven, cautelosa.

—Nada, mi amor. —Josse se movió ligeramente para ponerse más cómodo—. Es algo que se me ocurrió antes, cuando desperté y me di cuenta de que no me dolía el brazo.

—Es una herida profunda —replicó Joana con tono sombrío—. La he cosido, pero hemos de vigilarla bien por si se infecta.

—La habéis cosido. —Josse se mareó.

—Sí. No os preocupéis, Josse, Mag me enseñó bien.

—Sí, de eso estoy seguro. —Luchó contra las arcadas que parecían resueltas a subir y, a fin de desechar todo pensamiento acerca del tema, preguntó:

—¿Dónde está Courtenay? Estaba tumbado aquí antes.

—Tampoco os preocupéis por eso. Hemos dispuesto de él —lo tranquilizó.

—¡No lo habréis hecho a solas!

Josse sabía que era fuerte, ¡pero no tanto! Y Courtenay no era un canijo debilucho.

—No, no. Josse, no soy la única que tiene amigos leales. Vuestro Will, estoy convencida, haría cualquier cosa por vos.

—¿Will?

—Sí, Will. Él y yo sacamos a Courtenay. Queríamos hacerlo ahora que es de noche y Will lo está enterrando en una zanja.

—¿Enterrándolo?

—Está muerto ¿Lo sabéis, no?

—¡Desde luego! Pero...

«Pero ¿qué? ¿Debo mandar llamar al sheriff, hacer constar el asesinato, describir las circunstancias y esperar convencerlo de que fue una cuestión de defensa propia?

»¿Y si no está de acuerdo? ¿Entonces, qué?

»Entonces —por nada del mundo dejaría que la culpa recayera en Joana—, entonces me juzgarían por asesinato y podrían ahorcarme».

Pero ¡enterrar el cuerpo en una zanja de Nuevo Winnowlands! ¡Y no sólo eso,

sino dejar que lo hiciera Will!

¿Acaso volvería a tener la conciencia tranquila?

Pronto advirtió que su conciencia iba a tener que aguantarse. La alternativa resultaba impensable.

—Joana, ¿podéis pedirle a Will que venga?

—Claro.

Joana regresó casi en seguida, o sea, que la zanja no se hallaba muy lejos.

—Mi señor... —dijo Will, justo detrás de ella—. He hecho lo que creo que desearíais. Lo he puesto en el fondo de la larga zanja que estaba cavando en el fondo del huerto, allí donde nos preocupaba que pudiera inundarse. Está enterrado muy profundamente, mi señor, y nadie lo va a encontrar, si no saben dónde buscarlo.

La expresión de Will emocionó a Josse, quien le tendió la mano. Tras un momento de vacilación, Will se la estrechó.

—Gracias, Will. Es más de lo que tengo derecho a pedirte, pero gracias.

—No me lo habéis pedido. —Will esbozó una fugaz sonrisa—. No estabais en condiciones de pedirle nada a nadie. —Echó un vistazo a Joana—. Y no podía quedarme de brazos cruzados, viendo a la moza hacerse cargo sola de la tarea, ¿verdad?

—Pero Will, si llega a haber una pesquisa sobre él, si alguien te pregunta directamente qué sabes...

Will esperó educadamente a que acabara y, cuando lo hizo, declaró:

—Si alguien me pregunta algo sobre un cadáver, yo diría: ¿Un cadáver? ¿Qué cadáver?

—¡El de Courtenay! —Josse empezaba a sentirse confuso de nuevo.

Y Will adoptó una convincente expresión bovina.

—¿Eh? ¿Quién? Nunca he oído ese nombre.

—No lo olvidaré, Will.

Will se levantó.

—Lo sé, mi señor. Ahora, si me disculpáis, tengo que acabar de rellenar una zanja.

De nuevo a solas con Joana, Josse inquirió:

—¿Es seguro? ¿Creéis que lo encontrarán?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero lo dudo. En primer lugar, el propio Will ha dicho que lo está enterrando muy profundamente y, en segundo, ¿quién puede relacionar a Denys de Courtenay con vos o Nuevo Winnowlands? Creo que podemos olvidarnos del labriego que ha venido a hacer que caigáis en la trampa de Denys; dudo que ese miserable hablara contra un caballero. ¿De qué le serviría? Dijera lo que dijese, nadie le haría caso.

—No fue el único —murmuró Josse—. Courtenay llevaba a otros dos.

Joana volvió a encogerse de hombros.

—Su caso es igual. Aparte de ellos, ¿quién, excepto vos y yo, sabe que Denys os siguió hasta aquí?

—Fray Saúl y la abadesa Helewise.

—Ambos son vuestros verdaderos amigos y os quieren —contraatacó Joana—, y si les decís la verdad, entenderán que esta muerte no debe pesaros. Que luchasteis con valor, pero que os sometieron. Que resististeis a la amenaza de ser torturado, cosa que evitará que nadie pueda poner en entredicho vuestra valentía. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Y que fue otra la persona que mató a Denys de Courtenay.

—No volváis a reconocerlo, nunca jamás. Ni ante mí, ni ante nadie.

Joana lo miró profundamente y susurró:

—No lo haré.

—Le diré a la abadesa —anunció Josse al cabo de un momento— que Courtenay fue herido mientras luchábamos, que para su mala suerte se cayó sobre mi daga...

—... y ésta, por mera coincidencia, le traspasó el corazón —acabó ella, con un deje irónico—. Josse, no lo haréis. Sea cual sea la explicación que escojáis, os sugiero que sea corta.

—Pero querrá saber —protestó Josse—. ¡Tengo que decirle algo!

Joana le puso la mano sobre la frente y le alisó el entrecejo fruncido.

—Querido Josse. No soportáis mentir a quien queréis, ¿verdad?

—Yo... —Se interrumpió.

Tenía razón. Le resultaba inconcebible. El rostro de Helewise surgió en su mente, frunciendo el entrecejo, preocupada por algo que tenía que plantearle, dispuesta a poner a su servicio toda su inteligencia y su experiencia. Y esto, teniendo en cuenta todas las veces que reclamaba sin cesar su atención, era un preciado regalo.

—Es... es una mujer que...

Se dio cuenta de que tratar de explicar Helewise a Joana se le hacía muy difícil; incluso aunque no sufriera graves heridas.

—Está bien —lo tranquilizó Joana—. Lo entiendo.

Y, medio mareado, aunque posiblemente más capaz de ver las cosas con claridad que cuando estaba despejado, supo que sí, que lo entendía.

Al despertarse a la mañana siguiente, recordó que también fray Saúl se hallaba bajo su techo y bajo los cuidados de Joana.

En cuanto ésta apareció con bebida y un ligero desayuno compuesto de gachas aguadas, inquirió:

—¿Cómo está fray Saúl?

Joana sonrió.

—Está muy bien. Tanto, que nos abandonó poco después del alba y va camino de la abadía para tranquilizar a su superiora.

—¿Qué va a decirle? —Josse se esforzó por incorporarse.

—¡No os preocupéis tanto! —Le impidió sentarse del todo—. Le dirá la verdad que se le ha contado.

—¿O sea?

Los ojos de la joven se abrieron como platos con una expresión de absoluta inocencia.

—¿No lo recordáis? Ay, supongo que es porque todavía no os habéis recuperado del todo. Escuchadme bien y os lo diré. Hubo una lucha entre vos y Denys; vos sacasteis vuestra daga para defenderos y él se cayó sobre ella al trastabillar.

Él le sostuvo la mirada.

—¿Es la verdad?

—Lo es.

—¿Podéis vivir con eso? —susurró Josse.

Ella alzó la barbilla y afirmó, rotundamente:

—Puedo.

Transcurrieron dos días hasta que Joana le dejó montar, no sin alegar, enojada, que estaba loco y que lo que debería hacer era seguir guardando cama para recuperar las energías. Había recorrido un tercio del camino a Hawkenlye cuando empezó a pensar que probablemente tenía razón.

No había dejado que lo acompañase. Si iba a mentirle a la abadesa Helewise, y sabía que tendría que hacerlo, más valía no tener testigos, y menos aún a ella, a Joana.

Se obligó a pasar por alto la debilidad que experimentaba. Espoleó a *Horace*, impulsado por una sensación apremiante. Aunque sabía que fray Saúl le habría contado a la abadesa la versión que le habían contado a él, Josse necesitaba estar seguro.

Aferrado a *Horace*, que se puso a medio galope, apretó los dientes y trató de imaginar qué iba a decir.

Helewise había pasado unos días terribles.

El regreso de fray Saúl, dos días antes a media mañana, le produjo un bendito alivio: estaba vivo y, al parecer, la tortura que había tenido que soportar no le había hecho ningún daño.

—¡Pero te atacaron! —protestó, tras escuchar su relato—. Saúl, ¡deja que sor Eufemia te cure las heridas!

—Las heridas que recibí no son nada —le aseguró—. Y Joana me cuidó; tiene manos suaves y un gran conocimiento de los remedios que hay que aplicar.

Helewise observó, con interés, cómo se le suavizaba la expresión al hablar de Joana.

—Pues me alegro mucho de tenerte en casa, Saúl. Es una respuesta a mis oraciones.

El rostro de fray Saúl se ensombreció.

—Abadesa, puede que no os alegréis tanto cuando os cuente la noticia que traigo.

Entonces le explicó que Denys de Courtenay había atacado a Josse, le habló de la lucha entre ambos y de la muerte del primero.

—¿Y lo enterraron en Nuevo Winnowlands? —repitió Helewise, asombrada—. Pero ¿por qué...?

Se obligó a interrumpirse. No era a fray Saúl a quien debía hacer esa pregunta.

Le dio las gracias, le repitió lo contenta que se sentía por su regreso sano y salvo y lo despidió, tras lo cual empezó su larga espera por Josse.

Éste entró en su despacho dos días más tarde. En seguida se percató de sus heridas; su semblante lucía una palidez mortal y apoyaba la muñeca derecha en la mano izquierda. Tenía pequeños cortes en la garganta, el cuello y la mejilla izquierda.

—¡Sir Josse, estáis herido!

—Estoy bien —respondió él de inmediato en un tono nada convincente.

Helewise advirtió que le costaba mantenerse en pie. Abandonó su asiento y, rodeando la mesa, lo cogió del brazo izquierdo, lo llevó a la silla y, tras sentarlo cuidadosamente, lo observó, angustiada.

—¿Os sentís débil?

—¡Estoy bien!

La abadesa chasqueó la lengua, salió al claustro y pidió a sor Beata, que andaba por allí, que fuera en busca de sor Eufemia.

—Pedidle, por favor, que prepare una bebida que dé energía y traédmela para nuestra visita. ¡Rápido, por favor!

Regresó junto a Josse.

—Me siento honrado —dijo éste, mirándola con una sonrisita— de que me permitáis sentarme en vuestra silla.

—No se convertirá en costumbre —replicó ella en un intento por usar el mismo tono jocosos—. Pero hoy parece que lo necesitáis.

—Sí, es cierto. —Josse movió un poco el brazo e hizo una mueca.

—¿Un recuerdo de vuestra lucha con Denys de Courtenay?

—Sí.

—Y trastabilló y se cayó sobre vuestra daga y sufrió una herida mortal, según me ha explicado fray Saúl.

—Sí.

Helewise comprobó que no la miraba a los ojos y supo que mentía. Lo que le desconcertaba era el porqué.

Se dirigió lentamente a la puerta, y la abrió a ver si vislumbraba a sor Beata. «Si Josse mató a Denys de Courtenay durante una lucha, entonces fue en defensa propia y no ha cometido ningún crimen. Además, hay testigos que jurarían que Courtenay instigó la lucha».

Entonces, ¿por qué Josse...?

Sus pensamientos se detuvieron.

Por supuesto.

Sor Beata atravesaba apresurada el claustro con un frasco cerrado y un tazón.

—Sor Eufemia dice que puede tomar cuanto quiera; es muy ligero, dice, y que si

la necesitáis, que se lo hagáis saber, sólo que mejor que esperéis un poco porque está arreglando una muñeca rota y no puede venir en seguida a menos que sea urgente — explicó sin respirar. Helewise tuvo la impresión de que repetía las palabras exactas de la enfermera y quería soltarlas rápidamente antes de que se le olvidaran.

Cogió el frasco y el tazón.

—Gracias, hermana. Por favor, decidle a sor Eufemia que no ha menester que venga de momento. Le haré saber si la situación cambia.

Sor Beata se dio por despedida, hizo una reverencia y se alejó poco a poco.

Helewise sirvió a Josse un tazón entero del brebaje y éste recuperó un poco el color y, con un profundo suspiro, dejó el tazón en la mesa.

Sin andarse por las ramas, declaró:

—Ninian es hijo de Enrique de Inglaterra.

Helewise se quedó boquiabierta.

—¿El difunto rey Enrique?

—El mismísimo.

—¿Se trata de una de las desgracias de las que hablasteis cuando os referisteis al pasado de Joana?

—Eh... sí. —Josse se inclinó hacia ella con expresión intensa—. Su tío, esa rata, la llevó a la corte una Navidad, la exhibió frente al rey y, cuando éste se encaprichó con ella, se aseguró de que la tuviera. El propio Courtenay la llevó a la cama del rey y le sostuvo las piernas mientras el rey la tomaba. Él...

—Sir Josse, no necesito oír más —lo interrumpió la abadesa, y le puso una mano en el hombro—. Me había imaginado, por lo poco que me habíais dicho, que algo así había sucedido. Lo que no me imaginé fue a un seductor de tan alto rango. —Hizo una pausa y se mordió los labios, diríase que perdida en sus pensamientos—. Y Courtenay quería hacer algo para colocar al mozuelo en el trono.

—Eso es lo que quería.

—Y, obviamente, era algo que Joana no deseaba.

—¿Por qué os resulta obvio? Hasta ahora, cuando venía de camino, lo daba por sentado, pero de repente se me ocurrió preguntarme por qué está tan en contra de la idea.

—¡Ay, sir Josse, pensadlo bien! —A Helewise le sorprendió que se lo cuestionara—. ¿Qué impresión puede tener Joana de Courtenay de la rica familia de los Plantagenet, seducida y dejada encinta por el rey de Inglaterra y luego, cuando resultó una molestia, casada con un caballero bretón para que ya no incordiará? ¿Acaso una mujer sensata querría introducir a su querido hijo en semejante mundo? En su lugar, yo no lo desearía en absoluto.

—Pero ¿y el poder y la riqueza? —protestó Josse—. ¡Si fuese rey, el mozo tendría el mundo a sus pies!

—Sólo parte del mundo. Y, de todos modos, no es seguro que llegara a ser rey; hay más aspirantes al trono, y eso suponiendo que el rey Ricardo ya no se sentase en

él. ¡Imaginad los peligros a que estaría expuesto una vez revelada su identidad! ¡Todas las otras facciones que tuvieran el ojo puesto en la corona querrían su cabeza! No, sir Josse. La renuencia de Joana me resulta perfectamente obvia.

—Mmm. —La frente de Josse estaba arrugada por la angustia y, según pensó Helewise al escudriñarlo, por la tristeza.

—Sir Josse, ¿qué pasa?

Éste alzó la cabeza y contestó en tono sombrío:

—No me lo contó.

—¿No os contó qué?

—Quién era el padre del mozo. Me contó todo lo demás... oh, sí, me contó todos los sórdidos detalles, pero eso no.

—Quizá no lo supiese cuando os lo contó. —No parecía muy probable y Helewise sabía que se aferraba a un clavo ardiente.

—Tenía que saberlo. De otro modo, no habría planeado mantener a Ninian fuera del alcance de Denys. Por eso aceptó que viniera aquí mientras yo me la llevaba a Winnowlands: estaba alejando a Courtenay de él.

—Sí, eso tiene sentido.

—Entonces, ¿por qué no me lo contó? —quiso saber Josse—. No confiaba en mí, ¿verdad?

A Helewise se le rompió el corazón al ver su dolor. «¡Ay, Dios, se le ha metido bajo la piel!», pensó.

—Josse, creo que sólo otra madre es capaz de entender el instinto protector hacia un hijo. —Y le apretó de nuevo el hombro—. Sé, por experiencia propia, que cuando nace un bebé, se convierte en el mundo entero para su madre y, aunque la intensidad de este sentimiento se reduce a medida que el hijo crece y se vuelve más independiente, nunca se pierde del todo. De hecho, es muy común que los padres se sientan resentidos con los hijos que han engendrado, porque el dar a luz convierte a una esposa en madre y no hay marcha atrás.

Hizo una pausa. «Estamos hablando de Joana, no de mí», se dijo con firmeza.

—En un matrimonio sin amor, Ninian fue aún máspreciado para Joana y los vínculos entre ellos se reforzaron a medida que crecía el pequeño. Así que, cuando percibió la amenaza que suponía Denys de Courtenay, hizo todo lo necesario, incluso lo imposible, para mantener a su hijo a salvo. Josse, querido, ¿no entendéis que, aunque probablemente anhelara revelar el secreto del parentesco de Ninian, no se atrevía a hacerlo?

—No confió en mí —repitió Josse, tozudo.

—No podía confiar en vos —lo corrigió Helewise—. No era Joana la que corría peligro si el secreto salía a la luz, sino el propio Ninian.

Josse no contestó. Observándolo atentamente, Helewise le vio pasarse la mano por la cara un par de veces.

—Sí, claro, tenéis razón y yo soy un tonto. Es que hemos intimado tanto, Joana y

yo, que...

Se interrumpió.

Y el silencio se alargó.

Helewise se apartó y se detuvo de espaldas a él, al otro lado del escritorio. Al cabo de un rato, y con la esperanza de que su voz sonara normal, preguntó:

—¿Cuál de ellas, Joana o Mag Hobson, creéis que puso el veneno en el pastel que estaba destinado a Courtenay?

Josse iba a decir algo pero se le quebró la voz. Carraspeó y empezó de nuevo.

—Creo que probablemente fue Mag Hobson. En todo caso, ella habría preparado la dosis; conocía bien las plantas y estaba traspasándole sus conocimientos a Joana. Mag llamaría menos la atención: siempre hay unos cuantos viejos y viejas en el patio de la cocina de la posada de Tonbridge, pues Anne se muestra muy generosa con las sobras. Estaban muy atareados ese día, lo sabemos, y ya que Anne, Tilly y el criado se hallaban ocupados sirviendo en la taberna, seguro que no le resultó difícil meterse en la cocina sin que se dieran cuenta.

—¿Cómo supo lo que había pedido Denys?

—He pensado en eso. Debió de seguirlo a la taberna... no la conocía, todavía no, y no sabía cómo era... y sin duda le oyó decirle a Tilly lo que quería comer. Luego debió de ir a la cocina antes que Tilly para añadir el veneno al pastel de Denys.

—¿Creéis posible que llegase a la cocina antes que Tilly?

—Sí. Es fácil si se sale por la puerta principal y se va por el pasaje lateral.

—Entiendo.

Josse se removía en la silla, al parecer dispuesto a levantarse.

—He de regresar a casa. Le prometí a Joana que hablaría con Ninian, que vería cómo está y, si tiene un mensaje para ella, llevárselo. ¿Puedo verlo?

—Por supuesto. ¿No quiere tenerlo con ella todavía?

—No —respondió Josse, cortante—. Todavía no.

¿Por qué?, se preguntó Helewise. Ahora que ya no corrían peligro, ¿por qué no reunir a madre e hijo?

Sin embargo, al percibir que Josse no deseaba hablar del asunto, se limitó a comentar:

—Os llevaré con él. Podéis asegurar a su madre que se encuentra muy bien. Parece contento, le gusta sor Calixta y come como un caballo.

Josse sonrió débilmente.

—Entonces, no puede irle muy mal.

A medio camino de la enfermería, Helewise lo detuvo. «Tengo que hablar — reflexionó—. No puedo dejar que haya embustes entre nosotros».

—¿Qué pasa? —inquirió Josse, a la vez que echaba una ojeada a la mano posada en su manga—. ¿Por qué nos hemos parado?

Ella miró en derredor para comprobar que estuviesen a solas. Hizo acopio de coraje y respiró a fondo.

—Josse, sé que lo que me contó fray Saúl, lo que vos acabáis de repetir, no es verdad. —Se fijó en que la miraba, airado, y que sus tupidas cejas casi le tapaban los ojos iracundos. «¡Sigue!», se ordenó a sí misma. «Debes hacerlo»—. Me cuesta creer que un hombre caiga, como por arte de magia, en una daga que le traspasa el corazón —continuó, apresurada—. Es demasiado conveniente. Y, si lo hubieseis matado mientras luchabais, sería en defensa propia y no un crimen, ni a ojos de Dios ni a los de la justicia terrenal. La única otra persona que pudo haberlo matado es Joana.

Josse la asía de los hombros y sin duda no se daba cuenta de la fuerza con que la atenazaba. Ella le sostuvo la mirada y, al cabo de un momento, él aflojó los dedos.

No dijo nada.

Ella interpretó su silencio como una afirmación.

Se sintió tentada de asegurarle, de jurar que el secreto estaba seguro con ella.

Pero no creía que hiciese falta.

Capítulo diecinueve

Josse regresó alicaído a Nuevo Winnowlands.

Aparte de todo, ahora se sentía un fracasado. Lo único que había deseado ocultar a Helewise, ella lo había adivinado como si lo llevara escrito en la frente.

Sí, era grave todo el asunto.

Y, para colmo, el brazo le dolía a morir.

Joana salió a su encuentro cuando entró en el patio. Le echó un vistazo y declaró:

—Os dije que era un trayecto demasiado duro. Sois tonto, necesitabais más tiempo de convalecencia. Si ahora os duele, es culpa vuestra.

Josse se apeó de *Horace* y le entregó, encantado, las riendas a Will. Con paso fatigado se dirigió hacia la escalera.

—¿Tonto, decís? Probablemente lo sea.

Joana se encogió al percibir su tono, pero no dijo nada; se limitó a acompañarlo al salón, donde, en cuanto él se hubo quitado la capa y acomodado en el sillón frente al fuego, se arrodilló frente a él y le preguntó con humildad:

—Josse, ¿me dejaréis curar vuestra herida? He preparado el brebaje que alivia el dolor. ¿Os lo beberéis?

No la entendía. Primero lo reprendía como una verdulera, y ahora le pedía permiso para cuidarlo con la misma timidez que una dócil criada.

De pronto se sintió hartó.

—Haced lo que os parezca, es vuestra costumbre.

Ella agachó la cabeza, a modo de aceptación del reproche.

Le sirvió el brebaje y lo ayudó a quitarse la túnica y la saya. Permaneció sentado, tan quieto como podía, con los dientes apretados por el suplicio que suponía quitarle las vendas del brazo, lavarle la herida, aplicarle un ungüento fresco y volver a vendársela.

Una vez puesta la venda, Joana se acomodó a sus pies.

—¿Por qué estáis enojado conmigo?

Puesto que era lo que más le importaba, soltó de sopetón, sin pararse a pensar:

—Porque no confiasteis en mí. No me dijisteis quién era el padre de Ninian.

—¿Denys os lo dijo?

—Sí.

Joana suspiró.

—Josse, deseaba decíroslo. ¡Tenéis que creerme! Me moría por decíroslo y mi instinto me decía que podía confiar en vos. —Hizo una pausa y frunció ligeramente el entrecejo—. Pero no dejaba de ver la cara de Ninian. Es tan cariñoso, tan confiado; no dejaba de pensar que si os decía lo mío con el rey cometería un error. Sería peligroso. Ay, ¡Josse, por favor, no me pidáis que os lo explique! No puedo explicarlo. Sólo puedo decir que tenía que escoger entre vos y Ninian y lo escogí a él.

—Sólo otra madre lo entendería —murmuró Josse.

Ella lo miró con expresión penetrante.

—Sí. Exactamente. ¿Cómo lo supisteis?

—No fui yo quien lo supo. Fue algo que dijo la abadesa Helewise cuando le dije... —Bruscamente se interrumpió. ¡Ay, Dios!, ¿qué había hecho?

Joana se había puesto en pie, con el rostro contraído de furia.

—¿Se lo dijisteis? ¿Le dijisteis a vuestra preciada abadesa quién es Ninian, sabiendo cuan desesperada me siento por mantener ese secreto?

Josse también se levantó. La asió, le apretó los brazos e hizo una mueca por el dolor que traspasaba el suyo.

—Sí, se lo dije —gritó—. ¿Y sabéis por qué? Porque ella y yo compartimos una confianza absoluta... ¡absoluta! Compartimos secretos mucho más mortales que el vuestro, creedme, ¡y tenemos suficiente fe el uno en la otra para confiarnos lo que sea! ¡Eso es lo que hacen los buenos amigos, Joana, por si no lo sabéis!

Ella meneaba la cabeza y Josse se sorprendió al verle los ojos llorosos.

—¡Lo siento, Josse! —exclamó—. Lo siento tanto. ¡No pretendía heriros, no cuando habéis arriesgado tanto y hecho tanto por mí!

Josse aflojó los dedos.

—Está bien, Joana —dijo, aunque no pudo evitar el deje de frialdad.

—¡Pero es que no está bien! —protestó ella—. Probablemente creéis que sólo me acosté con vos para que me ayudarais.

Eso era, precisamente, lo que pensaba. No contestó.

—Tenéis que creerme. No es cierto. Estoy harta del sexo para manipular. Me violaron. Me obligaron a entregarme a un marido al que odiaba y ni siquiera se me habría ocurrido acostarme con vos, fuese cual fuera el objetivo. Ni siquiera por la seguridad de mi hijo. —Hizo una pausa—. Os deseaba, Josse. Mag me dijo que un día sabría lo que es realmente hacer el amor y cuando os conocí sentí un chispazo. Me habéis dado tanto júbilo, Josse, tanto placer maravilloso... —Tendió la mano y le acarició la mejilla—. Sea como sea que lo nuestro acabe, nunca lo olvidéis.

Dejó caer la mano.

Permanecieron frente a frente un momento, tras el cual él le secó las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, le cogió el rostro entre las manos, se inclinó y la besó con suma suavidad en los labios.

—Muy bien.

Una fugaz sonrisa se dibujó en el rostro de la joven y desapareció al instante.

—¿Muy bien?

—Os perdono por no confiar en mí. Y me siento honrado por haber sido el que os enseñó lo que puede ser el amor.

—Yo... —dijo Joana, pero se interrumpió y meneó la cabeza.

—¿Qué?

Sus miradas se encontraron.

—Habláis de amor, pero he de deciros que no puedo quedarme. Es incómodo,

pues ni siquiera me lo habéis propuesto.

Josse respiró hondo.

—Joana, responderé a vuestra franqueza con la mía. No se me había ocurrido que os quedaríais. Si lo deseáis, sin embargo, me casaré con vos. —Eso no sonaba muy bien—. Quiero decir que me sentiría muy honrado si aceptaseis ser mi esposa.

Ya estaba dicho. Aguardó mientras ella preparaba su respuesta, y se le antojó que su vida entera pendía de un hilo.

Ella había apartado un tanto el rostro, y ahora se volvió hacia él.

—Josse, mi amor, no deseo casarme. He estado casada y, aunque ni en sueños pronunciaría vuestro nombre en la misma frase junto con el de mi finado y no lamentado marido, el matrimonio no es una condición que me parezca recomendable. En absoluto.

—Pero...

Ella le dirigió una sonrisa, ancha, sincera, llena de humor.

—Dulce amor, no os esforcéis demasiado en persuadirme. Sé muy bien que no tenéis más ganas que yo de casaros.

¿Tendría razón? Josse agitó la cabeza sin saber qué sentía.

—El matrimonio no es bueno para las mujeres —decía Joana—, al menos eso me parece a mí. No quiero estar a disposición de un hombre, ser su posesión, comprada y pagada, sin tener nada más que decir sobre mi destino que una de sus vacas u ovejas.

—Pero...

—Oh, no me interrumpáis, Josse... Os estoy explicando cómo lo veo, y eso, para mí, es lo que importa. No, prefiero labrarme mi propio camino, no tener que dar cuentas a nadie más.

—¿Y cómo os proponéis vivir?

Joana echó la cabeza hacia atrás.

—Me irá muy bien. Poseo unas habilidades que son muy necesarias.

—Las que Mag os enseñó.

—Sí. Conozco una parte diminuta de lo que hay que saber... hace falta toda una vida para aprender, y Mag y yo pasamos muy pocos meses juntas. Pero hay otras mujeres como ella. Y sé dónde encontrarlas. Estarán dispuestas a enseñarme, gracias a Mag.

—Entiendo.

Joana volvió a sonreír.

—No, creo que no lo entendéis. Pero da igual.

—¿Y dónde viviréis?

El rostro de la joven se tornó radiante.

—En la casita, cuando no me quede en la choza de Mag en el bosque.

—¿La casita?

—Sí. Es mía.

—Pero no es posible. Era de...

—De los tíos abuelos de mi madre, lo sé. Se la dejaron a mi madre y, como única hija superviviente de mi madre, ahora es mía.

Como no sabía qué decir, Josse comentó:

—No podéis vivir en un lugar tan solitario.

Y ella le respondió con un sencillo:

—Sí que puedo.

Josse le dio la espalda, regresó a su sillón y se dejó caer en él, exhausto.

Ella lo siguió.

—Pobre Josse. —Le acarició el espeso cabello que le caía sobre la frente—. Tenéis tanto que soportar... En un momento iré a buscar comida y bebida, os lo prometo. Ela ha preparado lo que, según ella, es vuestra comida preferida. Pero primero he de pedir os otra cosa.

Él la miró y acertó a esbozar una media sonrisa.

—¿Por qué sólo una?

Joana correspondió a la sonrisa.

—Lo sé, lo siento. Pero esto no es por mí, es por Ninian.

—Pedid, pues.

Ella se agachó a su lado.

—La vida que he planeado es perfecta para mí. Es exactamente lo que deseo. Pero no está bien para él. No puedo decidir sacarlo del mundo y convertirlo en hijo de una mujer sabia, condenarlo a vivir al margen de la vida, sabiendo quién es de verdad.

—No. Entiendo lo que queréis decir.

—De haber vivido Thorald, y doy gracias a Dios de que no lo hiciera... Puesto que hemos de confiaros todos nuestros secretos, Josse, os confieso que yo le metí la piedra en la herradura al caballo aquella mañana, con la ferviente esperanza de que resultara un viaje mortal, y por suerte lo fue... ¿Por dónde iba?... Ah, sí. De haber vivido Thorald, Ninian sería paje en casa de otro caballero y, con el tiempo, se habría convertido en escudero. Lo que os pido... —se interrumpió y él vio lágrimas en sus ojos— es si estáis dispuesto a arreglar algo así para Ninian. Llevarlo a una buena casa. Aseguraros de que se críe como debe ser.

Josse le cogió las manos.

—Lo perderéis. Lo sabéis, ¿verdad?

Ella asintió y las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Cuando sea escudero, el siguiente paso será que se gane sus propias espuelas —prosiguió Josse—. Estará inmerso en su propia vida, Joana. Una buena vida... y lo sé por experiencia propia... pero tan diferente de la vuestra que dudo que sea capaz de salvar el vacío entre ambas.

—Lo sé —dijo Joana, sollozando—. Pero nació para ello. Sería un gran pecado robarle esa posibilidad sólo para quedármelo unos años. —Alzó los ojos húmedos hacia Josse—. ¿No?

Con el corazón partido por ella, éste asintió lentamente.

—¿Lo haréis? —insistió Joana—. ¿Me daréis vuestra palabra de que haréis lo que más le convenga?

Josse la alzó hasta que la tuvo arrodillada enfrente. La abrazó y apoyó el rostro de la joven en la piel desnuda de su propio cuello; percibió la humedad de sus lágrimas.

—Sí, Joana, os lo prometo.

Más tarde, ya calmada, Joana cumplió su promesa y fue a buscar la comida que Ela les había preparado; pero ni el uno ni la otra tenían mucho apetito.

—¿Os duele el brazo? —preguntó, angustiada—. ¿Por eso no coméis?

—No, el brazo está bien. Lo siento, Joana. La comida está buena, pero no tengo hambre.

Ella jugueteó con un muslo de pollo, sosteniéndolo delicadamente entre el índice y el pulgar.

—Yo tampoco.

—Hemos tomado decisiones importantes hoy. Decisiones que nos afectarán a ambos el resto de nuestras vidas.

—Sí.

Josse la contempló. Lentamente, como si se percatara del escrutinio, ella alzó los ojos y su mirada se topó con la de él. Sin una palabra, él abrió los brazos y ella se levantó y se arrojó en ellos. La sentó sobre el regazo y la acurrucó.

—Qué agradable —murmuró la joven, mientras él le acariciaba la espalda—. Me preguntaba si, ahora que hemos decidido no permanecer juntos, ya no íbamos a acostarnos juntos. Pero...

Josse sonrió.

—Pero ¿qué?

—¿Tenéis una opinión al respecto, sir Josse? —El deje humorístico había vuelto a su voz, con menos fuerza, claro, pero...

—No veo por qué deberíamos suspender nuestras relaciones —respondió él en tono grave. Le cogió la cara entre las manos y la miró a los ojos—. ¿Nos vamos directamente a la cama, dulce Joana?

—Sí.

Sin embargo, ahora, a sabiendas de que iba a perderla, hacer el amor le resultó agri dulce. Hubo un momento en que, al percibir lágrimas en los ojos de la joven, quiso llorar con ella, pero se limitó a estrecharla con todas sus fuerzas.

—Cuando Dios nos dio el infinito don de las lágrimas, no creo que dijese nada acerca de que podían derramarse con el único propósito de consolar a las mujeres —comentó Joana.

Así que él lloró con ella. Y, en cierta forma, fue un consuelo.

A la luz del alba, Joana se levantó y se vistió. Él la contempló recoger sus escasas pertenencias y guardarlas en su fardo. Observó que se había enfundado la daga de empuñadura negra bajo el cinturón. ¿La habría arrancado ella misma del cuerpo de

Denys de Courtenay? Se figuró que sí. No se la imaginaba permitiendo que Will, ni nadie, tocara su propia arma.

—Os marcháis.

—Sí. —Ella alzó la mirada—. Iré primero a la abadía de Hawkenlye. Si creéis que la abadesa me recibirá, le explicaré lo que hemos planeado para Ninian. Luego lo veré a él. Debo explicarle el porqué... —Se interrumpió y, tras recuperar la compostura, prosiguió—: Debo ser yo quien le comunique los arreglos que he hecho para su futuro.

Desesperado por consolarla, Josse declaró:

—No tiene que ser para siempre, Joana. Siempre sabrá dónde encontraros y podrá ir a veros a veces. Quizá.

Ella le sonrió.

—Gracias por eso, Josse. Es un consuelo, como pretendíais. Pero ni vos ni yo lo creemos.

Josse se volvió a tumbar; en ese momento se sentía absolutamente exhausto.

Joana estaba preparada para marcharse. Fue a la cama, se inclinó sobre él y le dio un apasionado beso en los labios.

—¿Estaréis bien? —preguntó.

—Sí.

—Me refiero a vuestro brazo. ¿Conseguiréis que alguien de la abadía os cuide?

—Sí.

Ya había atravesado la habitación y lo miró desde el umbral.

—No habría funcionado lo nuestro, lo sabéis.

—¿Por qué estáis tan segura?

—Porque... —Se interrumpió de nuevo—. Da igual. Sólo lo sé. Adiós, Josse.

Joana había traspasado el umbral cuando él se hizo eco de la despedida.

Capítulo veinte

—Y con una última mirada por encima del hombro, se marchó —dijo Helewise.

Por lo que veía, Josse había recuperado parte de su vitalidad habitual. Habían transcurrido casi quince días desde que había llegado Joana de Lehon, que volvía a llamarse Joana de Courtenay, pidiendo ver a la abadesa, a quien anunció sus intenciones, tras lo cual fue a ver a su hijo y se despidió.

Helewise había tardado esas dos semanas en asimilar la experiencia.

—Es una joven de mucho carácter —afirmó—. Parece que sabe lo que quiere.

—Sí, desde luego.

—Y muy fuerte. Me dio la impresión de que es una superviviente.

—Sí. —Josse suspiró y con visible esfuerzo continuó—: ¿Conversasteis con ella, abadesa?

—No. —El encuentro, según recordó Helewise, había sido demasiado breve—. Se notaba que Joana se preparaba para hacer lo que debía hacer. No me pareció oportuno ni amable retenerla con una charla.

—¿Cómo..., cómo estaba después de despedirse de su hijo?

Helewise llevaba tiempo pensando en eso, sin mucho éxito.

—Como es de esperar, sir Josse. Sin embargo, en presencia de Ninian mantuvo una expresión alegre y hasta consiguió reír cuando él le contó que se había disfrazado de monja cuando Denys de Courtenay vino a buscarlo. Por supuesto, todos creíamos que a quien buscaba era a Joana, pero...

—¿Disfrazado de monja?

—Para esconderlo. ¿Dónde se oculta mejor un árbol que en el bosque? Con hábito y velo, Ninian se parecía bastante a las demás, una vez que metió las manos sucias en las mangas. Un poco más bajito que el resto, quizá; pero existen muchas mujeres adultas de corta estatura.

—Joana debió de agradecerérselo. No creo que supiese que Courtenay había registrado la abadía.

—Lo hizo, y muy a fondo.

Tras una corta pausa, Josse inquirió:

—Abadesa, ¿creéis que se encontrará bien?

Helewise reflexionó antes de contestar.

—Creo que sí. El corazón casi se le rompe al despedirse de su hijo, pero, mientras nos dirigíamos al portal, nos consolamos con la idea de que, de haberse quedado ella y Ninian donde estaban, en la casa del caballero bretón, Ninian pronto habría tenido que irse a casa de otro caballero para empezar con su aprendizaje. La ruptura resultó más dura para Joana, aunque también fue dura para el mozo, porque han pasado los últimos meses y años dependiendo demasiado el uno del otro. Pero habría habido ruptura de todos modos, y me imagino que ambos lo sabían y se habían preparado para ello. Yo...

Estaba a punto de decir: «Yo, en todo caso, me preparé cuando me tocó a mí. Pero —se recordó— no estamos hablando de mí».

Algo que tenía que recordar muy a menudo últimamente.

Josse le sonrió.

—A mí también me consoláis, como siempre.

La abadesa agachó la cabeza y se estudió las manos, juntas sobre el regazo. No le resultaba fácil aceptar sus generosas palabras cuando la conciencia la atenazaba. Quizá debiera... No, Eufemia podría estar equivocada.

—¿... en pleno bosque? —preguntaba Josse.

—Lo siento, sir Josse, ¿qué decíais?

Él la miró extrañado.

—¡No prestabais atención, abadesa!

—No, pensaba en Joana. ¿Hablabais del bosque?

—Sí. Me preguntaba cómo creéis que le irá, viviendo en la vieja choza de Mag Hobson. Os habló de su intención, supongo, de seguir aprendiendo las artes de la anciana.

—Sí. Y creo que le irá muy bien. Teniendo en cuenta su carácter y su pasado reciente, creo que tiene alguna posibilidad de ser feliz, quizá la única, si se aísla. El mundo que ha conocido la ha tratado muy mal y lleva una pesada carga de resentimiento y rabia. Al vivir sola en el bosque, rodeada de naturaleza, su vida será difícil, pero creo que la sanará. Necesita, ante todo, ser su propia dueña. Creo que allí estará contenta. Rezo para que así sea.

—Amén —murmuró Josse—. ¿Estáis tranquila, sabiendo que vivirá en el bosque, codeándose con las viejas amistades de Mag Hobson, aprendiendo todo lo que puedan transmitirle?

«¿Tranquila? No, no lo estoy. A pesar de su fuerza y su autosuficiencia, Joana es un ser humano y necesita amor, como todos nosotros. Necesita la ayuda y la bendición de Dios, como todos nosotros. Pero allí estará, sola, dándole la espalda al Señor, siguiendo las antiguas costumbres...».

Sin embargo, Joana misma había elegido esa vida y, como la propia Helewise acababa de comentar, sabía lo que quería.

Algo le dijo que no debía compartir semejantes dudas con Josse. Se obligó a encararlo y a dirigirle una alegre sonrisa.

—Tengo que estar tranquila, al igual que vos. Joana ha tomado una decisión y nosotros hemos de aceptarla.

Josse se puso en pie, dispuesto a marcharse. Aún movía el brazo derecho con dificultad. Helewise vio la herida cuando sor Eufemia se la curó y vendó, y, pese a que ya estaba casi cicatrizada, al ver el enorme tajo casi se desmayó. Josse tenía suerte de no haber perdido el uso del brazo, pues la cuchillada había penetrado profundamente el músculo.

Eufemia opinaba que sólo la limpieza, los puntos cuidadosos y los bálsamos de

Joana habían evitado que tuvieran que amputárselo.

«Otro legado de Joana de Courtenay —pensó Helewise mientras acompañaba a Josse a las cuadras—. Siempre llevará esa cicatriz, hasta el día de su muerte. Como llevará el amor que siente por ella».

Permaneció al lado de *Horace*, en tanto Josse se subía a la silla. Alzó los ojos y se encontró con los suyos. Había tanto que deseaba decirle acerca del amor que nunca se desperdiciaba, acerca del valor de lo que había compartido con Joana aun cuando se hubiese terminado.

«Pero nosotros no hablamos de esas cosas», se reprendió.

—Adiós, sir Josse. Venid a vernos pronto.

Él se despidió con un vago gesto de la mano e hizo girar la cabeza de *Horace* hacia el portal.

—Lo haré. Adiós, abadesa Helewise.

Ésta lo observó hasta perderlo de vista.

Y, con un suspiro, regresó a sus quehaceres.

Epílogo

Joana se acercaba a su primer otoño en la choza de Mag Hobson. Era octubre y el tiempo seguía templado, aunque debía reconocer, de mala gana, que el verano se había acabado. El sol del mediodía ya no calentaba tanto, las hojas empezaban a cambiar de color y, en algunos casos, a caerse, y en una o dos ocasiones estuvo tentada de encender el fuego de la chimenea para calentarse de noche.

Desde que en febrero había abandonado la abadía de Hawkenlye, y a la querida persona que allí se había quedado, pasaba casi todo el tiempo en la choza del claro. Iba de vez en cuando a la casa solariega, para comprobar que todo estuviese en su sitio y las puertas y el portal bien cerrados. Pero la casa estaba demasiado llena de la presencia de personas a las que había amado y perdido. Ninian. Mag. Y Josse. Prefería, con mucho, residir en la choza.

No hizo falta limpiarla u ordenarla, pues Mag la había atendido bien. Sin embargo, impulsada por el anhelo de añadir a la reducida vivienda y su entorno parte de su propia personalidad, Joana se llevó de la casa unos cuantos objetos bien escogidos, cada uno de los cuales revestía cierta importancia.

Llevó el cesto que Ninian había confeccionado con ramas de sauce, guiado por Mag, así como el caballito de juguete, durante largo tiempo poco usado, en cuya cara ella misma había pintado los rasgos de Ninian. Le consolaba tener en el rincón un objeto que irradiaba la presencia de su hijo.

Llevó igualmente las pieles y alfombras que yacían frente a la chimenea y sobre las cuales ella y Josse habían hecho el amor por primera vez. Si hundía la cara en ellas y respiraba hondo, era capaz de conjurar la presencia de Josse, lo cual también la consolaba.

No necesitó llevar ropa, pues lucía siempre las mismas prendas; las lavaba cuando hacía falta y, mientras se secaban al fuego, se quedaba desnuda, para que su tierna piel se acostumbrara al aire, la lluvia, el sol, la escarcha y la nieve. Poseía sólo un holgado vestido de lino, una capa con capucha, una toca blanca y un velo oscuro de tamaño generoso. Por lo general vestía su larga bata de lana, en cuyo cinturón solía llevar la daga de mango negro.

Lora le había enseñado a purificarla.

—No ha menester purificarla por haber matado a Denys —protestó Joana—, pues no fue un pecado.

—¡No, no, moza! —exclamó Lora, riñéndola y riendo a la vez—. Yo diría que fue más un acto de caridad para el mundo. Como sacrificar a un cordero contrahecho. Pero lleva la mancha de su sangre y por eso has de limpiarla. ¿Entiendes? Es un objeto preciado tu daga. Has de cuidarlo.

Celebraron la ceremonia juntando la mano derecha de ambas en el mango del arma y la sostuvieron sobre la llama de una pequeña hoguera especialmente hecha en el fondo del bosque. Joana se quemó los dedos y Lora le dijo que formaba parte de la

limpieza.

La choza ya poseía cortinas en las diminutas ventanas y la puerta. Mag era mucho más resistente que Joana, y, aunque esta última se esforzaba con ahínco en fortalecerse, le molestaban mucho las corrientes de aire que silbaban y gemían al penetrar por diversas rendijas y grietas. Experimentaba asimismo la necesidad de asearse, un residuo de su antigua vida y, aunque Mag se contentaba con el agua fría del arroyo que discurría cerca de allí, Joana prefería calentarla y lavarse en el interior de la vivienda.

Lora se reía a mandíbula batiente cuando la veía pasar por lo que ella llamaba «tanto alboroto», para cargar y calentar el agua cuando había un arroyo perfecto a menos de veinte pasos.

No obstante, Joana era consciente de que Lora, la más sabia de las maestras, equivalente a la propia Mag, entendía muy bien lo difícil que le resultaba su nueva vida. Y con cuánto afán intentaba adaptarse a ella. Con su actitud, Lora parecía proclamar que daba igual, si calentar agua y asearse en el interior le suponía una ayuda.

Ahora, sentada fuera de la choza, Joana contemplaba la luz solar desvanecerse en el claro y meditó sobre lo que había aprendido en los últimos siete meses.

«Puedo cuidar de mí misma —pensó, maravillada—. O casi. En mi pequeña parcela junto al herbario crecen verduras. Sé qué plantas puedo comer sin peligro y empiezo, apenas empiezo, a entender sus usos medicinales. Tengo pollos y sé cómo ponerles trampas a los conejos y cómo coger truchas con las manos. Sólo cuando he menester, pues Lora me ha enseñado que se han de respetar todos los seres vivos, y que sólo se le quita la vida a otra criatura cuando es estrictamente necesario».

Pero Lora también había dicho que no era bueno vacilar, cuando otros factores indicaban una auténtica necesidad de carne de otra criatura.

Se estiró y se puso la mano sobre el vientre. «Estoy bien. Gracias a Lora, creo que he encontrado el equilibrio».

Lora le había enseñado muchas cosas, aparte de cómo atender a sus necesidades físicas. En ocasiones, cuando evocaba los meses de intensiva enseñanza, a Joana le daba vueltas la cabeza por toda la información que iba adquiriendo. Algunos de los secretos que le había revelado le habían quitado, literalmente, el aliento. Nunca había soñado siquiera con que existieran semejantes cosas.

Y, para deleite de Joana, la había declarado una alumna idónea.

—Sigue así, moza mía, y te llevaré al Gran Festival de Imbolc, o sea, a primeros de febrero —había dicho recientemente—. Estarás preparada para Samain, el último día de octubre, me figuro, pero viéndote me imagino que tú y yo tendremos otras cosas en la mente. Sí, yo diría que la noche de Samain.

Y se marchó, como siempre, sin despedirse ni indicarle cuándo volvería. Pero siempre regresaba, y eso era lo importante.

—Para Imbolc —murmuró Joana—. El Gran Festival.

Qué idea tan emocionante. Imbolc se celebraría en febrero y todos se reunirían para celebrar el principio del principio de la vida del nuevo año, muy profundamente, bajo tierra. Según Lora, cantarían alabanzas porque las ovejas empezaban a dar leche, se deleitarían con la evidente hinchazón de las ubres que indicaban que portaban una nueva vida. Harían una enorme hoguera y prepararían pequeños ramilletes con las primeras flores: campanillas de invierno y azafrán, para ponérselos entre los cabellos. Era bueno acicalarse para celebrar el regreso de la diosa.

Y para Joana lo más importante era que en Imbolc conocería a las demás.

Tenía muchas ganas de conocerlas, aunque la idea la angustiaba.

—No te preocupes —le dijo Lora—. Es normal que te pongas nerviosa, así debe ser, ya que te presentaré a las grandes y buenas de nuestro mundo. Pero no te darán la espalda. Te lo prometo. Llegarás a ellas con el corazón sincero y pureza de intenciones; además, eras la moza especial de Mag y honran el recuerdo de Mag. Ahora que eres mi alumna, hablaré en tu favor.

Era como para marearse. A veces, la expectación por el festival acechaba en sus sueños.

«Qué suerte —pensó— que faltan cuatro meses. Y antes viene Samain. Cuando, como dice Lora, tendremos otras cosas en mente...».

Volvió a acariciarse el vientre y pronunció la oración ritual que había recitado varias veces al día, tanto en silencio como en voz alta, desde que Lora se la había enseñado. Lora entendía por qué se sentía tan desesperada, lo había entendido y, como solía hacer cuando apoyaba un deseo, le ofreció de inmediato su ayuda.

Al acabar la plegaria, Joana pensó en Ninian. Era normal: una idea lleva a la otra. Se levantó, cogió el cuenco oscuro que usaba como bola de cristal, lo llenó de agua y, agachada con la cabeza encima del cuenco, vació la mente como le había enseñado Lora.

A veces funcionaba, y a veces no.

Esa tarde funcionó.

Allí estaba y, como la última vez que lo había visto, reía. Era el mismo mozo pelirrojo y jugaban un juego, tratando de ponerse zancadillas con un palo. No es que Ninian fuese siempre juguetón; en una ocasión lo vio montado a caballo, recta la espalda y elegante, y una voz dijo «Tiene un porte principesco».

¡Ay, si supieran la verdad!

«Ninian parece feliz —pensó—. Josse, que Dios lo bendiga, ha cumplido más que bien con el deber que yo le impuse».

Una vez, al ver a Ninian, vio también a Josse, y la visión le dolió casi tanto como su primera visión de Ninian.

Volvió en sí. Lora se mostraba muy estricta en cuanto a limitar los momentos de las visiones, pues le restaban mucha energía que precisaba para otras cosas. Minuciosamente, vació, secó y guardó el cuenco, pronunciando en voz alta las palabras de gratitud.

Regresó a su silla fuera de la choza y volvió a pensar en Josse.

¿Sería feliz? Esperaba que sí. «Era cierto lo que le dije. No estábamos hechos el uno para el otro y es mejor así, porque el tiempo que pasamos juntos permanece como un recuerdo puro y maravilloso, que nos anima cuando estamos despiertos en la cama, separados, por la noche.

»No podría haberse adaptado a lo que deseo. A aquello en lo que me estoy convirtiendo. Además, como casi le dije, ya había entregado su corazón antes de conocerme a mí. Aunque dudo que lo sepa.

»Y lo entiendo, ahora que la conozco».

Su vientre se movió como por voluntad propia, y Joana puso la mano en la protuberancia —una rodilla o un codo— y susurró:

—¡Sé paciente! Sé que estás muy apretujada ahí, pero tienes que esperar un poco más ¡y entonces tendrás todo el espacio que desees!

«Una niña —pensó—. Eres una niña. He rezado para que lo fueras desde que supe que llevaba una vida en el vientre, porque a un niño tendría que tratarlo como he tratado a Ninian. Pero una niña, una niña es diferente. Puedo criarla y enseñarle a ser una mujer sabia».

Murmuró de nuevo la plegaria.

En el fondo, sin embargo, sabía que no hacía falta. El retoño de Josse era una niña, no le cabía duda. Lora lo decía y Joana lo sentía hasta el tuétano.

«La llamaré Margarita.

»Ay, cómo voy a amarla, cuidarla y enseñarle».

¡Qué perspectiva! Un milagro, ¡haber concebido y llevado a esta hija durante los meses del embarazo, y estar segura, porque lo decía Lora y porque su instinto se lo dictaba, de que tanto ella como la niña gozaban de buena salud y florecían!

—Una niñita a quien amar —susurró, maravillada.

«Y ya nunca más estaré sola».



ALYS CLARE es el seudónimo de ELIZABETH HARRIS (Nacida en 1944), una escritora inglesa de novelas históricas, las cuáles se centran principalmente en la época medieval.

Fue educada en el campo, cerca de dónde se establecerían sus novelas más famosas. Inició sus estudios en la escuela de Tonbridge, graduándose en Literatura Inglesa y Psicología en la Universidad de Keele, con postgrado en Arqueología en la Universidad de Kent. Comenzó a publicar en 1990, dedicándose desde entonces a la escritura.

Sus novelas más famosas son la serie de libros conocidos como Los Misterios de Hawkenlye, historias de crímenes en la Edad Media, y que son protagonizados por el caballero *Sir Josse D'Aquin* y la Abadesa *Helewise*. Debido a la creación de estas novelas, Alys Clare vive cierta parte del año en el campo, dónde según ella ocurren los hechos narrados en Los Misterios de Hawkenlye. El lugar es conocido principalmente por ser un lugar dónde sus antiguos habitantes fueron dejando sus huellas, tales como círculos de piedra y dólmenes en el Neolítico, además de encontrarse los antiguos caminos y capillas de los caballeros templarios.